

neo 

ESCUCHA A TU CORAZÓN



KASIE WEST

ESCUCHA
A TU CORAZÓN

KASIE WEST

Traducción de Yaiza García Carmona

Plataforma
Editorial



Título original: *Listen to your heart*, originalmente publicado en inglés, en 2018, por Scholastic Inc., Nueva York

Copyright © 2018 by Kasie West. All rights reserved. Published by arrangement with Scholastic Inc., 557 Broadway, New York, NY 10012, USA

This book was negociated through Ute Körner Literary Agent, S.L.U., Barcelona - www.uklitag.com

Primera edición en esta colección: septiembre de 2019

© de la traducción, Yaiza García Carmona, 2019

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2019

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-17622-92-3

Realización de cubierta y fotocomposición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Este es para los que sueñan despiertos

CAPÍTULO I

El cielo era de un perfecto color azul. Ni una sola nube mancillaba su superficie. Yo estaba tumbada bocarriba sobre el asiento de la moto acuática, con los pies encima del manillar. Dejé caer la mano y rocé la superficie del agua.

–Será broma, ¿no? –le pregunté al cielo–. Hoy, precisamente. –Me saqué el móvil del bolsillo y le hice una foto. La subí a Internet con la descripción: «Esto no está pasando».

El teléfono sonó, me asusté y casi se me cayó al lago. Me incorporé y contesté.

–¿Hola?

–Kate. ¿Dónde estás? –preguntó mi madre.

–Eh...

–No es una pregunta difícil –dijo con una sonrisa en la voz–. En el lago, ¿no? Tienes que ir a clase en veinte minutos.

–Puf.

Las clases. Había estado intentando fingir que no empezaban hoy. Si mi instituto hubiera estado en Lakesprings, la ciudad donde vivía, no habrían empezado hasta el primer lunes de septiembre. Sin embargo, no había bastantes habitantes empadronados en Lakesprings como para abrir uno, así que el mío estaba a treinta minutos montaña abajo, en Oak Court. Y en Oak Court les daba igual la temporada lacustre.

–Venga –dijo mi madre–. Es el primer día de tu hermano y de tu prima, así que no los hagas llegar tarde.

–Ahora mismo voy –dije. Colgué y arranqué la moto acuática. Justo entonces, otra moto pasó a mi lado y me tiró encima una cortina de agua por todo el lado derecho.

–¡¿Hola?! ¡¿Distancia?! –grité. Odiaba que la gente pasara tan cerca cuando me veían perfectamente.

Limpié la pantalla del teléfono con la manga izquierda, me lo volví a meter en el bolsillo trasero de las bermudas y conduje la moto de vuelta al puerto.

Mi madre me estaba esperando en el muelle mientras aparcaba. La gente solía decir que era exactamente igual que ella. La verdad, no es lo que una chica de dieciséis años quiere oír cuando su madre tiene cuarenta, pero lo entendía: las dos teníamos el pelo largo y castaño claro, una tez de bronceado fácil y los ojos de color avellana, que solo era una forma fina de decir «marrones con un poquito de verde».

–Te quedan quince minutos –dijo mientras le daba un repaso con la mirada a mi bañador mojado.

Le dediqué una sonrisa rápida.

–Solo tengo que cambiarme. No pasa nada. –Paré la moto en el muelle y ella alargó la mano para amarrarla.

–Está alquilada desde las ocho –le dije.

–¿Hay que echarle gasolina?

–Seguramente –dije–. Se la puedo poner.

–A clase, Kate. –Me dio un medio abrazo.

A veces sentía que ir a clase era inútil, porque ya sabía qué quería hacer con mi vida: dirigir el puerto con mis padres.

–Vale, vale. –Le di un beso en la mejilla–. Gracias, mamá.

–¡Que tengas un buen día! –me dijo mientras me iba.

Crucé la calle, doblé la esquina y entré por la puerta principal de nuestra casa. Una personita pasó corriendo por mi lado, seguida de cerca por otro crío que iba gritando:

–¡El tío Luke ha dicho que me toca a mí!

Nuestra vida doméstica estaba organizada de la siguiente manera: mis abuelos eran de Lakesprings y tenían en propiedad el puerto y cinco acres de terreno al otro lado de la calle. Cuando decidieron jubilarse, se lo cedieron todo a sus tres hijos, que a su vez lo dividieron en tres partes y construyeron tres casas en fila. Mis tíos, como ya tenían otros trabajos, les vendieron sus partes del puerto a mis padres, que ya se estaban haciendo cargo de él. Y así fue como acabamos dirigiendo un puerto y viviendo en una comuna familiar.

Corrí por el pasillo hacia mi habitación y me puse rápidamente unos pantalones cortos limpios y una camiseta a rayas. Me pasé un cepillo por el pelo; aún estaba húmedo, pero se me secaría de camino al instituto. Luego recogí la mochila y salí a toda prisa de la habitación.

Mi hermano pequeño, Max, me estaba esperando en la puerta de casa con la mochila puesta.

–¿Listo? –le pregunté.

–Listísimo –me dijo, cortante.

–¿Y Liza? –Eché un vistazo alrededor para buscar a nuestra prima.

–No ha venido todavía.

–Voy a por ella.

Salí y torcí a la derecha. Nuestra casa estaba en el medio, embutida entre la del tío Tim, que estaba a la izquierda, y la de la tía Marinn, a la derecha. Ambos estaban casados y tenían cada uno un puñado de niños.

Llamé a la puerta de la tía Marinn. Nadie más en la familia consideraba necesario llamar a la puerta antes de entrar en una casa, pero yo me aferraba a esa muestra de cortesía con la esperanza de que otros siguieran mi ejemplo. Como nadie abría, suspiré y entré.

–¡Liza! –la llamé–. ¡Tenemos que irnos!

Mi prima de catorce años apareció en la puerta con un bonito vestido de verano y envuelta en

una nube de fragancia afrutada. Empecé a toser.

–¿Qué es eso? ¿Te has bañado en ello?

–Es Mango Dreams, y ya se disipará. –Se apartó el pelo rubio y me sacó de la casa por el brazo, como si fuera ella la que me hubiera estado esperando.

Max ya estaba en el asiento del copiloto de mi coche. Liza se subió detrás de él y le apretó los hombros.

–¡El primer año! –gritó–. ¡El comienzo de un nuevo capítulo donde todo es posible!

–Eso es –dije. O quizás fuera exactamente lo mismo que el año anterior: la antesala del verano.

* * *

El timbre de primera hora sonó mientras aparcaba en el instituto. Nunca había visto a Max y a Liza moverse tan rápido como lo hicieron entonces para salir del coche. Ya habían atravesado medio aparcamiento cuando lo cerré y me metí las llaves en la mochila.

–¿Llegas tarde ya el primer día de clase? –dijo Alana mientras se acercaba a mí y entrelazaba su brazo con el mío.

–Aún no es tarde. Y no tenías que esperarme.

–¿Qué clase de mejor amiga sería si no lo hiciera?

–Una que quiere ser puntual.

–Ya estamos en tercero: los timbres son arbitrarios –declaró Alana mientras se ponía las gafas de sol en cabeza.

–Creo que dijiste algo parecido el año pasado.

Alana se encogió de hombros mientras entrábamos juntas en el edificio.

–No esperarás que recuerde todo lo que digo.

El instituto Secuoya era exactamente lo que su nombre indicaba: un colegio situado en medio de un bosque de secuoyas. Era un edificio grande de tres pisos, pero la cafetería y la biblioteca eran independientes, así que podíamos disfrutar de la libertad y del aire fresco de vez en cuando a lo largo del día.

Ese año, Alana y yo habíamos conseguido compartir tres de las seis clases, incluida la primera hora, así que seguramente me habría esperado por eso. El móvil me vibró en el pantalón mientras recorríamos el pasillo. Esperé hasta que estuvimos sentadas en clase de Historia, escuchando al señor Ward hablar sobre sus expectativas de ese año, para sacar el teléfono.

Hunter había subido a Internet la típica foto de primer día de clase. Era una selfi con su hermana delante de su nueva casa. Bueno, lo de «nueva» era relativo; llevaban ahí tres meses ya, desde que se mudaron al acabar el curso anterior. Debajo de la foto había escrito: «Deseadnos suerte».

Parecía... feliz. Se había apartado el pelo rubio ceniza de la frente y los ojos azules le brillaban. Entré en su perfil y me desplacé por sus publicaciones antiguas hasta que encontré su

«foto de primer día de clase» del año anterior: nosotros dos junto a su coche. Yo lo miraba desde abajo con una sonrisa que me hacía entrecerrar los ojos. Él estaba mirando a la cámara. La descripción era: «He pescado a esta chica en el lago para que se venga con nosotros al instituto». Se me había olvidado que también había ido al lago antes de clase el año anterior.

Alana carraspeó y levanté la vista, pues pensé que el señor Ward me había llamado la atención. Aún seguía escribiendo en la pizarra. Alana bajó las cejas y señaló mi móvil con la cabeza. Era obvio que quería saber qué pasaba. Dije que «nada» con los labios y cerré el perfil de Hunter. Tenía que parar. Ya lo había superado. Nos dijimos que seguiríamos en contacto, pero durante el verano empezó a dejar de contestar a mis mensajes y a mis correos hasta que tuve que admitir la derrota. Guardé el teléfono y puse más empeño en seguir el resto de la clase.

—¿Qué estabas mirando en el móvil? —preguntó Alana cuando sonó el timbre y nos dirigíamos por el pasillo hacia la siguiente clase—. Te tiraste como diez minutos seguidos mirándolo embobada.

—No, solo estaba ojeando las fotos que han subido todos por el primer día de clase.

—Sí, claro —dijo. No creo que hubiera dejado el tema con tanta facilidad de no haber sido por algo que le había llamado la atención al final del pasillo. Tomó aire de golpe.

—¿Qué?

Tiró de mí hacia un lado para apartarnos del flujo de personas.

—¿Sabes quién es Diego? —susurró.

—¿Quién?

—Diego Martínez. ¿Del año pasado?

—No, no me acuerdo.

—¿En serio? Juraría que lo habré mencionado una... o quinientas veces. ¿Recuerdas cuando tuve que ir al refuerzo de Matemáticas en mayo? Pues él me ayudaba. Estaba saliendo con la tal Pam esa, así que no pude ir a por él, pero... ¿No? —preguntó Alana, porque era obvio que aún seguía rebuscando en mi cerebro—. El que coló a su cachorrita en el instituto porque su madre no estaba en la ciudad y no podía cuidar de ella. Y no le pasó nada.

—¿Te lo estás inventando? —pregunté—. Porque no me acuerdo de nada de esto.

—Es porque no es del lago, ¿no? —preguntó Alana, y puso los brazos en jarras—. Es que ni te esfuerzas por conocer a la gente de la ciudad.

Los llamábamos «gente de la ciudad», aunque la verdad es que Oak Court no llegaba a ser una ciudad. Solo albergaba una población de quince mil personas, pero ya eran trece mil más que Lakesprings.

—¡Eso no es cierto! —rebatí—. Yo no me esfuerzo por conocer a *nadie*. Sabes que odio a la gente.

Alana se rio porque sabía que, al menos en parte, era broma.

—Me acuerdo del tipo con el *piercing* en la nariz de que me hablabas... Duncan —dije, e incliné

la cabeza—. Y luego había otro que se llamaba Mac...

—Vale, lo pillo. Has desmentido mi «teoría del lago».

Esa teoría iba bien encaminada; yo no pasaba mucho tiempo en Oak Court. Prefería el lago a todo lo demás.

—No es que haya elegido el lago frente a la ciudad —dije—, es que hablas de un montón de chicos distintos.

—Me gustan. ¿Algún problema con eso?

—No. Solo te estaba explicando por qué no me acuerdo de *este*.

—¿Aunque te haya hablado de él quinientas veces?

—No, *ese* era Brady, el que te encendió una bengala por tu cumple en la cafetería y tuvo que quedarse castigado una semana.

Alana era el tipo de chica por la que los chicos hacían esas cosas. Era alta, con curvas, el pelo oscuro y los ojos casi negros. Era polinesia y a todo el mundo le gustaba escuchar las historias sobre su infancia en Hawái, como si las islas fueran un universo alternativo. A mí también me encantaban sus historias, así que no los culpaba. Ella giró la muñeca en el aire.

—Brady es muy del año pasado. —Me agarró por los hombros y me colocó de cara al final del pasillo. Había un chico con el pelo oscuro y desgreñado frente a una taquilla—. *Ese* es muy de este año —dijo.

—¿Ese es que el trajo la perrita a clase?

—Sí. Diego.

—¿No has dicho que estaba saliendo con una tal Pam? —Tampoco tenía ni idea de quién era Pam. Solo estaba repitiendo información.

—Parece ser que rompieron durante el verano.

—Vale, tomo nota. ¿Nos vamos ya?

—Primero tienes que decirme qué te parece.

—¿El qué?

—Él.

—¿Por qué?

—Porque eres mi mejor amiga y, si voy a dedicar todo mi tiempo a pensar y a hablar sobre un chico, quiero tu aprobación.

Me reí. Alana nunca pedía la aprobación de nadie. Le di un golpecito suave en la mejilla.

—Qué detalle por tu parte hacerme sentir importante.

—No, en serio. ¿Qué te parece?

—¿Quieres que lo evalúe a quince metros de distancia y con cero información?

—Básate en tu primera impresión y en la historia de la cachorrita.

Lo miré entrecerrando los ojos, como si así pudiera percibir mejor quién era.

–Creo que lleva un rato bastante exagerado frente a su taquilla.

Como si me hubiera oído, Diego sacó un libro, cerró la taquilla y se giró hacia nosotras.

Alana seguía atornillándome los hombros con las manos, lo cual evidenciaba aún más que lo estábamos observando. Él me miró con sus mansos ojos marrones y luego reparó en Alana. Ahora que le veía la cara, comprendía por qué mi amiga estaba dispuesta a dedicar horas a pensar en él. Era mono. Tenía el pelo castaño ondulado, la piel morena perlada, los pómulos altos y los labios carnosos.

–Hola, Alana –dijo al pasar por nuestro lado, como si actuar así fuera lo más normal del mundo, como si las chicas se pusieran en fila al final del pasillo para verlo meter y sacar libros de la taquilla todo el tiempo.

Y se fue. Alana me liberó los hombros y me di la vuelta para mirarla.

–¿Y? ¿Qué te parece?

–Me parece que damos mucha vergüenza.

–No, digo él. Quiero que me aconsejes.

–Sí, es mono. Y, a juzgar por la forma en la que te ha dicho hola, ya está medio enamorado de ti. Lo apruebo.

Sonrió.

–Gracias. –El timbre volvió a sonar, lo que constataba que *teníamos* que irnos ya a la segunda clase.

–Nos vemos en la comida –dije, y la saludé con la mano mientras nos separábamos.

–Hasta luego. ¡Ah, y no olvides que tenemos *Podcast* a última hora! –dijo ella mientras me devolvía el saludo.

–¿Cómo olvidarlo? –gruñí–. Aún no puedo creerme que me hayas convencido.

Alana me dirigió una sonrisa triunfante antes de darse la vuelta y salir corriendo por el pasillo.

CAPÍTULO 2

—Hasta aquí el *superpodcast* del instituto Secuoya. Por, para y sobre adolescentes. El único *podcast* que se graba en un instituto. Al menos, que nosotros sepamos. Las clases han terminado, pero ¿no percibís el aroma que han dejado seiscientos adolescentes a su paso? No hay nada como la amalgama de Cheetos calientes, desodorante y sudor. Los que nos graduamos este año lo echaremos casi tanto de menos como vosotros a nosotros, pero no os preocupéis, porque la clase que se encargue del *podcast* el año que viene estará aquí para dejarnos a la altura del betún o para mandarlo todo a freír espárragos. Me muero de ganas de saber qué pasará al final. ¡Chao!

La señorita Lyon apagó el sonido pulsando un botón con dramatismo y se giró hacia la clase. Era bajita y tenía los ojos grandes; ahora, más grandes todavía por la emoción.

—Y ese fue el último episodio del año pasado —dijo—. Tenéis el listón muy alto. Ya sé que es el primer día de clase, pero el público está hambriento. Hemos tenido más descargas este verano que en los dos anteriores. Puede que nuestro *podcast* sea como un niño de preescolar todavía, a comienzos de su cuarto año, pero está ganando fuerza y depende de vosotros que no la pierda.

Alana y yo nos miramos. Demasiado drama para el primer día.

—¿En qué me has metido? —susurré.

Alana me había suplicado que me apuntara a esa optativa con ella. Hasta me rellenó la solicitud diciendo que sería genial.

—Los *podcasts* —me decía— son entretenimiento instantáneo en la palma de tu mano. Programas pregrabados y descargables sobre prácticamente cualquier tema que se te pueda ocurrir.

En serio, lo dijo así. Como si el inventor del *podcast* la hubiera contratado para vender la idea por todas partes. Como no me convencía, añadió que podría aprender a mezclar sonido, a editar o cualquier otra cosa que me resultase útil en mi vida diaria. Parecía mejor que la clase de Cerámica, así que accedí.

—Lo que tenéis que hacer esta semana —continuó la señorita Lyon— es pensar el tema sobre el que va a tratar el *podcast* este año. Cada uno tenéis que presentarme una sugerencia. Id mirando la web, porque los temas se irán asignando según se propongan y no aceptaré repeticiones. Luego votaremos con la lista. Las únicas normas son que no puede ser algo que ya hayamos tratado y que tiene que centrarse en los adolescentes, que para algo este *podcast* es por, para y sobre adolescentes.

Alguien levantó la mano a mi derecha.

—¿Sí...? —La señorita Lyon consultó la lista que había rellenado cuando nos sentamos al empezar la clase—. ¿Mallory?

—¿Qué temas se han tratado antes?

–Ah, me alegro de que lo preguntes. Esperaba que ya hubierais hecho los deberes y que os hubieseis puesto al día con los episodios del año pasado, pero supongo que era demasiado pedir.

Yo no había escuchado ningún episodio, pero parecía que otros sí.

–Yo me sé los tres temas de los últimos tres años. Llevo escuchándolo desde primero –intervino una chica a mi izquierda.

–¡Genial...! –La señorita Lyon volvió a consultar la lista.

–Victoria –se adelantó la chica.

–Victoria. Ese es el entusiasmo que me gusta. ¿Por qué no vienes y escribes los temas en la pizarra? –Le tendió el rotulador y pensé que igual Victoria le decía que mejor no, que es lo que habría hecho yo, pero se levantó y agarró el rotulador con confianza. Hasta los describió según los apuntaba.

–En el primer año se habló de inventos: buscaban información sobre diferentes inventos creados por adolescentes y la compartían en el programa. También permitían que la gente llamara para que hablase sobre los proyectos en los que estaban trabajando o sobre inventos fallidos. Estuvo entretenido. –Victoria se giró y sonrió–. Mi favorito fue una aplicación para ayudarte a elegir qué ropa ponerte. –Me pregunté si Victoria iría a la asignatura de Teatro. Parecía estar en su salsa ahí arriba, como si se hubiera preparado una exposición para la clase.

–A mí también me gustó esa –dijo la señorita Lyon.

–El segundo año iba sobre adolescentes célebres de la historia –continuó Victoria–. Era divertido escuchar anécdotas sobre gente de nuestra edad que hizo cosas interesantes en el pasado, como gobernar naciones o robar bancos..., pero en general ese año fue un poco fiasco, en mi opinión. No era lo bastante interactivo. La gente no podía intervenir. Solo se hablaba y se hablaba.

Alana soltó un gruñido a mi lado.

–Creo que se le está subiendo el rotulador a la cabeza –susurró.

Me sorprendió que Victoria expresara críticas negativas sobre los programas anteriores delante de nuestra profesora, que era precisamente quien lo dirigía. A fin de cuentas, ella tenía el poder sobre nuestras notas. La señorita Lyon subió las cejas de golpe.

Victoria siguió hablando:

–Sin embargo, por suerte, la clase del año pasado subió el listón al confrontar opiniones sobre casos judiciales polémicos que tenían que ver con adolescentes. La gente podía intervenir y contar qué pensaban. ¿Tenían investigadores en el equipo?

La señorita Lyon asintió.

–Sí, y todos contribuiréis con el programa de alguna forma, desde la investigación hasta la edición, pasando por el control de sonido y los materiales. La grabación de *podcasts* abarca muchos ámbitos y los aprenderéis todos este año.

Me pregunté cómo se habría informado la señorita Lyon sobre los *podcasts*. Parecía mayor,

como de cuarenta y tantos años. No debían de existir todavía cuando ella fue a la universidad.

–Y hablando de tareas –dijo Victoria con el rotulador aún en la mano, aunque ya había terminado de escribir–, a mí me gustaría ser presentadora.

–Yo asignaré a las personas adecuadas para esa tarea y para todas las demás la semana que viene. –La señorita Lyon alargó la mano y Victoria le dio el rotulador–. La máxima prioridad ahora mismo es buscar el mejor tema posible. –Señaló la pizarra y movió la mano hacia un lado–. Estos ya no se pueden usar, pero todo lo demás vale. Sed creativos, id más allá de lo obvio. Tenéis que proponer un tema antes del viernes.

Se oyeron varios gruñidos por el aula.

–No sirve de nada quejarse por algo tan importante como el tema –dijo la señorita Lyon–. Y espero que todos los quejicas sepáis ya que el taller de esta asignatura será una vez a la semana, después de las clases. Un tercio de vosotros vendrá al taller de producción los miércoles y los dos otros tercios vendrán al de posproducción los jueves. –Dio dos palmadas y un golpecito en la pizarra–. ¿Os habéis olvidado todos de traer un cuaderno el primer día? Apuntad estos temas. Después, podéis dedicar el resto de la hora a pensar temas con vuestro compañero de al lado.

El sonido de las cremalleras de las mochilas y de los cuadernos abriéndose inundó el aula. Copié los temas prohibidos y me giré hacia Alana.

–¿Alguna idea? –pregunté.

–Ni una –respondió.

–Yo es que pensaba que el tema venía impuesto.

–Y yo. Vamos, ¿a qué clase se le ocurriría escoger «adolescentes en la historia»? –dijo en voz baja.

–A mí ese me parece interesante.

–¿En serio? Creía que te conocía. –Escribió la palabra «historia» en la hoja en blanco de mi cuaderno y la tachó con una gran X.

–Podríamos hacer algo sobre el lago –dije mientras dibujaba un monigote sobre la X, como si estuviera haciendo surf–. Sobre adolescentes que hacen *wakeboard* o sobre cuentos populares relacionados con el lago.

–Ah, pues mira, sí que te conozco.

–¡Es buena idea! –protesté.

–¿Tú te crees que los chavales de ciudad votarían eso?

Eché un vistazo por el aula para ver cuántos alumnos de Lakesprings había en la clase. Ahí fue cuando me di cuenta de que Frank Young estaba en la última fila. Fruncí el ceño. Sus padres eran los dueños de medio Lakesprings y querían apropiárselo todo. Llevaban años intentando comprarles el puerto a mis padres; estaba situado en un terreno muy rentable y le habían echado el ojo para construir un hotel de lujo. Como mis padres no querían venderlo, los Young habían

intentado echarlos con estudios de conservación, denuncias por incumplimiento de normativas..., y la lista seguía y seguía.

–¿Lo has visto? –siseé.

–Sí. Me sorprende que hayas tardado tanto.

–¿Tú sabías que se había apuntado a esta asignatura?

–¿Cómo iba a saberlo?

Frank estaba sentado al lado de Victoria y hacía dibujitos en un cuaderno abierto mientras ella proponía distintos temas.

–Yo creo que hablar de música estaría guay. No lo ha hecho nadie –decía ella.

–Hay un millón de *podcasts* sobre música, sin contar las emisoras de radio que se dedican principalmente a ponerla –respondió Frank.

–Victoria se lo está tomando muy en serio –dijo Alana. Era obvio que también la había oído.

Me obligué a relajar el entrecejo y respiré hondo. No iba a pensar en Frank. A lo mejor podíamos ignorarnos en esa asignatura. Podría irnos bien así.

–Será porque quiere ser presentadora –contesté–. Veo normal que le importe el tema si va a tener que hablar de él durante quién sabe cuántas semanas.

–A mí no me importaría ser presentadora –dijo Alana.

–Lo harías muy bien. –A mí me parecía una tortura.

–¿Tú qué quieres hacer? –preguntó.

Me encogí de hombros.

–Investigar, supongo.

–Por que nos toque nuestra primera opción. –Tocó mi boli con el suyo, como si fuera un brindis con material escolar.

Sonó el timbre y metí el cuaderno en la mochila. Me levanté y alguien se chocó contra mi hombro al pasar por mi lado.

–Hola. Distancia –dijo Frank, y siguió andando.

–¿Perdona?

–Al menos esta vez no te has mojado –me espetó por encima del hombro, y salió del aula.

Me quedé confusa durante un segundo, pero luego me acordé de lo que había sucedido en el lago por la mañana: *Frank* era el tipo de la moto acuática. Me había salpicado a propósito. Un año entero en la misma clase que Frank Young no iba a ser divertido.

CAPÍTULO 3

Cuando llegué a casa después del instituto, paré por la cocina, donde mi madre estaba removiendo una jarra de té frío.

–¿Le hago falta a papá en el puerto? –pregunté.

–No, la cosa está más tranquila esta tarde.

Levanté las cejas de golpe.

–¿Eso significa que hay una moto de sobra que puedo usar?

Mi madre se rio.

–Estás empeñada en gastarte toda la paga en gasolina, ¿no?

–Sí, deberíais pagarme en gasolina a partir de ahora.

Abrió el frigorífico y sacó una manzana.

–¿Qué tal las clases?

–No han estado mal.

–Puede que el tercer año sea el mejor hasta ahora.

–Eso dices todos los años.

–Me gusta ser positiva. –Abrió el grifo, lavó la manzana y me la dio.

–Gracias, mamá. –Salí de la cocina justo cuando Max entraba y mi madre se puso a hacerle preguntas sobre su primer día de instituto.

De camino a mi habitación, por el pasillo, me sonó el móvil y lo saqué de la mochila.

–Buenas, Alana. ¿Me echas de menos ya?

–Tenemos que pensar más temas para el *podcast* –contestó.

–¿Por qué? Acabamos de salir de clase y es para el viernes.

–Porque los eligen muy deprisa. Cuanto más esperemos, más difícil será. Por cierto, ¿has escuchado algunos de los *podcasts* que te comenté?

Abrí la puerta de mi habitación y dejé caer la mochila hasta el suelo deslizándola por mi brazo. Luego me desplomé sobre el puf de la esquina mientras le daba un bocado a la manzana. Miré hacia el otro lado de la habitación, hacia el póster de una persona haciendo *wakeboard* y creando un arco con el agua que salpicaba. Me recordó que quería salir al lago.

–He estado ocupada.

–Sabes que puedes escuchar *podcasts* en la moto acuática.

–Sí, sí. ¿Cuál es tu favorito? Que lo escucho.

–Me gusta el de las opiniones graciosas sobre películas... o el de opiniones graciosas sobre comida. O también hay uno de primeras citas que es genial.

–¿Todos, entonces?

–Básicamente, sí.

En ese momento, mi prima entró en la habitación mientras emitía un sonoro «Uuuuuuf».

Tomé aire de golpe y casi me atraganté con la manzana que tenía en la boca.

–¿Qué pasa? –preguntó Alana.

El intenso perfume cítrico de Liza entró después que ella.

–Es Liza. Parece contenta.

–No estoy contenta.

–Ah, solo hueles a contenta. Me he confundido.

–A ver si superas el problema que tienes con mi colonia.

–¿Estás hablando conmigo o con Liza? –me preguntó Alana por el teléfono.

–Contigo, perdona –le dije.

–Tengo un problema –dijo Liza en voz alta.

–¿Ha dicho Liza que tiene un problema? –preguntó Alana.

–Sí.

–Pon el manos libres.

Suspiré, pero le hice caso.

–Hola, Liza –dijo Alana–. Cuéntanos qué te pasa.

–Mi madre quiere que vaya a clases de apoyo en la academia que está al lado del súper, en la ciudad –dijo Liza con el ceño fruncido.

–Vale... –dijo Alana.

–Una vez a la semana, después de clase. Para «atajar el problema», dice.

–¿Qué problema? –pregunté.

–Ya lo sabes, el de mis notas.

No lo sabía.

–¿Tienes problemas con las notas?

Liza se encogió de hombros.

–Me falta motivación para hacer los deberes. –Estiró un trozo del chicle que tenía en la boca con dos dedos.

–¿E ir a clases de apoyo es algo malo? –preguntó Alana–. ¿Qué pasa por obligarte a ti misma a hacer deberes una vez a la semana con alguien que te ayude al momento si hace falta?

Liza retorció el chicle con el dedo índice y se lo despegó con los dientes.

–Estoy en primero. Piensa en mi reputación.

No estaba muy segura de a qué reputación se refería, pero entendía lo que estaba diciendo.

–¿Quién se va a enterar? –pregunté–. Los que vayan allí también necesitarán apoyo.

Liza puso los ojos en blanco nuclear, como si yo fuera la persona más ignorante del mundo, y se sentó en el borde de mi cama.

–Está al lado del supermercado. ¿Sabes cuánta gente de nuestro instituto va a ese supermercado?

–Pues no. –Apenas iba a comprar a Oak Court. Ya teníamos un mercadito en Lakesprings y, aunque fuese de los Young, era más práctico que la alternativa.

–Yo tampoco –admitió Liza–, pero seguro que mucha. Alguien me verá.

La voz se Alana sonó a través del teléfono.

–¿Por qué no hablas con tu madre, a ver si le puedes demostrar que estás dispuesta a hacer los deberes sola? Dile que mire la web del instituto cada semana y que, en cuanto vea que te falta algún trabajo, te apuntarás a las clases de apoyo.

Liza se inclinó hacia delante con una sonrisa.

–Una idea excelente, Alana. Siempre das los mejores consejos. ¡Gracias! –Se levantó de un salto y salió corriendo de mi habitación para compartir esa idea con su madre en aquel mismo segundo, parecía ser.

–De nada –le dijo Alana a la habitación vacía.

–Se ha ido –dije.

–Qué graciosa es esta chica. En fin, mi madre acaba de llegar del trabajo y está esperando pacientemente para hablar conmigo.

–Vale. Hasta mañana. –Colgué y fui al armario a por un bañador. Cuando me giré para cerrar la puerta, mi madre estaba allí, apoyada en el marco.

–No es mala idea –dijo.

–¿El qué?

–Mirar la web para asegurarme de que haces los deberes antes de irte al lago.

–Nadie ha sugerido *eso*.

Me guiñó un ojo.

–Lo he apañado un poco. He oído que le decías a Alana que tenéis algo para el viernes.

–Solo el tema del *podcast*. No es gran cosa.

Se le iluminó la cara.

–¿Qué tal la clase de *Podcast*? ¿Te ha gustado?

Alana le había vendido a mi madre lo de los *podcasts* el año anterior como parte de su estrategia para convencerme.

–Está bien.

–Dale una oportunidad. Puede que te sorprenda.

–¿Quieres venir a clase de *Podcast* tú también, mamá?

–Muy graciosa. ¿Y tienes que pensar un tema para el programa?

–Sí. –Tiré el corazón de la manzana en la pequeña papelera que tenía debajo del escritorio.

–¿Qué se os ha ocurrido hasta ahora?

–A mí, nada. Ya se me ocurrirá algo con Alana.

–¿Qué tal consejos sobre moda?

Bajé la vista para observar el aburrido conjunto que llevaba, compuesto por unos pantalones cortos viejos y una camiseta a rayas.

–¿Eso es una indirecta?

–Para nada. Solo estoy intentando pensar en algo que les pueda interesar a los adolescentes.

–Pues déjaselo a los adolescentes –dije con una sonrisa.

–¿Y algo en plan *Está pasando?* Con noticias de investigación sobre lo que ocurre en el instituto.

–Mamá, te quiero, y gracias por intentarlo, pero no.

Señaló el bañador, que aún tenía en la mano.

–Pues más vale que se te ocurra algo rápido, porque no irás al lago hasta que lo tengas.

Me quedé con la boca abierta mientras se alejaba.

–¿Desde cuándo?

–Desde ahora –me dijo mientras caminaba por el pasillo.

Porrás.

Mi hermano pasó junto a mi puerta.

–¡Max! –grité, desesperada.

Él retrocedió para situarse frente a la puerta abierta.

–¿Se te ocurre alguna idea para un *podcast*? –le pregunté.

Lo pensó durante un segundo.

–Eh... ¿Videojuegos? ¿Cómics?

–¿Algo más universal?

–A mucha gente le gustan esas dos cosas.

–Ya, pero el programa les tiene que gustar a todos. –La verdad es que a lo mejor no importaba. La señorita Lyon no había dicho que tuviera que atraer a un público amplio, solo que tenía que ser original–. Igual *sí* debería proponer mitología lacustre. O deportes que se practiquen en lagos.

Max se encogió de hombros y siguió andando.

Tiré el bañador sobre la cama, saqué el portátil y me metí en la web de la asignatura de la señorita Lyon.

Me sorprendió comprobar que ya había una lista de ideas ahí. ¡La gente había sido más rápida que yo! Y me sorprendió aún más ver que una de las ideas era «Historias sobre lagos». Gruñí. ¿Lo habría propuesto Frank? ¿Había alguien más de Lakesprings en clase? Las entradas eran anónimas (solo la señorita Lyon podía ver quién había escrito qué). ¿Sería «Deportes en lagos» demasiado similar a «Historias sobre lagos»?

Liza volvió a entrar como una exhalación y se tiró sobre mi cama.

–¡Me ha dicho que no!

–¿Eh?

–Mi madre. Dice que las clases de apoyo son innegociables, por lo menos durante el primer trimestre. Hasta le he dicho que me ayudarías *tú*.

Fruncí el ceño.

–¿Por qué le has dicho eso?

–Porque lo que me había dicho Alana no estaba funcionando.

Puse los ojos en blanco.

–Empiezo la semana que viene –dijo Liza con aire sombrío.

–Lo siento, Liza. No será tan malo, ¿no?

–¿Que mi *madre* me lleve a clases de apoyo una vez a la semana?

–Puedo llevarte yo.

Liza arrugó la nariz, como si no lo hubiera pensado y no estuviese segura de que fuera una buena idea.

–Vale, pues... Sí. A fin de cuentas, estás en tercero. Eso te hace más guay que mi madre, al menos.

–Gracias..., creo.

–¡Puede que funcione! –Y, con esas, se volvió a ir. Esa chica era una bola de energía.

Volví a repasar la lista de temas. No solo estaba «Historias sobre el lago», sino que también habían puesto «Cómics», «Música» y «Moda». Alguien había escrito la sugerencia de mi madre sobre noticias de investigación en torno a la vida estudiantil y todo. ¡Y solo era el primer día! Si seguía esperando, no quedaría nada.

Toqueteé las teclas con suavidad. Solo tenía que pensar en una idea. No es que fuéramos a usarla, porque toda la clase tenía que votar. A lo mejor podía volver a llamar a Alana y pedirle consejo.

Consejo.

Lo que Alana quería sobre Diego. Lo que Liza quería sobre sus clases de apoyo. ¿Qué es lo que los adolescentes buscan siempre? ¿Lo que les piden a sus amigos, padres o profesores? Un programa de consejos podía funcionar muy bien.

Escribí la idea. Era buena. O, al menos, lo bastante original para que contara. Corrí a la cocina a decirle a mi madre que había mandado mi tema y me dio el visto bueno con el pulgar. En segundos, ya me había puesto el bañador e iba de camino al lago.

CAPÍTULO 4

Al día siguiente, durante la comida, Alana y yo hablamos sobre el tema que había elegido.

–Me gusta –dijo ella cuando nos sentamos juntas en nuestro banco de siempre, fuera del edificio–. «El diario de Alana». –Colocó las palabras en el aire con la mano–. Profesional.

–Eso tendrá derechos de autor –dije mientras metía una pajita en el *smoothie*.

–Da igual, voy a votar por tu idea.

–No tienes por qué.

–Ya lo sé, pero quiero hacerlo. Molaría escuchar a la gente llamando para contar sus problemas.

Le di un empujón en el hombro.

–Sé maja.

–¿No lo soy? –preguntó Alana mientras abría el sándwich.

Ignoré la pregunta, porque estaba bastante convencida de que era broma, y le dije:

–¿Tú has pensado algún tema ya?

Soltó un gruñido exagerado.

–No. ¿Tienes alguna idea más en ese brillante cerebro tuyo que me pueda quedar?

–¡Bastante me ha costado pensar la mía!

La atención de Alana voló hacia el otro lado de la zona del comedor y sus ojos se fijaron en un objetivo. Seguí su mirada y vi a Diego hablando con un grupo de chicos. Tenía una lata de Pepsi y un sándwich en la mano.

–¿Un cursillo básico de acoso sigiloso? –dije–. ¿Cómo conseguir y mantener la atención del chico que te gusta?

Alana sonrió con suficiencia.

–No me tientes. Con *ese* tema también sería una presentadora de primera.

–Pues si ese fuera tu tema, el primer paso sería: «Arrastra a tu amiga para que se quede mirándolo fijamente en el pasillo». Segundo paso: «Míralo fijamente mientras come». ¿Cuál es el tercero, Alana?

–¿Crees que hablo mucho y no hago nada? ¿Es eso?

–No, sé bien que haces *cosas*. Te he visto en acción. Es solo que no sé cómo te va a salir con este en particular.

–El tercer paso, mi incrédula amiga, es hacerle creer que es él el que está por *mí*.

–¿Y eso cómo se hace?

–Mira y aprende.

Alana me dejó en nuestro banco con mi *smoothie*. La vi sacarse el móvil del bolsillo. Iba mirando la pantalla mientras caminaba hasta que se chocó con Diego. Retrocedió de un salto y se llevó la mano al pecho como si se hubiera sobresaltado. Él alargó el brazo para que no se cayera. Ella dijo algo y él dejó la mano a un lado. Luego, Alana se puso a hablar con otro de los chicos del grupo, que se encogió de hombros. Le dijo otra cosa, le dio una patadita amistosa en un pie y caminó de nuevo hacia mí.

—Así se hace —dijo mientras volvía a sentarse.

—No tengo ni idea de qué acaba de pasar.

—He hecho patente mi presencia y luego he dejado claro que no había ido a hablar con él.

—¿Quién era el otro? —preguntó.

—Bennett. ¿No sabes quién es Bennett?

—He oído hablar de él. No lo conozco.

—Aquí vuelve mi teoría de la ciudad contra el lago.

Tampoco es que fuera asocial... Bueno, vale, un poco sí.

—La culpa de todo esto es de Hunter —continuó Alana, y le dio un bocado al sándwich—. Te acaparó para él solo durante nueve meses y luego tuvo la osadía de mudarse.

Jugueteé con la pajita.

—Él no quería mudarse. Tenía que hacerlo porque toda su familia se iba, y sin ellos se quedaba prácticamente en la indigencia. Pero he superado lo de Hunter. Eso fue el año pasado. ¿Por qué sacas a relucir cosas que ya no tienen nada que ver? —pregunté.

A lo mejor había sonado un poco a la defensiva, teniendo en cuenta que me había pasado el día mirando las redes sociales de Hunter (una foto suya comiendo palomitas para desayunar, otra de un cartel que decía «Todo es más grande en Texas» y otra de una pila de libros de texto).

—Porque Hunter es lo más reciente que *puedo* sacar a relucir —señaló Alana—. Tu vida amorosa está más seca que las hojas estas. —Les dio una patada a las agujas de pino cobrizas que había a nuestros pies.

Bajé el *smoothie*.

—No he encontrado a nadie igual de interesante que Hunter.

—¿Igual de interesante que Hunter? —Alana sonrió con suficiencia—. Ese chaval podría dormir a bebés solo con su presencia.

Eso me molestó. A mí, Hunter no me parecía aburrido. Era tranquilo. Y callado.

—Me gusta la gente tranquila y callada.

—La cuestión es cómo te va a encontrar *a ti* un chico tranquilo y callado —dijo Alana, que alzó las cejas—. Apenas subes a Internet información suficiente para demostrar tu existencia, y es tan vaga que nadie llega a conocerte nunca.

Era reservada. Eso no tenía nada de malo.

–No sé, hay una cosa que se llama hablar –señalé.

–¿Tú? ¿Dejar lo que estás haciendo para hablar con alguien? Ya. Bueno, igual aprendes algún truco cuando escuches mi *podcast*. –Sonrió ampliamente.

Me reí.

–Vale. Y yo te avisaré cuando encuentre a alguien interesante.

El sonido de un carraspeo me hizo girarme hacia la derecha.

Diego estaba ahí. ¿Habría escuchado toda la conversación?

–Hola, Alana. Se te cayó esto. –Nos enseñó una llave con un colgante en forma de tabla de surf plateada.

Alana, que obviamente no estaba preparada para ese encuentro, tartamudeó un «Eh... Oh...» sin aceptarla. Como yo no estaba tan ruborizada, sonreí.

–Le has salvado la vida –dije–. Habría tenido que escalar hasta la ventana del segundo piso de su casa sin esto. Y no sería la primera vez.

Alana se recuperó rápidamente, se levantó y alargó la mano.

–Ya tengo mucha práctica. –Era cierto. Alana se había quedado fuera de casa más veces de las que podía contar. Antes era porque sus padres no le habían dado una llave y la puerta sin cerradura del garaje estaba rota. Ahora que sí tenía llave, se le olvidaba bastante a menudo.

–Deberías ponerla en algún lugar más seguro. –Diego le colocó la llave a Alana en la palma de la mano y le cerró los dedos uno por uno a su alrededor. Antes de soltarla, le apretó el puño durante un momento.

Alana alzó un lado de la boca en una media sonrisa.

–Sí, necesito un sistema mejor. –Se metió la llave en el bolsillo.

Vaya, lo de ligar se les daba muy bien.

–Creo que no nos conocemos –comentó Diego, probablemente al notar que los estaba mirando fijamente.

–Ah. –Alana le tocó el brazo–. Esta es mi mejor amiga, Kathryn. Código postal de Lakesprings. Kate, este es Diego.

–Hola –dije. No sabía muy bien qué más añadir a esa única palabra.

–¿Prefieres que te llamen Kathryn o Kate? –me preguntó Diego.

–Los dos, por raro que parezca.

–Kathryn tiene muchas variantes.

–Kate es la única que me gusta –le informé, tal vez con demasiado ímpetu.

–Entendido.

–¡Anda, mira! –dijo Alana–. Ahí está tu hermano, Kate. Lo estábamos buscando desde hace rato. Tenemos que irnos. –Se giró y se fue andando como si nada hacia mi hermano.

–Eh... Perdona –le dije a Diego. Me parecía que Alana se había ido muy de repente. Recogí los

restos de la comida y los metí en una bolsa de papel marrón-. Tenemos que... –Me levanté y señalé hacia Max.

–¿Buscar a alguien *interesante*? –preguntó con un guiño. Así que *sí* que había escuchado la conversación de antes. No me extrañaba que Alana estuviese colada por él. Tenía tanta confianza en sí mismo como ella.

–Sí... O sea, no. Encantada de conocerte.

–Igualmente.

Alcancé a Alana.

–¿Qué pasa? –susurré.

–Confía en la experta –dijo mientras seguíamos andando hacia Max-. Tenía que marcharme yo primero.

–Vale. ¿Y lo de que se te caiga la llave de casa?

Sonrió, y me di cuenta de que la aparición repentina de Diego había sido parte de su plan. Era buena.

Llegamos hasta mi hermano, que iba andando hacia la biblioteca con los pantalones caídos y el pelo revuelto demasiado largo.

–¡Maximilian! –lo llamó Alana, y le rodeó los hombros con un brazo.

–Buenas –dijo.

–¿Qué haces? –pregunté.

–Devolver este libro a la biblioteca. –Me enseñó un libro sobre programación.

–¿Vas a devolver un libro de la biblioteca el segundo día de clase? ¿Lo sacaste el primero? –preguntó Alana.

–Sí. No era lo que esperaba.

–La primera pista deberían haber sido los números de la portada –dijo Alana-. A lo mejor te interesan los que tienen dragones y espadas.

–No se me había ocurrido –dijo Max con gesto serio y yo sonreí.

–Creo que tu hermano se está burlando de mí –me dijo Alana-. Los de primero tienen prohibido burlarse de los mayores. Está en el reglamento. Pero voy a pasarlo por alto porque eres muy mono.

Max se sonrojó.

–Muchas gracias –dijo. Luego se paró en la puerta de la biblioteca-. ¿Vais a seguirme hasta ahí dentro?

–¿Te estamos avergonzando, Maxie? –pregunté.

–Pues sí, un poco.

–¿En serio? –dijo Alana-. ¿Te da vergüenza que te vean con dos chicas buenorras de tercero?

–Una de ellas es mi hermana.

Yo di un paso atrás y tiré de Alana.

–Te dejamos que te vayas con tus amigos a la biblioteca. Que te diviertas.

–Ya, gracias.

–Qué raro es tu hermano –dijo Alana cuando la puerta se cerró tras él–. Si yo estuviera en primero, estaría con mi hermano mayor y sus amigos todo el rato.

–Tú no tienes hermanos mayores.

–Es una situación hipotética que estoy utilizando para demostrar que tengo razón.

–A lo mejor no molamos tanto como nos creemos. –Entrecrucé mi brazo con el de Alana y nos alejé de allí.

–Imposible –dijo. Luego se le iluminó la cara y añadió–: Creo que voy a proponer cosas que hacer y que evitar en las citas como tema para el *podcast*.

–Deberías. –Y, visto lo que había pasado con Diego, también sería la presentadora perfecta para ello–. Seguro que ganas.

Le brillaron los ojos.

–Pues creo que igual sí.

CAPÍTULO 5

–Y el tema ganador es... –La señorita Lyon hizo una pausa dramática.

Era lunes otra vez. La primera semana de clase había transcurrido sin mayor actividad, excepto en la clase de *Podcast*, donde estuvimos aprendiendo todos los aspectos de su producción. Me sorprendía lo fascinante que era. Durante el fin de semana, tuvimos que votar el tema en la web. Yo había votado alegremente por el de Alana, el de cosas que hacer y evitar en las citas.

Así que me quedé patidifusa cuando la señorita Lyon escribió «Programa de consejos» en la pizarra con el rotulador.

–Kathryn Bailey, en pie, por favor.

Me mordí el labio y me levanté lentamente.

–¡Enhorabuena! Tu idea ha recibido la mayoría de los votos de la clase.

–Eh... Gracias –dije, y sentí cómo se me ponía la cara como un tomate.

–Lo que no os dije cuando os mandé estos deberes –continuó la señorita Lyon mientras se ajustaba las gafas y sonreía– es que la persona cuyo tema resulta ganador se convierte automáticamente en uno de los presentadores.

–¿Cómo? –solté–. No. No puedo.

La señorita Lyon se rio.

–Estás en *clase* de *Podcast*, Kathryn. ¿No pensaste que tendrías que hablar un poco, al menos?

Ni se me había pasado por la cabeza.

–Creo que otras personas lo harían mucho mejor que yo en esa parte del proceso en concreto. – Se me aceleró el corazón. Yo no estaba cualificada para darle consejos a nadie.

–Como yo –dijo Victoria.

–Sí, como Victoria –coincidió–. Podría hacerlo ella.

–Me alegra que lo pienses –dijo la señorita Lyon–, porque Victoria presentará contigo.

Victoria sonrió triunfante.

Mi mirada se encontró con la de Alana. Parecía que le había sentado mal.

–O Alana –dije rápidamente–. Alana sería una presentadora magnífica.

–Ya he asignado todas las tareas –explicó la señorita Lyon mientras levantaba una hoja de papel de su mesa–. Ahora las voy a colgar en la pizarra. Cuando lo haga, haced el favor de venir en orden a consultarla. Luego, buscad el archivador que os corresponde en la mesa de atrás. Hay dos personas asignadas a cada tarea. El primer programa será el miércoles después de las clases. ¡Qué emoción! –Hizo una floritura con el papel y lo colgó en la pizarra con un imán.

Yo seguía de pie, pero no me moví mientras el resto de la clase se levantaba y avanzaba a empujones a mi alrededor. Nadie dijo nada de camino a la lista. Ni siquiera Alana. Algo empezó a

arder en mi interior y me abrí paso por la clase.

–De verdad, creo que se ha equivocado de alumna –le dije a la señorita Lyon cuando la alcancé–. La idea se me ocurrió únicamente porque Alana le había dado un consejo muy bueno a mi prima. *Alana* es buena dando consejos. Deme otra cosa que hacer, por favor.

La señorita Lyon negó con la cabeza.

–Kathryn, cuanto más te opones, más me doy cuenta de que es exactamente lo que tienes que hacer. Es obvio que te apuntaste a esta clase por una razón.

¿Sería «porque Alana me obligó» una razón entendible?

–Pero yo quería aprender lo que se hace entre bastidores –le expliqué–. ¿Y si nos cambiamos de tarea cada dos semanas, como los demás?

La señorita Lyon volvió a decir que no.

–Lo siento, pero los presentadores tienen que ser siempre los mismos. Es por los oyentes. Ya sabes que es la única tarea que no rota, pero aprenderás cosas sobre todos los aspectos de la producción junto al resto de la clase. –Miró a mi espalda–. Mira, creo que Victoria ya tiene tu archivador. Necesito que os conozcáis para que podáis trabajar bien juntas en el programa.

Algo había en la actitud de la señorita Lyon y en la firmeza de su expresión que me decía que no iba a poder convencerla.

Me desplomé, me di la vuelta y vi a Alana. Ya tenía su archivador y estaba sentada con Frank Young. ¿Significaba eso que era su compañero? Esto iba de mal en peor.

Corrí hasta mi mejor amiga.

–¿Qué te ha tocado?

–Empiezo con *marketing* –dijo mientras hojeaba el contenido del archivador.

–¿Con este? –pregunté en voz baja.

–«Este» tiene nombre, y lo sabes –dijo Frank.

Frank era el tipo de chico que podría haber sido guapo de no ser por su personalidad: sus ojos azules le daban un aire dormilón y despreocupado, su barbilla tenía el típico hoyuelo y su nariz torcida era más grande de lo normal, pero eso también le daba un aire de dureza. Llevaba el pelo castaño corto en la zona de las orejas, pero más largo y con volumen en la parte de arriba.

–Intento olvidar tu nombre todos los días –dije.

–Es el nombre que va a tener tu puerto dentro de poco, así que te resultará más fácil recordarlo. Me hervía la sangre.

–Ya te gustaría.

Alana levantó una mano.

–Vale ya –dijo–. Sí, mi compañero es Frank. ¿Has visto este contrato tan bonito que hay aquí dentro y que tenemos que firmar? Básicamente, dice que tengo que llevarme bien con él, aunque sea un capullo.

–¿Yo soy un capullo? –dijo, y entrecerró los ojos.

Alana apretó los labios, como si de verdad estuviera pensando la respuesta.

–Sí.

Frank había demostrado muchas veces lo capullo que era, pero pelearnos sobre ello en clase no iba a llevarnos a ninguna parte, así que me tragué mis palabras como solía hacer para mantener la paz.

–¿Marketing? –pregunté en lugar de discutir.

–Nos encargaremos de los perfiles del *podcast* en las redes sociales y de decirle a la gente que llame mientras estamos grabando –me explicó Alana.

–Se te dará bien –dije.

–Gracias –contestó.

–Lo siento. –Sabía que, aunque sonriera, se sentía decepcionada–. Ya sabes que no quería ser presentadora.

–Lo sé, pero no pasa nada. Lo harás bien.

–Lo haré fatal y las dos lo sabemos.

Soltó una risita.

–Te irá bien, Kate.

Frank resopló a su lado.

–Cállate, Frank. Le irá bien –dijo Alana. Luego se volvió hacia mí–. Más te vale ir para allá antes de que a tu compañera le dé un infarto. –Señaló a Victoria con la cabeza.

Me giré hacia donde estaba sentada, desde donde me saludaba con el archivador en la mano.

–Sabes que si pudiera darte mi puesto, lo haría –le susurré a Alana.

–Lo sé, pero no hay nada que puedas hacer. Ve a ver cómo vas a trabajar con Victoria y yo me quedo aquí, a ver cómo voy a trabajar con este. –Le dio un golpe a Frank en el brazo y él levantó la vista de donde se le había perdido en el teléfono.

–¿Qué? –preguntó.

Alana puso los ojos en blanco.

–Deséame suerte.

Arrugué la nariz.

–A mí también.

Yo no sabía mucho sobre Victoria; solo que era de último curso, que se había estudiado cada episodio de los *podcasts* anteriores y que, por lo visto, se maratoneaba otros *podcasts* todo el rato. Así que era básicamente una experta. Me senté en la mesa junto a ella.

–Por fin –dijo.

–Hola. Soy Kathryn.

–¿Kathryn? Mmmm... Eso vamos a tener que trabajar.

–¿A qué te refieres?

Señaló la primera página del archivador.

–Tenemos que pensar un nombre con gancho para el programa. Después del nombre, decimos «Presentado por Victoria» –Se señaló a sí misma– y... tú.

–Kathryn.

–Me parece que «Victoria y Kathryn» es demasiado largo. Deberíamos acortarte el nombre: «Victoria y Kat».

–Nadie me llama Kat.

–¿Por qué?

Principalmente, porque la gente no podía evitar pensar en gatos cuando lo oía.

–Mi personalidad no pega con Kat. Si quieres que tenga una sola sílaba, me vale con Kate.

–Victoria y Kate –dijo como prueba.

–¿Vic y Kate? –propuse.

–Uf, no –dijo, y descartó la idea con un movimiento de muñeca–. Victoria y Kate. Eso nos vale.

–Bien.

–¿Y cómo se va a llamar el programa? –preguntó Victoria mientras escribía algo–. Quizás algo en plan *Cuéntanos tus problemas*.

Me sentí abrumada.

–¡Yo no pensaba que elegirían este tema! –solté–. A ver, ¿qué nos da derecho a *nosotras* a resolver los problemas de la gente?

La señorita Lyon debía de andar cerca, porque me respondió:

–Nada de nada. De hecho, tendréis que leer un descargo de responsabilidad antes de cada programa para explicar que no sois psicólogas tituladas, que solo dais vuestra opinión..., etcétera.

Asentí.

–¿Señorita Lyon? –preguntó Victoria–. ¿Qué le parece si nos llamamos *Cuéntanos tus problemas*?

La profesora inclinó la cabeza hacia un lado.

–Creo que puede ser más atrevido. Y más corto.

–*No es mi problema* o algo así –dije de pasada en voz baja.

La señorita Lyon me señaló.

–Sí, me encanta. Ya lo tenéis.

–Ah. Eh... Vale –dije, sorprendida. Mi intención nunca había sido que mis ideas fueran tan populares.

Victoria arrugó el labio.

–¿No se le quitarán las ganas de llamar a la gente si les decimos que no es nuestro problema?

–Algo se os ocurrirá –dijo la señorita Lyon, y se acercó a otro grupo.

Victoria dio unos golpecitos en su cuaderno con un boli mientras me miraba fijamente y me di cuenta de que estaba esperando a que se me ocurriera una solución para el dilema que había creado con mi título.

–¿Y si les pedimos a los oyentes que nos cuenten alguna situación en la que les hayan contestado a algo con un «No es mi problema»? –sugerí.

–Buena idea –admitió Victoria a regañadientes. Escribió otra nota. Caí en la cuenta de que a lo mejor yo también debería estar tomando apuntes y pesqué mi cuaderno de la mochila.

–Obviamente, la presentadora principal seré yo –dijo Victoria–, porque soy de último curso y tú ni siquiera querías hacerlo. Puedes intervenir durante el programa y respaldar lo que digo yo.

La verdad era que me veía bastante capaz de hacer eso.

–Vale.

–A lo mejor hay problemas en los que os podéis especializar en función de vuestras experiencias. –Oí la voz de la señorita Lyon por encima de mi cabeza. ¿Cómo lo hacía para materializarse de repente? Me giré para mirarla, pero ya no estaba.

–Da un poco de mal rollo –dije. Alana habría estado de acuerdo y se habría reído conmigo.

Victoria solo dijo:

–¿El qué?

–Nada.

–Bueno, yo soy mayor y tengo más experiencia que tú en la mayoría de los ámbitos. ¿Sobre qué problemas querría hablar la gente? –preguntó Victoria.

–Eh... –Intenté acordarme de cosas sobre las que se hubieran quejado mis amigos y mi familia en el pasado–. ¿Sobre padres, a lo mejor?

–Cierto. ¿Tus padres siguen casados?

–Sí.

–Entonces me nombro experta en el tema de los padres. Los míos están divorciados y fue muy desagradable.

–Vale.

–Va a haber muchas preguntas sobre relaciones de pareja. Consejos sobre amor y todo eso. ¿Cuántas relaciones has tenido?

–Solo una –dije, y me sonrojé al pensar en Hunter.

–Vale, pues yo otra vez. –Apuntó su nombre.

–Yo puedo dar buenos consejos sobre el lago –me ofrecí.

–¿El lago? ¿Tú crees que la gente va a querer consejos sobre el lago?

–No sé. ¿Tal vez? Sobre el mejor momento del día para ir, adónde llevar a alguien para una cita o...

Se notaba por su expresión que no creía que nadie fuese a necesitar jamás un consejo sobre el

lago, pero dijo:

–Muy bien. –Y lo escribió en el papel–. Yo juego al baloncesto y hago atletismo, así que los deportes son cosa mía.

El resto de la clase transcurrió más o menos igual. Ella se apuntó moda, deberes, profesores y amigos. Lo único que me quedé yo fue el tema de los hermanos, porque ella consideraba que la situación con mis primos era muy peculiar.

A mí me daba la sensación de que nuestra lista no hacía sino reforzar la idea inicial de Victoria de que ella daría los consejos en sí y que yo los respaldaría. E, insisto, no me parecía mal ese plan. Cuanto menos tuviera que hablar yo, mejor.

Sonó el timbre. Victoria metió sus cosas en la mochila rápidamente y salió por la puerta antes de que yo me levantara siquiera. La tensión que había estado acumulando en los hombros se liberó y respiré hondo. La clase divertida que Alana me había prometido había resultado ser más estresante de lo que esperaba.

Alana se me acercó.

–Lo voy a matar.

–¿A Frank?

Asintió.

–No me creo que tenga que trabajar con él.

–Lo siento.

–No es culpa tuya. Vámonos de aquí. ¿Quieres ir a la cafetería a por un batido?

–Ojalá, pero le prometí a Liza que la llevaría a su primer día de clases de apoyo. ¿Mañana después de clase?

–Hecho.

Anduvimos unos metros más en silencio. Sentía que se me revolvían las tripas.

–Dar consejos es lo tuyo, Alana. ¿Cómo voy a hacerlo yo? –dije mientras pateaba el suelo.

Ella me agarró por los hombros y me miró a los ojos.

–Tú puedes, Kate. Dar consejos también puede ser lo tuyo. La gente solo quiere que la entiendan y que le den una solución.

Solté una única risotada.

–Sí, exacto. No se me da bien ninguna de las dos cosas.

–Tú no te lo pienses demasiado. Te saldrá solo. Imagínate que estás sentada hablando conmigo.

Asentí y le di un abrazo. Luego nos separamos y nos metimos en nuestros respectivos coches.

El móvil se me clavó en la cadera al sentarme, así que lo saqué y lo dejé en el asiento del copiloto. Lo miré fijamente. Quería mandarle un mensaje a Hunter..., contarle la locura de día que había tenido. Él entendería por qué no quería hablar en un programa sobre cosas de las que no sabía nada, pero no había contestado mi mensaje del mes anterior. ¿Por qué iba a escribirle otra

vez? Estaba segura de que «Olvidar a alguien que ya te ha olvidado a ti» habría estado entre las diez categorías más populares del consultorio de parejas si el tema de Alana hubiera salido elegido. Metí la llave de contacto y la giré.

CAPÍTULO 6

–¿Se ha ido? –preguntó Liza. Habíamos aparcado delante de la academia donde tenía las clases, pero había metido la cabeza entre las rodillas en cuanto apagué el motor. Me sorprendió que no se hubiera dado un porrazo contra el salpicadero en el proceso.

–No tengo ni idea de a quién has visto, así que no sé si ya se ha ido.

–Una chica de mi edad y su madre, que estaban entrando en el supermercado. ¿No te dije que pasaría esto?

–¿Sabes, Liza? –dije–. Ir a clases de apoyo no es malo. Mucha gente que conozco ha ido durante años.

–Bueno, pues yo no conozco a nadie que vaya, así que no te creo.

–Vale. Creo que ya no hay peligro.

Asomé la cabeza lentamente y echó un vistazo.

–Bien. Vamos rápido. Puedes andar rápido, ¿no?

–Sí, tengo la capacidad de andar rápido, pero creía que lo de venir yo era precisamente porque no sería tan terrible que te vieran conmigo.

–Ya, pues he decidido que no tienes tanto poder. Nadie en el instituto sabe quién eres –dijo, y salió volando del coche.

Cuando la alcancé, ya estaba en la puerta.

Al abrirla, sonó una ruidosa campana que anunciaba nuestra llegada. Delante de nosotras había un mostrador alto y más allá se veía un aula grande con mesas largas. En la pared del fondo había unos pequeños cubículos. Uno de los muros laterales se componía únicamente de ventanas, lo que creaba una atmósfera amplia y luminosa. Si hubiera tenido vistas al lago, me habría apetecido traerme los deberes para poder sentarme a trabajar en una de esas mesas, pero no estábamos en Lakesprings. Las ventanas daban a un aparcamiento. Tampoco es que Oak Court no tuviera buenas vistas, porque había muchos árboles. A fin de cuentas, estábamos en Sierra Nevada. Simplemente, esta no era tan buena.

Un chico salió de uno de los cubículos y avanzó entre las mesas para llegar hasta el mostrador.

–Bienvenidas –dijo.

Ambos nos reconocimos a la vez.

–Kate.

–Diego –dije–. No sabía que trabajabas aquí.

–¿Vienes a clase?

–Mi prima. Estoy aquí por mi prima. –La señalé para demostrar mi afirmación.

–Ya, ahora entiendes por qué me da tanta vergüenza todo esto –dijo Liza por lo bajo.

La ignoré.

–¿Le vas a dar tú la clase? –pregunté.

Diego consultó un horario que tenía encima del mostrador.

–No, su tutor es Tommy. –Y gritó por encima del hombro–: ¡Tommy! ¡Tu clienta está aquí!

–¿Ves? Eres una clienta –le dije a Liza en voz baja–. Qué profesional.

–Tarde. Ya sé qué piensas en realidad.

Un chico alto con una melena castaña y una camiseta de un grupo de música salió de las salas del fondo. Liza se quedó tiesa a mi lado.

–Tommy, esta es Liza –dijo Diego.

Tommy sonrió ampliamente.

–Encantado. Hoy solo tenemos una hora, ¿no? Vamos a darles duro a esos deberes.

Liza asintió y lo siguió hasta una mesa larga, junto a la ventana.

–Tommy es genial. Está en buenas manos –comentó Diego mientras yo seguía mirándolos.

–¿Va al instituto Sierra? –pregunté, y me sentí un poco estúpida. Si Alana hubiera estado allí, me habría repetido lo de la teoría del lago contra la ciudad.

–No, está en primero en la universidad de Fresno.

Asentí. La universidad de Fresno (y sus facultades) estaba a otra hora de distancia, colina abajo.

–Ah, bien. ¿Me tengo que...? –Miré a mi alrededor. A mi derecha había sillas formando una minisala de espera.

–Te puedes sentar. O volver dentro de una hora.

–Le dije que me quedaría. –Retrocedí y me senté en una silla.

Diego seguía detrás del mostrador, como si lo estuviera vigilando.

–No tienes que hacerme de niñera. Voy a leer una revista o algo así. –Había un montón en la mesita que estaba a mi lado. Hojeé los lomos en busca de mi revista de deportes acuáticos favorita, pero no localicé su característico color verde.

–Como dato –me avisó Diego–, esas revistas tienen como tres años. Si quieres saber qué famosos estaban juntos hace tres años, adelante.

–Justo lo que esperaba averiguar hoy. Qué casualidad. –Pesqué una revista de la mesa, pero no era de cotilleo. Era de *skate*. Levanté las cejas y le enseñé la portada a Diego.

–Pues no fue casualidad –dijo.

–¿Quién ha contribuido a la selección con esto? ¿Tú? –Lo revalué. No tenía pinta de ser muy de monopatines, pero parecía que la gente ya no encajaba nunca en categorías.

–Fue Tommy. Estabas intentando adivinar si era yo, ¿verdad? Tienes una mirada muy inquisitiva.

–¿En serio? ¿Tan obvio era?

–Sí, achicas los ojos, como si me estuvieras juzgando en silencio.

–Intentaré no hacerlo.

Sonrió.

–Tampoco dije que fuera algo malo.

–Entonces, ¿alguna de estas revistas es contribución tuya?

Había cinco montones de diez.

–Sí, algunas las traje yo.

Asentí.

–¿Adivinas cuáles, jueza silente? –preguntó.

–¿Me estás pidiendo que te juzgue en voz alta? Esto no va a acabar bien.

Se rio.

–Haz lo que puedas.

Me encogí de hombros. Conocer al chico por el que Alana estaba colada podía ser divertido. Si acababan juntos, también tendría que quedar con él. Bien podía hacer el esfuerzo.

–Vale, vamos a ver... –Extendí el primer montón. Lo formaban una revista de decoración de hogares, una de cocina, varias de cotilleo, una de culturismo, una de ciencia, una de viajes, una de exploración para jóvenes y una de carpintería.

Me levanté y me acerqué a Diego.

–Bueno, se lo toma en serio –dijo.

–Enséñame las manos.

–¿Las manos?

–Sí, las manos. Extiéndelas.

–Eh... De acuerdo. –Las extendió con las palmas hacia abajo. Las tenía bonitas, con los dedos largos y las uñas cuidadas.

–Dales la vuelta.

–¿La vuelta?

–¿Vas a repetir todo lo que digo?

Sonrió con satisfacción y las giró.

Tenía unas pequeñas durezas en las bases de los dedos, pero, aparte de eso, no las tenía callosas ni ásperas. Volví a la mesa y puse la de carpintería a un lado. También aparté la de culturismo porque no tenía el cuerpo de un levantador de pesas. Tenía buen tipo, pero era más bien esbelto y tenía los músculos más tonificados que hinchados.

–¿Debería ofenderme por eso último? –preguntó.

–Desde luego. –Hurgué en otro montón de revistas que aportaban nuevas opciones: pesca, entretenimiento, deportes, paternidad (la cual añadí rápidamente a la pila de descartes),

videojuegos, música y coches-. Alucino con la amplia gama de revistas de tres años de antigüedad que tenéis aquí.

-Tenemos una plantilla muy diversa y parece que no saben tirar las cosas.

Me reí.

-¿Son revistas que lees todavía o son del Diego de hace tres años?

Él observó los montones con los ojos entrecerrados.

-Dos las leo hoy en día... en Internet. Una es de mi yo más joven.

Saqué la revista de exploración.

-Del Diego más joven -dije, y la tiré en el centro de la mesa con confianza.

-Esa era fácil.

-Cierto.

Ahora, a por las difíciles. Aparté la de videojuegos, la de pesca, la de coches, la de deportes y la de ciencias y me quedé mirando las portadas como si ellas pudieran decirme quién había pasado ratos leyéndolas. Me acordé de las uñas limpias de Diego y descarté la de coches. Volví a levantar la vista hacia él y me fijé en su cara. Su piel tenía un bronceado natural, pero se le veía una línea de piel más clara justo debajo del cuello de la camisa, así que un poco de ese color venía de haber pasado algo de tiempo bajo el sol.

-Cuánta intensidad -dijo, y cambió de postura bajo mi escrutinio.

Bajé los ojos al darme cuenta de que me estaba obsesionando con algo que seguramente a él le había parecido un juego sin importancia.

-Pues... la de pesca es una y la de videojuegos otra, supongo -dije de corrido, y me recosté en la silla para compensar esa intensidad siendo la viva imagen de la relajación.

Una lenta sonrisa le iluminó la cara, como si supiera exactamente qué acababa de pasar en mi cabeza. Pero no podía saberlo, ¿no? Me mantuve en una postura relajada.

Él salió de detrás del mostrador y levantó la revista de pesca.

-Tenías razón en esta. -Luego me enseñó la de videojuegos-. Pero te rendiste a medio camino porque te dio vergüenza y fallaste la otra.

-No me ha dado vergüenza.

-Claro que sí. Al principio eras Sherlock y de repente eras una persona a la que le daba vergüenza ser Sherlock.

Me reí.

-No se te ocurría nada opuesto a Sherlock, ¿no?

-No. -Señaló las cuatro revistas que quedaban-. Sin embargo..., ninguna de tus elegidas era correcta, Sherlock, así que no voy a obligarte a adivinar cuál era la que quedaba.

Se sentó en la silla que estaba a mi lado, rebuscó entre las revistas y sacó la de cocina.

-¿En serio? -pregunté.

–Lo sé, parece que soy un poquito interesante.

Puse los ojos en blanco.

–Para que lo sepas, yo nunca he dicho que no seas interesante. Lo que sí sé es que te metiste en medio de una conversación entre Alana y yo. Igual te sirve de lección para no espiar a los demás.

–Es justo.

–Entonces, ¿te gusta cocinar?

–Sí.

–Qué guay. –A Alana también le gustaba. Su especialidad eran los platos hawaianos, pero le encantaban todas las clases de comida y probar cosas nuevas. Igual que en muchas otras cosas en la vida, yo no me arriesgaba con la gastronomía; prefería ir sobre seguro.

Me pregunté si Alana sabría que Diego cocinaba. Se lo tendría que decir.

–No sabía lo mucho que puede decir de una persona el tipo de revistas que lee –pensé en voz alta.

–¿En serio? ¿Qué averiguaste sobre mí basándote en estas revistas? –preguntó Diego mientras levantaba las cejas.

Me di unos golpecitos en el labio con un dedo.

–He averiguado que te gusta pasar tiempo a solas para pensar o para especular sobre el mundo lejos de la gente. Puede que seas un poco reservado.

–¿Porque me gusta pescar?

–Sí.

–¿Y si voy a pescar con un grupo de amigos? –me desafió.

–¿Lo haces?

–No.

Sonreí con suficiencia.

–Y lo de cocinar... me dice que te gusta probar cosas nuevas. Que te gusta experimentar y que tienes un lado aventurero. –La verdad es que no estaba segura de nada de eso. Estaba generalizando a lo bestia basándome en unos pocos datos.

–Impresionante –dijo–. ¿Y tú, Kathryn? ¿Lees alguna de las revistas de esta mesa?

–¿Aparte de la de cotilleos desfasados?

–Aparte de esa.

El teléfono empezó a sonar detrás del mostrador y los dos tardamos un momento en reaccionar, como si nos acabáramos de dar cuenta al mismo tiempo de que Diego trabajaba ahí. Yo señalé el teléfono mientras él saltaba por encima de la mesita, se metía detrás del mostrador y respondía al mismo tiempo.

–Academia A-Plus, soy Diego. –Después de un momento, dijo–: Estará explorando por ahí. –Puso los ojos en blanco–. Sí, sí, lo entiendo. Diego y Dora son primos. Sí. Buen chiste. ¿En qué

puedo ayudarle?

Me dio un poco de vergüenza. Diego se volvió hacia el ordenador y empezó a desplazarse por la pantalla y a escribir con el teclado.

—¿Le viene bien el miércoles a las cuatro y media? —Esperó la respuesta—. Bien, ya lo tengo anotado. Gracias. —Colgó y me miró por encima el mostrador.

Me mordí el labio.

—¿Puedo serte sincera para honrar al espíritu de la honestidad?

—Adelante —dijo con cautela.

—Yo también pensé en *Dora, la exploradora* cuando supe cómo te llamabas.

Se rio.

—Me alegra saber no eres muy original. Gracias por aclarármelo.

El teléfono volvió a sonar y me sonrió mientras respondía:

—Academia A-Plus.

Me saqué el móvil del bolsillo y le mandé un mensaje a Alana:

¿A que no sabes a quién estoy mirando ahora mismo?

Me contestó enseguida.

Alana: ¿A alguien famoso?

Yo: Solo es famoso en nuestro mundo

Alana: ¿Un presentador del telediario de aquí o algo así?

Yo: ¡No! ¿Tú conoces a alguno?

Alana: ¿A quién, entonces?

Yo: A Diego

Alana: ¿Lo estás espiando? ¿Por mí? ¡Muchas gracias!

Yo: Da clase en la academia de Liza

Alana: ¡Genial! Ahora tienes una razón creíble para ir a cotillear y pasarme información.

Yo: Sí, ya he averiguado que le gusta cocinar. Creo que podrías proponerle un duelo de fogones, y así tienes una excusa para verlo fuera del instituto.

Alana: Buena idea. Intentaré mencionarlo casualmente en una conversación.

Yo: Tengo fe en que serás capaz de hacerlo.

Alana: Oye, busca alguna manera de hablar bien de mí, ya que estás ahí.

Yo: Está al teléfono, pero en cuanto cuelgue me pongo con ello.

Alana: ¡Gracias!

Pero es que no colgaba. Llamaron dos veces más. Cuando estaba con la tercera, Liza salió de detrás del mostrador y se acercó hacia donde yo estaba sentada.

—Ya estoy —dijo.

–¿Ya?

–Ha pasado una hora.

–¿Sí?

Levantó las cejas, miró a Diego y luego volvió a mirarme a mí.

Me levanté y guardé el teléfono.

–¿Tienes que reservar la segunda clase?

–No, son todos los lunes a la misma hora.

–Vale... Pues nos vamos, supongo. –Me volví por última vez hacia Diego, pues pensé que podría decirle adiós con la mano, pero tenía los codos apoyados en el mostrador y estaba pegado a la pantalla. Ni nos miró cuando sonó la campana de la puerta que anunciaba nuestra partida.

Ya fuera, le pregunté:

–¿Qué tal ha ido?

–No está mal. Tommy es majo –dijo Liza con una sonrisita.

Le di un golpecito con la cadera.

–Un chico mayor, ¿eh?

–No, no es por eso. Pero bueno.

Tanto si era por eso como si no, a Liza ya no parecía preocuparle si alguien la veía o no de camino al coche, así que Tommy debía de haberle dicho algo para que se diera cuenta de que ir a clases de apoyo no era malo. Tendría que darle las gracias la próxima vez. Porque Liza quería que volviera con ella. Y yo lo haría. Por ella.

CAPÍTULO 7

–¿Le gusta cocinar? –dijo Alana cuando la llamé nada más poner un pie en casa.

Cerré la puerta de mi habitación para que mis primos pequeños no entraran (aunque una puerta cerrada no los detendría) y la puse al día sobre el encuentro que había tenido con Diego.

–¿Ves? ¿A que es increíble? –me dijo–. Y puedo pasar por alto lo de la pesca. De todas maneras, eso se hace más bien a solas, ¿no? Sabía que estábamos hechos el uno para el otro.

–Yo llevo mil años sin ir a pescar –dije mientras me dejaba caer en el puf.

–Hasta a ti te parece aburrido, y eso que te encanta todo lo que tenga que ver con el lago.

–Yo no he dicho eso.

–Bueno, tenemos que aprovechar estas clases de apoyo en mi beneficio. Los dos hemos dejado claro que se nos da bien flirtear entre nosotros, pero eso no acaba siempre en una relación.

–¿En serio? –dije–. ¿Ha superado el examen de Alana? ¿Está listo para pasar al siguiente nivel?

–¡Sí! Y necesitamos un plan antes de la próxima clase de Liza.

–Bien, vamos a ello.

Mi puerta se abrió de golpe y la manilla dio un porrazo en la pared que seguramente añadió otra mella a la que ya estaba ahí.

–¡Kate! –gritó Cora mientras entraba a toda prisa.

Cora era la más pequeña de mis primos. Tenía cuatro años y medio, y toda la cara pringada de chocolate en esos momentos.

–¿Has comido *pudding*? –pregunté.

–¿Eh? –contestó Alana–. No, pero suena rico.

Cora estaba dando vueltas por mi habitación y pasando la mano por las paredes.

–No si lo vieras en su estado actual –le dije a Alana–. Tengo que dejarte antes de que me lo enguarre todo.

–Vale, te veo mañana en clase.

–Cora, ven aquí. –La levanté en brazos y me la llevé al cuarto de baño, al otro lado del pasillo–. ¿El *pudding* te lo ha dado la tía Maggie o te lo has llevado tú? –La acerqué al lavabo, abrí el grifo y le limpié la cara con la mano.

–No, yo, porque tengo cuatro años.

–Eso pensaba. Tienes que quedarte en la mesa mientras comes, Cora.

–¡Estaba en la mesa! Pero terminé.

Ahí me había pillado. Le sequé la cara con una toalla.

–Pues menos mal que eres así de mona. –Volví a dejarla en el suelo y salió corriendo como si le hubiera dado cuerda.

Suspiré y volví a mi habitación. Me apetecía mucho sacar la moto acuática, pero había una cosa que llevaba demasiado tiempo postergando. Tenía que escuchar más episodios antiguos del *podcast* del instituto. El miércoles se acercaba más rápido de lo que quería y no me sentía preparada.

* * *

Escuchar *podcasts* antiguos solo me sirvió para darme cuenta de lo mal que se me iba a dar ser presentadora. Los presentadores anteriores eran muy extrovertidos, listos y espabilados. Yo no era ninguna de esas cosas.

El miércoles, la señorita Lyon se situó frente al equipo de producción en el estudio de grabación del instituto. Nos estaba resumiendo lo que íbamos a hacer ese día. Yo no dejaba de echarle vistazos a la enorme ventana de cristal que había a mi derecha. Pronto estaría sentada al otro lado.

—Este es el *podcast del instituto* —decía—. Por tanto, aunque animemos a la gente a que nos llame y nos escuche, tenemos que promocionar las actividades del centro. El gran evento otoñal de recaudación de fondos del instituto Secuoya es el mes que viene, el Festival de Otoño. Cuando abráis el programa, hablad un poquito sobre eso, ¿vale? —Nos miró a Victoria y a mí.

—¡Suena bien! —dijo Victoria, y se levantó de un salto—. ¿Empezamos ya?

Yo tenía la esperanza de que la señorita Lyon quisiera que nos preparásemos un poco más. Por desgracia, asintió y señaló la puerta de la cabina de sonido. Victoria entró dando brincos y se sentó en una de las banquetas que nos esperaban.

Alana, que estaba sentada a mi lado, me susurró:

—Me parece que deberías ir con ella.

—¿Tú crees?

Me dio un empujoncito de broma.

Me levanté y entré en la cabina. El estudio de grabación se usaba principalmente en las clases de música, así que a mi alrededor vi unas guitarras, un teclado y una batería eléctrica. Lo único que necesitábamos Victoria y yo eran los micrófonos que subían desde el suelo hasta superar nuestra altura y luego volvían a bajar formando un ángulo. Había un juego de cascos grandes en la banqueta. Los recogí y me los puse mientras me sentaba.

El resto de la clase me miraba a través del cristal. A su lado estaban la enorme mesa de sonido, un sofá, teléfonos y unos ordenadores. Mallory y un chico que se llamaba Jed se encargaban de los teléfonos. Otros dos alumnos estaban sentados frente a los ordenadores, preparados para hacer comprobaciones rápidas o investigar algo cuando se lo pidieran. Alana estaba sentada en una silla giratoria, mirando su móvil. Me alegraba que su primera tarea fuera en el equipo de producción. No me apetecía nada que tuviera que cambiar de puesto y que no viniéramos al taller de la clase el mismo día.

–¡Qué emoción! –dijo Victoria a mi lado.

Me giré hacia ella y se me resbalaron los cascos por la nuca. Eran demasiado grandes. Me los ajusté. A Victoria parecía que le quedaban perfectamente. Llevaba los labios pintados de un rosa brillante, como si los oyentes fueran a verla de verdad. También se había puesto elegante: llevaba un atrevido vestido veraniego de algodón y el pelo oscuro liso, aunque normalmente lo tenía rizado. Yo llevaba mi vestuario habitual, compuesto por unos pantalones cortos y una camiseta.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta y que con total seguridad me iba a hacer parecer una rana en la grabación. A lo mejor podían arreglarlo en el proceso de edición al día siguiente.

Alana pulsó un botón en la larga mesa que había frente a ella y su voz sonó en mis auriculares.

–He mandado el tuit para que la gente llame. Los teléfonos van a volverse locos enseguida.

–Por supuesto –dijo la señorita Lyon–. ¿Listas, chicas?

–Totalmente –dijo Victoria.

Por lo visto, podían oírnos sin necesidad de que apretásemos ningún botón, porque la señorita Lyon dijo:

–Bien.

Yo no había contestado, pero no parecía importarle.

Alana levantó su cuaderno delante de mí. Había escrito: «¿Quieres que nos cambiemos?».

Yo sabía que todavía quería ponerse los cascos y hablar por el micrófono mientras yo me encargaba de la cuenta de Twitter. Me habría cambiado con ella sin pensarlo si hubiera podido. Asentí, ella sonrió y bajó el cuaderno.

La señorita Lyon me señaló.

–Estamos grabando. –Soltó el botón y apretó otro.

El estómago me dio un vuelco. Victoria se inclinó un poco hacia el micrófono y dijo:

–¡Hola, Oak Court! Bienvenidos al primer episodio de nuestro *podcast* de este año.

La señorita Lyon volvió a apretar el botón.

–No tienes que gritarle al micro, Victoria. Lo que digas se oirá perfectamente. Entusiasmo sí, gritos no. El equipo de edición puede recortar muchas cosas, pero que no tengan que retocar el volumen. –Pulsó de nuevo el botón y nos señaló.

Victoria lo intentó otra vez con el mismo entusiasmo.

–Hola, oyentes. Somos vuestras presentadoras, Victoria y Kat. Bienvenidos a *No es mi problema*. ¿Habéis escuchado esa frase alguna vez? ¿Habéis intentado compartir vuestras penas y pesares con vuestros amigos y os han contestado a su manera que no era su problema? Bueno, pues durante los próximos treinta minutos vamos a hacer nuestros vuestros dilemas. Estamos aquí para escucharos, para que tengáis un hombro sobre el que llorar. Metafóricamente, claro.

Ahora yo tenía que leer el descargo de responsabilidad. Me incliné hacia delante y pegué la boca al micrófono con un «pum».

–Uy.

–No pasa nada, luego lo arreglamos –dijo la señorita Lyon–. Continúa.

Me alejé un poco del micro.

–En realidad, me llamo Kate. –Eso tenía que dejarlo claro desde el principio–. Y, por cierto, no somos profesionales. –Me temblaban las manos mientras leía la ficha que habíamos preparado con la señorita Lyon–. Todas las opiniones que expresemos hoy son nuestras. Si crees que tienes un problema urgente y que necesitas ayuda profesional, llama al 911 o a cualquiera de los números que hemos colgado en la web.

Sí. Definitivamente, el nudo de la garganta me estaba haciendo parecer una rana.

–Y para daros un poco más de info sobre el instituto Secuoya –dijo Victoria–, que sepáis que se acerca el Festival de Otoño. La mayoría ya sabéis qué significa eso, pero para los de primero, que tal vez no, el festival es una semana de actividades en el centro seguida de un partido de fútbol americano y una feria alucinante que se celebra el viernes por la noche en el aparcamiento. Habrá juegos, comida y atracciones. ¡Tenéis cinco semanas para pedirle a alguien que vaya con vosotros y conseguir vuestras entradas!

Victoria estaba en su salsa.

Ahora era el momento del programa en el que se suponía que tendríamos nuestra primera llamada en espera. Victoria y yo miramos hacia la mesa, al otro lado del cristal. Había una ominosa ausencia de luces parpadeantes. Mallory, que estaba junto a los teléfonos, negó con la cabeza y se encogió de hombros.

–Luego quitamos los momentos de silencio –nos dijo la señorita Lyon en los cascos. Esa era una de las ventajas de los *podcasts*, nos había dicho en la clase anterior: la edición. Esto no se podía hacer en los programas en directo.

Miré a Alana y me dijo con los labios: «Lo he puesto en todas las redes».

Asentí, agradecida porque lo estuviera intentando.

–No obstante, antes de pedirnos que compartáis vuestros dilemas con nosotras –dijo Victoria con voz suave–, ¿qué clase de presentadoras seríamos si no participásemos también? ¿Verdad, Kat?

–Kate.

–Kate. Vale. Cuéntaselo a nuestros oyentes. ¿Cuál es el problema más grande que te atormenta ahora mismo?

Tragué saliva con dificultad.

–¿Ahora mismo?

–Sí.

–Pues... tener que hacer un *podcast* cuando no me gusta mucho la gente.

Alana se tapó la boca en una risotada que no pude oír, pero Victoria no se rio por lo bajo. Era una risa sonora y feliz que quedaría perfecta en el programa.

–Qué graciosa eres. Bueno, allá vamos: nuestro primer consejo oficial para este joven *podcast*: respira hondo, relaja los hombros y recuerda que solo el cuerpo estudiantil al completo del área metropolitana de Oak Court te está escuchando. –Era una presentadora nata–. Seguro que hasta nos escuchan en Lakesprings. Kate es de Lakesprings, chicos.

–No me estás ayudando –dije. Intenté relajar los hombros.

Victoria sonrió.

–No, pero lo harás genial, de verdad. La gente, aunque no sé quién será «la gente», dice que, cuanto más practicas lo que te da miedo, más fácil te resulta. Así que, cuando llevemos veinticuatro programas, te harás toda una profesional a tiempo para ver terminar nuestro *podcast*.

–Gracias, Victoria. –Seguía sin haber luces en la mesa–. Te toca. ¿Cuál es el mayor de tus problemas ahora mismo? –pregunté.

–¿Aparte de tener una copresentadora a la que no le gusta la gente? –dijo en el momento cómico perfecto. Si estuviéramos en una *sitcom*, habrían puesto risas enlatadas.

–Sí –dije en tono cortante–. Aparte de eso.

–El mayor de mis problemas es tener una talla L en un mundo que valora la XS.

Y esa era la prueba de que se me iba a dar fatal dar consejos. No tenía ni idea de qué decir al respecto. Me sorprendía que ya se hubiera abierto tanto con los oyentes. Me admiraba, pero me sorprendía.

–Supongo que tenemos que intentar cambiar los valores del mundo –me arriesgué a decir.

–Estoy de acuerdo –dijo–. Anda, parece que tenemos una llamada.

El corazón se me paró un segundo. Me concentré en aquella luz roja que parpadeaba a través del cristal. Mallory nos dio luz verde con los pulgares.

–Hola, eres la primera persona que llama a *No es mi problema*. Dinos tu nombre y cuéntanos tus penas.

–Me llamo Doug –dijo un chico–, y tengo un problema con la pizzería de aquí. Pedí una *pizza* el otro día y eran un poco agarrados con los ingredientes. Los volví a llamar y me dijeron que no era su problema, pero es que *sí* es su problema. Es *su* pizzería. ¿Sois de esos programas que se presentan en los negocios y les piden explicaciones?

–No –dije.

–Eras Doug, ¿no? –preguntó Victoria.

–Sí.

–Te acompañamos en este trance.

«¿Trance?», le dije a Alana con los labios. Ella intentó no reírse.

–La próxima vez que vayas a la pizzería –continuó Victoria–, pregunta por el gerente y mira a ver si te dan un descuento para compensar esta mala experiencia. Y diles que prefieres que pongan

muchos ingredientes. Creo que lo mejor es decírselo antes de que hagan la *pizza*, en lugar de cuando ya la tienes en el salón.

¿En serio estábamos dando consejos sobre ingredientes de *pizza*? No me lo podía creer. Sentía las miradas del equipo de producción entero sobre nosotras. Este *podcast* acabaría siendo el peor de la historia de la asignatura. La señorita Lyon nos usaría como ejemplo de lo que no hay que hacer en las clases del futuro. Me pregunté si tendríamos que cambiar el tema del *podcast* después de este programa. Igual con cambiar el nombre bastaba. También había sido una estúpida idea mía.

Intenté concentrarme. ¿Victoria seguía hablando todavía con el tipo de la *pizza*? No, ya estaba acabando.

–Gracias por llamar. Buena suerte en tu próxima misión gastronómica. –Cortaron la conexión telefónica y ella me miró–. Siempre me pongo muy irascible cuando tengo hambre, así que entiendo perfectamente cómo se sentía.

–Ya, el trance de la *pizza* escasa.

–Ahora mismo me iba a por una, escasa o no –dijo Victoria–. Qué buena.

Sonreí. La señorita Lyon señaló el micrófono, como queriendo decir que las sonrisas no se oyen. Intenté reírme un poquito. No salió bien.

Los teléfonos volvían a estar en lúgubre silencio. Sabía que la señorita Lyon había dicho que podíamos editar los momentos muertos, pero, si no había más llamadas, no habría nada con qué llenarlos. Volví a mirar a Alana para que me hiciera sentir mejor, pero ya no estaba en su puesto. La busqué por la reducida sala y se me escurrieron los auriculares por la nuca otra vez. Me los ajusté. Una luz roja parpadeó: había otra llamada.

–Hola –dijo Victoria cuando nos la pasaron por los cascos–, estás en *No es mi problema*.

–Tengo un problema –dijo una chica. La voz me resultaba ligeramente familiar, pero un poco rara. Como si estuviera intentando disimularla.

–¿Cómo te llamas?

–Prefiero no decirlo.

–Muy bien –dijo Victoria–. Un misterio. Me gusta. ¿Te gustan los misterios, Kat?

Si volvía a llamarme Kat, lo que haría mi puño en su cara no sería un misterio. Bueno, vale, lo sería, porque nunca le había dado un puñetazo a nadie en la vida. Mis pensamientos se estaban viniendo arriba.

–Me gustan los misterios –contesté–, y me llamo Kate.

–¿Y cuál es tu problema?

–Es por una amiga mía.

Tomé aire de golpe. La chica era Alana. Casi solté su nombre en el micro, pero conseguí contener la lengua.

Victoria me miró de reojo, pero dijo:

–Vale, dinos.

–Tengo una amiga. Es mi mejor amiga en el mundo entero, pero creo que no ha superado a su ex. Él se ha mudado y no ha mantenido el contacto con ella para nada, a pesar de sus esfuerzos, y aún no puede pasar página.

Podría haber matado y abrazado a Alana al mismo tiempo. Había visto que el *podcast* se iba al garete en picado y me estaba ayudando, pero había elegido hacerlo hablando de un problema que sabía que yo tenía. Chica lista.

–Esa es difícil –dijo Victoria.

–Para nada –intervine–. Dale algo de tiempo a tu amiga. Es obvio que su novio le gustaba mucho y ahora solo quiere dejar el amor a un lado durante un tiempo. ¿Qué tiene eso de malo?

Victoria me miró con los ojos como platos, obviamente sorprendida por la fuerza de mi respuesta cuando había estado tan callada todo el rato.

–A lo mejor puedes organizarle una cita a tu amiga –sugirió Victoria–. Sería una buena manera de enseñarle que hay otros peces en el mar.

–No creo que haga falta –dije–. Lo más seguro es que tu amiga sea perfectamente capaz de encontrarse un pez ella sola cuando esté preparada para volver a comer pescado.

–Nadie ha dicho nada de comer pescado, Kat –dijo Alana. Aunque no la tenía delante, prácticamente podía ver el brillo bromista de sus ojos al usar el nombre que odiaba. La perdonaría por todo eso porque me estaba salvando la vida. Me estaba salvando, aunque a ella le hubiera gustado estar en mis zapatos ahora mismo. Definitivamente, era la mejor amiga de la historia.

–Tienes razón. *Salir con ellos* es peor –dije.

–Bueno –intervino Victoria–, ya sabéis qué dicen: un clavo saca otro clavo.

–¿Quién lo dice? –pregunté.

–Vamos a citar a mucha gente anónima en este programa, así que acostumbraos. –Victoria me guiñó un ojo.

–A mí personalmente me gusta el dicho de que el tiempo todo lo cura –dije–. Tú solo sé su amiga.

–Siempre seré su amiga –respondió Alana.

–Estoy segura de que eso es todo lo que necesita –concluí.

–Tienes razón. ¡Gracias por el consejo! –dijo Alana.

–De nada –dijo Victoria–. Gracias por llamar.

Unos momentos después, Alana volvió a colarse en la sala y se sentó en su sitio. Primero la miré con los ojos entrecerrados, pero luego le di las gracias en silencio y ella sonrió.

La luz roja volvió a parpadear y me sobresalté. Percibí un ruido estático por los cascos, lo que

significaba que nos habían pasado otra llamada.

–Estás en *No es mi problema* –dijo Victoria–. ¿En qué podemos ayudarte?

–¿Este programa es como de consejos? –preguntó la voz de una mujer.

–Así es –contestó Victoria.

–¿Consejos de estudiantes de instituto?

–Sí –dijo Victoria. No sabía cómo lo hacía para mantener la sonrisa cuando el cinismo en la voz de la mujer era tan evidente.

–¿Qué os da derecho a dar consejos?

–Nada de nada –dije.

Victoria soltó su risa ensayada. Me pregunté si la practicaba de verdad. ¿Habría repetido un guion frente al espejo del baño la noche anterior como yo?

–No nos hacemos pasar por profesionales –dijo después–, solo esperamos poder ofrecer opiniones objetivas y abrir un debate.

–Pues buena suerte –dijo la mujer, y colgó.

Y ya está. No entraron más llamadas. Esperamos a que acabara la hora que teníamos asignada para el taller y la señorita Lyon apagó el equipo. Salí de la cabina de grabación con una sensación de debilidad y alivio porque se hubiera acabado. Por ahora.

–Bien –dijo la señorita Lyon cuando Victoria y yo nos unimos al resto del grupo al otro lado del cristal–. En el taller de mañana, el equipo de edición lo recortará todo. Vamos a colgarlo como introducción del *podcast* en vez de como un episodio. No creo que saquemos más de quince minutos. Luego, en clase, pensaremos más formas de conseguir que nos llamen. Esperemos que la gente capte la idea cuando escuche el primer *podcast*. –Y, como si no sospechase ya que la cosa había sido un fracaso absoluto, confirmó mis miedos al añadir–: Esta bien. No ha estado tan mal.

Frank, que de alguna manera había acabado más cerca de mí de lo que me habría gustado, dijo con el volumen justo para que yo lo oyera:

–No, ha estado peor.

Me llevé la mano a la frente y gimoteé. Quizás lo mejor que podía salir de esto fuera que me despidieran.

CAPÍTULO 8

–No quiero oírte decir que ha ido bien –le dije a Alana en cuanto salimos de allí e íbamos andando por el ancho pasillo.

–No pensaba decir eso para nada. Ha sido terrible. Habéis estado un poco fatal.

–¡Oye!

–Más que nada es que no ha llamado nadie de verdad. Que hayáis estado fatal ha sido secundario.

Abrí la puerta del final del pasillo. El calor del día mezclado con el aroma de los pinos me alcanzó de golpe. Me detuve un momento para respirarlo. Olía un poco como el lago y eso me ayudó a liberar tensiones.

–Gracias por salvarnos, aunque fuera solo un poco –dije, y la miré con agradecimiento–. Eres la mejor.

–Por supuesto. –Hizo una pausa–. Pero la verdad es que sí que me preocupas, Kate. Y lo de Hunter.

Le agarré una mano y apreté.

–Te quiero, pero no me apetece hablar sobre Hunter.

–Lo sé.

–No, en serio.

–Vale, te prometo que lo dejaré después de esta pregunta... Yo tenía razón, ¿verdad? Aún sigues colada por él. Lo sospechaba porque ni has mirado a otro chico en meses, pero pensaba que igual me estaba equivocando.

–Ya no estoy colada por él. Lo estaba durante el verano, pero ahora estoy...

–¿Colgada?

Me reí.

–¿Ni sí ni no, pero casi?

Negó con la cabeza.

–Bueno, en vez de quedarte en esa encrucijada, puedes ayudarme con mis esfuerzos románticos.

–¿Aún quieres venir conmigo a las clases de Liza el lunes para ver a Diego allí? –le pregunté mientras nos acercábamos a mi coche. Esa era la estrategia que se nos había ocurrido después de varios debates.

–¿No será demasiado obvio? –preguntó Alana mientras se retorció un mechón de pelo oscuro con un dedo.

–Un poco, pero ¿cuándo te ha detenido eso?

Alana se rio.

–Vale. Como ahora tú eres la experta consejera, voy a hacerte caso.

–Muy graciosa. ¿Cuándo se va a colgar el *podcast* en la web, entonces?

–El viernes.

–Qué bien. No puedo esperar a que salga mi debut. –No es que fuera a pasar desapercibido; la verdad es que había cosechado una buena comunidad de fieles seguidores. Tenía dos días para fingir que todo esto desaparecería.

* * *

El viento me azotaba el pelo y me golpeaba los oídos mientras prácticamente derrapaba al atravesar el lago en la moto acuática. Sabía que iba deprisa, tal vez demasiado, pero me sentía genial. Me encantaba salir al lago y hacer algo que se me daba bien. No me sentía estúpida, ni fuera de mi elemento ni juzgada. Me sentía fuerte y confiada. Me sentía libre.

Bueno, menos por el hecho de que se suponía que no debía estar ahí. Debería estar limpiando la moto. Detrás de mí, en el muelle, había un cubo de agua jabonosa que llevaba unos veinte minutos esperándome. Estaba casi anocheciendo y había una fila entera de motos que tenía que limpiar, pero, cuando llegué al muelle con el cubo en la mano, me di cuenta de que esto lo necesitaba más.

Aflojé el acelerador y la velocidad del vehículo disminuyó hasta que se detuvo. Apoyé la frente en el manillar y dejé que la tensión que acumulaba en los hombros y en la espalda se fundiera.

Por cómo me sentía ahora, relajada y feliz, mereció la pena ver la cara de mi padre cuando volví al muelle treinta minutos después, pero no necesariamente que llevara un trapo en la mano. Era evidente que acababa de hacer mi trabajo.

Suspiró.

–Kate, sé que el canto de las sirenas es fuerte, pero a veces podrías resistirte.

–Necesitaba un descanso.

–Siempre necesitas un descanso.

–Eso no es cierto. Trabajo mucho aquí.

Soltó una risita.

–No me refería a eso, sino a lo que te espera en casa: deberes, tareas, responsabilidades...

Eso no podía discutirlo.

–Lo siento.

–Corre a casa. Mamá me ha dicho que tenías que hacer los deberes antes de venir al lago.

–Lo sé. Perdón. –Seguramente, debería haberlo sentido más. Colgué las llaves y volví a casa.

* * *

Los dos días siguientes pasaron en un fogonazo. Antes de que me diera cuenta, ya era viernes por la tarde y estaba dando vueltas por mi habitación. Liza y Alana estaban sentadas en mi cama, mirándome. Las tres acabábamos de escuchar el primer episodio..., introducción... o como fuera

que la señorita Lyon lo llamara. El equipo de edición había hecho un gran trabajo al recortar todos los momentos de silencio.

–Creía que odiabas que te llamaran Kat –dijo Liza. El equipo de edición también había borrado todas las veces en las que había corregido mi nombre.

–Y lo odio. –Pero mi nombre era la menor de mis preocupaciones.

–No ha estado *tan* mal –dijo Alana por fin con las mismas palabras que había pronunciado la señorita Lyon el miércoles. Siempre que alguien tiene que decir que algo no ha estado tan mal corrobora lo contrario.

–Has estado graciosa –dijo Liza.

–Eso es –coincidió Alana–. Le has puesto el toque de gracia a la seriedad de Victoria. Casi parecía que habíais acordado hacerlo así.

–Has dicho *casi*. –Me tiré al suelo y me acerqué las rodillas al pecho.

–Tenías un poco de voz de rana, pero, aparte de esto, estuviste bien, Kate –dijo Liza, que jugaba con su coleta rubia–. No entiendo por qué te pones así.

–Gracias, Liza.

–¿En vuestro grupo habéis pensado más maneras de conseguir llamadas? –preguntó Alana.

En clase, la señorita Lyon nos había dividido en varios grupos para ver si se nos ocurrían nuevas ideas.

–La verdad es que no. –Suspiré desde mi rincón en el suelo–. Mi grupo estaba muy ocupado dándome consejos sobre cómo ser más encantadora y agradable frente al micrófono.

–Ajá, ¿y qué clase de consejos te daban? –preguntó Alana mientras cambiaba de postura sobre mi cama.

Pensé en las sugerencias que me habían gritado.

–Uno era que sonriera mientras hablaba. Para que al menos *sonase* contenta.

Liza curvó los labios hacia arriba en una sonrisa.

–¿Eso funciona de verdad? ¿Ahora sueno contenta? –nos preguntó.

–Suenas como un robot –dijo Alana–. Se supone que tienes que sonreír y mover la boca.

–¿Eso se puede hacer? –Liza practicó unas pocas veces susurrando diferentes palabras con una sonrisa incrustada en la cara.

–¿Y en tu grupo?, ¿qué han dicho? –le pregunté a Alana–. ¿Se os ha ocurrido algún plan brillante para que nos llamen más?

–No. Decían que llamaría más gente cuando saliera el primer episodio.

–¿Y en qué se basaban, exactamente? –pregunté, abatida–. ¿En mi encanto arrebatador?

–En que quieran salir en un *podcast*, supongo. –Alana se encogió de hombros.

Di unos golpecitos en el suelo con los pies.

–Quizás tengamos que decirles a todos los del taller de posproducción de los jueves que llamen

el miércoles con problemas falsos –dije al recordar cómo lo había hecho Alana–. Pueden practicar técnicas de interpretación y de modulación de voz.

Alana se escurrió de la cama y se sentó a mi lado, en el suelo. Me pasó el brazo por los hombros.

–Míralo por el lado positivo.

–¿Hay un lado positivo?

–Ya no puede ir peor que este episodio, ¿no? Ahora solo puede mejorar.

–Lo acabas de gafar. La semana que viene llamará alguien diciendo que dan la carne poco hecha en la hamburguesería de su barrio.

–O querrán que los ayudes con los deberes de Matemáticas –dijo Liza con su voz de sonrisa robótica. Luego miró su móvil–. Uy, mi madre acaba de mandarme un mensaje para decirme que es hora de cenar. Luego os veo. –Se bajó de la cama de un salto y se marchó.

Alana me apretó el brazo.

–Estás siendo muy dura contigo misma. Olvidémonos de este estúpido *podcast* por ahora, ¿vale? –Me puso de pie–. Es viernes. Vamos a buscar algo divertido que hacer.

CAPÍTULO 9

—Este hotel es del señor Young —le susurré a Alana media hora después. Estábamos frente a una puerta de metal que conducía a la piscina y al *jacuzzi*—. ¿Estás intentando que odie *más* a mi familia?

—¿Tú crees que el señor Young trabaja en todas y cada una de sus propiedades los viernes por la noche? —Alana hizo un gesto con la mano para quitarle importancia y sus enormes ojos marrones brillaron de emoción—. Por favor. Además, es el dueño de todos los hoteles de la ciudad. No tenemos otra opción si queremos irnos de *jacuzzis*.

Ese había sido el magnífico plan de Alana para la noche del viernes. Las dos llevábamos el bañador debajo de unos pantalones cortos y de una camiseta de tirantes, y estábamos listas para colarnos.

—No es el dueño del Sierra Inn —señalé.

—Cierto —dijo Alana—. Por eso el Sierra Inn no tiene *jacuzzi*.

Una pareja se acercó hacia nosotras por el camino y Alana me apartó.

—Se nos ha olvidado la llave —dijo cuando llegaron a la puerta.

Ellos usaron la suya para entrar y nos la sujetaron.

—¿Ves? Tranquila —dijo en voz baja—. Tú piensa que el señor Young te lo debe por todos los problemas que le causa a tu familia.

Miré a mi alrededor. La ristra de luces que había sobre nosotras se reflejaba en el transitado cemento húmedo. La piscina estaba iluminada con un brillante color azul y el *jacuzzi* burbujeaba y desprendía vapor blanco. Los pinos abrigaban el lateral de la valla como un muro altísimo y la luna descansaba sobre uno de ellos, como si la copa la hubiera atravesado y la mantuviese en su sitio. Era una atmósfera preciosa; entendía por qué la gente venía a Lakesprings a pasar sus lunas de miel, vacaciones familiares o escapadas de fin de semana. Lo que no sabía era por qué nadie querría irse nunca de aquí.

Alana y yo nos metimos en el *jacuzzi* y yo me deslicé hacia una esquina para que el calor me trabajara los músculos.

Me tocó un pie con el suyo.

—¿Ves? Sabía que te hacía falta. No deberías cuestionar mis planes. Siempre son perfectos.

* * *

Esa noche, después de que Alana me arrastrase a otros tres *jacuzzis*, estaba tumbada en la cama, relajándome. Aunque me lo había pasado genial con mi mejor amiga, también me gustaba pasar algo de tiempo sola. Eso me recordó un mensaje que Hunter me había mandado hacía meses. Saqué el teléfono.

No pasa nada por reponer energías con el silencio. El silencio no es estático.
Sonreí. Hunter me entendía. No, era obvio que Hunter no me entendía, porque había dejado de mandarme mensajes hacía eones. Debería haber borrado todos sus mensajes, su información de contacto y sus redes sociales para poder dejar de torturarme, pero no borré nada.

El perro del tío Tim le dio un hocicazo a la puerta y entró en mi habitación. Era grande, una mezcla con algo de gran danés. Por supuesto, vino derecho hacia mi cama y me puso el hocico en la mejilla. Me tapé la cara.

–No, PC.

Mis primos y yo lo llamábamos PC como diminutivo de Perro Comunitario, porque pasaba mucho tiempo en todas las casas. Ya ni me acordaba del nombre de verdad que mi tío le había puesto hacía dos años.

–Vamos –añadí–. Estás en la casa que no es. –Me bajé rodando de la cama y me levanté. PC me siguió por la puerta hasta el exterior de la casa y el jardín trasero. Giré a la derecha y me paré frente a la puerta corredera de atrás de casa de mi tío. Llamé a la puerta con suavidad, esperé diez segundos antes de abrirla, aparté la cortina y le dije a PC que entrara.

Mi tío Tim estaba comiéndose un bol de cereales en la encimera de la cocina. Levantó la vista cuando aparecí y una sonrisa le iluminó la cara.

–¡Kate! Hola.

–Buenas, tío. A PC le ha parecido que me hacía falta un amigo esta noche.

–Ah, perdona. –Se dio una palmada en la pierna–. Ven, PC.

Hice amago de marcharme y mi tío me llamó.

–¿Quieres cereales? –preguntó.

–Son las once de la noche.

–¿Y?

Me encogí de hombros.

–Y nada supongo. –Saqué la banqueta que había a su lado y me senté. Me dio un bol y me pasó la leche.

–¿Cómo va el nuevo curso hasta ahora? –preguntó mientras comíamos juntos. Los hijos de mi tío Tim eran los pequeños; todos seguían en preescolar o en primaria.

–Decentemente –respondí con la boca llena de cereales. PC, que se había hecho una rosquilla junto a los pies de mi tío, empezó a roncar.

–¿Y tu hermano? ¿Se está adaptando bien al instituto?

–Creo que sí. Se va a la biblioteca y lee.

–Suena bien. ¿Y tú por qué estás en casa un viernes por la noche?

–Ya he salido. Alana y yo salimos y ya he vuelto. –Esperé que no me preguntara qué habíamos hecho. No me gustaba mentir, pero nunca le diría a mi tío que nos habíamos colado en las

propiedades del señor Young. Se sentiría decepcionado y puede que preocupado. Mis padres siempre decían que teníamos que mantener una reputación impoluta para no darles munición a los Young.

–Pareces desanimada –dijo mi tío con su tono considerado.

A pesar de los esfuerzos de Alana por distraerme, mi cerebro seguía dándole vueltas a mi fracaso monumental como presentadora. Pensar que tendría que lidiar durante todo un año con algo que desde el principio nunca quise hacer no me sentaba bien.

–¿Cómo convido a mi profesora de *Podcast* para que me deje cambiar de tarea? –dije, y me giré para verlo de frente–. Es muy cabezota, pero me da la sensación de que toda la clase quiere que me cambie.

–Ah, sí.

Se me cayó el alma a los pies.

–Me estabas escuchando, ¿no?

–Sí.

No terminó la frase con un «Estuviste genial» o «Estuviste graciosa», sino:

–Se te irá dando mejor. Y no te preocupes, los de tu clase entrarán en razón.

Ay.

–Ya... Puede ser. –Nos terminamos los cereales en silencio. Me levanté y tiré lo que me quedaba de leche por el fregadero.

–No te agobies por eso, Kate. Nunca se alcanza el éxito sin fracasar antes.

Me di la vuelta para mirar a mi tío, que estaba frente a la encimera.

–Esa es una de esas cosas que dicen los adultos y que en realidad no significan nada, ¿no?

Se rio.

–Lo reitero.

–Gracias.

Quería creerlo, pero esa afirmación implicaba que el éxito *siempre* venía después del fracaso. Yo sabía que eso no era cierto.

–A lo mejor debería cambiar de asignatura –pensé en voz alta–, y apuntarme a Cerámica.

–A tu madre no le gustaría. Le hace ilusión que estés en esa clase.

–Ya. –Puse los ojos en blanco–. Está obsesionada con los *podcasts* por culpa de Alana.

Mi tío se rio.

–Yo creo que más bien quiere que encuentres algo que te apasione. Asegurarse de que aprovechas todo tu potencial y todo eso.

–Pero ¡ya me apasiona algo! –protesté–. Quiero dirigir el puerto. Es que parece que para ellos es terrible que me interese por el lago. Ellos *viven* por y para el lago.

Mi tío asintió.

–Pero no pasa nada por explorar otras opciones antes de tomar una decisión que afectará a todo tu futuro. Eso es lo que quieren tus padres.

–Lo dice el que sabía que quería pilotar aviones desde los cinco años.

Sonrió.

–Cierto.

Eché a andar hacia la puerta.

–Pero también estudié Biología porque abrir cosas en canal sonaba divertido.

Me giré y retrocedí unos pocos pasos.

–Qué raro eres.

Levantó el bol de cereales hacia mí.

–El camino que requiere menos resistencia no es necesariamente el correcto. A veces, puedes resistirte al canto de las sirenas.

Me detuve.

–¿Cómo?

–¿Cómo?

–Has estado hablando con mi padre, ¿verdad? Él me ha dicho esas mismas palabras. ¿Os habéis sentado todos a hablar de mí?

–No.

Bajé la barbilla y seguí observándolo.

–Solo se preocupan por ti, Kate.

Fruncí el ceño.

–¿Se piensan que solo quiero dirigir el puerto porque es fácil? ¿Porque soy una vaga o algo así?

–No quieren que decidas tu futuro por omisión.

–Me encanta el puerto. Puede que más que a ellos.

Mi tío alzó las manos en gesto de renuncia.

–No mates al mensajero.

Gruñí y salí andando hacia la puerta.

–Vale, no me cambiaré de clase.

Al menos, aún no.

CAPÍTULO 10

–Creía que Alana iba a venir con nosotras hoy –dijo Liza mientras aparcábamos frente a la academia el lunes por la tarde.

–Hemos quedado allí.

Alana me había explicado que no quería presentarse en el trabajo de Diego sin una razón convincente. Yo no sabía muy bien qué razón convincente se le habría ocurrido, pero hacía tiempo ya que había aprendido a seguirle la corriente. Las cosas solían ir mejor así.

Esta vez, Diego estaba en el mostrador cuando Liza y yo entramos.

–Hola, Kate, Liza –dijo.

Tommy salió de la sala de atrás.

–Hola, Liza. ¿Lista para ponerte manos a la obra?

Ella se encogió de hombros.

–No mucho.

Tommy se rio.

–Pues mala suerte, chavala. Me pagan una pasta por hacerte trabajar. –Su mirada se deslizó hasta mí–. Oye, genial el *podcast* del viernes.

Casi me atraganté de la sorpresa.

–Ah... ¿Lo escuchaste?

–Sí. Estuviste graciosa.

–¿Ves? –dijo Liza–. Eso intenté decirle yo, pero se puso a llorar por lo fatal que le había salido.

–No me puse a *llorar*. –Se me calentó la cara.

–Pues te quejaste, lo que sea.

Ahí tenía razón.

–Sí, me quejé bastante.

–Bueno, a mí me gustó el *podcast* –dijo Tommy. Luego señaló las mesas y se llevó a Liza.

Me mordí el labio superior e intenté evitar la mirada de Diego. Notaba que me estaba observando.

–¿Presentas el *podcast* del instituto? –preguntó.

–Lo sé, parezco la última persona a la que elegirían para presentarlo.

–Yo no dije eso.

Me entretuve con las revistas de la mesa otra vez. Me di cuenta de que había algunas nuevas.

–Me obligan a hacerlo. –Elegí una de las revistas nuevas, una de moda, y se la enseñé a Diego–. ¿Otro de tus *hobbies*?

–No. ¿Te gusta la ropa?

Tiré la revista y me hundí en la silla.

–No mucho. –Opté por una de las de cotilleos de hacía tres años y me puse a leer algunos artículos. Era interesante retroceder un poco en el tiempo. Algunas cosas parecían seguir exactamente igual y otras habían cambiado por completo.

No sabía cuánto tiempo llevaba hojeando la revista y preguntándome si Alana iba a aparecer de una vez. Cuando volví a levantar la vista, Diego estaba escribiendo en su móvil. Tenía una foto metida debajo de la funda transparente. Por curiosidad, dejé la revista en la mesa y me levanté para verla más de cerca.

–¿Es tu familia? –pregunté. En la foto estaba Diego con dos adultos, dos chicos mayores y una chica. Supuse que eran sus hermanos. Todos eran muy guapos y tenían una amplia sonrisa muy parecida.

–¿Qué? –preguntó.

La señalé.

–La foto.

Le dio la vuelta al móvil para verla.

–Ah, sí. Me gusta mi familia. Ya ves tú.

Sonreí. Qué bonito.

–A mí también. Casi siempre.

Diego volvió a ponerse a escribir. Estaba a punto de preguntarle qué estaba haciendo cuando el pequeño altavoz de su teléfono empezó a reproducir la voz de Victoria en el *podcast*.

Tomé aire de golpe y, sin pensarlo, me lancé hacia delante e intenté quitarle el móvil a Diego. Él lo apartó de mi alcance. Entonces, empezó a sonar *mi* voz. Le agarré el brazo e intenté que bajara el teléfono. Él se rio y se retorció para soltarse.

–En serio, Diego, no me hace gracia. Quítalo.

–Pero quiero escucharlo.

–No, te lo prohíbo. –Lo tenía agarrado por la manga y sabía que no me estaba tomando en serio, porque yo también me estaba riendo. Era una risa nerviosa, pero una risa, a fin de cuentas. ¿Cómo iba a tomarme nadie en serio si me reía? Los dos nos estábamos riendo y no se oía el *podcast*, pero sí la campanilla de la puerta al abrirse.

–Alana –dijo Diego, y me giré.

–¿Me estoy perdiendo algo divertido? –preguntó Alana.

En ese momento de silencio, mi voz habló por el móvil de Diego:

–«Tener que hacer un *podcast* cuando no me gusta mucho la gente».

–¿Odias a la gente? –me preguntó Diego.

–Solo a la que intenta hablar con ella –respondió Alana por mí.

–Quítalo, por favor –dije. Esta vez, era obvio que estaba siendo sincera.

Diego bajó el teléfono y tocó la pantalla. La sala se quedó en silencio.

–Gracias –dije.

–Te he traído el libro de Mates, Kate –dijo Alana–. Te lo he dejado en el coche.

–Ah, gracias. –Ella no tenía mi libro de Mates. Parecía que esa era la *razón convincente* que se había inventado.

–¡Anda, ropa! –Alana se sentó, puso los pies en la mesita y empezó a hojear la revista.

–Dos preguntas –comentó Diego mientras me alejaba del mostrador y me sentaba junto a ella–.

Una: ¿por qué te parece que el *podcast* fue un fracaso? Y dos: ¿no odiabas que te llamaran Kat?

–Lo odio. Han editado todas las veces en las que corregí a Victoria. Y el *podcast* fue un fracaso porque no llamó casi nadie.

Tommy gritó desde el fondo, como si pudiera estar siguiendo la conversación:

–¡Tú sigue siendo graciosa y la gente llamará!

Me sonrojé por el halago.

Alana se levantó como si nada, seguramente para echarle un vistazo a Tommy, pero fingió que observaba los cuadros de la pared.

–Ah, ¿sí? –murmuró mientras volvía a sentarse–. ¿Estás saliendo ya de la encrucijada del «ni sí ni no, pero casi»?

Yo respondí con el mismo tono.

–No, Liza se está colando por él. Está prohibido.

–Anonimato –dijo Diego.

–¿Eh? –preguntamos las dos a la vez, que desviamos la atención de nuestra conversación privada hacia él.

–La gente no va a llamar para contaros cosas personales si existe la posibilidad de que los oyentes sepan quiénes son –dijo mientras apoyaba los codos en el mostrador–. Bueno, tal vez alguien lo haga, pero tendréis más posibilidades de triunfar si los que llaman pueden ser anónimos.

–Es verdad –dijo Alana.

Claro que lo era, y no sabía por qué no se me había ocurrido antes. Hasta Alana, que era la persona más extrovertida del universo, había intentado ocultar su identidad cuando llamó. En parte era porque no quería que la clase supiera que me estaba salvando el cuello, pero también porque no quería que el mundo entero se enterase de sus problemas... Bueno, de los *míos*.

–Tienes razón –dije–. Es muy buena idea.

–Lo es –dijo con una sonrisa de satisfacción–. De nada.

Anonimato. Como cuando la gente no ponía su nombre real al escribir cosas en Internet.

–Y por *e-mail* –dije–. Tenemos que decirles que también pueden mandarnos *e-mails*. A algunas personas no les gusta hablar en público, ¿no?

Diego asintió.

–Cierto. Los *e-mails* ayudarían.

–La señorita Lyon se va a quedar de piedra con estas ideas tan prácticas. –Alana pescó una revista de cocina del montón de la mesa–. Ay, me encanta cocinar.

–A mí también –comentó Diego.

–¿En serio? –preguntó.

Diego me miró como si se estuviera preguntando si se lo habría dicho yo. Evidentemente, sí.

–Genial –continuó Alana como si nada–. Tendremos que intercambiar recetas.

–En un duelo de fogones o algo así –dije.

Ella me lanzó una mirada de advertencia, como si se hubiera estado preparando para decir eso mismo.

–¿Me estás desafiando? –preguntó Diego.

–Pues sí –respondió Alana.

Diego le dedicó una amplia sonrisa.

–Acepto.

Tommy y Liza aparecieron por el otro lado del mostrador. Él dijo:

–Si alguien va a cocinar, yo estoy disponible para comérmelo.

–Ídem –dije yo.

Tommy me señaló.

–Kat y yo vamos a ser compañeros de viandas.

–Es Kate –lo corrigió Diego antes que yo.

–¿Y por qué te llaman Kat en el *podcast*? –preguntó Tommy.

Suspiré.

–Es una historia muy larga.

–Pues a mí «Kat» me gusta –dijo–. Es atrevido, te hace parecer segura de ti misma. Queda bien con la actitud que tienes en el programa.

–¿Tú crees? –pregunté.

–Totalmente.

–Estoy de acuerdo –intervino Alana–. Tienes que llamarte Kat en el *podcast*, está claro. Kat es mordaz y sarcástica. «Kate» no pega tanto con ese personaje.

Liza no había venido a la mesa con nosotras todavía; estaba al lado de Tommy y lo miraba con ojos de corderito.

–¿Qué te parece, Liza? –pregunté.

–Estoy de acuerdo con Tommy. Kat mola.

Diego no me dio su opinión y yo no se la pedí. Siempre había odiado el nombre de Kat, pero también odiaba un poco el *podcast*. A lo mejor podían ir de la mano.

–Bueno, hora de irse –dijo.

Alana recogió la mochila y miró a su alrededor.

–Ya que estoy en una *academia*, ¿alguno de los dos tiene un minuto para ayudarme con un problema de álgebra que no me sale?

–Yo te ayudo –dijo Diego, y le hizo sitio en el mostrador. Alana se puso de lado para colocarse a su lado con el libro hasta que sus hombros se tocaron. Él no se apartó. Y así dejó a Alana sola con Diego. Se colaría por ella antes de que pudiera resolver la ecuación.

CAPÍTULO II

Estaba sentada en el muelle del puerto y frotaba la moto acuática número cuatro con una esponja y jabón. Tenía el teléfono en el bolsillo de las bermudas y los auriculares bien encajados. Llevaba quince minutos escuchando el *podcast* de *Primeras citas* que me había recomendado Alana y me había reído ya unas cincuenta veces. Eso eran como tres veces por minuto. No me extrañaba que Alana quisiese que lo escuchara. Era bueno. Y yo necesitaba mejorar.

Iba a mejorar. Principalmente, para darles a los demás en los hocicos. ¿Mis padres creían que estaba eligiendo el lago y el puerto porque era fácil? Pues mejoraría en el *podcast* para demostrarles que mi elección seguiría siendo la misma. Así se darían cuenta de que sabía exactamente lo que quería, independientemente de lo que se me diera bien.

–Yo creo que, si tuviera una primera cita cada semana –decía Samantha, una de las presentadoras–, me ahorraría unos cien pavos en comida al mes.

–¿No pagas nunca? –preguntó Tami, la otra presentadora.

–Siempre me ofrezco a pagar en la segunda cita. Así ahorro más dinero todavía.

–¿Por qué?

–Porque no suelo tenerlas.

Solté una risita. Aunque el *podcast* de *Primeras citas* me hacía sentir peor sobre mis habilidades como presentadora, sí que me hacía sentir un poquito mejor sobre mi vida amorosa. Y con los pies colgando sobre el lago, todo era siempre mejor.

–Me gusta esta estrategia –dijo Tami–. ¿Por qué no se me había ocurrido antes?

–Hemos estado muy ocupadas hablando de desparasitar gatos, vender coches usados y abrir *food trucks* con un menú basado en los aguacates –respondió Samantha. La gente con la que quedaban siempre hablaba de cosas muy raras, pero por eso era tan gracioso el programa.

–Cierto –dijo Tami–. Hemos aprendido muchas cosas en nuestras primeras citas. Y con vosotros también, queridos oyentes, así que no dejéis de mandarnos cosas. Vuestras miserias nos alimentan.

Samantha y Tami tenían una dinámica infinitamente mejor que la nuestra. O que la mía, vamos. Victoria era genial. Habría encajado perfectamente con Samantha y Tami.

Mientras el *podcast* pasaba los anuncios, agarré la toalla doblada que tenía a mi lado y sequé el asiento de la moto. Estaba anocheciendo y el sol pintaba el lago de naranja y de rosa. Me quedé mirando a una lancha que surcaba el agua con un esquiador detrás.

Alguien me quitó un auricular de la oreja y me giré. Mi padre estaba ahí, de pie.

–Hola –dije mientras me quitaba el otro auricular.

Él sonrió.

–Hola, bienvenida al mundo real otra vez.

–Perdona, ¿me estabas llamando?

Se quitó la gorra y se pasó una mano por la calva.

–¿Qué escuchas?

–Un *podcast*.

–¿Para clase?

–Más o menos.

–¿Has acabado con esto? –dijo mi padre mientras señalaba las motos.

–Casi.

–Vale. He cerrado el puerto. ¿Quieres echarle el candado a la puerta cuando salgas?

–Sí.

–Gracias, hija.

Volví a ponerme los auriculares. No había parado la reproducción, así que tardé un segundo en recuperar el hilo del programa, pero nada más. Solo un segundo. Así enganchaban las presentadoras. En eso tenía que trabajar yo: en enganchar más.

* * *

Miré fijamente el micrófono. Se alzaba imponente delante de mí. No podía creer que la señorita Lyon siguiese queriendo que lo usara yo.

–Recordad, chicos –dijo su voz a través de los cascos, lo que desvió mi atención del micro hacia el grupo reunido al otro lado del cristal–. Si reconocéis la voz de los que llaman, espero que cuidéis su privacidad, porque no la disimularemos hasta el proceso de edición. Tenemos que ser fieles a nuestros principios morales como informadores.

Durante la clase del día anterior, Alana y yo sugerimos que las llamadas fueran anónimas y que pudieran mandarnos correos electrónicos. A todo el mundo le había encantado la idea, incluida la profesora. Desde entonces, Alana se había dedicado a ensalzar nuestra nueva política de privacidad en las redes sociales.

Me ajusté los cascos.

La señorita Lyon dio una vuelta completa.

–Tenemos a alguien consultando los correos, ¿verdad? –preguntó.

Una chica llamada Jamie levantó la mano.

–Genial, a ver si nos entra algo bueno. ¿Y asumo también que se ha recordado en las redes sociales?

Alana levantó su móvil.

–Los últimos mensajes llevan saliendo treinta minutos.

–Ya tenemos a dos personas en espera –dijo Mallory.

–¿Sí? –pregunté, sorprendida.

–Pues vamos a empezar –dijo Victoria. Era obvio que tenía muchas ganas.

La señorita Lyon apretó el botón de GRABAR y nos señaló para que empezásemos a hablar.

Victoria se inclinó hacia delante.

–Buenas, oyentes. Somos Victoria y Kat, de *No es mi problema*. Ya os presentamos el programa la semana pasada y estamos listas para meternos de lleno en un episodio entero, ¿verdad, Kat?

Iba a corregirla, pero me callé. Me acordé de lo que había dicho Tommy, que ese nombre encajaba con mi forma de actuar en el programa. A lo mejor podía ser quien yo quisiera en el *podcast*. A lo mejor podía ser esa voz que no dejaba salir de mi cabeza la mayor parte del tiempo.

–Bueno, de lleno no lo sé –dije–, pero voy a meter los pies, por lo menos.

Victoria se rio como un pajarillo.

–¿Por qué no nos recuerdas nuestro descargo de responsabilidad?

–Vale. No somos profesionales. Ni de casualidad. Si tenéis alguna emergencia real, llamad al 911 o a cualquiera de los números que ponemos en la web.

–Y hablando de la web –dijo Victoria–, ahora tenemos la opción de que nos mandéis correos electrónicos si no os gusta hablar en directo. Lo entendemos. Sois tímidos, pero aun así tenéis problemas, así que ponédlos por escrito y haremos todo lo posible por ayudaros. Parece que ya tenemos una llamada en espera. Vamos allá.

Oí el chasquido de la conexión con la llamada por los auriculares.

–Estás en *No es mi problema* –dijo Victoria–. Te escuchamos.

–Soy anónima, ¿no? –Eso fue lo primero que dijo la chica–. ¿Sueno como Batman o algo así?

–O algo así –dije, porque en ese momento no sonaba como Batman ni como cualquier otra versión disimulada de su voz normal. Eso se cambiaba en el proceso de edición.

–Sí, claro. Nadie va a saber quién eres. Quéjate todo lo que quieras –dijo Victoria.

–Es por el señor Grady.

–¿El profesor de Biología del Secuoya? –preguntó.

–Sí, ese. Es el peor profesor del mundo.

Me dio un poco de apuro y miré a la señorita Lyon. La profesora no hizo ademán de indicarnos que detuviéramos las blasfemias de Batman. De hecho, movió la mano hacia un lado, como queriendo decirnos que continuásemos.

–¿En qué sentido? –preguntó Victoria.

–Se le da fatal dar clase; se pone a contarnos historias personales suyas durante toda la hora y luego espera que nos sepamos las respuestas en los exámenes sin que nos las haya enseñado.

–¿Habéis intentado decírselo?

–Yo no, pero lo ha intentado tanta gente que ya sé el resultado: notas más duras en los deberes. No, gracias.

–¿Y si le pedís una guía de estudio de cada unidad? –sugerí.

–Sí –coincidió Victoria–. Así, podéis ir rellenándola mientras él os cuenta su vida. Si tenéis alguna pregunta, levantáis la mano y se lo decís. A lo mejor así recupera el hilo.

Hubo un momento de silencio y pensé que Batman nos iba a explicar por qué no iba a funcionar, pero dijo:

–Pues no es mala idea. Gracias.

Cuando colgó, la señorita Lyon dijo:

–Luego recortamos el nombre del profesor.

Eso también sería una buena idea, porque así evitábamos que todos los alumnos tuvieran que sufrir su ira.

–Tenemos otra llamada –dijo Mallory–. También quiere ser anónima.

–Estás en *No es mi problema* –dijo Victoria–. ¿En qué podemos ayudarte?

–Hola. Mi novio quiere presentarme a sus padres –dijo la chica–. Y no en plan «Oye, vente a casa y saludas», sino en una cena formal en un restaurante fino. ¿Una cena formal? ¿Y eso qué significa? ¿Que habrá más de un tenedor y que tendré que fingir que me gusta el roquefort?

–¿Qué es el roquefort? –preguntó Victoria.

–Es un queso. Y da mucho asco –dije. Yo solo lo sabía porque mi tía llevaba un cáterin.

–¿A que sí? –dijo la chica–. Qué asco. No puedo fingir que me gusta eso.

–Pues no finjas –dijo Victoria–. Su familia tiene que conocerte a ti, no a una versión inventada, así que sé auténtica.

–Y no pidas queso –dije.

–¿Y qué me pongo? –preguntó.

–Respira hondo –dijo Victoria. Tenía razón; la chica parecía estar al borde de un ataque de pánico–. Ponte algo que ya tengas. Que sea bonito, pero no muy vistoso. Busca en Google algunas normas de etiqueta para que luego estés más cómoda con la cubertería. Y sé tú misma. A mí me pareces absolutamente encantadora.

–¿En serio? –preguntó la chica con voz de sorpresa, pero aliviada.

–Sí. Eres muy maja y hablas muy bien –dijo Victoria para alentarla.

–Gracias.

–Buena suerte.

Decidí que Victoria llegaría a ser presidenta algún día.

Mallory negó con la cabeza para indicarnos que no había más llamadas.

Vi que Jamie decía algo, pero no la oía.

La señorita Lyon apretó el botón para incluirnos en la conversación.

–Jamie dice que han llegado unos correos muy interesantes. Kat, voy a pasarte el iPad para que los leas. –*Ella* también me llamaba Kat ahora?

La profesora abrió la puerta, me dio la tableta y me señaló dónde me esperaban los correos.

Había dos y ninguno tenía asunto, así que no sabía qué esperar de ellos. Abrí el primero y lo leí en alto frente al micrófono:

—«Kat, resulta que a mí sí que me gusta el roquefort. Es de los mejores. Igual deberías guardarte tus opiniones de paleta para ti».

Solté un gruñido.

—¿Es un juego de palabras? ¿Las paletas son un tipo de opinión o no lo estoy pillando? Y este programa no es en directo. ¿Cómo sabe qué opino sobre el queso?

Alana levantó su móvil para indicarme que lo estaba tuiteando todo en directo.

Victoria habló al micro:

—Uno de nuestros compañeros está comentándolo en Twitter, Kat. Deberías haber pensado en los amantes del queso antes de hacer una afirmación tan categórica.

—Que conste que soy muy tiquismiquis con la comida, así que mi opinión no es objetiva —dije.

—Vamos a pasar al siguiente correo —dijo Victoria mientras señalaba el iPad.

—«Queridas Victoria y Kat: quiero pedirle a alguien que vaya al Festival de Otoño conmigo, pero no dejo de ver invitaciones superelaboradas, y creo que yo no puedo ni compararme. Un chico ha escrito su invitación con letras de tres metros con tizas para asfalto en el aparcamiento y luego les ha hecho una foto con un dron. ¿Es eso lo que esperan las chicas? ¿Me dirán que no si simplemente me acerco y se lo pido?».

Terminé de leer y recuperé el aliento. Quedaban solo cuatro semanas para el Festival de Otoño y me pregunté si nos llegarían un montón de preguntas de ese tipo.

Victoria titubeó un poco.

—Supongo que tienes que saber *a quién* se lo vas a pedir. Por ejemplo, no creo a Kat le importase que se lo pidieras de forma sencilla, pero yo esperaría que me dibujaras letras de tres metros. ¿Te has enterado, Brian? —Hizo una pausa y añadió—: Brian es mi novio.

—Perdona, ¿eh? —dije, aunque tenía mucha razón sobre mis preferencias—. No creo que la cuestión sea la simpleza o la complejidad de la invitación, sino la atención y la sinceridad.

Victoria asintió.

—En eso estoy de acuerdo. Brian, cuando me dibujes las letras de tres metros, que sean sinceras.

—Tenemos otra llamada —nos dijo Mallory por los cascos, y nos la pasó.

—Buenas, te damos la bienvenida a *No es mi problema* —dijo Victoria.

—Hola.

—¿En qué podemos ayudarte? —preguntó.

—Soy anónimo, ¿no? —La voz era grave y ronca, como si no esperase que se la disimulásemos y quisiera cambiarla él.

—Sí, tranquilo —dijo Victoria—. ¿Tienes algún problema que quieras contarnos?

—Sí. Es sobre mi familia. Están tan centrados en mi futuro y en lo que me va a costar llegar hasta

él que a veces siento que no me dejan vivir el presente. Todo son tareas, instancias para las facultades, exámenes y estudiar. No tengo tiempo para nada más. Parece que no quieren que tenga vida social hasta que acabe *la universidad*.

–¿Quieres preguntarnos algo sobre esto? –dijo Victoria.

–¿Cómo consigo que mis padres se relajen un poco y me dejen hacer algo que no esté relacionado con los estudios y el trabajo? –preguntó.

–¿Y si te haces un horario? –sugirió Victoria. Me pareció bastante ingenioso–. Así puedes reservarte tiempo para estudiar y para socializar. No esperarán que comas, bebas y respires deberes.

–Igual es buena idea –dije. A veces, los padres exigían demasiado.

–¿Tienes algún consejo, Kat? –La forma en la que dijo mi nombre me resultó personal. Y la voz ronca tampoco me estaba ayudando. Me dio un escalofrío.

–No. O sea, no lo sé –dije–. Pero entiendo qué se siente cuando tus padres esperan cosas de ti y no se corresponden con tus deseos.

–¿Hay alguien especial con quien quieras pasar más tiempo y todas estas obligaciones te están estorbando? –preguntó Victoria.

Él tosió, titubeó un momento y dijo:

–No.

–Pues eso no ha sonado a no –le rebatió Victoria.

–Bueno, me gusta alguien, pero esto no va con ella.

–¿Sabe que te gusta? –insistió Victoria.

–No. –Fue todo lo que dijo–. Pero ahora tengo algo en qué pensar. Voy a intentar lo del horario. Gracias. –Y colgó, tal cual. Victoria lo había ahuyentado.

Victoria se abanicó la cara y me dijo con los labios que qué voz más sexi. Yo estaba de acuerdo.

El reloj de la pared indicaba que habían pasado cuarenta minutos. Definitivamente, podíamos recortarlo a treinta. Victoria también debía de haberse fijado, porque dijo:

–Esto es todo por hoy. ¡Gracias por escucharnos! Volveremos la semana que viene, así que podréis llamarnos en otra ocasión si hoy os ha dado vergüenza. No damos mucho miedo. Bueno, Kat sí que da un poco, pero la tenemos detrás de un cristal, así que estaréis a salvo. –Le di un empujón en el hombro y se rio–. Hasta la próxima.

La señorita Lyon abrió la puerta que unía ambas salas.

–Muy buen trabajo, equipo. Ya nos estamos afianzando. El grupo de posproducción lo editará mañana. Podéis iros ya.

Alana me dio la mano al salir del estudio de grabación.

–Hoy lo has hecho mejor.

–¿Tú crees?

–Mucho.

–Victoria lo hace bien, yo solo me dejo llevar. –De hecho, yo apenas aportaba nada. Si no estuviera Victoria, no habría *podcast*.

No obstante, también había algo que me incomodaba. Algo que no terminaba de encajarme.

–¿Has reconocido la voz del último chico que ha llamado? –le pregunté.

–No, pero la estaba cambiando.

–Ya.

–¿La has reconocido *tú*? –preguntó Alana.

–Puede... Creo... –Me mordí el labio—. ¿Era Diego?

–¿Cómo? No.

–Yo creo que sí. Y, si era él, ya sabes lo que significa, ¿no?

–¿El qué?

–Ya lo has oído. Le gusta una chica. Una chica con la que le gustaría pasar más tiempo. Estaba hablando de ti, Alana.

Alana abrió mucho los ojos.

–Eso es mucho suponer.

–¿No decías que habíais tenido una sesión de flirteo intenso el otro día en la academia? Le gustas.

–¡Chist! –siseó, como si estuviera escondido en los pasillos del instituto con la oreja puesta.

Bajé la voz.

–Ha dicho que quería pasar más tiempo con la chica que le gusta, pero que su familia no le deja. –Me detuve de repente al recordar la foto que Diego tenía en la funda del teléfono.

–¿Y qué? –preguntó Alana.

–A lo mejor *no* era Diego. Parece que él está muy unido a su familia. Se llevan bien.

Alana se encogió de hombros.

–Que te lleves bien con tu familia no quiere decir que no podáis tener desavenencias.

–Cierto –dije—. Entonces, ¿crees que era Diego?

–No, solo te estaba señalando un error de lógica. Sigo diciendo que estás asumiendo demasiadas cosas.

–Pero, si es él, lo de que no tiene tiempo puede ser la razón por la cual no te ha pedido salir todavía. Sabe que no está para relaciones ahora mismo.

–Puede ser.

No estaba totalmente segura de que fuera él, pero de alguna manera lo averiguaría. Porque, si lo era, no me cabía duda de que lo único que necesitaba era un empujoncito para acercarse a Alana. Y yo podía ayudar con eso.

CAPÍTULO 12

El fin de semana del Día del Trabajo, a principios de septiembre, era una de las épocas de más afluencia en el puerto en todo el año. Era como si la gente se diese cuenta de que se estaba yendo el calor y estuvieran intentando absorber hasta el último minuto de sol.

–Adivina quién no tiene que ir a la academia porque es el Día del Trabajo –dijo Liza toda contenta. Estaba sentada junto a un perchero con bañadores en la tienda, sin mover un dedo para ayudar. Yo estaba junto a la caja registradora, detrás del ordenador. Max estaba en la trastienda, abriendo un pedido que nos había llegado por la mañana.

–Ah, ¿no? –le pregunté. La verdad es que me sentí un poco decepcionada. El plan era ayudar a Alana con Diego, y la academia nos había venido muy bien para ello. Además, quería comprobar si tenía razón en lo del *podcast*, si era Diego el chico misterioso que nos había llamado. Necesitaba hablar con él bastante rato para averiguarlo.

–No –dijo Liza, radiante–. Y mi madre tampoco ha cambiado la sesión para otro día de esta semana.

–Qué suerte. –Le di un toquecito con el pie en la pierna–. ¿No vas a echar de menos a Tommy?

–Ja, ja –dijo, pero bajó la vista al suelo. Seguramente para esconder el rubor de sus mejillas.

Mi padre apareció en la puerta.

–Kate, ¿puedes ver dónde está la moto siete con el GPS?

–Claro. –Todos los vehículos de alquiler llevaban un GPS para poder rastrearlos. La cobertura en el lago fluctuaba de vez en cuando y la gente no podía llamar al puerto si se quedaba encallada–. Está en la cala –dije cuando me salió su ubicación en el ordenador.

Mi padre suspiró.

–Eso me temía. Llevan una hora de retraso. La persona que la tiene reservada ahora ya está aquí.

–Se habrá quedado sin gasolina –dije, y mi padre asintió–. ¿Quieres que vaya a ver?

Liza se levantó de un salto.

–Yo puedo quedarme en la caja.

–Vale –dijo mi padre.

Teníamos una moto acuática más pequeña y antigua que ya era demasiado vieja para mantenerla en la flota, pero que usábamos en situaciones como esta, cuando las demás estaban alquiladas. Me llevé las llaves, un chaleco salvavidas y una cuerda y fui para allá. Desaté la moto con una enorme sonrisa en la cara. No debería alegrarme porque alguien se hubiera quedado encallado o entregara una moto tarde, pero eso significaba que podía salir al lago un ratito.

Cuando pasé las boyas de los ocho kilómetros por hora, giré el manillar y aceleré. El agua salía disparada a ambos lados de la moto y me rociaba las piernas. El lago estaba un poco agitado y cubierto de barcos. Las secuoyas resaltaban como una franja verde contra el cielo azul, y también había puntos con árboles del color del óxido, árboles moribundos. Algunos estaban sufriendo los efectos de la sequía. Otros, los de la plaga de escarabajos que había habido en la zona hacía algunos años.

La cala estaba delante de mí, oculta por una curva del lago y un saliente de rocas y vegetación. Cuando rodeé esa esquina, lo primero que vi fue una lujosa lancha con el motor apagado. Había dos chicos dentro: uno parecía de mi edad e iba al timón, mientras que el otro debía de andar en la veintena y estaba a su lado, hablando. Debería haber reconocido al instante que el vehículo era de los Young, pero no lo hice hasta que reparé en quien lo conducía: Frank.

Gruñí y aceleré aún más. Cuando Frank me oyó llegar, se dio la vuelta. Nuestra moto estaba quieta y aparcada junto a la lancha. No la ocupaba nadie. Miré a mi alrededor por el lago para comprobar si el conductor andaba cerca. Luego caí en que nuestro cliente debía de ser el chico de veintitantos con el que estaba hablando Frank en su propio vehículo. Fui frenando hasta que me paré junto a ellos.

—Anda, al final han mandado a alguien, Cody —le dijo Frank al otro chico. Luego sonrió como un engreído y añadió—: Parece que volvéis a tener una moto fuera de servicio.

Yo debería haber contestado: «¿Volvemos? Estas motos solo están fuera de servicio si los conductores hacen un mal uso de ellas», pero no lo hice. No solo porque había un cliente delante, sino porque mi madre me tenía dicho que nunca les diera a los Young una razón para ir a por nosotros. Si íbamos siempre por el buen camino, no podrían ponernos trabas. Lo que pasa es que esa analogía no funcionaba muy bien, porque parecía que los Young se las apañaban siempre para poner trabas sin importar el camino por el que fueran ellos.

Agarré el manillar izquierdo de la moto aparcada y apagué mi motor. Fue entonces cuando me di cuenta de que Frank la había atado. Iba a remolcarla él mismo.

—¿Qué ha pasado? —grité para que me oyera el cliente. Frank lo había llamado Cody.

—No lo sé —contestó—. Dejó de funcionar y ya.

Me incliné hacia delante para ver los controles. La llave de contacto estaba puesta y la giré. El indicador de la gasolina no se inmutó.

—Te has quedado sin combustible. —Puse el dedo en el indicador—. Tienes que echar un ojo y llenar el depósito cuando se vaya a acabar.

—¿Cómo? —gritó Frank desde arriba, desde la lancha—. No se te oye desde ahí abajo. ¿Por qué no te subes con nosotros, Kat?

Respiré hondo para tranquilizarme y no decirle cuatro cosas. Eso solo me haría parecer la mala. Até mi moto con la cuerda a la parte de atrás de la que estaba encallada y pasé por encima

de los dos asientos para subirme a la cubierta trasera de la elegante lancha de los Young. Frank me extendió una mano, pero la ignoré y bajé de un salto a la sección principal para unirme a los dos chicos.

La lancha era increíble: tenía una pantalla táctil retroiluminada en el salpicadero, encima del timón, posavasos de acero inoxidable, unos lujosos bancos largos en la parte de atrás, la proa abierta y dos sillas de capitán en el medio. Tenía hasta un banco que miraba hacia atrás en la cubierta. ¿Y era eso un cuarto de baño pequeñito en un compartimento? Si no odiase a Frank, le habría pedido que me hiciera un *tour* por el barco.

Pero lo odiaba. Y él no necesitaba un chute de ego.

–Decía que tienes que vigilar el indicador de la gasolina para que no se te acabe –le expliqué a Cody.

–Ah –dijo–. No me lo había dicho nadie.

Yo sabía que eso no era verdad. Era una de las primeras cosas que decíamos a la gente cuando alquilaban las motos.

–No tengo que pagar por entregarla tarde, ¿no? –añadió–. Llevo aquí encallado una hora. Habría llegado a tiempo.

«Si hubieras prestado atención –quería decirle–, no te habrías quedado encallado.» Sin embargo, mis padres no lo habrían visto bien. La atención al cliente era de vital importancia.

–No, no pasa nada –dije–. Si vuelves a bajarte a la moto, te llevo.

Cody miró a Frank, como si él tuviera algo que ver.

–Le he dicho que la remolcaría yo –dijo Frank.

–No, no te preocupes. Ya lo hago yo.

Fui a saltar otra vez por encima de los asientos, pero Frank me detuvo.

–Ya la tenemos atada y lista. Iremos más rápido así –dijo.

Pensé en mi padre y en el cliente que estaba esperando en el puerto. A lo mejor, si Frank veía cómo estaba el negocio durante nuestro fin de semana más concurrido, se daría cuenta de que no nos íbamos a ir a ningún sitio.

–Vale, os veo allí. –Y me bajé de la lancha.

–También puedo llevarte a ti –dijo Frank.

Miré el lateral para comprobar que había atado la moto desde atrás y no desde un lado para que no chocaran. Luego asentí. Frank encendió el motor. Este rugió al cobrar vida y demostrar su poderío.

Cody soltó una exclamación apreciativa y se sentó en el banco. Frank ocupó su puesto en el asiento del conductor y me indicó que ocupara la otra silla de capitán. Lo hice, pero me giré para estar pendiente de las motos.

–Relájate, Kat –dijo Frank–. Tus motos de juguete están a salvo.

–Me llamo Kate –dije.

–Creía que te lo habías cambiado, que te estabas redefiniendo.

Cody me salvó de tener que responder al decir:

–No me funciona el teléfono aquí.

–La cobertura no es muy buena –dije–. A lo mejor los Young deberían instalar un repetidor.

–Pues igual sí –dijo Frank.

No me habría sorprendido si lo hubieran estado planeando ya.

–¿Te gusta el *wakeboard*? –preguntó. Al principio pensé que se estaba dirigiendo a Cody, pero luego me di cuenta de que me estaba hablando a mí.

–Sí. –Me encantaba el *wakeboard*. Cuando teníamos alguna lancha libre y toda la familia estaba disponible, mis padres nos llevaban a Max y a mí, pero no tan a menudo como me habría gustado.

Frank señaló su tabla con la barbilla. Estaba sujeta a la torre de la lancha.

–Un día te llevo.

–¿Eh? –¿Por qué estaba siendo generoso? No lo entendía. Este comportamiento era diametralmente opuesto al de la semana anterior–. No.

Los ojos de Frank lanzaron un destello de fastidio, lo cual me confirmaba que había hecho bien en cuestionar sus propósitos, pero no dijo nada más.

Frank paró junto a los surtidores de gasolina del puerto para demostrarme que había oído perfectamente lo que le decía a Cody sobre el combustible. Susan, la chica que trabajaba allí, nos ayudó a mover la lancha contra las boyas, pues seguramente pensó que Frank también tenía que repostar.

–¡Solo es la moto! –dije en voz alta, para que me oyera.

–¡Ah, bueno, vale!

Frank volvió a la parte de atrás y desató la cuerda. Se la pasó a Susan y ella tiró de las motos. Luego, Frank le echó una mano a Cody para bajar al muelle por el lateral.

–Gracias –dijo Cody, y se fue a la tienda para recoger la licencia o lo que fuera que hubiese dejado como garantía cuando alquiló la moto.

Mi padre, al otro lado del puerto, estaba dándole un remo a una mujer que iba a alquilar un kayak. No dejaba de darse la vuelta para mirarme. Seguramente, se estaría preguntando qué hacía Frank Young atracando en nuestro puerto.

Me giré hacia el susodicho.

–Gracias por tu ayuda –dije, cortante, y me dispuse a desembarcar.

–Kate –dijo Frank.

Me di la vuelta para mirarlo.

–¿Tregua? –preguntó.

No sabía a qué venía eso, pero estaba *segura* de que tenía algún motivo oculto.

Lo observé con los ojos entrecerrados.

–¿Por qué?

–¿Cómo que «por qué»? ¿Tiene que haber alguna razón para pactar una tregua?

–Pues sí, la verdad.

–A lo mejor es que estoy harto de los rencores que se guardan nuestros padres entre sí. Además, estamos en la misma clase este año.

–Ya hemos estado en la misma clase otras veces y nunca hemos pactado ninguna tregua.

–Pero esta es pequeña y tenemos que interactuar más.

–Vale, lo que tú digas. Tregua. –Me bajé de un salto por el lateral de la lancha y me fui derecha a la tienda. ¿A qué había venido eso?

Mi padre entró poco después.

–¿A qué ha venido eso? –preguntó.

Sonreí por lo idéntico de nuestras reacciones.

–Frank encontró al cliente antes que yo. Ya tenía la moto atada para remolcarla.

–Ah, pues qué majo.

–¿Demasiado? –pregunté.

Mi padre me revolvió el pelo.

–Vamos, hija, no seas tan cínica. Nunca se es demasiado majo.

Yo no estaba de acuerdo. Frank podía ser demasiado majo y tenía que haber una razón para ello.

* * *

El lunes por la noche ya tenía la piel caliente por haber pasado demasiado tiempo al sol. No me había puesto bastante protector solar para todo el tiempo que había pasado fuera de casa durante el fin de semana. Por la tarde me pasé una hora enseñándole a una familia de turistas a usar una barca a pedales. No dejaban de avanzar en círculos.

Encendí el ventilador del techo y me tumbé bocarriba en la cama para dejar que el aire me refrescara la piel. Alargué la mano hacia la mesilla, pesqué mi teléfono y toqué el icono que se abría como un portal directo hacia las vidas de la gente. Me desplazé por la página llena de fotos para ver cómo habían pasado todos el fin de semana. La mayoría de las personas a las que seguía eran conocidos del instituto, pero sentía que sabía más sobre ellos de lo que debería. A lo mejor por eso yo no compartía tantas cosas en Internet; me gustaba guardarme mi vida para mí.

Me paré en una foto de Hunter. Estaba en una especie de rancho y había caballos al fondo. Llevaba una gorra, pero estaba rodeado de gente con sombreros de vaquero. Debajo de la foto, había escrito: «Supongo que voy a montar a caballo por primera vez. De lo que me convencen mis amigos...».

Toqué el botón de comentar y escribí:

Ten cuidado o dentro de nada tendrás que cambiar de sombrero.

Mantuve el dedo en el aire sobre el botón de enviar. Llevaba semanas sin comentar ninguna de sus fotos. Borré lo que había escrito rápidamente y llamé a Alana.

–Buenas –dijo–. ¿Has terminado de dejar que cometan explotación infantil contigo?

–Me pagan.

–Ya, ya. Yo solo sé que es un asco que estés ocupada prácticamente todos los días de fiesta importantes entre mayo y septiembre.

–Yo también te quiero.

Refunfuñó algo por lo bajo.

–Adivina a quién vi el sábado –dije. Había estado demasiado ocupada en el puerto y no había hablado ni quedado con ella hasta ese momento.

–¿A quién?

–A Frank Young. –La puse al día sobre lo que había pasado con la moto y lo de que Frank me había pedido una tregua.

–¿Qué es lo que quiere? –dijo Alana cuando terminé mi relato.

–¿A que sí? Es justo lo que me pregunté yo. –Me alegraba que Alana estuviera de acuerdo conmigo en que sus intenciones no podían ser puras.

–Menos mal que es mi compañero en clase de *Podcast*. Así le echo un ojo.

–Sí, por favor. E infórmame de cualquier actividad sospechosa.

Se rio.

–Me infiltraré en las líneas enemigas para resolver este misterio.

Abrí el primer cajón de mi escritorio, saqué un bote medio lleno de aloe vera y empecé a extendérmelo por los hombros.

–¿Y qué tal *tu* fin de semana? –pregunté.

–Muy productivo. Me encontré a Diego en el supermercado de Oak Court de forma completamente casual.

–¿Es completamente casual que estuvieras en un supermercado a media hora de donde vives justo cuando Diego estaba allí?

–Bueno, puede que alguien me haya pasado un poco de información.

–¿Quién?

–¿Te acuerdas del chico con el que hablé, el que estaba con Diego durante la comida? ¿Bennett?

–Sí.

–A veces le mando mensajes y le pregunto qué hace. Él me lo dice y a veces está con Diego, así que *voilà*, ya sé dónde está.

Sacudí la cabeza mientras me reía.

–De verdad, deberías considerar la posibilidad de ser detective en el futuro.

–No. Entonces no podría ser chef... o presentadora de informativos. O también podría tener un programa de cocina. Lo mejor de ambos mundos.

–Pues sí que parece la carrera profesional perfecta para ti. –Volví a tapar el aloe–. ¿Y bien? Te encontraste con Diego en el súper. ¿Luego?

–Hablamos como unos quince minutos. Fue genial.

–¿Solo quince minutos?

–Había convencido a mi madre de que teníamos que comprar cosas y estaba pagando, así que tuve que irme.

–Vaya. –Guardé el bote de aloe de nuevo en el escritorio y volví a sentarme en la cama–. ¿Y?

–¿Y qué?

–¿Pudiste escuchar su voz y confirmar que era el chico que llamó al *podcast*?

–Pude escuchar su voz, pero aún no estoy segura de que sea el chico misterioso.

Apreté los labios. Puede que *ella* no estuviera segura, pero yo estaba bastante convencida. Tendría que hablar yo con él.

CAPÍTULO 13

Estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas, el libro de Matemáticas a un lado y el de Historia al otro. En mis oídos sonaba el *podcast Popurrí cinéfilo*. Lo de hacer varias cosas a la vez no me estaba yendo bien.

Jerry, el presentador del *podcast*, decía:

–El problema es que hicieron que el monstruo hablara; dejó de ser un monstruo terrorífico en plan *Alien* y pasó a ser un monstruo simpático con el que puedes sentirte identificado y que solo necesita que lo devuelvan a su tierra natal, rollo *E. T.* No daba miedo. Acabé encariñándome con el bicho incomprendido y me cabreeé cuando al final le vuelan la cabeza. ¿Os pasó lo mismo a vosotros?

Jerry presentaba el programa él solo. A veces recibía llamadas. Reproducía trocitos de películas, hacía reseñas sobre ellas y pocas veces tenía cosas buenas que decir. Yo no sabía ni por qué las veía, si hasta ahora no le había gustado ni una. La mitad del tiempo me hacía cuestionarme si de verdad me habían gustado a *mí*, pero era gracioso, así que podía perdonárselo.

Mi madre apareció en la puerta.

–Hola –dijo con una sonrisa–. ¿Estás escuchando un *podcast*?

Me quité los auriculares de un tirón y asentí.

–Sé que técnicamente no cuenta como deberes –dije, pero ya casi era miércoles otra vez y no creía que nada fuera a cambiar desde la semana anterior si no me preparaba algo más.

–No pasa nada –dijo mi madre–. Parece que te lo pasas bien en esa asignatura.

Me había estresado más que divertido, pero con eso no iba a demostrarles a mis padres lo que quería de verdad: que podía encantarme otra cosa y, aun así, seguir eligiendo el lago.

–Sí, es... diferente –respondí.

Mi madre sonrió.

–Escuché el segundo episodio ayer. Era bueno.

–Aún tengo que trabajar más.

–Yo solo espero que no te pongan la nota en función de la cantidad de palabras que dices por episodio. –Me guiñó un ojo como si fuera broma, pero me pareció que era una forma pasivo-agresiva de decirme que tenía que hablar más. No hacía falta que me lo dijera; ya lo sabía.

–Bueno, mejor sigo con esto. –Levanté un auricular.

–Buena suerte.

* * *

Mientras atravesaba el aparcamiento la mañana siguiente vi a un chico con un cartel junto a un coche lleno de globos. ¿Lo habría conducido alguien hasta ahí con todos los globos dentro? No

parecía muy seguro. El cartel decía: «He tenido que darme muchos aires para pedirte que vengas al Festival de Otoño conmigo. No me desinflés con un no». Una chica lo leyó mientras se tapaba la boca con las dos manos. Luego pegó un chillido y le tiró los brazos al cuello.

—¿A que es bonito? —dijo Alana detrás de mí, que se puso a mi altura con la mochila colgando de un hombro.

—No hay nada más bonito que decir «darse aires» en una frase.

—¿Cómo te lo pidió Hunter el año pasado? No me acuerdo.

—Se me acercó mientras sacaba el libro de Matemáticas de la taquilla y me dijo: «Bueno... ¿El Festival de Otoño y eso?».

Alana resopló.

—¿Y dijiste que sí a eso?

—Ya tuvimos esta conversación hace un año.

—¿Y también estaba indignada? Dime que sí, por favor.

—Sí.

—Bien, porque es ridículo. Pero Victoria tenía razón: parece que no eres el tipo de chica que necesite una invitación elaborada.

—Pero una sincera habría estado bien —dije, repitiendo lo que había dicho en el *podcast*.

—¿Cómo? —dijo Alana—. ¿Un comentario negativo de algo que hizo Hunter? ¡Es un milagro!

—Lo que tú digas. Hoy no necesito ver ninguna de estas invitaciones. Me están deprimiendo.

* * *

No debería haberle pedido una cosa al universo de esa manera, porque ese día acabé viendo a tres personas más recibiendo invitaciones para el Festival de Otoño. Me sentí aliviada al llegar a la última clase sin haberme dañado los ojos de forma permanente por todas las veces en las que los había puesto en blanco.

La señorita Lyon estaba de pie frente a la clase. Se aclaró la garganta.

—Chicos, necesito vuestra atención y vuestros cerebros un momento.

Victoria, que me estaba hablando de los matices de la modulación de la voz, se calló y miró a la profesora.

—Este año nos han asignado un puesto en la feria del Festival de Otoño.

—¿Tenemos que trabajar en un puesto? —gritó Victoria—. ¡Todos vamos a ir con alguien!

Me resistí a poner los ojos en blanco por millonésima vez ese día.

La señorita Lyon asintió.

—Sí, y por eso quiero que discutamos las mejores opciones para esa noche. Por supuesto, podemos quedarnos en el puesto por turnos. De unos treinta minutos, tal vez. Pero primero tenemos que pensar una idea para el puesto en sí. Me han dicho que los dardos, la escalada en cuerda y el baloncesto ya están elegidos.

–¿Y si organizamos el juego ese en el que la gente tiene que tirar monedas a unos platos? – sugirió Mallory.

La señorita Lyon escribió «Tiro de monedas» en la pizarra.

–¿Más ideas?

–¿Algo con pistolas de agua? –dijo Jamie en voz alta.

–Carreras de ranas –sugirió Alana.

–Esta clase va de *podcasts* –dijo Frank–. Deberíamos hacer uno. Ahí, en la feria. Con todo el mundo mirando. –Me miró y levantó las cejas.

Alana, que estaba sentada junto a él, le dio un codazo en las costillas.

–Una feria no es el mejor lugar para grabar un *podcast*.

–No. Espera. ¡Es buena idea! –dijo Victoria, y se le iluminó la cara–. Con audiencia en directo. Habrá aplausos, vítores y una energía divertida. Tenemos que hacerlo.

Un par de compañeros me miraron de reojo, como si fuera a levantarme de un salto y a protestar. Quería hacerlo, porque un programa en directo parecía mi peor pesadilla, pero no hice nada. Ya conocía la estrategia de la señorita Lyon: le gustaba forzar a la gente a dar lo máximo de sí misma. Cuanto más protestara, más iba a insistir en que *debíamos* hacer un programa en directo. En lugar de eso, me quedé sentada y fingí que me parecía la mejor idea del mundo.

–Podríamos recabar preguntas toda la semana durante la comida –sugirió Mallory–. Si ponemos una caja grande y sellada, la gente podrá meter sus preguntas por la ranura de arriba.

La señorita Lyon empezó a asentir lentamente. Oh, no. Eso no era buena señal.

–Y también podemos atender preguntas en directo la noche de la feria –dijo Victoria.

Alana seguía intentando ayudarme.

–Pero en la feria habrá mucho ruido –dijo–. ¿Vamos a contar con que todo el mundo dejará lo que esté haciendo para escuchar el programa?

–Pondremos la caseta al final de la feria –dijo la señorita Lyon–. Acordonaremos la zona. Y usaremos un tipo especial de micrófono que no registre tanto ruido ambiental. –Los ojos le hacían chiribitas detrás de las gafas–. Es una idea genial, chicos. Algunos alumnos de la clase tendrán que presentársela al consejo estudiantil para que la aprueben. Bien, volvamos al tajo.

¿Un programa en directo en menos de cuatro semanas? Quería ponerme a gimotear. Quería correr y esconderme.

Pero no. Me senté más derecha. Tenía que cambiar mi actitud. *Podía* hacer un programa en directo. Sería lo mismo que tener a toda la clase mirándome a través del cristal, ¿no? Además, aún me quedaban unas semanas para prepararme sin hacerlo en directo. Y tendría que escuchar más *podcasts* ajenos para practicar. Esta sería otra oportunidad para demostrarles a mis padres que se me daban bien otras cosas, aparte del lago. Hasta los invitaría al programa en directo. Lo verían con sus propios ojos.

Después de clase, Alana y yo recorrimos juntas el pasillo.

–¿Estás bien? –me preguntó.

Asentí.

–¿En serio? A lo mejor podemos pedirle a la señorita Lyon que presenten otras personas esa noche, como es especial... Les daría a los compañeros una oportunidad de practicar.

Aunque una parte de mí quería buscar una salida, sabía que debía ceñirme a mi plan.

–Puedo con ello –le aseguré. Luego vi a Diego más adelante en el pasillo–. Mira –susurré–. Ahí está Diego. Ve a decirle hola.

Alana me dio la mano y me la apretó.

–Me quedo contigo. –Lo saludó con la mano cuando pasamos por su lado y él hizo lo propio.

–¿Tanto te asusta mi confianza con el *podcast*? –le pregunté a mi amiga.

Ella se rio.

–Sí. Ahora mismo deberías estar subiéndote por las paredes.

No tenía tiempo para subirme por las paredes. Tenía un *podcast* en el que hacerme una experta.

CAPÍTULO 4

–Es nuestro día favorito de la semana –dijo Victoria frente al micrófono después de presentarnos.

–Eso lo dirás tú –dije.

Victoria se rio.

–Kat os quiere a todos, pero es que le cuesta demostrarlo. Y parece que vosotros también nos queréis, porque me dicen que tenemos cuatro llamadas en espera.

Mallory nos pasó la primera.

–Estás en *No es mi problema* –dijo Victoria.

La persona no se lo tomó con calma.

–Mis padres prefieren a mi hermana pequeña y no sé qué hacer. Siempre me están comparando con ella: me preguntan por qué mis notas no son tan buenas como las tuyas, por qué no me visto tan bien como ella, por qué no llevo el mismo estilo de maquillaje que ella... Es muy frustrante y no sé cómo hacerlo para que me vean como a una persona independiente.

–¿Les has dicho que te frustra que hagan eso? –preguntó Victoria.

–Se ponen a la defensiva y dicen que no es eso lo que pretenden. Que solo me indican cosas en las que puedo mejorar.

–¿Usando a tu hermana como vara de medir? –pregunté.

–Exacto.

–Pues *sí* que es frustrante.

–Creo que quiere un consejo de verdad, Kat –dijo Victoria–, no solo que estés de acuerdo con ella.

–Ah, claro. Casi se me había olvidado para qué nos llama la gente.

La chica se rio un poco.

–La verdad es que está bien escuchar que alguien coincide conmigo. Estoy muy acostumbrada a defenderme de la gente que no lo hace.

–¿Tus amigos no están de acuerdo contigo? –preguntó Victoria.

–Lo cierto es que no les cuento mis dramas familiares a mis amigos.

–Bueno, pues ahí tienes mi primer consejo –dijo Victoria–. Tienes que desahogarte más. Eso ayuda.

–Coincido con Victoria. Desahógate de tus desasosigos. Hala, cuántas eses. –Estaba aprendiendo a decir lo que se me pasara por la cabeza. Parecía funcionarles bien a los presentadores de los otros *podcasts* que escuchaba últimamente.

–Y no te rindas –insistió Victoria–. Esperemos que tus padres te escuchen.

«Un consejo, un consejo. Vamos, Kate, se te puede ocurrir un consejo de verdad, no solo comentarios mordaces.»

–Escribe una carta –solté de golpe–. A veces, cuando alguien lee algo sin que nadie le interrumpa, lo procesa mejor. Así no se ponen tan a la defensiva.

–Eso no lo he probado todavía –contestó la chica–. Creo que voy a hacerlo.

–Buena suerte –dijo Victoria. Cuando la chica colgó, Victoria asintió levemente hacia mí. No sabía si eso significaba que tenía su aprobación por lo que había dicho, pero parecía que quería animarme.

Mallory nos pasó la siguiente llamada.

–Buenas, estás en *No es mi problema*. ¿Cómo podemos ayudarte? –preguntó Victoria.

–Soy vegetariana –dijo la persona al teléfono.

–¿Ese es el problema? –pregunté.

–Bueno, es parte del problema. Entiendo que la gente no pueda prepararme siempre una comida especial, pero siempre que salgo con mis amigos quieren ir al Burger Palace. Ese sitio donde solo venden hamburguesas. ¿Sabéis cuál?

–También tienen patatas fritas –dije.

–Ya te digo. Es lo único que puedo comer. No me importa ir con ellos todas las semanas, pero de vez en cuando me gustaría que quisieran ir a algún sitio donde *yo* también quiera estar. Cada vez que les digo de ir a otro lugar, fruncen el ceño y me dicen que puedo ir al Burger Palace con mi comida «especial».

–¿Tina? –preguntó Victoria–. ¿Eres tú?

–Quiero ser anónima –dijo la chica.

–¿Y llamas a mi *podcast*?

–No es tuyo. También es de Kat.

–De hecho, es de toda la clase... –empecé a decir, pero me cortaron.

–A veces vamos donde tú quieres –dijo Victoria frente al micrófono, mucho más nerviosa de lo habitual–. ¡No vamos *siempre* al Burger Palace, pero nosotros somos cinco y tú eres solo una!

Me mordí los nudillos para no reírme, respiré hondo y dije:

–Venga, Victoria. De verdad, tenéis que ir a algún sitio con más opciones vegetarianas. ¿El Burger Palace?

Victoria puso los ojos en blanco.

–Lo sé, los chicos siempre quieren ir allí. Lo siento, Tina. No sabía que te molestaba tanto.

–¿De verdad vas a decir mi nombre en el programa? –preguntó Tina.

–¿Tú te crees que la gente no se dará cuenta de quién eres? ¡Solo hay como diez vegetarianos en este instituto! –dijo Victoria.

Tina se rio.

–Seguro que somos más de diez, pero vale. ¡Hola a todo el mundo! ¿Podemos pasar del Burger Palace?

–Sí, Tina. Tomamos nota de tu disconformidad –dijo Victoria. Luego añadió–: Mis amigos tienen prohibido volver a llamar.

Entonces me reí yo. Era la risa que siempre tenía Victoria y que pensaba que era forzada. Quizás no lo fuera.

Estábamos en racha y teníamos otras tres llamadas en espera, lo cual quería decir que otra persona había llamado mientras hablábamos.

Victoria contestó la siguiente.

–Estás en *No es mi problema*. Te escuchamos.

–¿Hola? –dijo un chico–. ¿Puedo llamar otra vez?

El corazón se me subió a la garganta. Era él. El chico de la última vez. El que yo pensaba que era Diego. Seguía poniendo la voz ronca para ocultar su identidad.

–Sí, claro –dijo Victoria–. ¿En qué podemos ayudarte hoy? ¿Has hablado con tus padres sobre el horario?

–No, aún estoy en ello, pero estaba pensando en otra de las cosas que dijiste.

–¿Qué cosa?

–La última, lo de que puede que haya otra cuestión que me haga ser más consciente del poco tiempo que tengo.

Cuanto más hablaba, más podía oír la entonación característica de su voz. Era Diego. Tenía que ser él. Sentía que se me había pegado la lengua al paladar. No podía hablar. Menos mal que Victoria no parecía quedarse sin cosas que decir.

–¿Es por la chica, entonces? ¿La que mencionaste la semana pasada? –preguntó. Miré rápidamente a Alana. Estaba sentada con Frank en el sofá, y se tomaba su misión de infiltrarse en las líneas enemigas muy en serio. Estaban compartiendo un portátil, distraídos con algo que aparecía en la pantalla. Obviamente, no estaban escuchando la voz que hablaba a su lado por los altavoces.

El chico que sonaba como Diego respondió:

–Quizás. ¿Es muy patético? No puedo consentir que una chica me ponga en contra de mi familia.

Por fin, Alana pareció darse cuenta de a quién estaba escuchando. Levantó la vista y sus ojos se clavaron en los míos. Me preguntó con los labios si creía que era él.

Yo asentí.

–Puede que ese resentimiento siempre haya estado ahí y que esta nueva situación lo esté haciendo patente –sugirió Victoria.

–Es posible –contestó.

–¿Qué es lo que te gusta de esta chica? –dijo Victoria mientras cambiaba de posición en la

banqueta.

–Es agradable y divertida. Es muy fácil estar con ella.

Levanté las cejas y miré a Alana. Ella sonrió ampliamente.

–¡Qué bonito! –dijo Victoria.

–Podría serlo –respondió–, pero creo que ella no siente lo mismo por mí.

Alana abrió aún más los ojos después de eso.

–¿Por qué lo dices? –conseguí soltar.

–No lo sé. Es la sensación que me da, supongo. Cuando estamos juntos, nunca se queda mucho rato. Además –continuó–, parece que le resulto totalmente indiferente.

–¿Indiferente? –repetí. A Alana no le resultaba indiferente nadie.

–Bueno, me trata igual que a todo el mundo.

Ah, eso tenía más sentido. Alana sí que trataba a todos más o menos igual, con esas maneras divertidas y coquetas.

–Ah –dijo Victoria–. A lo mejor te está intentando decir algo de buenos modos para no hacerte daño. Puede que lo mejor sea pasar a otra cosa.

–¡No! –solté en voz alta. Me aclaré la garganta–. A ver, no, yo creo que estás asumiendo muchas cosas. A lo mejor solo es tímida.

A Alana casi se le salieron los ojos de las cuencas y yo estuve a punto de reírme. Nadie la describiría como «tímida».

–Si es tímida y vas demasiado de frente, puede que la asustes –dijo Victoria.

–Lo sé –dijo el chico–. Supongo que la pregunta es la siguiente: ¿cómo sé si le gusto sin ahuyentarla? Me gusta estar con ella. No quiero estropearlo metiendo mis sentimientos con calzador si solo voy a conseguir enrarecer las cosas entre nosotros.

Era complicado darle un consejo sobre eso. Había llamado de manera anónima y, al contrario que Victoria con su amiga, yo no iba a delatarlo. Además, ¿y si al final *no* era Diego? ¿Y si ni siquiera estaba hablando sobre Alana? Sabía que tenía que pensar en este asunto como si no tuviera información privilegiada, especialmente porque quizás no la tuviera.

Así que dije:

–¿Por qué todo el mundo tiene tanta prisa por tener una relación? ¿Qué ha pasado con la paciencia de antes? Si esta chica merece la pena como has dicho y no quieres estropear vuestra amistad, ¿no puedes esperar a ver cómo evoluciona la cosa de forma natural?

Alana se cruzó de brazos y me hizo un mohín.

–Tú intenta darle un beso –dijo Victoria, que se reía–. Cuanto antes, mejor. Así averiguas si esto va a algún sitio.

Alana puso los pulgares hacia arriba como reacción a ese consejo.

–Ya tienes los dos extremos de la escala –dije–. Supongo que tendrás que hacer lo que te diga tu

intuición. La mía siempre se equivoca, así que suerte con ello.

Él se rio educadamente.

–Ya, a mí tampoco me ha parecido muy gracioso –dije.

–No, no es eso. Es que no sé qué hacer.

–Eres un auténtico encanto –dijo Victoria–. ¿Nos vuelves a llamar la semana que viene y nos pones al día?

–Lo intentaré.

Colgó el teléfono y me costó sudor y sangre no quitarme los cascos en ese momento para salir corriendo de la cabina hacia Alana. Me sentí muy orgullosa por aguantar dos llamadas más y la perorata final de Victoria. Hasta añadí un «Sí, gracias» cuando estaba casi segura de que tendría sentido.

Cuando apagamos el equipo, antes de que pudiera salir huyendo, la señorita Lyon entró en la cabina.

–Un momento –nos dijo a Victoria y a mí.

Nos miramos. ¿Nos habíamos metido en un lío?

La profesora carraspeó.

–Una persona ha llamado y quería ser anónima, pero no se lo habéis permitido. Prometimos que lo haríamos.

–Lo sé. Lo siento –dijo Victoria–. Me aseguré de no decir su nombre cuando reconocí su voz. Solo lo dije después de que compartiera todos esos detalles personales. A todo el mundo le habría parecido raro que no la hubiera reconocido después de eso. Tina es una de mis mejores amigas.

La señorita Lyon se cruzó de brazos.

–¿Entonces no les digo a los que tienen el taller mañana que lo recorten todo?

–Puedo hablar con ella y asegurarme –contestó Victoria–, pero creo que al final le ha parecido genial.

–Muy bien –dijo la profesora con solemnidad–. Dímelo mañana en clase, por favor.

Victoria asintió y me agarró del brazo. Salimos juntas de la cabina y de la sala, que, aparte de por nosotras, estaba vacía. Cuando llegamos al pasillo, nos reímos.

–Por un momento pensé que iba a despedirnos –dijo Victoria.

–Yo también.

–Y no parecías aliviada al respecto.

–Lo habría estado después de procesarlo.

–¡Kate! –me llamó Alana desde donde me esperaba al final del pasillo.

–Hasta mañana –le dije a Victoria.

–Chao.

Caminé lo más rápido que pude hasta que choqué con Alana.

–¿Y? –le dije cuando la alcancé–. Parecía él, ¿a que sí?

–¿Por qué cambia la voz? –preguntó Alana.

–A lo mejor no se fía de nosotras –dije, y me reí.

–Hace bien –dijo.

–Pero, si es él, tiene razón: le *estás* mandando mensajes confusos.

–Yo creo que no. Será que no está acostumbrado a tener que currar por una chica. Va a tener que trabajar un poquito más conmigo. Tengo fe en mi estrategia.

Puse los ojos en blanco.

–O podría decirle simplemente que sé que ha estado llamando al *podcast* –sugirió.

–¡No! Eso no puedes hacerlo –dije.

–¿Por qué?

–La señorita Lyon nos acaba de echar la bronca por el tema del anonimato ahora mismo.

–¿Por lo de Victoria delatando a su amiga?

–Sí, pero ella le ha quitado importancia porque su amiga había dado un montón de pistas sobre quién era.

–Es verdad.

–Diego no ha dado ninguna pista. Podría ser cualquiera, literalmente. Así que ten paciencia. Si es él, es obvio que le gustas. Sé receptiva. Queda más con él. Solo es cuestión de tiempo: o te besa, como le ha dicho Victoria, o esperará a que suceda de forma natural, como le he dicho yo.

–¿Por qué le has dicho eso? –preguntó Alana.

–También quiero que mis consejos ayuden a otras personas. ¿De verdad quieres que los tíos vayan besando a las chicas que les gustan, aunque ellas no tengan interés? Acabo de salvar al colectivo de las mujeres.

–Al menos, a las que vamos al Secuoya.

–Eso.

–Bueno, si no se lo puedo decir, voy a sacar la artillería de la seducción. Es hora de dar el paso. –Alana asintió, decidida–. Voy a pedirle que salga conmigo.

CAPÍTULO 15

–¿Mañana tienes noche de primos? –me preguntó Alana. Era jueves después de clase e íbamos por el pasillo hacia la salida.

–Sí, es el segundo fin de semana del mes y es mi familia: tendremos noche de primos hasta el fin de los días.

–Lo dices como si esta vez fuera un castigo más cruel e insólito de lo habitual.

–No, es lo de siempre. Ya sabes que en el fondo me encanta.

–Sí, lo sé. Es raro y divertido. Cuando le pregunté a Diego si quería hacer algo mañana por la noche, me dijo que tenía que cuidar a sus sobrinos, así que puede que los haya invitado a tu noche de primos.

Me paré en medio de la multitud y me giré hacia Alana.

–¿Que has hecho *qué*?

Alguien me empujó por detrás y Alana me tiró del brazo para seguir andando.

–Es parte de mi estrategia con la artillería pesada –me explicó tranquilamente.

–¿Invitarlo a *mi* casa?

–Lo sé. ¿Estás enfadada?

–Pues... me lo estoy pensando.

Mi familia era..., bueno, mi familia. A la gente de fuera le costaba entender cómo vivíamos. Hasta a Hunter le parecía un poco raro.

Alana y yo salimos por la puerta y llegamos al aparcamiento. Solté aire.

–Pues Samantha y Tami se burlarían de ti por esta idea de primera cita –dije por fin.

–¿Quiénes son Samantha y Tami?

–¿Las del *podcast* que me recomendaste? *Primeras citas*.

–Ah. Ya. Bueno, a Diego le pareció muy divertido y cree que a sus sobrinos les encantará.

–¿Ya le has dicho todo lo que tiene que saber sobre la familia Bailey?

–Tuve que hacerlo, la verdad.

–Vale. –Me detuve frente a mi coche y acepté la realidad de la situación–. Entonces, supongo que tendremos visita durante nuestra noche de primos.

Alana me dio un beso en la mejilla.

–¡Gracias, gracias!

* * *

La noche de primos iba a todo gas (palomitas por todas partes, videojuegos en la pantalla grande, interpretación de escenas de cómics en la esquina y yo sin apenas energía ya) cuando sonó el

timbre. Levi, mi primo de siete años, estaba más cerca de la puerta y la abrió mientras yo sorteaba los cojines del sofá que estaban tirados por el suelo.

–¡Kate, la moqueta es lava! –dijo Cora.

–Ah, sí. –Salté sobre un cojín y seguí mi camino hacia la puerta.

–¿Sois primos? –Oí que decía Levi cuando me bajé del último cojín y pasé a las baldosas de la entrada.

Alana y Diego estaban ahí con dos niños.

–Esta noche son primos honorarios, Levi –dije mientras lo apartaba a un lado–. Ya conoces a Alana.

Levi se encogió de hombros y salió corriendo.

–Hola, chicos –los saludé al abrir más la puerta.

Alana tenía una sonrisa enorme en la cara.

–Esta es Camilla y este es Samuel. –Señaló a los dos niños de pelo oscuro y ojos marrones que estaban junto a Diego. El chiquillo parecía una versión en miniatura de él. Era adorable. Los dos lo eran, pero también parecían un poco inquietos.

–Hola, me llamo Kate. ¿Cuántos años tenéis?

Diego le puso la mano en la cabeza a Camilla.

–Siete. –Luego la posó en la de Samuel–. Y diez.

–Genial. Levi tiene siete y mi prima Morgan tiene diez. –Me aparté a un lado–. Entrad. Hay aperitivos en la cocina, interpretación de cómics en esa esquina, videojuegos en esa otra y juegos de mesa en el salón.

Liza, que estaba con Max en la esquina teatral, se acercó para ver qué estaba pasando.

–¿Diego? –preguntó, sorprendida.

–Hola, Liza –dijo–. ¿Qué cómic están interpretando?

–Uno que ha escrito Max. Mola mucho.

Una pelota de semillas pasó volando a mi lado y le dio a Diego en el hombro. Hice una mueca, pero él simplemente se agachó, la recogió y se la tiró dibujando un arco a Morgan, que estaba al otro lado de la habitación. Ella gritó y se escondió detrás de un cojín antes de que la golpeará.

Camilla lo entendió como una señal de que podía unirse a la batalla de bolas, mientras que Samuel se acercó a los que andaban con los videojuegos. Levi le dejó un mando enseguida. La sonrisa de Alana se había convertido en una máscara que decía «Pero ¿qué he hecho?», pero Diego no parecía nada molesto.

Abarqué la habitación con un gesto.

–¿Queréis algo?

–¿Observar? –dijo Alana mientras señalaba el sofá.

–Si solo vamos a observar, yo quiero comer algo primero –dijo Diego.

Era la primera vez que hablaba con él desde su segunda llamada al *podcast*, así que escuché su voz con atención para asegurarme de que estaba en lo cierto.

–¿Qué? –preguntó.

–¿Qué? –repetí.

–¿Por qué me estás mirando así? ¿Tengo algo en la cara? –Se pasó una mano por las mejillas y la frente y se apartó los rizos a un lado.

–No, solo... Eh... ¿Qué me has pedido?

–Algo de picar –dijo Alana con los ojos muy abiertos.

–Ah, sí. Por aquí. Pero la moqueta es lava, así que cuidado con dónde pisáis. –Mientras los llevaba a la cocina, me giré y los vi usando cojines y mantas igual que yo para no pisar la moqueta. Alana tenía bien agarrado el hombro de Diego para ayudarse a caminar y los dos se estaban riendo.

–¿Las baldosas son seguras? –preguntó Alana al llegar a la cocina.

–Muy seguras –dije–. Los platos y los boles están ahí. Comed lo que queráis.

–¿Gusanos dulces? –preguntó Diego–. No recuerdo la última vez que fui a una fiesta que los tuviera.

–Yo no llamaría fiesta a esto –dije–. Más bien, caos familiar.

Diego se llenó el plato de gusanos de gominola y de patatas fritas. Alana optó por un bol de palomitas. Yo, por un puñado de M&M's, porque ya me había comido al menos un plato entero antes. Nos llevamos las chucherías a la otra habitación. Alana se detuvo frente al sofá y se iba a sentar cuando se dio cuenta de que faltaban todos los cojines; los estaban usando como zonas seguras.

–Ah, un segundo. –Corrí hasta la habitación de invitados y robé un par de almohadas. Las puse en el sofá y nos sentamos. Diego estaba en el medio y Alana y yo a los lados. Me quedé mirando a Samuel mientras ganaba una partida de *Mario Kart* en la pantalla grande. Levantó las dos manos y pegó un grito de celebración.

–Es un ganador muy humilde –dijo Diego.

Sonreí.

–¿Qué estabas haciendo antes de que llegáramos? –preguntó, y señaló la habitación entera con una patata.

–Ganar al *Mario Kart*.

–Ella también es muy humilde cuando gana –dijo Alana.

Diego se rio.

–¿Eres el más joven de tu familia? –le pregunté al ver que ya tenía dos sobrinos.

–Sí, mi hermana es la mayor. Tenemos otros dos en medio. El que va antes que yo está en la universidad y el otro vive en la otra punta del país.

–Tres chicos y una chica –dijo Alana, como si ya hubiera tenido esta conversación con él.

–Alana también es la más joven –dije–. Sus hermanas están haciendo la carrera.

No sabía por qué le estaba contando la vida de la familia de Alana, porque, de nuevo, Diego asintió como si ya hubieran hablado de eso.

–Por eso Kate se viene a mi casa cuando quiere tranquilidad. –Esto tuvo que gritarlo para que la oyéramos por encima del ruido de la habitación.

–¿Y los padres? –preguntó Diego.

–Una vez al mes tienen una cena de adultos en la casa de al lado y nosotros tenemos una noche de primos.

Él sonrió con satisfacción.

–Sí que saben engañar al sistema.

–Pues sí. –Sin embargo, no les guardaba rencor por ello–. Pero no pasa nada. Así siguen unidos. Todos seguimos unidos.

–Cierto –dijo.

Alana llevaba quince minutos en silencio y la miré. Estaba escribiendo como loca en el teléfono. Diego se encogió de hombros al reparar en lo mismo.

Levi abrió la puerta de atrás antes de que pudiera decirle que no y el perro de mi tío Tim entró como una exhalación. PC se fue derecho hacia Diego y le olfateó el codo. Luego procedió a tumbarse sobre sus piernas. Diego se sobresaltó al principio, pero luego le rascó detrás de las orejas.

–PC, no. –Lo empujé para que se apartara con bastante más fuerza de lo que parecía. Max, al ver el alboroto, agarró al perro del collar y volvió a sacarlo.

–¡Gracias, Max! –exclamé mientras se iba.

–¿PC? –preguntó Diego mientras se sacudía el pelo de los pantalones–. ¿Estás obsesionada con la informática?

–Viene de Perro Comunitario. Es de todos. También la cama elástica y el cenador.

Diego se rio.

–Eso es nuevo.

–Puedes decir «raro».

–Las rarezas son relativas.

Antes de que pudiera pedirle que lo aclarara, Cora, mi prima de cuatro años, vino corriendo hacia mí. Estaba llorando. Se tiró sobre mi regazo y dijo algo que no entendí.

Le di unos golpecitos en la espalda.

–¿Qué ha pasado?

–Levi me ha robado.

–¿El qué? –preguntó.

–Las chuches.

Diego extendió su plato, que aún contenía un montón de gusanos de golosina.

–¿Quieres de las mías?

Cora dejó de llorar al instante, lo cual demostró que solo eran lágrimas de cocodrilo. Asintió. Cuando levantó uno y se lo llevó a la boca, Diego dijo con una vocecilla:

–¡Noooo, no me comas!

Cora estalló en carcajadas.

–Las chuches no hablan.

Diego abrió más los ojos.

–A mí me parece que habló. Quizás no debas comértelo.

Cora se metió el gusanito en la boca y se fue corriendo. Sonreí.

Alana se estampó el móvil contra la pierna.

–Uf.

–¿Qué pasa? –pregunté.

–Adivina quién tiene el mismo compañero en clase de *Podcast*, pero con distintas tareas. Adivina quién es la única persona de la clase a la que le pasa.

–¿A mí? –pregunté.

–Aparte de a ti –dijo.

–Eh... ¿Mallory? –lo volví a intentar.

–Muy graciosa. No. A mí. Después de mi discurso sobre cómo cambiar de compañeros supone un desafío y todo.

–Igual por eso tienes que seguir con el mismo compañero, porque la señorita Lyon sabía que querías cambiar. Parece ser su estilo.

–Supongo que sí. Uf –gimió Alana otra vez–. Y ahora Frank me manda un mensaje y me dice que me trae el contrato de compañerismo que tenemos que entregar el lunes porque él se va de la ciudad.

Se me había olvidado lo de los contratos. Estaban en los archivadores el día que nos asignaron las tareas. Básicamente, decían que teníamos que dedicar el mismo esfuerzo y apoyarnos mutuamente en el proyecto.

–Le he dicho que me lo traiga aquí –añadió Alana.

–¿Cómo? ¿Por qué? –Que Diego viniera a mi casa era una cosa, pero Frank era otra historia muy distinta.

–Porque se va mañana.

–Ah. –Observé el desastre que nos rodeaba en el salón.

–No te preocupes –me consoló Diego–. Se llama «tener familia».

–Vale –dije con un suspiro. Alana le mandó otro mensaje a Frank.

¿Por qué me dejaba convencer siempre?

Una bola de semillas me rozó la cabeza en el mismo momento en el que me vibró el móvil en el bolsillo. Lo saqué y vi que tenía un mensaje.

¿Cómo has estado?

Era de Hunter.

CAPÍTULO 16

Parecía que el corazón se me iba a parar en el pecho. Un mensaje de Hunter. Después de tantas semanas.

–Ahora... –Levanté el teléfono–. Ahora vengo.

Alana me dirigió una mirada inquisitiva y Diego simplemente asintió. No me detuve a explicarle nada a mi amiga, solo fui a mi dormitorio. Me quedé mirando el mensaje un rato más y me mordí tanto el labio que casi empezó a sangrar. Lo liberé de entre mis dientes y me sobresalté cuando Alana apareció en el umbral de la puerta.

–¿Qué te pasa? –preguntó. Entonces, sin esperar a que respondiera, entró a paso firme y alargó la mano para que le diera el móvil.

Lo coloqué sobre su palma extendida, consciente de que necesitaba uno de sus clásicos consejos en ese momento.

Ella leyó el mensaje y la expresión de su cara pasó de curiosa a enfadada.

–Kathryn Bailey, más te vale no estar pensando en responder.

–Aún no lo he decidido.

–No lo hagas. Es hora de pasar página oficialmente. Y mira: ahora va a ser *tu* decisión, no la suya.

Me senté en el borde de la cama y se me relajó el ritmo cardíaco.

–Ya no recuerdo ni cómo suena su voz. ¿Es raro?

–¿Por qué quieres recordar cómo suena su voz? Déjalo. –Alana se acercó y se sentó a mi lado–. Y no, no es raro, porque llevas meses sin hablar con él. ¡Meses! Y eso es lo que pasa cuando nunca te llama, ni te manda mensajes ni te responde.

–Vale, ya lo pillo –dije.

–Y...

–Y no voy a responder. –Y no iba a hacerlo. Ella tenía razón, claro. ¿Por qué iba a hacerlo?

Sonó el timbre y Alana me devolvió el teléfono.

–Ese será Frank –dijo–. Más vale que me dé el contrato y que siga su camino.

Ella salió del dormitorio y yo la seguí. A pesar de lo que acababa de decir, en realidad no estaba segura de que mi fuerza de voluntad pudiera resistir si me quedaba sola. Al echar un vistazo rápido al salón, vi que Diego se había sentado con Liza y Max y que estaba leyendo unos papeles; seguramente, el cómic de mi hermano.

Alana abrió la puerta y, en lugar de recibir el contrato y decirle a Frank que se marchara, lo invitó a entrar. Supongo que debería haber abierto la puerta con ella.

Fui a interceptarlos antes de que Frank llegara al salón.

–Kat, gatita –dijo Frank cuando los alcancé.

–No la llames así –dijo Alana–. Lo odia. La estás incordiando a propósito.

–No sabía que lo odiaba –dijo–. Como en el *podcast* la llaman Kat... Y tú también usaste ese nombre cuando llamaste el primer día –añadió, y miró a Alana con una sonrisa.

–Calla –dijo Alana–. ¿Y el contrato?

Frank llevaba una mochila. Se la quitó del hombro y se arrodilló para hurgar en su interior. Diego se acercó y se incorporó a nuestro grupo de tres.

–¿Qué tal, Frank? –lo saludó–. ¿Haces campana el lunes?

–Tengo el torneo de fútbol con el equipo y hay que viajar.

–¿Os conocéis? –dijo Alana.

–Vamos al mismo instituto –dijo Frank.

Alana me miró.

–Eso no significa nada.

–Es verdad –dije–. Yo no conozco a nadie.

–Pero ahora todo el mundo te conoce a ti –señaló Diego.

Solté un único «ja».

–Procuro no pensar en eso.

Frank sacó el contrato de la mochila.

–Toma. –Le pasó los papeles grapados a Alana–. Ya he firmado mi parte. Hasta la que dice que se supone que tenemos que llevarnos bien y ayudarnos mutuamente.

–¿Estás diciendo que yo no lo hago? –preguntó Alana mientras me miraba con frustración.

–Yo no he dicho nada –dijo.

–No, has dicho algo con ese tono supercondescendiente que te gusta poner. –Bueno, bueno. Yo estaba acostumbrada a mostrarme más hostil con Frank que Alana. ¿Qué había cambiado? ¿Habría descubierto que Frank era exactamente como yo pensaba, a pesar de nuestra supuesta tregua? Tendría que preguntarle los detalles más tarde.

–No sé de qué tono me hablas –decía Frank.

–Ese tono –replicó Alana–. Acabas de ponerlo otra vez.

–Es mi voz. No puedo hacer nada al respecto.

Diego empezó a alejarse lentamente. Me agarró de la manga y me arrastró con él mientras Alana y Frank seguían discutiendo. Llegamos a la cocina y los dos nos empezamos a reír.

–¿Qué les pasa a esos dos? –preguntó.

–Frank no es nuestra persona favorita –expliqué.

–¿Por qué?

–Por una antigua enemistad familiar.

–¿Sobre?

–La tierra, básicamente.

–¿Qué es esto, el Salvaje Oeste?

–No, más bien el Imperio romano –contesté.

–Toda historia tiene dos puntos de vista –dijo Frank al entrar en la cocina. ¿Qué hacía Frank en mi cocina?

Miré a Alana y dijo:

–¿Mantén a tus enemigos más cerca todavía?

–¿Te vas a quedar? –le pregunté a Frank, horrorizada.

–Mira, Diego –dijo Frank, que ignoró mi pregunta–. Mi familia y la familia de Kate son como los Montesco y los Capuleto. Nuestros abuelos eran archienemigos y el odio se ha ido transmitiendo de generación en generación.

–¿Nos acabas de comparar con Romeo y Julieta? –pregunté.

Frank pescó un gusano de golosina de un plato y se lo metió en la boca.

–Sí.

–No creo que quieras acabar como ellos –bromeó Diego.

Frank frunció los labios y el ceño, como si estuviera intentando decidir si estaba de acuerdo con esa afirmación.

Diego le tiró un M&M's.

Frank se rio.

–Oye, ¿no te vi pescando el otro día en una barca que se caía a trozos?

–Sí –dijo Diego.

–Mándame un mensaje la próxima vez. Así podrás pescar en el regazo de los lujos –se ofreció Frank.

–¿No querrás decir en *tu* regazo? –preguntó Alana.

–Me parto –dijo Frank.

–Bueno, es que nadie habla así –dijo ella.

–Es obvio que sí, porque acabo de hacerlo.

–Y no deberías –replicó–. A eso me refiero. Es asqueroso. Te estoy intentando ayudar para que podamos dejarte suelto entre la gente de verdad.

Esta vez, Frank se hizo con un M&M's y se lo tiró a ella con una sonrisa de satisfacción. Puede que Alana sí que supiera cómo tomarle el pelo, después de todo.

Oímos un golpe muy fuerte y nos llegaron unas risas desde la otra habitación.

Alana pegó un salto y respiró hondo.

–Vamos a tener que calmar a los niños –dijo–. O ponerles uno de esos documentales aburridos que te encantan, Kate.

Le dediqué a mi amiga una enorme sonrisa.

–Algo me dice que eso era un insulto, pero estoy totalmente de acuerdo.

* * *

Solo hicieron falta treinta minutos de un documental de pingüinos narrado por la relajante voz de Morgan Freeman para calmar a mis primos y adormecer a Cora. Se había acurrucado entre Diego y yo en el sofá, inclinada sobre su brazo con los ojos cerrados.

–Qué mona –dijo Alana. Era verdad, estaba adorable.

Miré a mi alrededor, pero me di cuenta de que Frank ya no estaba al otro lado de Alana, como la última vez que lo vi.

–¿Y Frank? –pregunté.

–Ha ido al baño.

–Voy a ver que no se haya perdido. –No me fiaba de Frank Young deambulando solo por mi casa. Y hacía bien: cuando llegué al pasillo, estaba saliendo del despacho de mi padre. Parecía nervioso cuando me vio.

–¿Qué haces? –quise saber.

–Estaba buscando el baño.

–¿Y has tenido que venir hasta el despacho de mi padre?

–No he entrado del todo. Estaba cerrando la puerta cuando me has visto.

Eso no era verdad. Yo sabía lo que había visto.

–Tienes que aprender a confiar más, Kat –susurró Frank. Pasó a la puerta de al lado, que era el baño de verdad, y se encerró dentro.

Yo no tenía que confiar más. Frank no era de fiar. Entré en el despacho de mi padre y fui derecha a su mesa para ver qué podría haber encontrado. Sabía que en el segundo cajón había un registro del dinero que entraba y salía. Yo nunca lo había consultado. Abrí el cajón y pasé la mano por encima. ¿De qué le serviría a Frank o a su familia conocer nuestra información financiera? De poco. Eso era asunto de mis padres y de sus acreedores. Mi mano se detuvo en el borde de la cubierta del libro de contabilidad. Pero... ¿Y si el negocio iba mal? ¿Sería por eso por lo que mis padres me estaban forzando a hacer otras cosas, aparte de trabajar en el puerto? ¿A probar otras actividades?

Abrí el libro y miré fijamente los números que aparecían en la página. Estas cifras debían mantenernos durante la temporada baja, pero me sorprendió lo buenas que eran. La verdad era que a mis padres les estaba yendo muy bien. ¿Cuál era el problema, entonces? ¿Me estarían diciendo sutilmente que no se me daba bien lo de dirigir el puerto? Cerré el cajón y salí del despacho justo cuando Frank salía del baño.

–El baño está aquí, Kate –dijo–. No deberías husmear por ahí.

Le di un empujón en el brazo y me sentí un poco culpable. Las finanzas de mis padres tampoco eran asunto mío.

–No tiene gracia.

Frank y yo volvimos juntos al salón. Alana y Diego nos miraron.

–Aquí está –dije para explicarme.

Frank miró hacia el televisor.

–A mí también me encantan los pingüinos, pero me voy ya. –Se dirigió hacia la puerta. Alana se levantó y lo siguió, seguramente para interrogarlo sobre lo que había estado haciendo mientras deambulaba por mi casa. Esperé que pudiese averiguar algo más que yo.

Cora seguía inclinada sobre el brazo de Diego. Le eché un vistazo a mi móvil. Ya eran las once. Aunque había conseguido no pensar mucho en el mensaje de Hunter, ya no pude evitarlo. Lo abrí y lo miré fijamente. Debería haberlo borrado, pero no lo hice. Simplemente, volví a guardarme el teléfono.

–Trae, voy a llevarme a Cora a la cama –dije mientras me acercaba al sofá.

–Yo lo hago. ¿Adónde me la llevo? –Diego la acomodó en sus brazos y se levantó.

–Su cama está en la casa de al lado.

–Te sigo –dijo.

–Vale.

Salimos de la casa y giramos a la derecha. Los adultos estaban cenando en la casa de mi tía Marim, así que aún no había nadie en la de mi tío Tim. Llevé a Diego a la puerta trasera de cristal. Normalmente las dejábamos abiertas, así que no me sorprendió que se deslizara fácilmente. Diego me seguía de cerca.

Entramos al salón, que estaba a oscuras, y cerré la puerta detrás de nosotros.

–La luz –susurré–. Voy a buscar una luz. –Me acerqué a la pared y tropecé con su pie, pero me agarré a su brazo para no caerme. Por suerte, no le di a Cora en la cabeza en el proceso.

–Lo siento –susurró.

–No, he sido yo. No veo nada.

Se rio por lo bajini. Pasé la mano por la pared más cercana y encontré un interruptor. Encendí un par de luces sobre nosotros.

–Su habitación está arriba. Ven por aquí.

Fui encendiendo luces mientras atravesábamos la casa hasta que llegamos a la habitación de Cora. Esa luz no la encendí para que no se despertara cuando la metiéramos en la cama. Aparté la colcha, coloqué la almohada y me aparté para que Diego pasara. Él la dejó suavemente sobre el colchón y la tapó con las mantas.

–Dulces sueños –murmuró.

Salimos de la habitación y cerramos la puerta.

–¿Qué le has dicho? –pregunté.

–¿Nunca has ido a clases de español? Me ofendes –dijo, aunque por su sonrisa era obvio que

no lo decía en serio.

–En realidad sí, pero no me acuerdo de nada.

–Los idiomas se vuelven escurridizos si no se practican.

–Claro. –Me callé durante un momento–. O cuando no los aprendes bien desde el principio.

Bajamos por la escalera y me preguntó:

–¿Vas a dejarla aquí sola?

–Le voy a mandar un mensaje a su madre y me quedaré aquí esperando. ¿Te despides de Alana por mí?

–Claro. –Se paró delante de la puerta trasera con la mano en el tirador–. «Dulces sueños» es *sweet dreams* en inglés.

–¿Hablas español en casa?

–Cuando era pequeño y mis abuelos estaban en casa, sí. Ahora no tanto.

Lo más probable era que no fuese el momento adecuado para tener esa conversación con Diego, tirador en mano y listo para salir, pero no pude evitar preguntar:

–¿Dónde están ahora?

–Mi abuela falleció hace dos años y mi abuelo está en una residencia porque tiene alzhéimer.

–Lo siento –dije.

–No pasa nada. Así es la vida, ¿no? –Abrió la puerta–. Adiós, Kate.

–Adiós, Diego.

Y salió. Le mandé un mensaje a mi tía y volví a quedarme mirando el de Hunter. Después de unos minutos, oí risas fuera de la casa. Pasé al salón. Estaba a oscuras; solo lo iluminaba tenuemente una de las luces que había encendido en otra habitación. Abrí las cortinas y vi a Diego con sus sobrinos y con Alana. Iban por el camino de entrada de mi casa hacia su coche. Alana rodeó una de las manos de Diego con las suyas y le dijo algo. Él se rio. Luego, ella levantó a Camilla en volandas y volvió a dejarla en el suelo. Yo dejé que las cortinas cayeran de nuevo en su sitio.

CAPÍTULO 17

–¡Kathryn!

Las luces se encendieron de golpe e hice una mueca por culpa del resplandor repentino.

Me tapé los ojos con la mano para evitar la luz y me incorporé, desorientada por el sueño. Era sábado por la mañana y ni siquiera había salido el sol todavía. Un vistazo rápido al móvil me indicó que eran las cinco de la madrugada.

–¿Qué pasa? –pregunté, confusa–. ¿Todo bien?

Mi madre estaba de pie junto a mí.

–Alguien ha entrado esta noche.

Ya estaba despierta del todo.

–¿Alguien ha entrado en casa?

–No, en el puerto. Han soltado todas las motos. –Tenía una expresión ojerosa y preocupada.

–¿Soltado? –No tenía ni idea de a qué se refería. Por la noche las dejábamos en el lado sur del muelle, protegidas con una cadena.

–Están desperdigadas por el lago.

Me bajé de la cama y abrí el cajón de la cómoda para sacar uno de mis bañadores.

–¿Las han dejado a la deriva en el lago? ¿No las han robado?

–No, no las han robado. Las vemos en el GPS; están por todas partes.

–Qué raro. ¿Se han llevado las llaves también? –pregunté.

–No, deben de haberlas arrastrado por ahí con su propia moto acuática –dijo mi madre, que se giró para salir.

–¿Y no los han pillado los patrulleros? ¿Nadie oyó nada en el lago anoche? –Los motores de los vehículos armaban mucho escándalo en las noches silenciosas.

–Nada de esto tienen sentido. Aún estamos intentando averiguar algo. Te veo allí.

Tenía razón. Nada tenía sentido. Me puse el bañador, un cortavientos y unas chanclas. En el pasillo me encontré con Max, que tenía el pelo revuelto y balbuceaba algo sobre dormir. Salimos juntos de casa, doblamos la esquina y cruzamos la calle hacia el puerto. Al atravesar la puerta y subir al muelle, me paré a estudiar el candado. Lo habían cortado y estaba colgando de un lado en el cerrojo.

En la tienda, mi padre estaba hablando con mis tíos. PC vino hacia mí y me dio con el hocico en la pierna hasta que le acaricié la cabeza. Luego pasó a Max.

–Hola, chicos, ¿Alguna idea de qué ha podido pasar? –preguntó mi padre.

Miré a Max, que se encogió de hombros. ¿Por qué íbamos a saberlo *nosotros*?

–¿Algún amigo nos habrá gastado una broma? –sugirió Max.

–¿Un amigo nos ha gastado una...? –Cerré los ojos–. ¿Frank?

–¿Crees que ha sido el chico de los Young? –preguntó mi padre.

–No lo sé, solo se me ocurre él –respondí. Mis sospechas crecían cuanto más lo pensaba–. Estuvo en el puerto el otro día y vio cómo teníamos las cosas. –Además, la noche pasada había estado fisgando por casa y puede que hubiera visto el inventario que mi padre guardaba en el libro de contabilidad–. Tiene una lancha y una moto acuática. Bien podría haber sido él. Ya sabes que tiene contactos con los patrulleros y un problema con nosotros.

–Espero que te equivoques –dijo mi padre.

De repente, supe que no era el caso.

–¿Y mamá? –pregunté mientras la buscaba por la tienda.

–Ha ido a poner la denuncia. El tío Tim va a dejarte junto a la primera moto con la lancha y luego llevas tú a Max a la siguiente. Llevaos *walkie-talkies*. Yo os guío desde ahí. Y no remolquéis más de dos a la vez, por favor. –Consultó su reloj de muñeca–. Esperemos poder arreglar todo esto antes de abrir.

Los sábados abríamos a las seis de la mañana. Principalmente, para nuestros barcos pesqueros y de suministros, pero también para los apasionados del esquí que preferían que el agua fuera como el cristal, sin otras embarcaciones que enturbiasen la superficie del lago.

El tío Tim se dio una palmada en la pierna y PC corrió hacia él mientras daba golpecitos con el rabo en los bañadores y hacía balancear todas las perchas. La tía Marinn las dejó quietas.

–Yo conduzco –dijo mientras empujaba a mi tío para poder salir antes de él. Él la siguió.

Mi padre me dio dos juegos de llaves para las dos motos a las que íbamos a ir primero; las otras podíamos remolcarlas sin encender los motores. Max sacó chalecos salvavidas y cuerdas. Todos, incluido PC, nos subimos a una de nuestras lanchas motoras, que no eran ni de lejos tan bonitas como la de Frank. El tío Tim nos alejó del muelle y nos pusimos en marcha.

El sol saldría por las montañas en cualquier momento, cosa que me alegraba. Puede que me encantase el lago, pero navegar sola en la oscuridad no me hacía mucha gracia.

–Parece que hemos esquivado al monstruo del lago –dije, y pinché a Max en las costillas. No era muy mañanero, así que sabía que esa era la única broma que podría soportar.

–Ahora solo tenemos que lidiar con el del bosque –respondió. Eso me sorprendió. Debería haber sabido que empezaría con los cuentos de la familia. A fin de cuentas, con sus cómics, lo suyo era contar historias–. Hasta las siete no viene.

–Sí, y roba todos los peces que puede.

–Estáis asustando a PC –dijo el tío Tim mientras le tapaba las orejas al perro.

–Sí, PC es un poco cobardica. –Siempre se escondía durante los fuegos artificiales del Día de la Independencia y cuando había tormenta.

–¡Ahí hay una! –gritó mi tía mientras apuntaba a la distancia, más allá del parabrisas–. Menos

mal.

Mi tío asintió al ver la moto delante de nosotros.

–Sí. Yo pensaba que les habrían quitado los GPS a las motos y que los habrían tirado al lago.

No se me había ocurrido esa posibilidad. Así que no nos enfrentábamos a unos ladrones, sino solo a unos bromistas. Lo cual me hizo estar más segura de que había sido Frank.

La tía Marinn se paró junto a la moto y me asomé por la borda.

–¿Puedes acercarte más? –pregunté. El agua estaba más cálida al final de la temporada que al principio, pero aún era demasiado temprano para ponerse en remojo.

–¿Quién es la cobardica ahora? –dijo el tío Tim.

La tía Marinn dio otra vuelta y mi tío alargó la mano para sujetar uno de los manillares. Me subí y Max se montó detrás de mí.

La siguiente prueba era comprobar si la moto se encendía. Metí la llave de contacto y el motor cobró vida. Suspiré aliviada. Mi tío me dio los *walkie-talkies* y las cuerdas que había dejado en el asiento de la lancha. Luego, mi tía y él se alejaron y se despidieron de Max y de mí con la mano.

Hablé por el *walkie* para que mi padre me dijera dónde estaba la moto más cercana. Estaba en la cala.

Cuando Max y yo arrancamos, el agua seguía negra y el cielo, de un color gris claro. Pensé que debería haber más luz, pero tal vez el sol no hubiera terminado de salir.

–Así querías pasar tú la mañana del sábado, ¿no? –le pregunté a Max a gritos contra el viento.

–¿De verdad crees que ha sido Frank?

–Sí –dije–. ¿Tú no?

–No lo sé.

–¿Quién si no?

Max no respondió, seguramente porque sabía que tenía razón.

Por segunda vez esa semana, cuando rodeé el saliente de árboles y rocas para llegar a la cala, vi una embarcación flotando junto a nuestra. Esta vez era un pequeño barco pesquero. No habían atado ningún cabo, y su ocupante, un chico de mi edad con el pelo oscuro, estaba montado en la moto y observaba la placa de metal que teníamos en todos los vehículos a motor con el nombre del puerto y nuestro número de teléfono. El chico levantaba el móvil en el aire, como si así pudiera encontrar mejor cobertura.

Al oírnos llegar, se dio la vuelta. Para mi sorpresa, era Diego.

–¡Hola! –gritó. Era obvio que me había reconocido.

–Buenas –dije.

–Estaba intentando llamar al puerto.

–En la cala no hay cobertura.

–Eso me estaba pareciendo. –Miró a mi hermano, que iba detrás de mí–. Hola, Max. Me alegro de verte otra vez. –Diego dejó nuestra moto y volvió a su barca.

–Qué tal. –Max se bajó por la parte trasera de la moto y se subió a la otra.

–Has madrugado –le dije a Diego.

–Tengo que ir a por los peces antes que el monstruo del bosque –dijo.

La mirada de Max salió disparada hacia Diego. Esa historia era de la familia. A mí también me sorprendió.

–¿Dónde has oído eso? –pregunté.

–Creo que me lo contó tu madre hace un par de veranos, cuando fui al puerto a comprar cebos –dijo–. No sabía que erais familia en ese momento, pero os parecéis mucho.

–Sí, es verdad.

Max usó la llave que le di y encendió el motor.

–¿Qué ha pasado con las motos? –preguntó Diego mientras señalaba con la cabeza la que tenía mi hermano.

–No estamos seguros. ¿Cuánto llevas aquí? –pregunté.

–Una hora, más o menos.

–¿Has visto a alguien en el lago esta mañana?

–Vi un barco grande y lujoso muy temprano, pero creo que entraba.

Intenté gruñir solo para mí misma, pero me costaba.

Max me enseñó su *walkie-talkie* y me miró, preguntándome en silencio.

–Sí, puedes irte –le dije.

–Nos vemos –se despidió Diego, y Max le dijo adiós con la mano antes de marcharse.

–¿Llevas un par de horas aquí? ¿Tú solo y a oscuras? –pregunté.

–Sí.

–¿No te da miedo?

Una sonrisa se dibujó lentamente en su cara.

–¿Te da miedo el lago por la noche?

–El lago no. Solo el agua.

Él se rio.

–¿No es lo mismo?

Pasé la mano por el manillar de la moto y me encogí de hombros. Me resultaba difícil admitir que había cosas del lago que no me gustaban.

–¿Qué pasa? –preguntó.

–Nada. Es que... –Siempre decía demasiado cuando estábamos juntos. Era demasiado fácil hablar con él–. Nada. ¿Has pescado algo ya? –pregunté al ver la nevera portátil roja que llevaba en la barca.

Sus ojos oscuros bailotearon.

–Eso no se le pregunta a un pescador.

–O sea, que no.

–No –suspiró.

–¿Esta barca es *tuya*?

–Ahorré durante seis meses para comprar esta basura y sí, es toda mía.

–Es impresionante, basura o no. Eso es mucho tiempo ahorrando para algo. Yo debería ahorrar, pero me lo gasto todo en gasolina.

–¿En gasolina?

Le di un golpecito a la moto.

–Sí, tengo un problema. Ahora que viene el otoño y no saldré tanto al lago, tal vez pueda ahorrar, pero trabajo casi todo el verano. Qué irónico. Solo ahorro dinero cuando no trabajo.

–¿No te gustan los deportes de invierno? –preguntó Diego–. El esquí, las motos de nieve o... No lo sé. ¿En qué deporte te atabas cestas a los zapatos?

–En ninguno, pero no hago nada de eso. Supongo que tengo que buscarme *hobbies* de invierno.

Repasé su barca con la mirada. La verdad era que no estaba tan mal como él decía. Era plateada y estaba bien cuidada. Se notaba que estaba orgulloso de tenerla.

–¿Cómo se llama? –pregunté.

–No le he puesto nombre todavía. Tengo que hacerlo.

–Pues sí. Todos los barcos merecen un nombre. ¿Puedo sugerirte Monstruo del Bosque? Así puede que pesque algo, que para eso ha salido temprano.

–Muy graciosa.

–Eso intento.

Diego miró hacia el lago, detrás de mí.

–Me sorprende que Alana no esté contigo esta mañana. Siempre estáis juntas. –Le habría gustado que Alana estuviese ahí. Qué mono.

–Está durmiendo, que es lo que me gustaría estar haciendo a mí. Solo los pescadores y los amantes de la luna están levantados a esta hora. Y ya sabemos que ninguno de los dos es de fiar.

–Desde luego.

Encendí la moto.

–Supongo que tengo que volver al trabajo.

–Buena suerte –dijo.

Me gustaba ver a Diego en el lago, como si este también fuera su lugar. Como si no le resultase ajeno. Como si solo se tardase treinta minutos en llegar y no una eternidad, como la gente de Oak Court parecía pensar. Diego encajaría bien con los lacustres. Se lo diría a Alana.

CAPÍTULO 18

–¿Has visto a Frank? –Me detuve sin aliento frente a la taquilla de Alana el lunes por la mañana. Había salido corriendo de mi coche para ir a la taquilla de Frank y luego a la suya en menos de cinco minutos.

–¿Qué? –preguntó Alana, que se volvió hacia mí con libros en los brazos.

–Frank. ¿Sabes dónde puede estar ahora mismo?

–Hoy no viene. ¿No te acuerdas? Torneo de fútbol.

–Ah. Es verdad. –Ahora que sabía que no podría enfrentarme a él, dejé que el enfado desapareciera.

–¿Por qué estás buscando a Frank?

–Quería hablar con él sobre el incidente del puerto. –Ya le había contado en una serie de mensajes apresurados lo que había pasado el sábado, pero no quién pensaba que había sido. Quizás porque no estaba dispuesta a asegurarlo hasta que hubiera hablado con él—. ¿Cuándo se fue al torneo?

–Hoy. Pero espera... ¿Crees que ha sido *Frank*?

–Sí.

–No es propio de él.

–Está apuntando más alto.

–Mmm. Si ha sido él, lo averiguaré.

–Yo también.

Cerró la taquilla. Llevaba una sudadera gris que le quedaba muy grande. No la había visto nunca.

–¿Es nueva?

Ella sonrió.

–Es de Diego.

–¿En serio?

–Me la dejó el viernes por la noche, cuando nos fuimos de tu casa.

–¿Y la has incorporado a tu vestuario? –No sabía por qué parecía que me molestaba.

–Se la voy a devolver, pero esto es básico en el coqueteo: deja que el chico te vea llevando su ropa.

–¿Porque entonces te asocia con su propiedad?

Alana negó con la cabeza y me dio un empujón en el brazo.

–No. Porque piensa que estás muy mona con sus cosas por encima. –Señaló hacia un lado con el pulgar—. Venga. Vamos a clase.

Había llegado antes para enfrentarme a Frank, así que aún quedaba algo de tiempo hasta que sonase la campana.

–Te veo allí. Tengo que ir a mi taquilla.

–Voy contigo.

Atravesamos los pasillos y nos detuvimos frente a mi taquilla. Hurgué debajo de un montón de papeles y saqué el libro de Historia.

–Pero ¿quién necesita libros para ir a clase? –dijo una voz a mi espalda. Solté un gritito de sorpresa y se me cayó el libro al suelo con un golpetazo.

Diego sonrió, pero se mordió el labio y se mostró arrepentido.

–Lo siento, no pensé que hablar en un pasillo ruidoso pudiera asustar a alguien.

–Es un poco espantadiza –dijo Alana.

–Tomo nota.

Alana estiró las mangas de la sudadera que llevaba, que era de él, como queriendo atraer su atención.

–¿Y ese palo de golf? –le preguntó.

Yo ni me había dado cuenta de que llevaba un palo de golf hasta que lo comentó. Diego se lo puso en un hombro como si fuera un bate de béisbol.

–¿Juegas? –preguntó Alana.

Se lo apartó del hombro y lo extendió, como estudiándolo.

–Sí y no.

–¿Qué clase de respuesta es esa? –pregunté yo.

–Bueno, no juego, pero me gusta ir a los campos de prácticas de vez en cuando. Y Garrett Wilson apostó a que no podía meter la pelota entre los palos del campo de fútbol americano desde esa colina tan alta que hay detrás del estadio, así que hice lo que tenía que hacer.

–¿Qué tenías que hacer? –pregunté muy seria.

Alana se rio.

–Tenía que colar la bola entre los palos. ¿A cuánta distancia crees que está?

–Unos ciento ochenta metros... más o menos –respondió.

–Supongo que más bien menos –dije.

Diego se rio entre dientes.

–¿Y lo hiciste? –pregunté.

–Vaya –dijo, y se agarró el pecho–. No tienes fe en mí.

–Madre mía, Kate –dijo Alana.

–¿Tengo que demostrártelo a ti también? –preguntó él.

–Es que sé que no es fácil.

Diego entrecerró los ojos con una sonrisilla.

Alana me apretó el brazo.

–Ahí está Bennett. Tengo que darle unos apuntes de Mates. Os veo en clase. –Se despidió de Diego con la mano y se fue. No sabía si eso también formaba parte de su estrategia. Ahora que había tenido una cita oficial con él (aunque solo fuera en mi casa) y llevaba su sudadera puesta, ¿estaría intentando demostrarle que aún tenía otras opciones?

Diego la observó mientras se iba con una expresión inescrutable. A veces no me convencían mucho las estrategias de Alana.

Me volví hacia la taquilla para sacar el libro de Historia, pero no lo encontraba.

–Está en suelo –me recordó Diego.

–Ah, sí. –No me acordaba de que se me había caído cuando llegó él. Me agaché para recogerlo. Cuando me levanté, me di en la sien con una esquina de la taquilla.

El dolor se extendió al instante desde el lugar del impacto. Me puse la mano encima rápidamente e hice una mueca.

–¿Estás bien? –preguntó Diego, que se acercó a mí.

–Sí, no pasa nada.

–¿Te duele?

–No, no mucho. Solo es un pequeño chichón.

–¿Puedo verlo?

Me dejé la mano en la sien por si me sangraba. No la sentía húmeda. Diego se aproximó y me sujetó la muñeca para apartármela de la cara.

Después de estudiarla un momento, dijo:

–Parece que sobrevivirás.

–Gracias, doctor.

Me miró a los ojos e ignoró la broma.

–Disculpa.

Me encogí de hombros para restarle importancia. Me daba vergüenza recibir tanta atención.

Sin dejar de agarrarme por la muñeca, me dibujó una uve en la sien con un dedo de su mano libre.

–*Valor*. ¿Conoces esa palabra?

–Sí... ¿Por?

–También la tenemos en español. Cuando yo me lastimaba, mi madre me la dibujaba en el brazo, en la cabeza o en la espalda. Se pronuncia un poco distinto, pero significa lo mismo en inglés y en español. Valentía. Coraje.

Me reí un poco.

–¿Me estás diciendo que he sido muy valiente tras esta experiencia tan cercana a la muerte con la taquilla?

–Bueno, es un sustantivo, no un adjetivo, así que sería más bien que te doy yo la valentía.

–Ah, entonces me estás diciendo que no soy valiente y que la necesito.

Él sonrió y terminó de escribirme la palabra en la sien.

Cada letra me hacía sentir la piel más cálida.

Diego se encogió de hombros.

–Funciona mejor con los niños de siete años.

–¿Funcionaba contigo? –pregunté.

–Siempre.

Y yo podría haber jurado que también estaba funcionando conmigo. Sentía la cabeza perfecta. Sonó la campana.

Diego me soltó la muñeca.

–Te veo por aquí, Kate.

–Sí, nos vemos –dije.

Se fue y tardé un minuto en recordar qué estaba haciendo. Bajé la mirada hacia el libro de Historia que aún llevaba en la mano, sacudí la cabeza y lo metí en la mochila.

–¡Kate! –Oí que me llamaban, y por un momento pensé que era Alana. ¿Nos habría visto? ¿Por qué había hecho Diego algo así? Porque acababa de darme un mamporro en la cabeza con la taquilla. Solo estaba siendo amable. Diego era amable.

Miré a mi alrededor, pero no vi ni rastro de Alana. Segundos después, Liza me estaba tirando de la mochila. Iba sin aliento y llevaba a una chica pelirroja a rastras por el brazo.

–Kate. Espera.

Frené.

–Hola, primita. ¿No te aburres de mí en casa? –dije.

–Esta es Chloe –jadeó Liza–. Quiere conocerte.

La amiga de Liza tenía una sonrisa enorme en la cara y me miraba como si acabase de darle doscientos dólares.

–Hola –dijo.

–Eh... ¿Hola? –Le dirigí una mirada inquisitiva a mi prima.

–Es fan tuya –dijo Liza como explicación, pero no me resolvió nada.

–¿Cómo? –pregunté.

–El *podcast* –dijo Liza, que arrastraba las palabras.

–¿Eres fan del *podcast*? –le pregunté a Chloe.

–Fan tuya, en particular –dijo Liza–. Le pareces graciosa.

–Si soy graciosa sin quererlo, ¿sigo siendo graciosa?

Chloe se rio.

–Me gustó mucho el consejo que diste sobre la señora Pomroy. Alguien pidió guías de estudio

en clase y funcionó.

–¿La señora Pomroy? ¡Ah! Pero no iba por ella, era el señor... –Me callé al acordarme de que habían quitado el nombre del profesor aludido de la grabación.

–Bueno, da igual –dijo Chloe–. En nuestra clase también ayudó.

Liza parecía una madre orgullosa al decir:

–¿Ves? Tus consejos ayudan a la gente.

–Genial –dije–. Encantada de conocerte, Chloe.

La chica me miró ilusionadísima, como si fuera una famosa de verdad. Luego, las dos se escabulleron juntas. Las vi marcharse y me di la vuelta para ir a clase de Historia. Qué mañana tan rara.

CAPÍTULO 19

¿Vas a venir a la academia de Liza hoy?, le pregunté a Alana en un mensaje cuando llegué a casa después del instituto.

Alana: Oa veo allí.

Antes de salir para recoger a mi prima en su casa, me detuve en la puerta de la habitación de Max y llamé dos veces.

Oí un murmullo que interpreté como un «Entra», así que abrí la puerta. Max estaba sentado frente al escritorio y dibujaba en un bloc.

–Oye, me voy –dije.

–Vale –dijo sin levantar la vista.

–¿Quieres venir conmigo?

–No.

–Qué charlatán estás hoy –bromeé. También había estado callado de camino a casa.

–Ya.

Recogí la prenda de ropa más cercana que había en el suelo: una camiseta verde de Harry Potter. La arrugué y se la tiré a la nuca. Max me la devolvió. Aterrizó en el suelo delante de mí y me di cuenta de que tenía un desgarrón en el cuello.

–¿Qué le ha pasado a la camiseta? –pregunté.

–Me enganché con una valla.

–¿Qué valla?

–La que rodea el campo de béisbol.

–¿Ahora las vallas saltan y te agarran?

–Atajé por el campo de béisbol después de clase y la puerta estaba cerrada. Tuve que saltar por encima.

–Vaya, pues sí que estás atlético.

Flexionó el bíceps y me dijo que me fuera.

Cerré la puerta y caminé hasta la casa de al lado, la de mi tía. Encontré a Liza en su dormitorio, calzándose un par de bailarinas. Lo primero que me dijo fue:

–Ya eres totalmente famosa.

–¿Porque a una de tus amigas le parezco guay?

–Ayer les pareciste guay a más personas.

–Eres un trasto. –La miré de arriba abajo y me di cuenta de que se había cambiado de ropa después de llegar a casa–. ¿Te has puesto guapa para Tommy? –bromeé.

–Esto no es ponerse guapa. Estaba hecha un asco después de clase. –Recogió la mochila–. ¿Lista para llevarme? –Ahora me estaba mirando la ropa ella, como si pensara que debía ir a cambiarme.

Bajé la vista hacia mis vaqueros, mi camiseta bicolor y mis zapatillas de deporte.

–¿Qué?

–Nada –dijo–. Vámonos.

* * *

Cuando entramos por la puerta principal de la academia, Diego estaba en el mostrador.

–¿Trabajas todos los días? –le pregunté.

–Lunes, martes y jueves.

Liza ya se sabía la rutina y pasó por detrás de Diego para reunirse con Tommy en las mesas de atrás.

El teléfono empezó a sonar y Diego respondió, así que yo me senté en la zona de espera. Esa vez me había traído la mochila con los deberes, pero eso no me impidió echarles un vistazo a las revistas. Había otra nueva: *Hobbies*. No sé por qué sentía la necesidad de tomar nota de las revistas cada vez que venía, pero, como la primera vez las había estudiado tanto, me resultaba sencillo identificar las nuevas.

Diego también debía de haberme visto mirando, porque cuando colgó el teléfono dijo:

–¿Esa la lees?

–¿*Hobbies*? No, pero parece interesante. –Busqué en mi mochila y saqué los deberes de Mates de ese día–. A Alana le gustaría.

Hablando de Alana, miré por encima de mi hombro. ¿Dónde estaba?

–Ah, ¿sí? –preguntó–. ¿Y eso?

–Porque todo se le da bien. Le enseñas una afición nueva y la tía se hace una experta. –Recogí la revista, la puse encima del libro de Matemáticas y la abrí por una página aleatoria–. Punto. ¿Ves? Seguro que se le daría genial. –El artículo que tenía delante hablaba sobre los proyectos que una señora de ochenta años había tejido durante toda su vida. La lista abarcaba más de quinientos–. Una vez le hizo un jersey a un bebé pingüino en el zoo.

–¿Alana?

–Ah, no, perdona. Hay un artículo sobre una señora y su vida haciendo punto. Le hizo un jersey a un bebé pingüino. ¿A que mola? –Pasé más páginas, cerré la revista y la devolví al montón.

–Le gusta cocinar, ¿verdad? –preguntó Diego, que apoyó los codos en el mostrador.

–No estoy segura; el artículo solo resaltaba lo del punto. También hay una historia de un tipo que conoce más de un centenar de cantos de pájaros.

–Me refiero a Alana.

Otra vez estaba preguntando por ella. Eso era buena señal.

–¡Sí! Sí le gusta. Siempre prepara un montón de recetas de Hawái. Supongo que ya sabes que es de allí.

–Eso he oído. ¿Cuándo se mudó aquí?

–A los doce años. Nos conocimos por esa época. Se supone que tendría que haber sido yo la que la acogiera y le enseñara todo porque era nueva, pero siempre ha sido al revés.

–¿En serio? –preguntó Diego.

La puerta de la academia se abrió e hizo sonar la campana. Volví a mirar por encima de mi hombro para darle la bienvenida a Alana, pero no era ella. Era una mujer de veintimuchos años seguida de dos niños a los que reconocí: Camilla y Samuel. Los sobrinos de Diego.

–Monica, no puedo. Estoy en el trabajo –atajó Diego a modo de saludo.

–Lo sé. Créeme, lo sé –dijo la mujer–. Pero, cuando estás en casa, mamá y papá no te dejan ayudar. Siempre con tu horario perfecto.

Él apretó la mandíbula. No estaba segura de qué le había molestado, si lo que venía a pedirle o lo que había dicho sobre sus padres.

–No te lo pediría si no estuviera desesperada –continuó Monica–. No me los puedo llevar a una entrevista. Dos horas. Como mucho. Por favor, Diego. –Juntó las manos y las puso sobre el mostrador para suplicarle.

–¿Quieres que me despidan?

–Si entra tu jefa, di que son clientes.

–Pero mi jefa sabe que son mis sobrinos. ¿No te acuerdas? Ya los conoce. De la última vez que me lo pediste.

–No vendrá. Dos horas. –No le dio a Diego la oportunidad de volver a negarse. Les dio un beso a sus hijos en la mejilla y se fue rápidamente.

–Mi hermana, damas y caballeros –anunció Diego como si la sala estuviera llena de gente. Su gesto de frustración se transformó rápidamente en una sonrisa cuando los niños lo miraron desde abajo–. Hola, chicos –dijo–. ¿Tenéis deberes?

Asintieron.

–Samuel, Camilla, ¿os acordáis de Kate? –les preguntó.

Los saludé con la mano y luego él los llevó hacia el fondo. Se detuvo un momento mientras ellos corrían delante de él.

–Eres muy bueno con ellos... y con tu hermana –dije.

–¿No querrás decir «pusilánime»?

–No, eso no.

–Gracias, Kate. –Se fue con sus sobrinos y entonces entró Alana. Me miró a mí y luego al mostrador vacío. Se encogió de hombros como si no lo entendiera. Yo señalé la silla que había a mi lado con la cabeza y se sentó.

–Ha venido su hermana con sus sobrinos y tiene que cuidarlos durante dos horas poniendo en peligro su trabajo –suspiré.

–Pues he llegado a tiempo. Alana al rescate. ¿Quedaría muy raro si me ofrezco a llevarlos al parque? –dijo.

–Es posible, porque apenas te conocen.

–¿Y al súper de al lado para comprarles galletas?

–Mejor –dije.

Se crujió los nudillos y se acercó al mostrador. No tardé mucho en oír a Diego desde el fondo:

–¿Alana?

–Anda, hola. ¿Trabajas hoy? Solo me he pasado para hacerle compañía a Kate.

–Qué detalle –dijo.

–Ya me conoces.

Solté una risotada burlona y me clavó una mirada por encima del hombro.

–¿Son tus alumnos de hoy? –preguntó Alana, que señaló a los niños con la mano.

–Mi hermana me los acaba de dejar.

–Ah, ¿también ofrecéis servicios de canguro? –preguntó. Era buena.

Diego volvió a la parte delantera, seguramente para poder hablar más bajo.

–En teoría no. No deberían estar aquí.

–¿Sabes a quién se le dan genial los niños? –preguntó Alana.

La mirada de Diego se posó en mí. Yo seguía ahí sentada, como una sujetavelas.

–No –dijo Alana. Obviamente, ella también se había dado cuenta–. Bueno, a ver, se le dan bien porque tiene mil primos, pero me refería a mí misma.

Él sonrió.

–¿Puedo llevármelos aquí al lado a por una galleta o algo así? –se ofreció Alana–. Creo que también pueden subirse al caballito ese que funciona con monedas.

Tosí en lugar de intervenir para decir que seguramente los niños fueran ya muy mayores para eso.

–Creo que hace tres años que son demasiado mayores para esa máquina –dijo Diego.

–Nunca se es demasiado mayor para los caballitos. –Alana se recuperó con elegancia, como siempre.

–No puedo pedirte que hagas eso –le dijo Diego.

–¿Por qué? Somos amigos, ¿no?

–Sí.

–Los amigos hacen cosas así todo el tiempo. Verdad, ¿Kate?

–Sí. Justamente el otro día te pagué un viaje en el caballito.

Liza rodeó el mostrador con Tommy y me levanté.

–¿Ya estás? –le pregunté a mi prima.

Ella asintió.

–Gracias, Tommy –dijo.

Cuando Tommy me vio, alargó el puño. Asumí que quería que lo chocara con el mío, así que lo hice.

–Tu *podcast* es una pasada –dijo–. Eres muy graciosa.

–Gracias.

–A ver si llamo y pregunto algo.

–¿Tienes algún problema? –pregunté.

–No, pero quiero ver cómo suena mi voz cuando la distorsionáis con las cosas que tenéis en los teléfonos. Ni se sabría que soy yo. Podría inventarme un problema muy bueno.

Liza soltó una risilla.

No iba a decirle que yo sí que sabría que era él con toda seguridad. La «distorsión» se añadía después.

–Pues sí, a ver si llamas. Sería divertido.

Se mordió el labio, como si estuviera intentando pensar un problema para llamar enseguida.

Me acerqué a la puerta y miré a Alana para asegurarme de que ya no necesitaba a una carabina. Seguía hablando con Diego.

–Hasta luego –dije–. Adiós, Alana, Diego.

Los dos me miraron.

–Adiós, Kate –dijo Alana. Estaba radiante.

–Adiós, chicas –dijo Diego–. Te veo el lunes que viene, Liza.

–O en el insti –le dijo–. Sabes que voy al instituto.

–Ah, sí, por supuesto.

Intenté no reírme. Era obvio que lo había dicho por Tommy. Salimos y Liza me miró.

–Alana y Diego, ¿eh?

–Sí.

–Hacen una bonita pareja.

–Estoy de acuerdo.

Me agarró del brazo.

–Gracias por ser una prima genial y acompañarme a la academia, pero creo que ya voy bien.

–¿Ya no necesitas las clases de apoyo?

–No, digo que puedo hacerlo sola desde ahora. Mi madre puede traerme.

–Ah.

Sonrió y se fue al coche dando saltos. No sabía por qué esa decisión me hacía sentir tan decepcionada.

CAPÍTULO 20

El miércoles después de clase vi a Frank de camino al estudio de grabación. Zigzagué entre la multitud de personas que había en el pasillo para intentar alcanzarlo antes de que entrara en la sala. No había ido a la clase de *Podcast*, pero era obvio que iba a presentarse al taller. Acababa de llegar a la puerta cuando me puse a su altura.

–¿A eso lo llamas tregua? –pregunté. Las palabras llevaban demasiado tiempo cociéndose en mi interior. Igual debería haberlo abordado después del taller, porque me daba la sensación de que habríamos tenido más privacidad. Así no la tuvimos, dado que mi arrebató atrajo varias cabezas.

–¿A qué te refieres? –dijo con calma mientras alargaba la mano hacia el pomo de la puerta.

Lo agarré del brazo, lo arrastré, doblé la primera esquina y lo situé bajo la escalera.

–Si querías estar a solas conmigo, gatita, solo tenías que pedírmelo.

–No seas imbécil. –Bajé la voz–. ¿Por qué lo has hecho?

–No tengo ni idea de qué me estás hablando.

–Yo creo que sabes perfectamente de qué te estoy hablando.

–Estoy muy cansado para esto. Literalmente, acabo de llegar de un viaje de cinco horas en autobús –dijo–. ¿Qué? ¿Qué es lo que se supone que sé?

Aunque no estuviera involucrado en la «broma» del puerto en sí, su familia tendría que estar al corriente de la denuncia que habíamos puesto. El hecho de que se estuviera haciendo el inocente solo me enfadaba más.

–¿Te parecía gracioso? ¿Se supone que era una *broma de tregua* o algo así?

–Ah, ¿lo de las fotos? Eso díselo a Alana.

–¿Las fotos? –pregunté. Mi enfado estaba dando paso a la confusión.

–Las de la web. Tuyas y de Victoria.

–¿Hay fotos mías y de Victoria en la web?

–Como ya he dicho, habla con Alana. –Se cruzó de brazos–. ¿Hemos acabado?

–¿Eh? No, no, no hemos acabado. Te estoy hablando de la broma que nos gastaste en el puerto el sábado por la mañana.

Por su expresión, no sabía absolutamente nada. O era el mejor actor del mundo o estaba diciendo la verdad. ¿Estaría diciendo la verdad?

–Mira, ahí está Alana. Lo de las fotos lo discutes con ella –dijo, como si todavía estuviéramos hablando de las fotos. Alargó la mano y arrastró a Alana hacia nosotros.

–¡Oooh! Una reunión secreta debajo de la escalera –dijo–. ¿De qué estamos hablando?

–Dile a Kate que lo de las fotos fue idea tuya –dijo Frank.

–¿Se lo has *dicho*? –preguntó Alana.

–Ya lo sabía –respondió.

–¡No lo sabía! –exclamé–. Aún no lo sé.

–No me mates –dijo Alana. Entrelazó un brazo con el mío y otro con el de Frank y nos llevó de vuelta al estudio de grabación.

–No he terminado con él. –Caminamos unos cuantos pasos y dije–: Espera, ¿qué fotos?

–Hemos puesto una foto tuya y otra de Victoria en la web. Nos pareció que le daban un toque personal.

–¿Qué foto?

–La de tu ficha de estudiante –dijo Alana.

–¿Mi peor foto en el universo?

–También hemos puesto una espontánea que os hizo Frank mientras grababais la semana pasada.

–Considéralo un regalo nuestro –dijo Frank con aire engreído.

–Me estoy cansando un poco de tus regalos –murmuré mientras entrábamos en la sala.

El estudio estaba diferente y tardé un momento en entender por qué: teníamos equipo nuevo. No sabía que el presupuesto de la asignatura se lo pudiera permitir. Tal vez lo hubieran mejorado en otra clase.

La señorita Lyon dio una palmada.

–Sentaos antes de empezar, chicos.

Todos nos sentamos donde pudimos por la sala. Apenas éramos ocho, así que entre el sofá y las sillas con ruedas había sitio para todos.

–Os habréis dado cuenta de que hemos mejorado el equipo. Nos lo ha donado nuestro nuevo patrocinador.

–¿Patrocinador? –preguntó Victoria.

–Sí –dijo la señorita Lyon–. Kat, tengo un anuncio que tendrás que leer junto con el descargo de responsabilidad a partir de ahora.

–Vale, bien.

–Está en el iPad. –La señorita Lyon no podía parecer más satisfecha–. Esto solo demuestra que nuestro programa es un éxito y que las empresas lo reconocen.

Eso *molaba* bastante. Victoria y yo entramos en la cabina y cerramos la puerta. Ella empezó como siempre:

–Bienvenidos, queridos oyentes, a otro episodio de *No es mi problema*. Otra semana, otra serie de problemas. Y queremos oírlos, ¿verdad, Kat?

–No tengo nada mejor que hacer –dije.

Se rio y me dio el iPad.

Lo recibí de sus manos y recité la introducción que ya me sabía de memoria.

–Como siempre os decimos, no somos profesionales. Si tenéis problemas de verdad, llamad al

911 o a cualquiera de los números de emergencia que os proporcionamos en la web. –Luego bajé la vista hacia las palabras que tenía que leer–. También nos gustaría darle las gracias al patrocinador de nuestro *podcast*, Young Industries. –Me entró la tos por la sorpresa e intenté recuperarme para no contribuir al gusto que seguramente ya le estaba dando a Frank–. Es la empresa líder en desarrollo y servicios de Lakesprings y lleva más de cincuenta años trabajando para la comunidad. Gracias por vuestro apoyo constante.

Me negué a mirar a Frank a los ojos a través del cristal. ¿Habría pedido él que fuera yo quien lo dijera? ¿Tendría que decirlo todas las semanas? La señorita Lyon estaba haciendo como que una empresa aleatoria había reconocido la calidad del *podcast* y tomado la iniciativa, pero el padre de Frank no era una persona aleatoria: su hijo estaba en esa clase. Eso no tenía nada que ver con que el programa «fuera un éxito».

–Eso. Gracias, Young Industries –dijo Victoria cuando le devolví el iPad.

–Tenemos muchos correos con halagos para el programa –dijo Jamie desde la otra sala–. ¿Leemos alguno en voz alta?

La señorita Lyon asintió y señaló el iPad. Victoria abrió un mensaje de la bandeja de entrada. El asunto era «Amor».

–Vamos a leer algunos correos de nuestros oyentes –dijo Victoria–. «Hola, Victoria y Kat. Me encanta vuestro programa. Sobre todo, me encantó el chico que llamó por el conflicto que tenía entre sus responsabilidades escolares y el amor. Era muy dulce y sincero. ¿Dónde encuentro un chico así?»

–Buena pregunta –dije.

–Creo que era retórica –dijo Victoria.

–¿Tú crees?

Victoria leyó varios mensajes más que básicamente decían lo mismo antes de añadir:

–Pues estamos de acuerdo con todos vosotros: nos encanta el señor Buscamor.

–¿Vamos a llamarlo así? –pregunté.

–Me ha parecido que tiene gancho –replicó–. Es una palabra compuesta con gracia.

–Que os sirva de advertencia, oyentes: si no os identificáis en el programa, os pondremos nombre..., con palabras compuestas.

Victoria soltó una risita.

–Eso es.

–Parece que tenemos varias llamadas en espera –dije.

Victoria asintió hacia Mallory y ella nos pasó la primera.

–Estás en *No es mi problema* –dijo Victoria.

–Quiero ponerme lo que me dé la gana en el instituto –dijo la persona–. ¿Por qué tenemos normas de vestimenta?

–¿Qué es exactamente lo que quieres ponerte y no puedes? –preguntó Victoria.

–El pijama.

–¿No podemos venir a clase en pijama? –pregunté. En realidad, nunca me había leído las normas de vestimenta del manual para estudiantes, así que ese detalle me pilló por sorpresa.

–Pues no. Ayer me llamaron la atención por eso.

–¿Y cómo sabían que era un pijama? –preguntó Victoria.

–Porque eran pantalones de franela con cuadros escoceses y un top sin mangas.

–Lo único que puedo decirte es que, si no quieres que nos regulen el vestuario, tienes que proponérselo al AMPA y al consejo estudiantil –dijo Victoria–. Por desgracia, venir al instituto en pijama no va a cambiar nada.

–¿Tú qué piensas, Kat? –preguntó la chica.

¿Que qué pensaba yo? Ya me iba sintiendo más cómoda en el programa, más valiente y capaz, pero rara vez daba mi opinión. Tendría que hacerlo de vez en cuando para ser una buena presentadora, así que respiré hondo y dije lo que pensaba:

–Estoy de acuerdo. Sé que el consejo celebra reuniones, así que preséntate a una en pijama, resuelve problemas de matemáticas y demuéstrales que ir en pijama no te impide aprender. Y reza para que salga bien.

La chica suspiró como si fuera lo último que quería hacer, pero no discutió nuestro razonamiento.

–Gracias por escucharme –dijo, y colgó.

Sonreí y miré a Alana porque, si alguien podía estar de acuerdo con el tema de las reglas de vestimenta, esa sería ella, pero no estaba prestando atención. Estaba escribiendo algo en una libreta que tenía sobre la mesa, entre ella y Frank. Yo esperaba que dijera algo en plan: «¿De verdad el programa necesitaba a un patrocinador o lo has hecho solo para escuchar a Kate tirándole flores a tu empresa? Ah, por cierto, di la verdad y confiesa que te colaste en el puerto».

Victoria me miró.

–Oyentes, creo que estoy viendo una sonrisa en el rostro de Kat. Puede que se esté divirtiendo y todo. ¿Recordáis que en el primer programa dijo que esto se le iba a dar fatal? Pues a mí personalmente me parece que se le da de maravilla.

Ese cumplido inesperado me despertó una sensación de calidez en el pecho.

–Gracias, Victoria. Que tú seas la presentadora principal me lo pone mucho más fácil.

–Gracias a ti, compañera. Mejor seguimos, antes de que este festival del amor se adueñe del programa –dijo–. Siguió llamada. –Hizo una pausa para que nos la pasaran–. Estás en *No es mi problema*. ¿En qué podemos ayudarte hoy?

–Me dijisteis que llamara para contar las novedades. –Se me aceleró el pulso. Diego. Alana estaba prestando toda la atención posible.

–¿El señor Buscamor! –exclamó Victoria–. Justo estábamos hablando de ti.

–Un momento, ¿ese es mi apodo?

–¿No te gusta? –Victoria hizo un puchero.

–Eh... Puedo soportarlo.

–Pues nos encanta que nos hayas llamado –contestó ella–. Nuestros oyentes te adoran. Dinos, ¿ha habido algún avance con tu chica?

–Sí y no.

–Eso no es una respuesta –dije.

–Eso me han dicho. –Carraspeó, casi como si pensara que se iba a delatar al decir eso. Y se había delatado, porque era lo mismo me había dicho frente a las taquillas el otro día. Fue la primera cosa que hizo la persona que llamaba para convencerme sin duda alguna de que era Diego–. La respuesta real es que sí, he podido pasar más tiempo con ella. Lo pasamos bien. Es exactamente como la describí el otro día: divertida y dulce. Y es muy fácil estar con ella. Estoy intentando tener paciencia, como me sugirió Ka... Kat. –Casi me llamó Kate, pero se detuvo a tiempo.

–¿Y no funciona? –pregunté.

–Creo que sí.

–Pero... –lo animó Victoria.

–Pero hay otro chico.

Victoria tomó aire de golpe y yo clavé la mirada en Alana. Ella bajó las cejas.

–¿Crees que le gusta otra persona? –preguntó Victoria.

–Estoy casi convencido –respondió Diego.

–A lo mejor le estás dando demasiadas vueltas –dije–. ¿Se lo has preguntado?

–No, estoy haciendo un ejercicio de paciencia, Kat, como me sugeriste. Básicamente, dijiste que la caballerosidad había muerto.

–¿Ves? A eso también le has dado vueltas. Yo no he dicho nada de eso: dije que la *paciencia* había muerto. Le han pegado una paliza con la porra de la satisfacción inmediata.

–Au –dijo Diego.

–¿No te lo parece? –No solía enfrentarme tanto, pero era Diego, y nuestras conversaciones siempre despertaban algo en mi interior.

–Sí y no.

–Ja –dije.

–Yo sigo diciendo que la beses –dijo Victoria.

Asentí.

–A eso me refiero.

–Puedo ser paciente –dijo él–. Es solo que no sé si esa paciencia servirá de algo.

–¿No es esa una de las acepciones de «paciencia»? –pregunté–. ¿Esperar sin conocer el resultado al cien por cien?

Él se rio por lo bajo.

–Bien, lo entiendo. Gracias de nuevo por escucharme.

–Gracias por la actualización –dijo Victoria–. Qué ganas tenemos de ver cómo acaba la cosa. – Diego colgó y Victoria habló frente al micrófono–. Y para todos nuestros oyentes: me da que el amor está en el aire. Quedan todavía unas semanas para el Festival de Otoño, así que aún tenéis tiempo de pedirle a alguien que os acompañe. ¡Habrá juegos, comida, atracciones, música y mucha diversión!

–Creo que también habrá fútbol americano por algún sitio –dije.

–¿Fútbol americano? ¿Quién va al Festival de Otoño a jugar al fútbol? Antes de que me lleguen correos de indignación: es broma, chicos. Me encanta el fútbol americano. Tengo muchas ganas de animar al equipo y de celebrarlo después en la feria.

Después de un par de llamadas más, cerramos el programa y salí de la cabina para reunirme con Alana en la otra sala.

Frank me sonrió.

–Lo has leído de maravilla, Kat.

–¿Por qué has donado todo esto? –repliqué–. ¿Te sentías culpable?

Se llevó una mano al pecho.

–No hay forma de ganar contigo, ¿verdad? Me acusas de gastar una broma en tu puerto, yo estoy aquí apoyando el *podcast*, ¿y tú crees que es porque me siento culpable?

–Pues sí.

–Ha sido un detalle –intervino Alana.

–Sí, uno enorme que te hayas gastado el dinero de tu padre –dije.

Alana me agarró del brazo y me apartó.

–No merece la pena –me dijo en voz baja.

Cuando salimos del aula, pregunté:

–¿Cómo lo aguantas?

–Lo tengo bajo control –dijo.

–¿Eso qué quiere decir?

–Que él piensa que me está tomando el pelo, pero se lo estoy tomando yo a él.

–Sigo sin saber qué significa.

Se rio.

–Ya lo verás. La pregunta del millón es por qué Diego cree que me gusta otra persona.

–Entonces, ¿estás de acuerdo en que es Diego?

–Sí, creo que tienes razón. Es él.

Señalé con la cabeza hacia donde habíamos dejado a Frank.

—Por eso cree que te gusta otra persona.

Ella tomó aire de golpe.

—¿Y por qué iba a pensar que me gusta *ese*?

—¿Porque lo invitaste a mi casa y os aguí la cita, tal vez? Esa noche, Diego me preguntó qué pasaba entre vosotros.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —preguntó Alana con los ojos muy abiertos.

—Porque acabo de acordarme. Él cree que te gusta Frank. O puede que Bennett. ¿El chico ese al que mandas mensajes para saber dónde está Diego a cada momento?

Eché la cabeza hacia atrás y gimió.

—Tengo que arreglar esto.

—Igual deberías dejarte de estrategias y ser tú misma. A mí me parece que eres genial. Y a él también, evidentemente.

Ella se llevó a la boca la manga de la sudadera de Diego, porque había vuelto a ponérsela, para ocultar una sonrisa.

—Tienes razón. Creo que es el momento.

—¿El momento de qué?

—¿Qué puede haber más *yo* que un duelo de fogones?

—¿Se lo vas a pedir por fin?

—Sí. En cuanto pruebe lo que cocino, me jurará lealtad para siempre.

CAPÍTULO 21

Mi padre estaba en el muelle, hablando con el agente de policía. Yo tenía en la mano una cuerda amarrada a la parte delantera de un kayak y tiré de ella por el muelle hasta el atracadero. Había pausado el *podcast* que estaba escuchando para ver si oía algo, pero hablaban demasiado bajo. Tenían que estar hablando sobre las motos desperdigadas. ¿Habrían interrogado a Frank? ¿Habría más sospechosos?

Amarré el kayak al muelle. Me costaba parecer ocupada cuando ya había terminado toda la rutina de limpieza. Até y desaté un par de embarcaciones. Cuando mi teléfono vibró, me senté sobre las rodillas y lo saqué.

Merece que me ignores.

Me quedé mirando el nuevo mensaje de Hunter, anonadada por dos razones: una, porque no pensé que volvería a escribirme después de haber pasado de él, y dos, porque había pasado de él. No, había hecho algo más que pasar de él: me había olvidado de su primer mensaje. Había estado tan ocupada que llevaba días sin pensar en Hunter. No había ni mirado sus redes sociales.

Mi dedo, después de usarlo para tocar la pantalla y abrir el mensaje, volvió a caer por accidente y escribió una *e* en la barra vacía. Mierda. Ahora le saldrían esos estúpidos puntos suspensivos en el móvil, como si estuviera contestando. Ahora tenía que decir algo.

Lo primero que pensé fue: «Sí, mereces que te ignore». Incluso lo escribí, pero luego lo borré. Me hacía parecer resentida, como si le diera mucha importancia, y ninguna de las dos cosas era cierta. Así pues, escribí:

He estado superocupada. ¿Cómo te va?

Le di a «Enviar».

¿Por qué le había hecho una pregunta? No quería empezar una conversación. Sin embargo, los puntos suspensivos aparecieron en mi pantalla y supe que eso era exactamente lo que había hecho.

Hunter: Texas no se parece en nada a Lakesprings. Lo echo de menos.

Yo: Nada se parece a Lakesprings.

Hunter: ¿Cómo sabía que dirías eso?

Bajé las cejas. ¿Llevábamos más de tres meses sin hablar y él quería hacer como si hubiera sido ayer? ¿Como si todavía me conociera así de bien?

Yo: Supongo que soy predecible.

Oí que mi padre se despedía del policía al otro lado del muelle.

Me levanté rápidamente, guardé el móvil y me sacudí las piernas.

—¡Papá! —lo llamé.

Se paró a esperarme antes de salir por la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada. Ha venido a decir que no tienen ninguna pista.

—¿Han interrogado a Frank?

Sujetó la puerta para que yo pasara.

—No, dicen que no tienen pruebas para interrogar a nadie.

—Necesitan pruebas para detener a alguien. Para interrogarlo no hacen falta.

Cerró la puerta detrás de nosotros y echó el candado de repuesto que había comprado después del incidente.

—Solo estoy repitiendo lo que me ha dicho él. No tienen pruebas para interrogar a nadie.

—¿A nadie? ¿O a Frank? Seguro que no tendrían problemas en interrogarlo si su apellido no fuese Young. Supongo que, cuando eres el dueño de media ciudad, también lo eres de su policía.

—No sé qué decir, Kate. Hemos recuperado todas las motos. Creo que es el momento de pasar página.

Suspiré.

—Ya. Pasar página. —Yo no la estaba pasando para nada.

Y, hablando de pasar página, cuando llegué a mi habitación, saqué el móvil para ver si Hunter había respondido. Lo había hecho.

No quería decir eso. No eres predecible. Y menos aún últimamente. ¿Presentas el podcast del instituto? Nunca me lo habría imaginado. Bonita foto, por cierto. ¿Sabía que presentaba el *podcast* del instituto? ¿Lo escuchaba, entonces? ¿Sería por eso por lo que había contactado conmigo después de tantas semanas? ¿Y qué foto? De repente, me acordé de las fotos que supuestamente habían subido Alana y Frank a la web. Me senté frente al escritorio y abrí el portátil.

Tal como había dicho Alana, era la foto de mi ficha de estudiante. La señora que me la hizo me dijo que sonriera y yo empecé a decirle que esperara, pero no esperó. La foto espontánea que nos había hecho Frank a Victoria y a mí tampoco era mucho mejor. Parecía que quería besar el micrófono. Puf. Alana tenía razón: eso me daba ganas de asesinarla.

Le mandé un mensaje *ipso facto*:

¿Tú les has dado el visto bueno a estas fotos? ¡Creía que éramos amigas!

Enseguida me respondió:

¡Estás monísima! En serio, eres superfotogénica.

Me recordé a mí misma que el asesinato seguía siendo ilegal en los cincuenta estados del país y contesté:

Tienes suerte de que lo raro me quede bien.

Alana: Ah, por cierto. No hagas planes para el viernes. Lo he hecho. He retado a Diego a un duelo de fogones y me ha dicho que sí.

Yo: ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Alana: Lo haremos en tu casa.

Yo: ¿Por qué?

Alana: Porque tu cocina es mejor. Y necesitamos un jurado. Él también va a llevar a alguien.

Yo: Vale. Mañana tenemos que hablar.

Alana: ¿Sobre el duelo?

Yo: Sobre Hunter.

Mi teléfono sonó un segundo después y contesté.

–¿Tú crees que puedo esperar hasta mañana después de eso? –preguntó Alana.

–Me ha vuelto a mandar un mensaje.

–Y tú has vuelto a no responder.

–Pues...

–¡Puf, Kate! Dime todo lo que le has dicho.

Le repetí toda la conversación y se quedó en silencio durante unos largos instantes antes de decir:

–Bueno, no lo has estropeado todo. Esas respuestas sonaban casi distantes. –Parecía impresionada–. A lo mejor no sigues tan colada por él como yo pensaba.

–¡Ni sí ni no! –Puede que menos, incluso. Me di cuenta de que, aparte de molestia, no había sentido apenas nada al leerle los mensajes a Alana.

Ella se rio.

–Aún hay esperanza para ti.

Colgamos y volví a quedarme mirando los mensajes de Hunter. Esperé. Esperé a que mi corazón se desbocara o a que las mariposas alzarán el vuelo. No había nada. Cerré los ojos y acabé con mi encrucijada, la arranqué de mi mente y la tiré al váter. Porque, en mi mente, las encrucijadas eran cosas físicas que se podían tirar al váter. Luego tiré de la cadena. Y, como todo estaba sucediendo en mi cabeza, se fue por el desagüe como si nada. Cuando abrí los ojos, borré los mensajes y el contacto de Hunter de mi móvil. Dejé de seguir todas sus cuentas en las redes sociales. Nunca me había sentido tan ligera.

CAPÍTULO 22

–¡Kat! –Me llamó una voz desde el otro lado del comedor.

Ahora, cada vez que alguien me llamaba así, sabía que solo me conocían del *podcast*. Y que solo me reconocían por esas ridículas fotos de la web.

Un chico con el pelo un poco larguito y lacio vino hacia mí.

–¡Kat! –repitió.

–Hola, gracias por escucharnos. –Esa era la frase a la que recurría siempre. La mayor parte del tiempo bastaba así, pero esa vez no. El chico del pelito lacio quería hablar.

–Buenas –dijo–. Necesito un consejo.

–¿Puedes llamar el miércoles? –pregunté–. Nos gusta que nos llamen al programa.

–Intenté llamar la semana pasada, pero no me respondieron.

–¿No? ¿Estaba comunicando o algo así?

–Sí.

–Vaya. –No se me había ocurrido que podría pasar eso–. Vale, voy a intentar aconsejarte, pero la verdad es que preguntar a un amigo podría tener el mismo efecto.

–No, tú no te guardas nada. Eso me gusta.

Resoplé.

Ni se inmutó.

–Quiero probar el fútbol americano.

–Vale –dije. No entendía para qué necesitaba mi opinión.

–Pero mírame –dijo.

Y eso hice. Era un chico bajito. Al principio, pensé que sería de primero, pero tal vez no lo fuera.

–Para eso están las protecciones y los cascos, ¿no? Es obvio que no te pondrán a defender, pero a lo mejor puedes ser el que recibe la pelota.

El chico arrugó la cara.

–¿Ves? Deberías preguntar a tus amigos –dije mientras daba marcha atrás–. O a Victoria, que es más deportista. Yo no sé nada sobre fútbol.

Con eso no lo disuadí.

–Yo lo intentaría, aunque sea un canijo, pero son mis padres. No me dejan.

Dejé de retroceder.

–Ah.

–Sí, a mi madre le da miedo que me rompa todos los huesos del cuerpo y a mi padre no le gusta el fútbol americano. Dice que se me daría mejor el golf.

–El golf mola. –Pensé en Diego–. Un amigo mío puede colar la pelota entre los palos de la portería desde la colina que está detrás del estadio. –Me callé un momento–. ¿Me estoy yendo por las ramas?

–Un poco. –El chico tiró de las asas de la mochila que llevaba puesta–. Por cierto, tu amigo exagera. He visto a gente que lo ha intentado y ha fracasado miserablemente.

Me aparté para dejar pasar a un grupo de chavales.

–¿Verdad? Eso le dije yo, pero me lo juró. Pues sí que voy a tener que pedirle que me lo demuestre.

–Vuelve conmigo, por favor.

Me reí.

–Vale, vamos a ver. Esta me cuesta un poco. Comprendo por qué tu madre piensa lo que piensa.

–Muchas gracias. Por eso debería haber llamado: así no me habrías visto y no te habría influido.

–Tienes razón. Si no pudiera ver los huesos que puedes romperte, ¿qué te diría?

El chico se mordió el labio, como si su vida dependiera de mi respuesta. Lo pensé un poco más y luego volví a hablar:

–¿Un trato, por ejemplo? –sugerí–. Diles a tus padres que, si te dejan probar el fútbol y no se te da bien, luego pruebas el golf.

Sus ojos se iluminaron. Era la parte de dar consejos que no vivía en el *podcast*; la parte en la que se veía que la solución que les ofrecía empezaba a cobrar sentido para ellos.

–Es... buena idea –dijo.

–No te sorprendas tanto. –Aunque yo sí que estaba sorprendida. Había dado un consejo..., uno bueno..., sin Victoria al lado para respaldarme o para elaborar la respuesta.

Empecé a mirar a mi alrededor otra vez en busca de Alana. No me había contestado a ningún mensaje y no estaba en nuestro sitio habitual (el banco donde solíamos comer), pero tampoco en nuestros sitios no habituales. Suspiré y me di cuenta de que el chico que me pedía consejo seguía delante de mí.

–Este consejo era para el año que viene, ¿no? –pregunté–. La temporada de fútbol empezó hace semanas.

–Sí.

–Entonces, tienes un año entero para ganar algo de peso. Haz la dieta esa de Michael Phelps. – Ni confirmo ni desmiento que hubiera visto un documental sobre Michael Phelps.

–¿Qué dieta es esa?

–Una en la que básicamente se pasa el día comiendo y entrenando entre comidas. O al menos era lo que hacía cuando se estaba preparando para los Juegos Olímpicos.

–Suena a mucho dolor –dijo.

–Coincido. –Me despedí brevemente con la mano—. Mejor me voy. Gracias por escuchar el programa.

Di un paso hacia la derecha y oí otra voz que decía:

–Espera.

Me giré y vi a una chica de corta estatura con el pelo negro y largo que llevaba un rato junto al chico del fútbol americano, como si se estuviera formando una fila.

–¿Hola? –le dije a la chica.

–Yo también quiero un consejo.

Le clavé la mirada al chico del fútbol y se fue encogiéndose de hombros.

–Vale, ¿en qué puedo ayudarte? –Igual debía montarme una caseta y empezar a cobrar. Por suerte, la chica me hizo una pregunta fácil: quería saber cómo sería mejor pedirle a su novia que fuera con ella al Festival de Otoño. Contesté, ella asintió muy contenta y yo me fui a paso ligero hacia la biblioteca.

Una vez dentro, me puse detrás de la estantería más cercana. Solté aire y liberé el móvil de mi bolsillo. Vi que Alana me había contestado.

Alana: Estoy haciendo una exposición.

Yo: ¿Eso qué quiere decir? Estoy en la biblioteca.

Alana: Luego te lo explico. ¿La biblio? ¿Por?

Yo: Luego te lo explico.

Alana: Ya casi ha pasado la hora de comer. Te veo en clase de Podcast.

Volví a guardarme el teléfono. La hora de la comida estaba *a punto* de terminar y no había tomado nada todavía, pero el hambre no me condicionaba tanto como la idea de volver a enfrentarme al comedor. Eché un vistazo desde detrás de la estantería y busqué con la mirada por la biblioteca por si había alguna máquina expendedora. Era evidente que no iba lo bastante a menudo.

Entonces vi a Max sentado frente a una de las largas mesas de roble que había en el centro de la sala. Sonreí y me acerqué a él. Estaba dibujando en un bloc, como solía hacer esos días. Nunca lo había visto tan dedicado a sus cómics.

–Hermano –dije–, dime que tienes comida. –Me dejé caer en la silla de enfrente.

–Aquí no se puede comer. Va contra las normas.

–¿En serio? ¿Y dónde comes?

–De camino aquí.

–Pues qué rápido. Eso no puede ser bueno para la digestión.

Me dirigió una de sus típicas miradas que querían hacerme ver que no era tan graciosa como pensaba.

–No lo he dicho de broma –dije.

Entonces me dedicó una media sonrisa.

–Eso está mejor. –Me di cuenta de que todas las sillas estaban vacías a nuestro alrededor–. ¿Y tus amigos?

–Les gusta comer durante la hora de la comida –dijo.

–Serán capullos.

Con esa me gané una leve carcajada.

Un momento después, Liza entró y se sentó a su lado.

–¿Vamos a celebrar una reunión familiar? –preguntó–. Nadie me había avisado de ninguna reunión familiar. Creía que iba a ayudarte con la voz femenina de tu cómic. ¿También le has pedido ayuda a Kate?

–No te preocupes, no me lo ha pedido –dijo–. No sé si sentirme ofendida o no. Ahora os lo digo.

–No te ofendas –dijo Liza–. He leído más de su cómic que tú, así que sé qué es lo que está buscando.

–Ahora creo que voy a ofenderme el doble.

Ella puso los ojos en blanco. Max no me agració con una respuesta.

Le di una patada en el pie por debajo de la mesa, pero luego me concentré en Liza.

–¿Qué tal la academia ayer? –le pregunté. Era la primera semana que iba sin mí.

Bajó la mirada a la mesa y una sonrisita jugueteó en sus labios.

–Bien.

–Estoy muy orgullosa de ti por ir sola.

–¿Te estás riendo de mí? –preguntó, y levantó la cabeza de golpe.

–¿Eh? No. ¿Te ha parecido que me estaba riendo de ti? –Parecía que debía vigilar el tono.

–Un poco. Pero gracias.

–¿Te va a obligar la tía Marinn a seguir yendo después del primer trimestre?

–No lo sé, pero tenías razón. No pasa nada por tomarme un tiempo para obligarme a hacer deberes y tener alguien a mano para que me ayude.

–¿Eso te lo dije yo? Creo que fue Alana.

–Mmm... Puede ser. Pero me parece que fuiste tú, y eso es lo que cuenta.

–Ja. –Miré a Max. Había estado muy callado durante toda la conversación. No solía hablar mucho, pero ahora parecía que intervenía menos aún–. Me gustaría leer tu cómic en algún momento.

–Vale –dijo.

–¡Una reunión de la familia Bailey! –dijo Alana mientras se tiraba sobre la silla que había a mi lado y sacaba un taco de la bolsa que llevaba. Olía de maravilla.

–Pensaba que no iba a verte hasta la clase de *Podcast* –dije.

–La cola para los tacos era más corta de lo que pensaba.

–Aquí no se puede comer –dijo Max.

–Yo sí. Es una regla especial solo para mí. Es la regla de «Alana hace lo que le da la gana». Es difícil de explicar, tiene muchos matices y enmiendas, pero seguro que pillas la idea.

–¿Y la exposición? –pregunté.

–Frank y yo le hemos presentado al consejo estudiantil la idea de grabar un *podcast* durante la feria –me explicó Alana, y le dio un mordisco al taco.

–Ah, ¿y qué os han dicho?

Masticó y tragó.

–Lo siento. La han aprobado. Les hacía ilusión y todo.

El programa en directo iba a ser una realidad.

–¿Por qué te disculpas? –pregunté, e intenté actuar como si nada–. Me parece bien. Adelante.

–¿Has oído a tu hermana, Max? –le preguntó Alana–. No le parece bien.

Max sonrió.

Alana volvió a girarse hacia mí con el taco en la mano.

–Puede que te ayude admitir que tienes miedo.

–¿Y Frank y tú habéis hecho la exposición? –dije para cambiar de tema.

–Lo sé, lo sé. Estoy confraternizando con el enemigo, pero tú dijiste que espiera y eso es lo que estoy haciendo. Me estoy enterando de muchas cosas jugosas. Como que puede que lo diga en serio cuando dice que quiere olvidar los rencores que puedan guardar sus padres.

Miré a Max y a Liza. Los dos parecían igual de escépticos que yo.

–No creo que Frank sepa qué es la sinceridad –dije. Porque la *sinceridad* no era husmear por mi casa y sabotear nuestro negocio, desde luego.

–No te preocupes. Aún voy con cautela –dijo Alana–, pero creo que hacer las paces con los Young no puede ser malo para tu familia. Puede que sea un comienzo. –Le dio otro mordisco al taco–. Esto está buenísimo.

El olor del taco hacía que el estómago me rugiera de hambre y pensar en Frank solo conseguía ponerme de peor humor.

–Al presentar el *podcast* me he acordado de lo increíble que va a ser este festival –continuó hablando Alana mientras masticaba–. Lo cual me recuerda que Diego no me lo ha pedido todavía. Así que dile que me lo pida ya cuando vuelva a llamar esta semana, ¿vale? Espero que me lo pida durante el duelo de fogones el viernes, pero creo que animarlo un poco puede ayudar bastante.

Me quedé helada. Luego abrí mucho los ojos y señalé a Max y a Liza con la cabeza.

–Uy. –Se le quedó pegado un trozo de lechuga en el labio y se lo quitó con un dedo–. ¿Ellos no saben que llama? –Los señaló–. Tenéis que jurarnos que guardaréis el secreto.

Liza se dibujó una cruz en el pecho con un dedo.

Alana me sonrió.

–Ya está. Solucionado.

–En serio, chicos –les dije a mi hermano y a mi prima con total seriedad–. No podéis decir ni una palabra.

–No lo haremos –juró Liza, y Max asintió solemnemente.

Quería sentirme aliviada por tanta seguridad, pero la intranquilidad se me asentó en el pecho. Diego no debía enterarse.

CAPÍTULO 23

El miércoles, durante la grabación del *podcast*, me sentí rara. En la superficie, todo parecía normal: Victoria repartía consejos a diestro y siniestro y yo aportaba mi cuota de ocurrencias sarcásticas mezcladas con sugerencias útiles. Nuestros compañeros y la señorita Lyon estaban sentados al otro lado del cristal para asegurarse de que todo saliera según lo previsto. Sin embargo, algo no iba bien. Para empezar, Diego no había llamado todavía. Llevaba tres semanas seguidas haciéndolo y asumí que volvería a llamar. A la gente le gustaba.

Pero no llamaba y se estaba haciendo tarde.

Para seguir, me estaba congelando en el estudio. Victoria y yo estábamos tiritando en nuestras sillas. El clima era más frío de lo normal a finales de septiembre, pero el aire acondicionado del instituto seguía programado como si estuviéramos a mediados de julio.

Por último, Alana ya no estaba en el taller de producción. El nuevo cambio de tareas la había mandado con Frank al grupo del jueves.

Todos parecían cambios pequeños, pero me sentía igual que en mi primera semana frente al micrófono: con los nervios de punta, como si no lo hubiera hecho nunca. Y con esos sentimientos agitándose en mis entrañas, Sarah, nuestra nueva encargada del correo, nos habló por los cascos.

–Tenemos un *e-mail* para que lo leáis.

Victoria me pasó el iPad.

–Tenemos un *e-mail*, queridos oyentes. Y, como Kat es una lectora excelente, vamos a concederle el honor.

Arrugué la nariz y abrí el correo.

–«Queridas presentadoras que probablemente no tengan ni idea de lo que hablan, pero que son mi única opción ahora mismo.» –Me reí–. Me gusta.

–Por lo menos, *creemos* que sabemos de lo que hablamos –dijo Victoria–, pero gracias por la confianza.

Continué leyendo el correo:

–«Tengo un problema. Sufro acoso escolar. Me da terror ir a clase cada día. No dejan de meterse conmigo. No sé qué hacer. Cuando me resisto, la cosa empeora. Cuando intento ignorarlos, no cambia nada. Obviamente, me he quedado sin opciones, porque os estoy escribiendo a vosotras. Atentamente, el Imán de Abusones.»

La risa se me atragantó. La sensación de temor que se había estado gestando en mi estómago se duplicó. ¿Cómo no se me había ocurrido nunca que la gente nos contaría problemas serios como ese? Problemas que iban más allá de los chicos, las chicas, los dramas con los profesores... y el queso. Problemas que no estábamos preparadas de ninguna manera para solucionar.

–Tienes razón –dije–. No somos expertas en esto. Deberías hablar con un profesor o con tus padres.

–Los abusos se crecen cuando perciben tu miedo –dijo Victoria, como si de repente se hubiera transformado en una experta pionera en la psicología de los adolescentes–. Tienes que esforzarte en transmitir confianza. Intenta rodearte de amigos y de gente que te apoye. Las personas como las que nos describes son cobardes; no se meten con grupos de personas. Quieren que estés solo y vulnerable.

Estudí al resto de los alumnos al otro lado del cristal. Nadie parecía tan alarmado como yo.

–¿Podemos comprobar lo que decimos o citar a algún profesional, al menos? No me siento cómoda respondiendo a esto solo con nuestras opiniones –dije, pues sabía que lo iban a recortar.

Todas las miradas fueron a parar a la señorita Lyon.

–Lo estáis haciendo genial –dijo.

Me tragué otra protesta, pero dije frente al micro:

–Pero en serio: tienes que contárselo a algún adulto de tu confianza. No queremos que te pase nada.

La correspondencia por *e-mail* era más complicada que las llamadas. Yo quería hacer preguntas y pedir aclaraciones, pero un correo electrónico no podía contestar ni dar respuesta a mis preocupaciones. ¿Por qué nadie parecía tan intranquilo como yo?

El resto del programa transcurrió como si ese correo fuera igual que cualquier otro que hubiésemos recibido.

Luego terminamos el episodio, apagamos el equipo y Victoria se levantó.

–¿Estás bien? –me preguntó.

–¿Eh?

–Estabas un poco ida hoy –dijo.

–Hace frío aquí dentro.

–¿Verdad? Espero que la cosa se caldee un poco para el festival.

–Yo también.

Victoria sonrió.

–Hasta mañana.

Fue hacia la puerta.

–¿Victoria? –la llamé.

–¿Sí? –Se dio la vuelta.

–Gracias por el liderar el programa.

Se encogió de un hombro.

–Me gusta.

Salí de la sala y me abrí paso al exterior, hasta mi coche. Me sorprendió ver a Diego apoyado

en él. Quería preguntarle por qué no había llamado, por qué me había dejado de lado de esa manera, pero no podía decírselo como si nada, porque él seguía pensando que era anónimo. Y, aunque pudiera, no tenía sentido que no llamar significara dejarme de lado. No debería tenerlo.

Diego miró a mi espalda, como si esperase que viniera otra persona conmigo. Obviamente. Estaba esperando a Alana.

–Hola –dijo cuando lo alcancé.

–Alana ha cambiado de tarea en el *podcast* –dije–. Ahora viene los jueves.

–Ah, ¿sí? –preguntó–. ¿Qué hace ahora?

–Eh... –No me acordaba–. No estoy segura. Tendrás que preguntárselo a ella. –Y yo también, por lo visto.

–Se lo preguntaré el viernes.

–¿Qué pasa el viernes?

Se mordió el labio.

–¿El duelo de fogones? ¿No? ¿No ibas a hacer tú de jurado?

–Ah, sí. O sea, sí. Haré de jurado.

–¿Estás bien? Pareces decaída.

–Estoy bien.

–¿No te fue bien ahí dentro? –Señaló el edificio a mi espalda con la cabeza.

–No ha sido mi mejor programa.

–¿Por qué?

No necesitaba decírselo, pero tal vez me ayudase a desahogarme. Quizás él me hiciera sentir mejor sobre los consejos que habíamos dado.

–Hoy nos ha llegado un correo de alguien que sufre acoso escolar.

–Uf... Eso es muy delicado.

–Lo sé. No tenía ni idea de qué decir y he acabado repitiendo lo mismo dos veces. Luego Victoria se ha puesto en plan superpsicóloga y me preocupa haber dado un consejo equivocado.

–¿Qué repetiste dos veces?

–Le dije al chico... o la chica, supongo, porque en el correo no lo decía..., que debería hablar con un adulto de su confianza.

–Es un buen consejo. ¿Qué dijo Victoria?

–Algo de transmitir confianza y rodearte de amigos todo el tiempo.

–Seguramente sea un buen consejo también.

–Lo de «seguramente» es lo que me preocupa. ¿Debería hacer algo más?

–¿Como qué?

Había un bordillo a mi derecha y me senté. De repente, me sentía muy cansada.

–No sé. ¿Hay alguna forma de averiguar de dónde viene el correo? ¿De saber quién lo envió?

¿De ayudar a la persona? A lo mejor un profesor puede hablar con quien lo escribió.

Diego se sentó a mi lado en el bordillo.

–¿En el correo mencionaba que quería hacerse daño?

–No.

–Entonces, puede que lo mejor sea respetar su intimidad, pero puedes decir algo al comienzo del programa de la semana que viene si así te sientes mejor. O animar a la persona a llamar para que podáis hacerle preguntas. O darle algún consejo más.

Asentí.

–Buena idea.

Me dio un golpecito en el hombro con el suyo.

–Es un programa de consejos, Kate. Quien escribiera ese correo lo sabe. No puede haber esperado mucho más.

–Sí, eso es lo que ponía en el *e-mail*.

–¿Ves?

–Justo cuando empiezo a pensar que le estoy pillando el truco a esto, me recuerdan que no.

–Eres el alma del programa, Kate.

El corazón me dio un vuelco y lo miré a los ojos. ¿Por qué se le daba siempre tan bien hacerme sentir mejor? Era un talento suyo. Hacer que la gente se sintiera mejor. No me extrañaba que Alana quisiera estar cerca de él. Rompí el contacto visual y me di cuenta de que tenía una revista enrollada en la mano.

–¿Qué es eso? –pregunté.

–No viniste a la academia con Liza el lunes.

–Ah, ya. Me ha despedido.

Sonrió.

–Qué chistosa es.

–Sí, siempre ha tenido mucha personalidad.

Me dio un golpecito en la pierna con la revista.

–Tenemos una revista nueva en el centro y pensé que te interesaría.

–Bueno, supongo que soy la *inspectora de las revistas*. –Qué vergüenza que se hubiera dado cuenta.

La desenrolló y la reconocí de inmediato: *Vida lacustre*, mi favorita sobre deportes acuáticos.

–¿La lees? –preguntó.

–¡Sí! –Extendí las manos para que me la diera y me la puso encima. Observé la portada–. Aunque esta no tiene tres años. –La fecha era del mismo mes.

–Lo sé. Alguien la dejó. ¿Ya leíste el número de este mes?

–No. Lo tenemos en el puerto, pero no he tenido la oportunidad.

–Puedes quedártela.

–No necesito robarla de la academia; puedo comprarme una.

Él se rio.

–Ya viste cuántas tenemos. Parece que vamos a abrir un museo de revistas.

–Vale. Gracias.

Diego esperó con expectación, casi como si pensara que la abriría allí mismo y que me pondría a leer, pero ya me había dejado bastante en ridículo con mi aparente fascinación por las revistas.

Me levanté y me sacudí la parte de atrás de los vaqueros.

–Mejor me voy a casa.

Diego se levantó también, como si nada.

–Feliz lectura.

Sonreí.

–Sí, igualmente. –Di otro paso hacia mi coche–. No, o sea... Igualmente no, porque no vas a leer. A ver, puede que sí, pero... Eso. Adiós. –¿Qué me pasaba?

Una sonrisa se extendió por su rostro.

–Adiós, Kate.

CAPÍTULO 24

El viernes, después de que se publicara el *podcast*, empezamos a recibir los correos más indignados que habíamos visto nunca. El señor Buscamor no había llamado y la gente no estaba contenta, como si el *podcast* estuviera guionizado y fuésemos nosotros los que decidían quién llamaba y quién no.

Alana me leyó los correos mientras nos preparábamos para el duelo de fogones en mi casa. Por lo visto, parte del nuevo trabajo de Alana en el equipo de posproducción consistía en responder a los mensajes que no teníamos la oportunidad de leer durante el programa y decidir cuáles debíamos leer en episodios futuros.

–Esta chica dice que siente que la habéis engañado con promesas falsas para que os escuchara hasta el final –dijo Alana, que miraba su teléfono mientras estábamos en la cocina.

Solté una única risotada.

–Eso será porque Victoria dijo: «A ver si llama hoy el señor Buscamor» al principio del programa. ¿Crees que la gente dejará de escucharnos por eso? –pregunté, preocupada de repente.

–No –respondió con decisión, y dejó el móvil en la encimera–. Si se enfadan tanto, es obvio que se sienten vinculados emocionalmente. Además, no os escuchan solo por Diego.

–Pues estos correos hacen que lo parezca.

Alana se giró hacia su bolsa de la compra y sacó una piña. Habíamos ido a la tienda al salir de clase para comprar sus ingredientes. Diego traería los suyos.

–¿Qué le vas a decir? –pregunté, y señalé su teléfono con la cabeza.

–¿Qué te parece «Cómprate una vida»? –sugirió Alana con una sonrisa traviesa.

–No creo que a la señorita Lyon le parezca bien.

Ella volvió a su móvil y miró la pantalla.

–Aquí hay uno bueno.

–¿Sí? –Puse el pollo en el frigorífico.

–«Querida Kat.» –Hizo una pausa y meneó las cejas–. No menciona a Victoria.

–Qué miedo.

–«Me encantas en el programa. ¿Qué consejo le darías a alguien que quiere salir contigo?»

–Puf –dije.

Alana levantó la vista.

–¿Cómo que «puf»? A mí me ha parecido bonito.

–Pero ¡si no me conoce de nada!

–¿Cómo que no? Te escucha cada semana y se ha colado por ti.

–Bueno, vale, pues yo no lo conozco de nada.

–Pues es obvio que quiere que eso cambie. Qué mono.

–No. No es mono. –Saqué un brik de caldo de pollo de la bolsa–. ¿Qué vas a hacer esta noche, por cierto?

–Pollo huli-huli.

–Mmm. Me encanta ese plato.

–Lo sé. Le va a derretir el corazón a Diego.

–¿Eso es una forma rara de decir que le va a dar un ataque al corazón?

–¡No! Es una forma maravillosa de decir que va a terminar de enamorarse de mí.

–Ah. Entiendo. –Ya lo habíamos sacado todo de las bolsas y Diego llegaría en una hora.

–Va a traer a un amigo, por cierto –dijo Alana–. Para que haya otra persona en el jurado, porque cree que no serás imparcial.

–¿A quién va a traer?

–No me lo ha dicho.

–¿Nos cambiamos? –pregunté. Seguíamos con la ropa del instituto y yo me sentía sudada y mugrienta.

–Totalmente –dijo Alana. Recogió el teléfono y me siguió hasta mi habitación–. «Queridas Kat y Victoria –iba leyendo mientras caminaba–: Queremos menos consejos sobre deberes y más consejos sobre amoríos.»

Puse los ojos en blanco.

–Porque no debemos olvidar qué es lo verdaderamente importante en la vida.

–Mi antirromántica amiga –declaró Alana–, el amor es lo que hace que el mundo gire. Siempre será importante.

–Bueno, pues yo no decido quién llama.

–Y yo no escribo estos correos. No hace falta que te enfades conmigo –dijo Alana cuando entramos en mi habitación.

–Pero ¡los lees! –puntualicé mientras cerraba la puerta–. ¿Por qué sigues leyéndolos?

–Tienes razón. –Se metió el móvil en el bolsillo y sonrió–. ¡Vamos a concentrarnos en el duelo!

* * *

Una hora después, abrí la puerta de casa y vi a Diego y a Frank en el porche.

Me sentía confusa.

–¿Has traído a *este* para que sea jurado? –le pregunté a Diego.

–Sí –respondió–. Necesito a alguien parcial para contrarrestar. Además, me dijeron que hay una especie de tregua... –Hizo una mueca al decir eso último, como si se acabara de dar cuenta de que le habían dado información equivocada.

Clavé la mirada en Frank, que por una vez tuvo la decencia de parecer arrepentido. La verdad es que sí que daba la impresión de estar decidido a mantener esa tregua suya. Eso tenía que

concedérselo

–Muy bien. Pasad. –Y, por segunda vez en la vida, Frank Young entró en mi casa.

Mi padre bajó la escalera justo en ese momento.

–¡Eh, hay gente en mi casa! –bromeó, como solía hacer.

–Sí, papá. Este es Diego, un amigo del instituto. Y a Frank ya lo conoces.

–Frank Young –dijo mi padre.

–Eso es. Un placer volver a verlo.

–Han venido a cocinar –expliqué al ver la sorpresa en su cara.

–Yo solo he venido a comer –dijo Frank.

Diego se cambió la bolsa de la compra que llevaba del lado derecho al izquierdo y le estrechó la mano a mi padre.

–Yo vine a cocinar. Me dijeron que tiene una cocina increíble.

Mi padre sonrió.

–Ah, gracias. Es la primera vez que me lo dicen. Los tres mejores halagos que he recibido son que mis golpes en golf son increíbles, que pulo los muelles con una habilidad increíble y que tengo una melena fabulosa. –Se frotó la calva con una mano–. Pero gracias. Voy a añadir el de la cocina a la lista.

–En realidad, la cocina es de mi madre –dije. No es que la usara mucho, pero la había diseñado ella.

–Mira tú por dónde, mi hija acaba de tachármelo de la lista. –Mi padre sonrió ampliamente.

–Hablando de golf, papá, Diego dice que puede colar una pelota entre los palos de fútbol americano desde la colina que hay detrás del estadio.

–¿Qué? –exclamó Diego, indignado–. ¿Otra vez con esto? ¿Todavía no me crees?

–Alguien cuestionó tu credibilidad hace poco y me recordó que no, no te creo.

Mi padre levantó las manos como para decir que él no tenía nada que ver.

–Sería algo *impresionante*.

–Exacto. Gracias, papá.

–No ha dicho que esté de acuerdo –puntualizó Diego.

Me reí y le dije a mi padre:

–Creo que mamá ha ido a casa de la tía Marinn.

–Y esa es la forma sutil que tiene mi hija de decirme que me vaya.

–¿Sutil? –pregunté.

Se rio y lo abracé. Porque de vez en cuando necesitaba una muestra de cariño. Salió de casa riéndose todavía por lo bajo.

–Alana está ya en la cocina –les dije a Diego y a Frank, y los llevé allí.

–¿Ya ha empezado? –preguntó Diego.

–Creo...

No me dio la oportunidad de terminar la frase, porque me adelantó a la carrera mientras exclamaba:

–¿No tenemos reglas? Tienen que darnos el mismo tiempo.

–¿Esto qué es, un programa de la tele? –respondí.

Frank y yo nos quedamos juntos. Lo miré a los ojos.

–Tengo que ir a cerrar el despacho con llave. Os veo en la cocina en un minuto.

–Me parto –dijo, pero no me la devolvió como solía hacer, así que me sentí como una imbécil.

Respiré hondo.

–Vamos.

En la cocina, Alana se había adueñado de media isla y de dos fogones.

Diego empezó prácticamente a tirar sus ingredientes junto a las cosas de ella en la isla.

–No os contaminéis –bromeé, y lo golpeé en el brazo.

Frank sacó un taburete y se sentó.

–¿Alguien quiere beber algo? –pregunté—. Tenemos refrescos y agua.

–Yo quiero una Coca-Cola. –Frank fue el único que me contestó; Diego y Alana estaban muy ocupados con su comida.

Saqué una lata de la nevera y se la di a Frank.

–Gracias –dijo.

–De nada. –¿Estábamos en un universo alternativo donde Frank y yo nos tratábamos con cordialidad?

Diego colocó una sartén sobre un fogón, vertió aceite de oliva y sacó un filete de pescado de un paquete de papel marrón.

–¿Eso lo has pescado tú? –pregunté.

Él me miró con la cabeza gacha, a través de las pestañas, con una sonrisa socarrona en la cara. Tenía las pestañas muy largas y la sonrisa preciosa.

–No, no lo pesqué yo.

Puso el pescado en la sartén y el aceite chisporroteó.

Alana iba correteando por la cocina, como si estuviera de verdad en un programa de la tele y el presentador acabase de decir que quedaban cinco minutos. Abrió el horno y colocó una sartén con pollo en la bandeja del medio.

–Normalmente dejo que el pollo se marine durante la noche –dijo–, así que no estará tan delicioso como siempre, pero casi.

–¿Estás poniendo pretextos, Alana? –preguntó Diego.

–No me harán falta excusas cuando gane.

Diego espolvoreó el pescado en la sartén con unas hierbas y lo cubrió con una tapa. También

había una cazuela de arroz blanco haciéndose en otro fogón. Supuse que era de Alana. Ella se limpió las manos con un paño y se sentó en el taburete. Por lo visto, se estaba tomando un descanso mientras el pollo estaba en el horno.

–¿Habéis leído los correos? –nos preguntó Frank a Alana y a mí.

En ese momento, me di cuenta de que Frank también podía conocer la identidad secreta de Diego en el programa. Obviamente, también había hablado con él y sabía cómo era su voz. Y la había escuchado en el estudio de grabación. ¿Habría atado cabos?

Sin embargo, aunque lo hubiera hecho, él también se había tragado el discurso de la señorita Lyon sobre el anonimato. No diría nada. O, al menos, esperaba que no lo hiciera.

Miré a Alana con los ojos llenos de pánico y ella me respondió con un movimiento de cabeza casi imperceptible. ¿Eso quería decir que Frank no lo sabía?

–Sí –dijo Alana–. Son un poco bestias.

–¿Qué correos? –preguntó Diego, junto a los fogones.

–Los del *podcast*. Un aburrimiento –dije para intentar restarles importancia para que Frank no se sintiera obligado a decir nada más. No funcionó.

–A mí me parecen superentretenidos –dijo.

–Claro que sí –replicó Alana.

–¿Qué se supone que significa eso? –le preguntó Frank.

–¡Bueno, es obvio que disgustan a Kate! Y tú estás ahí, devorándolos para entretenerte un viernes por la noche –dijo con aire huraño, aunque ella me los había estado leyendo uno por uno hacía tan solo una hora.

–¿Y por qué la incomodan tanto? –quiso saber Diego.

Abrí la boca para responder, pero Alana dijo:

–Porque se estresa por el futuro del *podcast*.

–No me estreso tanto –repliqué.

–¿Alguien me pone al corriente? –nos pidió Diego.

–Pues que el señor Buscamor no ha llamado esta semana y a los oyentes no les ha parecido bien –dijo Alana.

Diego se entretuvo cortando tomates.

–¿Y por qué es culpa de Kate?

–No lo es –dijo Alana–, pero los oyentes tienen que tomarla con alguien, y ella es una de las caras del programa, así que tiene el privilegio de que la gente le grite cosas.

Cambié de postura en el taburete, incómoda.

–¿Te gritaron? –preguntó Diego.

–Bueno, a través de los correos –dije.

–¿Estaban en mayúsculas?

Me reí.

Alana puso los ojos en blanco.

–Vale, don Literal, no estaban en mayúsculas, pero...

–Mira –dijo Frank mientras sacaba su móvil–. Voy a leerte uno y lo ves por ti mismo.

–No hace falta que lo leas –dije, pero Frank ya estaba hablando.

–«Kat y Victoria: ¿Por qué no ha llamado el señor Buscamor? Necesitáis más líneas telefónicas para que puedan pasaros las llamadas. Siempre comunican. No podéis hacer bien un programa si no puede salir la gente interesante.» –Frank levantó un dedo en el aire–. Eso me han dicho que es verdad. Que comunica cuando la gente llama. A lo mejor sí que intentó llamar.

–No creo –comentó Diego, y probó una cucharada de su salsa–. No lo sé, puede que no tuviera nada que contar la semana pasada. Que no haya habido ningún progreso.

Por primera vez desde que Diego empezó a llamar, me sentí culpable por el secreto que estaba guardando. Al principio no estaba del todo segura de que fuera él. Cuando estuve más convencida, pensé que era mi obligación moral mantener su identidad en secreto, pero ahora, como amiga suya, sentía que debíamos decirle que *lo sabíamos*. ¿Por qué no se me había ocurrido decírselo antes?

Pero, por otro lado..., él tampoco se mostraba muy comunicativo con nosotros. Sabía que trabajábamos en el *podcast*, obviamente, y no nos había revelado el hecho de que quien llamaba era él. Si hubiera querido que lo supiéramos, nos lo habría dicho. Pero *ya lo sabíamos*. Ay. Tenía sentimientos encontrados.

Miré a Alana para ver si ella tenía el mismo debate interno, pero se había levantado para ver cómo iba el pollo.

–Seguramente tengas razón –dijo Frank mientras ponía el teléfono bocabajo sobre la encimera–. Que se quejen. Así crean expectación.

Diego abrió un paquete de tortillas de maíz. Luego apoyó ambas manos en la encimera y me miró a los ojos.

–Siento que la gente esté protestando.

Casi dije: «No es culpa tuya», pero me detuve. Sí que lo era, en este caso, y yo no era capaz de mentir así.

–No pasa nada –dije en su lugar–. No te preocupes.

–También llegan muchos correos de fans al *podcast* –dijo Alana mientras cerraba el horno–. No hay nada de qué preocuparse. A Kate hoy le han pedido salir en un correo.

Aspiré, muy indignada.

–¿En *serio*? –preguntó Frank. Recuperó el móvil y se puso a buscarlo.

–No hablemos de esto, por favor. –Noté que se me estaba poniendo la cara roja.

Alana se reía mientras Frank leía el correo en voz alta. Diego también tenía una amplia sonrisa en la cara.

–Os voy a matar a todos –dije, pero en realidad me aliviaba el ambiente distendido.

Diego empezó a elaborar sus tacos con repollo, queso, salsa y pescado, que ya estaba perfectamente ennegrecido. Alana sacó también el pollo del horno y lo emplató. No dejaban de golpearse con los codos y los hombros mientras trabajaban lado a lado. También era evidente que lo hacían a propósito. Me sorprendí mirándolos fijamente demasiado a menudo, consciente del nerviosismo que empezaba a formarse en mi estómago. Era por Alana, me dije. Me preocupaba que se sintiera decepcionada si Diego no le pedía que fuera al festival con él. Pero iba a pedirselo. Tenía que dejar de darle vueltas. La idea no me tranquilizó nada.

Cuando ya habían emplatado la comida, colocaron los platos delante de nosotros. Frank y yo probamos los dos.

–Y el ganador es... –dijo Alana.

Los tacos de Diego estaban buenísimos. Eran los mejores que había probado, pero tenía razón: era una juez imparcial. Señalé a Alana. Para mi sorpresa, Frank hizo lo mismo. Alana lo celebró.

Diego gruñó.

–¿Crees que tu padre me prestaría sus palos de golf, Kate?

–No hace falta que lo pagues con la cocina –bromeó Alana.

Diego sonrió hacia ella.

–Si no puedo ganar el duelo de fogones, tengo otra cosa que demostrar.

CAPÍTULO 25

Nos sentamos en la colina que se alzaba detrás del instituto. Los palos del estadio de fútbol americano apenas se distinguían en la oscuridad. Alana estaba junto a mí, enganchada a mi brazo por el frío. Frank se sentaba al otro lado, se apoyaba en una mano y sujetaba una linterna con la otra. Diego estaba de pie, frente a una pelota de golf colocada sobre un soporte, y con el palo de mi padre en las manos. Escudriñó la distancia y se volvió hacia nosotros.

Me señaló con el extremo del palo de golf y me guiñó un ojo.

–Esta va por ti.

Mi corazón aleteó con alegría. Y ahí fue cuando me di cuenta... de a qué se debían esas reacciones inesperadas que tenía últimamente cuando estaba cerca de él: estaba colada por el mismo chico que mi mejor amiga.

No.

Eso no podía estar pasando. No estaba pasando. Carraspeé.

–Me lo creeré cuando lo vea –dije, pero la voz me salió rara. Intenté no mirar a Alana, que estaba a mi lado.

Diego levantó el palo y golpeó la bola. El ruido sordo del metal chocando contra la pelota resonó y observé cómo la esfera volaba por el aire, iluminada por el rayo de luz de la linterna de Frank. Entonces, desapareció en la noche.

Alana se rio tanto que roncó.

–Está demasiado oscuro –dijo entre risotadas–. No puedes demostrar nada.

–Puede, si encendemos las luces del estadio –dijo Frank.

–No vamos a encender las luces del estadio –respondí–. Podemos hacerlo el lunes después de clase.

–El equipo de fútbol estará entrenando el lunes –dijo Frank–. Voy a encenderlas. –Se puso de pie.

Alana también.

–Voy contigo.

–No, es una idea estúpida –dije.

–A mí me parece divertida –respondió Alana.

Me levanté.

–Pues vamos todos, entonces.

–No, porque Diego tiene que estar aquí para darle a la bola cuando las encendamos –replicó Frank. Y con eso bajó la colina con Alana y su linterna. Nos dejaron solos a Diego y a mí en la oscuridad.

—¡Esperad! —grité, pero no se detuvieron.

¿Por qué lo habrían hecho? Alana sabía que yo odiaba a Frank, pero ¿por qué no me había dicho que bajase la colina con él para quedarse a solas con Diego? Teniendo en cuenta que ella era la maestra coqueta, lo estaba haciendo todo mal. Hasta yo lo sabía. ¿Sería otro de sus juegos? ¿Estaría intentando parecer más interesante? ¿En qué estaba pensando? Seguramente, no en que yo sentía algo por el chico con el que acababa de dejarme sola. ¿Por qué iba a pensar *eso*? Solo a una amiga horrible le gustaría el mismo chico que a su mejor amiga.

Me froté los brazos, le di la espalda lentamente a la figura de Alana, que se iba alejando, y me giré hacia Diego.

Ahí estaba él, con su palo de golf, observándolos a su vez mientras desaparecían. Se lo veía tan desilusionado con ese giro de los acontecimientos como a mí.

Bien, podía hacerlo. Llevaba *tiempo* haciéndolo. Nadie tenía que saber cómo me sentía, ni siquiera él. Me volví a sentar en el suelo y alcé la mirada hacia el cielo. Había tantas estrellas que parecía que estaban a punto de estallar en la negrura.

—Este sitio es increíble —dije.

Diego también levantó la vista.

—Lo es, pero me gustaría poder ver este cielo desde un millón de ciudades distintas.

—¿En serio?

Bajó el palo de golf al suelo y se apoyó en él.

—¿A ti no?

—No lo sé. Este es mi hogar. Es mi zona de confort.

—Yo diría que eso se puede sentir en cualquier parte —dijo, pensativo—, si te sientes a gusto en tu propia piel.

Tal vez eso fuera parte de mi problema: yo no me sentía así siempre. Solo estaba cómoda de verdad en medio del lago; ahí era donde me sentía más yo misma.

—Y eso se llama confianza, Diego. Siempre he sabido que tú la tenías.

—No la tengo en todos los aspectos —murmuró—, así que lo entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Que a veces te sientas fuera de tu elemento.

Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y ya podía ver mucho mejor. Recogí un palo del suelo junto a mi pierna y me puse a dibujar en la tierra.

—¿Quién te enseñó a cocinar? —pregunté.

—Mi abuela. Se le daba de fábula. Para ella, la comida era amor, y nunca hubo escasez de él cuando yo era pequeño.

—¿Y tu abuelo?

—Trabajaba en el campo. Se partía la espalda y prácticamente no ganaba nada, pero por eso

vinieron de México. Mi padre pudo ir a la universidad y vivir el sueño americano. Es farmacéutico.

–¿Y tus padres quieren que vayas a la universidad?

–Por supuesto.

–¿Y tú no quieres ir? –No sabía por qué estaba asumiendo eso, pero era la impresión que me dio por lo de querer ver las estrellas desde un millón de ciudades distintas.

–Quiero ir a una escuela gastronómica, pero primero quiero viajar por el mundo, visitar pueblos pequeños y aprender de hombres y mujeres ancianitos que aún vivan las tradiciones. Sé que son cosas que no aprenderé en una facultad. –Tenía la mirada perdida, como si se lo estuviera imaginando en ese momento.

Su pasión era contagiosa.

–Pues parece muy emocionante.

Se irguió y la mirada soñadora desapareció.

–Pero no es práctico.

–¿Eso lo dices tú o tus padres?

–Un poco los dos, creo. –Se quedó en silencio durante un momento–. Casi no vengo *aquí* esta noche, y eso que solo se tarda media hora en llegar.

–¿A qué te refieres?

–Salir de casa siempre es una lucha. En el mundo onírico de mis padres, solo hago trabajos para las clases, trabajar y dormir. –Nuestras miradas se encontraron y me pregunté si iba a decirme que había estado llamando al *podcast*. Ese dilema se parecía al que nos había contado la primera vez. Aguanté la respiración para prepararme y pensé en qué decir si por fin lo confesaba. Le diría la verdad: que sabía que era él. Pero no confesó nada. Solo se quedó en silencio.

–Entonces, ¿no saben nada sobre *tu* mundo onírico? –dije por fin–. ¿Sobre tus deseos de viajar?

–No. De hecho, es la primera vez que lo digo en voz alta. Normalmente solo existen en mi cabeza.

¿Lo había compartido conmigo antes que con nadie? «Eso no quiere decir nada», me dije.

–¿Tienes algún consejo de experta que darme? –preguntó.

Era verdad. Yo era la consejera. No lo estaba compartiendo conmigo, sino con Kat.

–Necesito que mi copresentadora esté a mi lado para dar consejos en condiciones –bromeé.

Él levantó la comisura de la boca para formar una media sonrisa.

–Vamos a ver. Un consejo. –Intenté pensar, aunque el corazón me latía más rápido de lo normal–. ¿No es parte de ser joven el querer hacer cosas que no son prácticas? ¿Cuándo, si no, vas a poder viajar por el mundo sin responsabilidades?

–Lo sé... –Miró colina abajo–. Ya deberían haber encontrado las luces.

Me estaba dando cuenta de que él también era reservado. Justo cuando creía que iba a

conseguir que me contara algo sobre sí mismo, parecía echarse atrás. Lo entendía. Yo también prefería guardarme las cosas.

Seguí su mirada hacia el pie de la colina.

–A lo mejor no saben encenderlas. O lo más probable es que el panel esté cerrado.

–Puede ser. ¿Bajamos a buscarlos?

–Claro.

Caminamos a trompicones sobre ramas y raíces, alrededor de los árboles, con solo la luz de nuestros móviles para guiarnos. Diego dejó el palo de golf en su coche, que estaba aparcado al pie de la colina. Luego teníamos que atravesar el aparcamiento y rodear el estadio para alcanzar la entrada, que estaba cerrada.

–¿Crees que habrán encontrado otra forma de colarse? –preguntó.

–Si dependía de Alana, sí. Es muy aventurera –dije. Después de escuchar lo que quería hacer al terminar el instituto, estaba aún más convencida de que Alana y él harían una pareja ideal.

Seguimos andando alrededor del campo de béisbol, que tenía una valla de metal en lugar de muros de cemento. Encontramos la puerta, pero también estaba cerrada con una cadena.

–Mi hermano la saltó una vez y no es nada atlético. Seguro que nosotros también podemos – dije, pero luego me acordé de su camiseta rasgada. Esa noche no quería romperme la ropa.

Diego tiró de la puerta. La cadena estaba lo bastante suelta como para que pudiera colarse un cuerpo. Me pregunté por qué Max tendría que haberla saltado, entonces. Quizás lo hizo en otra sección o la cadena estaba más fija ese día. Me deslicé hacia el interior y Diego me siguió. El campo de béisbol se comunicaba con el de fútbol americano en un extremo, pero los separaba otra puerta que no estaba cerrada. Y entramos.

Alana y Frank no habían encontrado las luces todavía, pero recorrimos el campo hacia los palos del extremo contrario. Diego iba mirando al suelo y, hasta que dijo: «¿Ves?», no supe por qué. La luz de su móvil iluminó una pelota de golf solitaria que se había detenido cerca de una línea de diez yardas, justo en el medio del campo.

La recogió con una sonrisa y me la extendió.

–¿Tú crees que esto prueba algo? –pregunté.

–Por supuesto que sí. Mira dónde estaba. –Me agarró por los hombros, me guio al lugar preciso donde había aterrizado la bola y me giró hacia los palos–. Mira.

Miré. Estábamos casi en el centro exacto. Para aterrizar aquí, la bola tendría que haberlos atravesado.

–Admítelo –dijo, como si supiera a qué conclusión había llegado.

–Podría haber rebotado en...

–Sabes que no.

Me reí.

–Tienes razón.

Él seguía detrás de mí y me agarraba los hombros.

–¿Cómo? –preguntó.

–¡Que tienes razón! –grité.

Me atrajo hacia su pecho, riéndose.

–Sí, la tengo.

Entonces las luces del estadio se encendieron y oímos un sonoro «Uoooo» procedente de la fila más alta de las gradas. Diego me soltó los hombros y yo retrocedí dos pasos rápidamente. Los dos miramos hacia el lugar de donde venía el sonido y vimos a Alana con las manos en alto. Frank apareció junto a ella un momento después.

Señaló el campo, hacia nosotros.

–¡No puedes darle a la pelota desde ahí, Martínez!

–¡Ya demostré lo que tenía que demostrar! –contestó.

–¿No tienes que demostrárselo a ellos? –pregunté.

–Eras tú la que no me creía.

–Pues ahora sí –dije.

–¡Eh! –Nos llegó una voz grave desde más allá de las gradas–. ¿Os habéis colado?

–¡Corred! –gritó Alana.

Diego no dudó. Me tomó de la mano y tiró de mí por donde habíamos venido. Las luces del estadio se apagaron y nos sumergimos en la oscuridad. Me pregunté si Frank lo habría hecho para que les costara más encontrarnos.

El corazón me latía mil veces por minuto mientras atravesábamos a toda velocidad la puerta que separaba el campo de fútbol del de béisbol. Al pasar de uno al otro, un haz de luz iba y venía sobre nuestras cabezas. Al principio, pensé que sería Frank, pero luego se encendió otra luz. Diego me metió detrás de las gradas de metal de la izquierda y nos embutimos entre la valla y los asientos.

Tenía la sien apoyada en un lado de su cuello, donde notaba la velocidad de sus latidos.

–Mis padres me van a matar –susurré. Siempre había sido muy importante para ellos que mantuviese una reputación impecable en todo momento. Siempre parecía que nuestro sustento dependía de ello.

–No nos verán. Todo irá bien –contestó Diego en el mismo tono de voz.

Alguien gritó a nuestra espalda y yo cerré los ojos, como si eso nos hiciera invisibles. Intenté calmar mi respiración e inhalar una vez tras otra tomando la misma cantidad de aire por la nariz y soltándolo por la boca. Diego olía bien, a algo deportivo y mentolado. Me di cuenta de que estaba masticando un chicle. Mis pulsaciones descendieron un poco y volví en mí, de modo que fui

plenamente consciente de que estaba pegada a él. Casi cada centímetro de mi cuerpo estaba tocando el suyo, desde los tobillos hasta la cabeza.

–¿Pudiste leer la revista? –me preguntó en voz baja.

¿La revista? ¿De qué me estaba hablando? Ah, claro. Me había dado el último número de *Vida lacustre*, que ahora andaba por algún lugar de mi coche. En realidad, *sí* que había leído un artículo en uno de los ejemplares que teníamos en el puerto. Seguramente estaría intentando hacerme pensar en otra cosa y yo me estaba comportando como una cobardica de órdago.

Era un detalle por su parte distraerme. ¿De qué iba el artículo?

–*Wakesurf*. He leído un artículo sobre *wakesurf*.

–Ah, ¿sí? –preguntó–. ¿Era bueno?

–Aún no lo he probado, pero me ha dado ganas de practicarlo.

–¿Y eso es todo?

–De momento. Luego..., leo más.

–De acuerdo. –Retrocedió un paso por donde habíamos venido y casi me caí sin poder apoyarme en él–. Ya no los oigo –dijo–. ¿Quieres que corramos hasta el coche?

–¿Crees que los de seguridad lo habrán visto?

–No, lo estacioné en la colina. No nos habrán buscado por allí. Ni siquiera está en el campus.

–Vale, vamos.

* * *

Alana y Frank ya estaban en el coche cuando llegamos. Se estaban riendo y repetían la historia en voz alta.

Cuando Alana nos vio, le tiró los brazos al cuello a Diego.

–¡Lo habéis conseguido!

–Por poco –dije cuando me abrazó a mí también–. Ha ido de un pelo.

–¿De un pelo? –preguntó Frank–. ¿Como si os fueran a meter en la cárcel?

–Obviamente, en la cárcel no, pero habría habido consecuencias.

Él se mofó.

–¿De verdad tenías miedo?

Una explosión de furia estalló en mi interior al ver su expresión burlona.

–Tú no lo tenías porque siempre te sales con la tuya cuando haces mierdas así. Hasta cuando todo el mundo sabe que has hecho algo no te pasa nada. Eres Frank Young.

–¿Y por qué no lo tenían ni Alana ni Diego?

Los miré a los dos y esperé a que me dijeran que lo tenían, pero no lo hicieron.

–Supongo que tu teoría de que soy un niño rico y mimado no ha funcionado esta vez –dijo Frank.

Me tragué la vergüenza. El orgullo me sabía amargo.

–Mira, vámonos antes de que los de seguridad decidan echar un vistazo por toda la manzana. – Me monté en el asiento trasero del coche. Para ello, tuve que mover el palo de golf.

–Que conste –dijo Alana en voz alta cuando los tres me imitaron– que a mí también me daba un poco de miedo que nos pillasen. Creo que Kate tiene razón. Tú nunca te has enfrentado a consecuencias de verdad, Frank. –Me apretó la mano para hacerme saber que lo decía por mí. Yo se lo agradecí.

–Lo que tú digas –respondió él–. A mí no me echas la culpa de esto.

Nos fuimos a casa en el coche más callados que a la ida. Cuando los chicos se fueron, Alana y yo nos quedamos en la cocina recogiendo sus cosas y me dijo:

–Diego no me ha pedido que vaya con él al Festival de Otoño.

–Bueno, te has pasado media noche con Frank. Puede que le hayas transmitido la idea equivocada –dije.

–Puede que no le guste el fútbol americano... ni las atracciones de la feria. Puede que ni siquiera le apetezca ir.

–Es posible.

Ella asintió como si acabase de resolver un misterio y se sintiera mucho mejor. Recogió la bolsa de la compra llena de ingredientes que habían sobrado y dijo:

–Sabes que te quiero y que siempre estaré de tu lado.

–Lo sé –dije al darme cuenta de adónde iba eso.

–Y casi siempre estoy de acuerdo contigo sobre Frank.

–Lo sé. Esta vez estaba equivocada.

–Sí.

–Gracias por dar la cara por mí, de todas formas –dije.

–Siempre. –Me dio un abrazo y se dirigió a la puerta principal–. Pero tal vez debas disculparte con él –me soltó al salir.

No quería disculparme con Frank, pero sabía que Alana tenía razón. Se había portado bien. Había sido majo y todo, y yo lo había acusado injustamente. Así que me disculparía. No iba a perseguirlo y a suplicarle perdón, pero, cuando se diera la oportunidad, lo haría.

CAPÍTULO 26

—La humildad... te lleva a muchas partes —dijo Samantha. Subí un poco el volumen de mi móvil porque mi padre estaba tirando bombas de inflado a una caja y hacía ruido. Yo estaba al otro lado de la tienda, empaquetando bañadores. La temporada no había terminado todavía, pero faltaba poco. En octubre, los únicos que venían al puerto eran pescadores—. Me gustan los chicos que tienen confianza en sí mismos, como a cualquiera —continuó Samantha—, pero, si no relacionan todos los platos de una cena con sus éxitos personales, mejor que mejor.

—¿Cómo relacionó una ensalada con sus éxitos personales? —preguntó Tami.

—Por lo visto, tenía un jardín de invierno. Las plantas se le dan muy bien y ellas lo adoran, al igual que las vacas.

—¿Había filetes de ternera?

—Los había.

Sonreí. El *podcast Primeras citas* se estaba convirtiendo en mi favorito de todos los que había estado escuchando últimamente.

Alguien me tocó el hombro. Me giré y vi a mi madre moviendo la boca.

—¿Qué? —pregunté. Me quité los auriculares—. Perdona, ¿puedes empezar otra vez?

—Te estaba diciendo que últimamente parece que vives en esos auriculares. —Me tendió la cinta de embalar—. He visto esto en el almacén. Pensé que te haría falta.

—Gracias. —Lo acepté y lo dejé junto a la caja—. Oye...

Mi padre se acercó y extendió la mano.

—¿Puedo llevarme la cinta un segundo? Esta caja está llena.

Se la tiré.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó. Era obvio que se había dado cuenta de que quería decir algo.

—Vamos a grabar un *podcast* en el Festival de Otoño este año.

—Ah, ¿sí? —dijo mi madre.

Asentí.

—Va a haber público y todo. No creo que sea tan largo como los programas normales, será como una edición especial, pero si queréis venir...

—Claro que sí —dijo mi madre.

—No me lo perdería —añadió mi padre.

—Vale, bien.

Mi madre sonrió.

—Bien.

Levanté los auriculares.

–Pues tendré que seguir estudiando, entonces.

* * *

–Hola, queridos oyentes. Somos Victoria y Kat, listas de nuevo para hacerles un buen placaje a vuestros problemas. ¿Lo pillas, Kat?

–Sí, lo pillo.

–Porque el partidazo de fútbol americano del festival es este fin de semana.

–Lo entiendo. Muy ingenioso.

–Eso me pareció. En fin, cuando le hayas «pasado» nuestro descargo de responsabilidad a la audiencia, «interceptaremos» nuestra primera llamada.

–¿Te vas a tirar así todo el programa?

–Claro que sí.

Me reí por lo bajo.

–Bueno, pues puede que hoy estemos que nos salimos con los juegos de palabras, pero seguimos sin ser profesionales.

–Pero vamos que chutamos –bromeó Victoria.

–Esa no la he visto venir.

–Ya lo creo que no.

–Eso sí, recordad: si tenéis un problema de verdad, llamad al 911 o a cualquiera de los números de emergencia que tenemos en la web. Y gracias a Young Industries por patrocinarnos. Llevan décadas al servicio de Lakesprings. –Intenté no hacer una mueca mientras lo decía.

–Bien, primera llamada. ¿En qué podemos ayudarte hoy? –preguntó Victoria cuando nos la pasaron.

–Hola, soy Tamara Sorres.

Era tan inusual que la gente dijera su nombre en el programa que casi le dije que luego lo editaríamos.

–¿Tamara Sorres? ¿La presidenta del cuerpo estudiantil del Secuoya? –preguntó Victoria.

–Sí –respondió.

–¿Qué podemos hacer por ti?

–Quiero invitaros a las dos a participar mañana en una de las actividades de la semana del festival. El voto popular exige vuestra presencia.

–¿En serio? –preguntó Victoria–. ¿Qué actividad?

–Un tanque de agua.

Me reí.

–¿La gente está pidiendo poder tirarnos al agua a pelotazos?

–Pues sí, la verdad. Y en grandes multitudes.

–Suena divertido –dijo Victoria.

–Yo paso –declaré.

Victoria chasqueó la lengua como protesta.

–No, no pasa. Estaremos allí las dos, así que no os olvidéis las pelotas de béisbol, Secuoya. ¡No nos derribaréis tan fácilmente!

–Sabes que cuando la gente oiga esto ya nos habrán puesto en remojo mil veces, ¿verdad? –dije.

–Sigo diciendo lo mismo –dijo Victoria.

–Es hora de comer, adiós –dijo Tamara–. Os veo entonces.

–¡Espera! –exclamó Victoria antes de que Tamara colgase–. Has llamado a un consultorio. ¿Podemos darte algún consejo?

–Eh... –Estaba claro que la había pillado con la guardia baja, pero se lo estaba pensando en serio–. ¿Cómo consigo que la gente con la que comparto el coche me pague su parte de la gasolina?

–Creo que acabas de hacerlo –dije.

–Cierto –coincidió Victoria–. Pídeselo. Ya lo has hecho. Buena suerte con ello. Y vamos, gente: si alguien os lleva en coche todos los días, no me seáis tacaños.

Tamara colgó y Victoria me miró.

–¿Lista para mojararte mañana?

–No mucho.

–Será divertido. –La mesa de los teléfonos se encendió–. ¡Hola! Te escuchamos.

–Hola. Soy yo... No recuerdo cómo me llamáis aquí –nos saludó Diego.

Sonreí.

–El señor Buscamor –dijo Victoria. Así que también era capaz ya de reconocer su voz.

–Ah, sí. Aún no me entusiasma demasiado.

–Podemos cambiarlo por tu nombre real, si lo prefieres –dijo Victoria con una voz que no le había escuchado nunca. ¿Era su voz de ligar?

–Me quedo con el del amor.

Me reí.

–¿Cómo te ha ido? –preguntó Victoria–. Nuestros oyentes te echaron de menos la semana pasada.

–Sí, la verdad es que no tenía nada que contar, así que no llamé. –¿Estaría intentando dejarle claro a la audiencia que la línea no había estado comunicando?

–El tema de la semana es el Festival de Otoño –dijo Victoria. Aunque no lo era, acababa de hacerlo realidad–. ¿Ya le has pedido a la suertuda de tu chica que vaya contigo?

–Creo que a mi... Creo que no le gusta el fútbol americano.

Yo no habría dicho que a Alana le gustase el fútbol, pero tampoco que *no* le gustara. Había acudido a varios partidos; si no por el deporte en sí, por la parte de socializar.

–¿Te gusta *a ti*? –pregunté, curiosa. Alana pensaba que no, pero quizás estuviera equivocada.

–No juego, si es lo que quieres decir.

–Pero ¿eres fan?

–Puedo animar a los mejores.

–El festival no va solo de fútbol americano, de todas formas –intervino Victoria–. No os olvidéis de la feria de después. Si a la chica que te gusta no le va el fútbol, igual sí que le va divertirse.

–Tal vez –dijo con una sonrisa en la voz.

–Pero ¿se lo has pedido? –insistí. Le dije que tuviera paciencia, pero eso era ridículo ya. Necesitaba que se lo pidiera para aplastar lo que sentía por él de forma permanente.

–Pues más o menos –dijo.

–¿En serio?

–¿Cómo se pide *más o menos* algo a alguien? –Victoria negó con la cabeza.

–Quería hacer algo ingenioso y considerado, algo que tuviera un significado especial para ella, pero creo que me dijo que no con mucha educación.

–¿Se lo preguntaste en clave? –dije. Alana no habría dicho que no, a no ser que no se hubiera dado cuenta de que se lo estaba pidiendo.

–Algo así, supongo.

–Llegados a este punto, tienes que preguntárselo directamente –dije.

–Pero creo que ya me contestó.

–Si tu chica te dice que no –dijo Victoria, aún con su voz seductora–, que sepas que aquí tienes reservas.

Tosí.

–¿Quién? –preguntó él.

–Pues yo, claro –respondió Victoria.

–Ah. Bueno... Eh... Gracias.

–Creía que Brian te lo había pedido con pétalos de rosa –le dije a Victoria.

Ella soltó una risilla.

–Sí, fue muy bonito. Buena suerte, señor Buscamor. Estamos todos de tu parte.

–Gracias.

–No lo olvidéis, oyentes –dijo Victoria cuando Diego ya había colgado–: tenemos un programa especial esta semana. Estaremos grabando en directo en el Festival de Otoño, el viernes por la noche justo después del partido. Así que, aunque tengáis que ir solos a la feria, venid por nosotros. Podréis preguntarnos en directo o dejar preguntas anónimas en el buzón que veréis esta semana en la cafetería. ¡Qué ganas!

Cuando acabó el programa, Victoria sacudió las manos y se quitó los cascos. Nunca la había

visto hacer eso.

–¿Estás bien? –le pregunté—. Lo has hecho genial hoy.

–Tenemos que ir a que nos mojen mañana.

Suspiré.

–Pues has accedido de buena gana a que te mojen. Y has dicho que será divertido. Dos veces.

–Tienes razón. Va a ser una pasada. –Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

–Victoria, no tienes que ir mañana al tanque si no quieres.

–Claro que quiero. Estoy cambiando el mundo, ¿no? –Forzó una risotada.

Mmm. A pesar de su bravuconería, Victoria no era tan intrépida como yo creía. ¿Es que todo el mundo fingía constantemente? ¿Estaría ocultando su miedo con confianza? ¿Consistía la verdadera amistad en saber ver a través de esa fachada? ¿O en estar dispuesto a prescindir de ella?

–Si alguien puede hacerlo, esa eres tú –dije.

Me dedicó su sonrisa «podcastera» y se marchó.

Desenchufé los cascos de las dos y los devolví a la sala de sonido. Luego le envié un mensaje a Alana. Había rechazado la invitación de Diego para ir al Festival de Otoño sin saberlo. Nos tocaba analizar todas las conversaciones que habían tenido últimamente. Y necesitábamos un nuevo plan.

CAPÍTULO 27

–No se me ocurre ninguna manera, en clave o no, en la que Diego me haya pedido que vaya con él al Festival de Otoño –dijo Alana en su casa esa tarde.

Alana tenía la mejor casa del universo: era tranquila, grande y hasta arriba siempre de comida. Estábamos sentadas frente a la isla de su cocina, poniéndonos moradas con las galletas que había hecho su padre. Eran de coco y chocolate y llevaban una especie de arroz crujiente que estaba delicioso. Ya me había comido tres.

–¿Estás segura de que es eso lo que dijo en el *podcast*? –me preguntó.

–Segurísima –contesté con la boca llena–. ¿No te escribió la invitación con comida el otro día o algo así?

Alana sonrió.

–Eso habría sido increíble y graciosísimo, pero creo que no. Supongo que simplemente asumí que no me lo pidió porque no le gustaba el fútbol americano.

–Lo sé. Bueno, pues es hora de vaciar el arsenal entero.

–¿Qué arsenal?

–Tienes que pedírselo tú –dije.

–Hecho –dijo ella.

Ignoré la sensación tensa que me provocaban los celos en el pecho. No me permitía estar celosa.

–Pues no ha sido tan difícil convencerte.

–¿Creías que lo sería? –Levantó las cejas.

–No. –Miré la bandeja de galletas en la isla–. Si me como otra, ¿me dará el peor dolor de tripa de la historia o solo el segundo peor?

–Cómete otra.

–Vale. –Pesqué una galleta de la bandeja–. Bueno, ¿cómo se lo vas a pedir?

–Tengo una idea.

* * *

Ya era malo estar en el asiento de metal de un tanque de agua, detrás de un cristal y en bañador como un artículo de exhibición, pero la cosa empeoró aún más cuando Diego y Frank aparecieron en la cabeza de la fila con Alana. No me cabía duda de que ella les había mandado un mensaje diciéndoles que tenían una oportunidad que no debían perderse.

Diego recogió dos pelotas de béisbol.

–A ver si es tan fácil como lanzar una bola de golf entre los palos del estadio. –Oí que decía.

–¡Ja, ja! –grité.

Me guiñó un ojo y el estómago me dio un vuelco. Fuera o no el chico por el que estaba colada mi mejor amiga, Diego era bastante ligón. Tenía que parar ya; no podía ligar con *todo el mundo* si luego nos pedía consejos sobre Alana en el *podcast*. Vi que se giraba para sonreírle y me molestó muchísimo.

Hasta entonces, había conseguido evitar que me tiraran al agua. Victoria no había tenido tanta suerte: el equipo de béisbol se había presentado para verla en su puesto y la tiraron seis veces. Ahora estaba sentada en una mesa cercana, envuelta en una toalla y hablando con uno de los chicos del equipo. El agua le había alborotado el pelo y le había creado unas ondas playeras. Y estaba sonriendo. Hoy había conquistado algo y yo estaba orgullosa de ella. Me pregunté si la vida consistía en enfrentarnos a nuestros miedos. A veces los superábamos y a veces nos superaban ellos. Cuando triunfábamos, teníamos todo el derecho a celebrarlo.

Victoria levantó una caja blanca en el aire y la agitó.

—¡No olvidéis dejarnos preguntas anónimas para nuestro programa en directo en la feria! —les gritó a los de la cola.

—¡¿Lista?! —me gritó Diego para que le prestara atención.

—¡Si «lista» implica estar aquí sentada, entonces sí! —respondí.

Le dio una vuelta a la pelota en las manos y la tiró. Yo me encogí de miedo. La bola pasó zumbando junto al cristal, justo por encima de la diana. *Menos mal*. La fila que había a su espalda estaba compuesta por veinte personas, así que supe que en realidad solo le darían dos oportunidades. Volvió a intentarlo y la pelota rebotó en el cristal.

—¡Buen intento! —me burlé. Diego frunció el entrecejo.

Alana dio un paso al frente. Era la que más me preocupaba. A Alana se le daba bien todo lo que probaba, pero falló en sus dos intentos. Suspiré aliviada.

Y entonces llegó el turno de Frank. Lanzó la pelota hacia arriba y volvió a atraparla varias veces, ahí parado.

—Hola, gatita —dijo con una sonrisa socarrona.

Me acordé de que todavía no le había pedido disculpas. Sentía que el karma iba a darme en las narices por ello. Alana le estaba diciendo algo que yo no podía oír. Luego, ella me gritó:

—¡Te vas al agua!

Casi pensé que ella sabía algo sobre el historial de Frank con las pelotas de béisbol de lo que yo no estaba al corriente, pero falló el primer tiro y yo me relajé en mi gélido asiento. Creía que lanzaría la segunda pelota en el aire un par de veces, igual que la anterior, pero la tiró en cuanto llegó a su mano derecha.

Hubo un segundo de diferencia entre el momento en que la pelota hizo diana y la puesta en marcha del mecanismo de mi asiento. Cuando me di cuenta de lo que había pasado, solté un grito y al agua que fui.

Estaba fría. Más fría que la del lago. El pecho se me encogió por el cambio de temperatura y al principio no encontraba el suelo para poder lanzarme hacia arriba con los pies. Por fin lo encontré y me impulsé. Y me di un golpe tan fuerte en la cabeza con el asiento de metal que vi las estrellas.

La gente que esperaba en la fila tomó aire a la vez. Luego volví a sumergirme. No era mi intención, pero ya me había caído al agua de mala manera bastantes veces en el pasado, así que supe mantener la calma. Me relajé un momento para que se me despejara la cabeza. Entonces, me levanté.

Tosí varias veces antes de darme cuenta de que había alguien encima de mí que me daba la mano para ayudarme.

–Lo siento –dijo Frank.

–¿Por qué? –Tosí–. Estamos jugando, ¿no?

–No quería que te hicieras daño.

–Lo sé.

Me acerqué a la escalera de metal para salir, pero entonces oí que alguien pulsaba el botón que activaba el asiento. Frank, vestido y todo, cayó al agua. Intenté por todos los medios no reírme. Supe que había sido Alana antes incluso de oír sus carcajadas.

Frank emergió escupiendo agua.

–¡Llevaba el móvil en el bolsillo, Alana! –Evidentemente, él también las había oído.

–¡Perdón! –respondió.

A los de la cola les pareció lo más gracioso que habían visto nunca. Nos rodeaba un bullicio de charlas y risas.

Frank salpicó a través de la puerta abierta y puso pérdida a Alana. Al principio parecía enfadado, pero, cuando lo salpiqué yo a él, su expresión se fundió en una sonrisa. Me devolvió el salpicon. Luego se aupó, salió del tanque a toda prisa y persiguió a Alana. Cuando la alcanzó, la rodeó en un enorme y húmedo abrazo mientras ella chillaba.

No sabía con seguridad si ya había terminado mi turno en el tanque, pero me dolía la cabeza, así que salí. Diego me estaba esperando con una toalla extendida. Me acerqué y me envolvió los hombros con ella.

–¿Estás bien? –preguntó–. Parece que tienes el mal hábito de golpearte la cabeza con objetos de metal.

–Solo cuando tú andas cerca, por lo que veo.

Se rio por lo bajo.

–¿Te duele?

–Puede.

–Necesitas un poco de mi magia, ¿verdad?

Yo sabía que lo decía de broma, pero incliné la cabeza de todas maneras y él me dibujó una uve

en la coronilla.

–Mucho mejor –dije. Retrocedí e intenté no sonrojarme–. Por cierto, el otro día lo probé con Cora y funciona de maravilla.

–¿En serio? –preguntó, como si le sorprendiera.

–Sí, esta tradición de tu madre me parece muy bonita.

–Le encantaría saberlo.

¿Qué estaba haciendo? Era muy fácil estar con él. Demasiado. Me alejé otro paso.

–¡Kate! –me llamó Alana–. ¡Sálvame!

Frank aún la tenía prisionera en su abrazo de oso y le estaba sacudiendo el pelo mojado encima. Ella lo empujó para liberarse y corrió a esconderse detrás de Diego. Lo agarró por ambos lados de la camiseta y yo aparté la mirada.

–Te ha salvado el único que no merece mojarse –dijo Frank.

–Tengo que ir a cambiarme antes de que suene la campana –dije.

Me dirigí hacia la puerta del vestuario y todos me siguieron. Alana entrelazó su brazo con el de Diego; no sabía si para protegerse o para estar más cerca de él. Puede que un poco para las dos cosas.

Frank caminaba al otro lado de Alana. Lo miré a los ojos. Me aclaré la garganta y volví a aclarármela otra vez.

–Escúpelo ya –dijo Alana.

–Perdona –dije.

–¿Eh? –preguntó Frank–. ¿Eso va por mí?

–Sí. Perdona por hacer ver que no te importaba que nos metiéramos en un lío el viernes.

–Ah, eso. –Caminamos unos pocos pasos más hacia el gimnasio y dijo–: Cuesta perder la costumbre de decirnos todas las idioteces que queremos.

Me reí un poco.

–Pues sí.

–Me alegro de que lo estemos intentando.

–Yo también. –Y lo decía en serio.

CAPÍTULO 28

En el aparcamiento, después de clase, Alana me pasó una bolsa de la compra llena de notas adhesivas.

–¿Seguro que Diego trabaja hoy en la academia? –preguntó.

–Sí.

–Vale, Frank y yo te veremos allí después del taller. ¿No te verá?

–No, creo que obligan a los empleados a aparcar en la parte de atrás para guardarles los sitios de delante a los clientes.

Alana asintió.

–¿De qué color lo escribo? –pregunté mientras dejaba la bolsa dentro del coche.

–El azul es para «festival» y el signo de interrogación. El naranja es para cubrir el resto del coche.

–Esto va a molar un montón –dije.

–Esperemos no haya viento. –Alana me sonrió ampliamente–. En fin, creo que se va a sorprender tanto que tendrá que decirme que sí.

* * *

Una hora más tarde, Alana y Frank se encontraron conmigo detrás de la academia. Aún no había terminado de cubrir el coche de Diego.

Alana sacó un paquete de notas adhesivas de la bolsa que había a mis pies y se lo tiró a Frank.

–Dale cera.

Los tres nos pusimos a trabajar. Después de unos minutos, Alana dijo:

–Estos papeles me recuerdan a Hawái.

–¿Hay muchas notas adhesivas en Hawái? –preguntó Frank.

–No, pero hay mercados al aire libre donde la gente vende baratijas y joyería –explicó Alana–. Sobre todo, a los turistas. Mi madre ayudaba a montarlos. Había una señora que amaba los pósitos y los usaba para ponerles el precio a todas sus cosas. Un día, estaba aburrida y los cambié todos. Después de haberme pillado haciendo eso, me echaba de allí murmurando algo en *pidgin* cada vez que me veía.

–Así que siempre has sido una niñata –dijo Frank.

Alana le dio un guantazo en el pecho, pero luego dijo:

–Pues sí.

Me reí.

Tardamos casi otra hora en acabar con el coche de Diego. Luego nos fuimos a la valla de atrás y nos sentamos en el bordillo a esperar a que saliera.

–¿Estás nerviosa? –le pregunté a Alana.

–Claro que no –dijo, y me lo creí sin duda alguna. *Yo* habría estado nerviosa. Bueno, a quién quería engañar: *estaba* nerviosa. En las oscuras profundidades de mi evidentemente malvado corazón, quería que Diego la rechazara. Y eso me convertía en una amiga terrible.

No, quería que dijera que sí. Entonces, mi malvado corazón pillaría la indirecta y sabría sin lugar a dudas que Diego llevaba todo este tiempo hablando de ella en el *podcast*.

Frank estuvo bastante callado mientras decorábamos el coche y me pregunté por qué.

Cuando habló, pareció responder a mi pregunta silenciosa.

–Y, después de semanas llamando al programa, se lleva a su chica.

Abrí mucho los ojos y miré a Alana.

–¿En serio? –continuó–. ¿Creías que no sabía que era él? Lo *conozco*. Y no disimulamos las voces hasta que termina la llamada.

–Ah, ¿no? –preguntó Alana, que fingió sorpresa.

–No se lo vas a decir, ¿verdad? –le pregunté.

–Y todavía duda de mi honradez –comentó Frank a nadie en particular.

–No, no es eso, es que... No lo sé. –Me estaba yendo por las ramas–. No quiero que se entere de que lo hemos sabido todo este tiempo. –No creía que fuera a sentarle bien. ¿Por qué no se lo habíamos dicho ya?

–No lo sabrá por mí.

Le di un apretón en el brazo.

–Gracias.

–¿Cómo va tu móvil, Frank? –preguntó Alana con una sonrisa.

Él le empujó la pierna con la suya.

–Muerto y enterrado por cortesía del incidente en el tanque. Muchas gracias.

Los tres oímos que se abría la puerta y nos levantamos de un salto a la vez.

Diego vio el coche primero. ¿Cómo no verlo? Se le iluminó la cara con una sonrisa. Luego buscó a su alrededor hasta que se fijó en nosotros tres, de pie contra la valla.

–¿Y bien? –preguntó Alana cuando él no decía nada.

–¡Ah! ¡Sí! –dijo.

Alana corrió hacia él y le rodeó el cuello en un abrazo.

Sentí que el corazón se me caía a los pies.

Por lo menos, había pillado la indirecta.

–Espera un momento –me dijo Frank. Antes de que pudiera preguntarle qué estaba haciendo, corrió tres metros hasta su coche y empezó a hurgar en el maletero. Mientras tanto, Alana y Diego se acercaron a mí. Ella tenía la mano de él en la suya y estaba radiante.

Pues muy bien. Alana y Diego. Ya era hora de que las cosas entre ellos se pusieran de nuevo en

marcha; se habían quedado encalladas durante un tiempo y eso no era normal en ella. Siempre conseguía a quien quería, y normalmente rápido. Este le había costado un poco más, pero, a juzgar por su expresión, era evidente que había merecido la pena.

–Espero que os quedéis a limpiar todo esto –dijo Diego mientras me miraba a los ojos.

–Claro que sí –dijo Alana.

Frank se acercó a nosotros con una mano a la espalda.

–Kat –dijo sin aliento.

–Kate –dijimos Diego y yo a la vez.

Le di un codazo amistoso.

–Me has leído la mente.

–Kate. Sí, perdona. Es que escucho demasiado el *podcast*. –Frank tenía una sonrisa muy rara pegada en la cara y no se me ocurría por qué. Alana también parecía confusa por ello, porque le soltó la mano a Diego y se cruzó de brazos.

–¿Qué? –preguntó Frank–. ¿Tengo algo en la cara?

Diego se rio por lo bajo.

–Esa frase es mía –dijo.

–No. –Frank se quitó la mano de detrás de la espalda y me enseñó una rosa roja con el tallo largo–. ¿Quieres ir al Festival de Otoño conmigo?

Se me encogió el estómago. ¿Qué?

–Ah, eh...

Frank se mordió el labio.

–Sé que debería habértelo pedido de una forma más elaborada. Tenía algo planeado, pero en el último momento no salió bien. Las líneas estaban ocupadas.

–¿Ibas a llamar al *podcast*? –pregunté.

Se encogió de hombros con una sonrisita chulesca, pero tímida y adorable. Me alegré de que las líneas estuvieran ocupadas; habría pasado muchísima vergüenza. No necesitaba que el instituto entero escuchara cómo me pedían salir.

No pude evitar mirar a Alana. Tenía una expresión inescrutable. Me negué a mirar a Diego. Luego volví a mirar a Frank.

–Eh... Vale –dije por fin. ¿Por qué no? Mi corazón ya andaba por los suelos. Tal vez me ayudara ir al festival con Frank. Y parecía que últimamente nos llevábamos mejor.

–¿Vale, vas a ir conmigo? –preguntó, sorprendido.

Asentí.

Me tomó la mano, me besó los nudillos y me dijo:

–Te recojo a las cinco y media para ir a cenar antes del partido. –Se volvió hacia Alana y Diego–. ¿Vamos todos juntos?

Alana asintió.

–Será divertido.

–Muy bien –dije yo.

Frank me sonrió por última vez y volvió a su coche.

–Me voy antes de que cambies de opinión. –Señaló a Alana con la cabeza–. ¿Puedes volver a casa con Kate?

–Claro.

Y con eso se metió en el coche y se fue.

Respiré levemente y me quedé mirando la rosa que tenía en la mano. El pimpollo se desplomó un poco.

–Qué raro.

–¿Raro en plan bien? –preguntó Alana.

–Bueno, es Frank Young..., pero supongo que estamos en tregua, ¿no? –dije.

Ella se encogió de hombros. El hecho de que estuviera tan poco convencida como yo sobre todo eso me hizo cuestionarme a mí misma. Igual no debería haber aceptado.

Dejé la rosa junto a la valla, recogí la bolsa vacía y empecé a deshacer lo que habíamos montado. Alana y Diego me imitaron. Mientras limpiábamos, Alana hacía bolitas con las notas y nos las tiraba a Diego o a mí, de forma que durante un rato comenzamos una especie de batalla. Cuando me di cuenta de que así nos aumentaba el trabajo, lo dejé.

Pasé al parachoques trasero y Diego se deslizó a mi lado.

–¿Ayer pudiste solucionar en el *podcast* el asunto del acoso que te preocupaba? –preguntó.

Me llevé la mano a la frente.

–Me olvidé por completo. Normalmente dejo que Victoria tome la iniciativa, así que no estoy acostumbrada a introducir temas. Tendré que pensar cómo hacerlo la semana que viene.

¿Cómo podía haberme olvidado de algo tan importante? Alguien estaba acosando a un alumno y se me había ido completamente de la cabeza.

–Seguro que se te ocurre algo. –Despegó otra fila de notitas naranjas y las añadió al taco creciente que llevaba en la mano–. ¿Frank y tú, entonces?

–No adelantemos acontecimientos.

–Por algo hay que empezar. –Me miró a través de esas largas pestañas suyas. Una sonrisa iluminaba sus cálidos ojos marrones.

Era verdad. Todo empezaba por algún sitio. Y ahí estaba yo, junto al coche del chico que le gustaba a mi mejor amiga, despegando notas adhesivas de su viejo Corolla, cuando me di cuenta del momento exacto en el que empezó a gustarme a mí: cuando me dibujó esa uve en la sien, en ese pasillo vacío del instituto. Cuando esos mismos ojos marrones, llenos de atención y cariño, se encontraron con los míos ese día.

«Pues ya sabemos lo que nos toca –le recordé a mi corazón–: quedarnos bien quietos en los confines de la amistad.»

CAPÍTULO 29

–Esta noche voy a besar a Diego.

El aplicador de la máscara de pestañas que tenía en la mano se me cayó.

Alana y yo nos habíamos ido derechas su casa después de clase y estábamos sentadas frente al espejo de su habitación, preparándonos para el Festival de Otoño. Su dormitorio estaba pintado de distintos tonos de rosa. Yo no sabía si era por la luz o por el color de fondo, pero mi piel siempre parecía tener un brillo saludable cuando estaba allí. Tal vez tuviese que cambiar la pintura de mi habitación.

Ahora tenía un largo manchurrón negro en la pierna desnuda por culpa de la máscara de pestañas. Recogí el aplicador de donde había aterrizado en el suelo.

–Eh..., vale...

Alana destapó su delineador.

–¿Dónde podría ser más romántico?

¿De verdad tenía que aconsejarla sobre eso?

–Cualquier lugar donde ocurra será romántico, digo yo.

Alana suspiró con aire soñador.

–Muy cierto. –Se inclinó hacia delante y se aplicó el delineador–. ¿Y tú?

–¿Yo qué? –Saqué una toallita desmaquillante y me froté la pierna.

–¿Vas a besar a Frank esta noche?

–¡No!

–Qué idea tan terrible, ¿no?

–Sí. O sea... No, no es eso. Es que... A ver, dame un momento. Hace una semana lo odiaba.

–¿Y por qué le dijiste que sí, entonces?

–¿Debería haber dicho que no?

–Bueno, no. Pero, si le gustas, le estás mandando el mensaje que no es.

–No creo que le guste. Supongo que me lo pidió porque no quedaba nadie más.

* * *

El partido era ensordecedor. Hacía mucho que no iba a uno y se me había olvidado, pero ahí estaba yo, en un partido de fútbol americano con un chico al que antes odiaba, con el chico al que tenía que empezar a odiar por mi propia salud mental y con mi mejor amiga.

Frank señaló hacia delante y gritó por encima del vocerío de la multitud:

–¡Mirad allí, chicos, ya han encendido las luces de la noria!

Alana aplaudió.

–¡Oh! ¡Parece divertido! Ha sido un detallazo por parte de tu padre lo de pagar las atracciones.

Me incliné sobre mis piernas para gritarle a Alana a través de Frank:

–¿Vamos luego a la noria las dos?

–Por supuesto.

–¿Qué? –gritó Diego. Estaba al otro lado de Alana y no habría oído ni una palabra.

–¡La noria! –dijo Alana–. Vamos luego.

–Claro –respondió.

Me pregunté si era ahí donde se iban a besar. En la cima de la noria. No iba a pensarlo.

–¡Voy a por un refresco! –grité.

–¡Vale! –me respondió Alana.

Frank hizo ademán de acompañarme, pero ella lo agarró por la muñeca y le dijo algo que no pude oír.

Él se rio y se quedó.

¿Por qué lo había hecho? ¿Le preocupaban los sentimientos de Frank? ¿Que le estuviese mandando señales erróneas? A lo mejor estaba preocupada por *mí*. La verdad era que me había horrorizado ante la pregunta de si iba a besarlo. A lo mejor estaba intentando salvarme. Subí la escalera de las gradas y bajé por la parte de atrás. Respiré hondo.

–¡Kat! ¡Hola! –me llamó alguien al pasar–. ¡Me ha encantado tu consejo sobre compartir coche!

–¡Ah, gracias! –contesté.

–¡Esa es Kat, la del *podcast*! –Oí que decía otra persona.

Luego oí otra voz.

–¡Kate! Espera.

Me giré y vi a Diego, que venía siguiéndome. A mi corazón le gustó ese giro en los acontecimientos, pero intenté calmarlo. Que Diego quisiera un refresco no equivalía a que fuera a tener lugar ningún tipo de declaración.

–Hay mucho ruido ahí dentro –dijo–. Necesitaba darles un descanso a mis tímpanos.

Seguía habiendo ruido donde estábamos, en la parte de atrás del estadio, pero no era atronador.

–Ya ves –dije.

–¿Tú también?

–He venido a por algo de beber.

–Pongámonos en la fila, entonces.

Nos unimos a la larga cola de la caseta de aperitivos y procedimos a no decir nada en absoluto. Normalmente, no tenía problemas a la hora de hablar con Diego. Yo estaba enrareciendo la situación porque me gustaba. Tenía que «desenrarecerla».

Pensé en la última vez que hablamos de verdad: en la cima la colina, detrás del estadio. Había subido mucho la guardia. ¿Por qué?

–Cuéntame algo sobre tu última relación –dije, porque aparentemente era lo único que se me

ocurría para «desenrarecer» las cosas—. O no. Perdona.

Él sonrió.

—No es nada. Es una pregunta válida. Cuando termine yo, te preguntaré lo mismo.

Hunter. ¿Quería saber cosas sobre Hunter?

—Vale. Te vas a aburrir bastante, pero es lo justo.

—Lo mismo digo. Estuve con Pam Argyle un par de meses el año pasado. ¿La conoces?

—No mucho. ¿Qué paso?

Él miró al cielo, frunció los labios y me miró a los ojos.

—Buena pregunta. No estoy muy seguro. No tengo mucho tiempo libre.

—¿Lo del horario de tus padres?

—Sí. Creo que eso la molestaba. Además, se quejaba porque nunca le contaba nada.

Dimos un pasito más en la cola.

—Eres reservado.

—Eso o es que nunca tengo nada en la cabeza.

Me reí.

—Claro, será eso.

Diego se pasó una mano por el pelo.

—A veces dudo a la hora de compartir cosas importantes porque... no creo que a la gente le preocupen tanto como a mí. Y, cuando lo hago, esas cosas se juzgan o no se vuelve a pensar en ellas. Y no sé cuál de los dos resultados es peor.

—Es comprensible. Yo juzgo básicamente todo lo que dices.

—Lo imaginaba.

Le di un suave codazo en las costillas.

—Sabes que es broma, ¿verdad?

—Sí, Kate. Sé cuándo estás bromeando. Es como un mecanismo de defensa.

Iba a discutirlo, pero asentí. Era muy injusto que pareciera conocerme tan bien.

—Pues sí, lo es.

La chica que estaba delante de nosotros en la cola se giró.

—Sabía que tu voz me sonaba de algo —me dijo—. Hola, Kat. Me encanta el programa.

—Hola, gracias.

—¿Les has dado algún consejo a los jugadores antes del partidazo de esta noche?

—Eh... no. Su entrenador no me lo ha pedido. Vete a saber.

Ella se rio.

—Luego voy a ir a ver el programa en directo.

—Gracias.

—Perdona por lo que dije antes —comentó Diego en voz más baja—. ¿Estuvo fuera de lugar?

–No, es verdad. El humor es mi defensa. A veces me hace las cosas más fáciles.

–¿Qué cosas?

Lo medité.

–Todas, básicamente.

Sonrió.

–Bueno, es tu turno. Háblame de tu última relación.

Miré a la chica que tenía enfrente y me pregunté si me estaría escuchando para ir luego a contárselo a todo el mundo. Por suerte, estaba hablando con otra persona que estaba delante de ella.

–Hunter Eller. El año pasado. Salimos juntos durante un tiempo. Estuvo bien. Nos entendíamos. Y luego se mudó y dejó de llamarme y de mandarme mensajes.

–Y todavía no lo has olvidado.

–¿Cómo?

Bajó aún más la voz, aunque la chica de delante no estaba escuchando.

–Alana llamó al *podcast* durante el primer episodio.

–¿Cómo lo has sabido?

–Primero, porque reconocí su voz. Intentó disimularla, pero no le salió bien al final. Y, segundo, por cómo respondiste.

–Supongo que era bastante obvio para los que me conocen. –No me acordaba exactamente de la conversación que tuvimos en el *podcast*, pero sabía que había dicho algo como «Deja que tu amiga se olvide de él ella sola». Y recordaba vagamente haber dicho algo de comer otros peces cuando estuviera preparada—. Pero no, ya lo he superado. Bueno, antes no. O pensaba que no. Pero me mandó unos mensajes hace un par de semanas y me di cuenta de que ya solo me quedaba una idea de él. No había superado esa *idea*, pero ya lo había superado completamente *a él*. Tuvo que mandarme esos mensajes para que me diera cuenta.

–Entonces, ¿por qué...? –Diego se calló, negó con la cabeza y dijo–: No importa.

–No, ¿qué ibas a decir?

Ya era nuestro turno en el puesto y nos adelantamos.

–¿Vas a pedir algo para Frank también? –me preguntó.

Era verdad. Frank. Estaba allí con Frank, aunque fuera solo una formalidad.

–Sí. Dos Coca-Colas, por favor.

Diego pidió lo mismo y volvimos con las manos llenas.

–¿Qué ibas a decirme antes? –pregunté.

–Iba a preguntarte por qué no habías pasado página, pero luego recordé que estás aquí con Frank.

Solté un bufido.

–No creo que vaya a pasar página con Frank. Apenas acabamos de empezar a tolerarnos.

–¡Kat! –Un chico que no podía tener más de doce años vino corriendo hacia mí–. ¿Puedo hacerme una selfi contigo?

–Te aviso que salgo muy rara en las fotos.

–¡Lo sé! Las he visto en Internet. Son geniales.

Me reí y dejé que nos hiciera una foto con los dos refrescos que llevaba en la mano.

–¡Gracias! –dijo, y se fue corriendo.

–Estás mucho más cómoda ahora con este nuevo personaje –comentó Diego–. Recuerdo la primera semana, cuando viniste a la academia, que te martirizabas y decías que lo habrías rechazado si hubieras podido.

–Eso no ha cambiado.

–Pero lo has aceptado.

–Supongo que un poco sí. –Quería que se me diera bien presentar el *podcast* y lo había conseguido, pero aún seguía prefiriendo el lago..., ¿no?

–Te queda bien –dijo.

Mi cerebro traidor me dijo: «A lo mejor le gustas si le dices cómo te sientes». Tomé un sorbo del refresco y me tragué ese pensamiento.

CAPÍTULO 30

Nuestro equipó gano y nos puso a todos de mejor humor todavía. En la feria había casi tanto ruido como durante el partido. Como nos prometieron, tres grandes atracciones ocupaban la mitad del aparcamiento junto a una hilera de casetas con juegos: tiro al globo con dardos, lanzamiento de anillos, carreras de caballos con pistolas de agua, un castillo hinchable... Y así una fila entera. También había puestos de comida por todas partes; la mayoría eran de caramelos, pero también había algunos de comida frita en palos.

Y luego estaba el plató del *podcast*. Lo habían levantado en un extremo, con bastante espacio para el público. En una hora se suponía que debía subirme ahí y hablar delante de un montón de gente. Esperé a que se me pusieran los nervios de punta, pero no lo hicieron. A lo mejor *sí* que había aceptado ese nuevo personaje.

Alana y Diego iban caminando juntos, admirándolo todo. Frank y yo los seguíamos.

–¿Quieres subir a la noria? –me preguntó.

–Sí, claro.

–Tengo permiso para saltarnos las colas de todas las atracciones.

Puse los ojos en blanco.

–No me importa esperar la cola.

–Pues a mí sí –dijo con una sonrisa, aunque supe que lo decía en serio. Me tomó de la mano–. Vamos a subir –declaró.

Alana y Diego se dieron la vuelta. Ella no pasó por alto que Frank me había agarrado la mano y meneó las cejas mientras me miraba. Me solté y caminé hacia la noria.

Sí, Frank estaba decidido a saltarse la cola y, para mi sorpresa, a nadie le importó; todo el mundo le daba las gracias por facilitarnos las atracciones. Genial. Así solo iban a animarlo más.

Frank y yo entramos y nos sujetamos al asiento. Su brazo me rodeó inmediatamente los hombros cuando la atracción se puso en marcha. El mecanismo se detuvo a los tres metros para que se montaran más personas debajo.

–¿Nunca has pensado que estas atracciones de aparcamiento están a un tornillo suelto de caerse a trozos? –preguntó mientras le daba un golpecito a una viga de metal.

–Sí. De hecho, es lo primero que pienso. Luego me paso el viaje muerta de miedo.

Él balanceó los pies cuando volvimos a movernos.

Cuando nos detuvimos en la cima, se inclinó hacia delante y miró a su alrededor. Lo observé intentando localizar a Alana y a Diego, que estaban tirando dardos a los globos.

–¿Cuánto me das si le doy a Diego con el chicle desde aquí?

–Qué asco –dije–. No tires el chicle.

–No iba a tirarlo. Iba a escupirlo.

Hice una mueca.

–Pues qué bien.

–Alana se habría reído –dijo.

–¿Y?

–Tú no me encuentras gracioso.

–A veces sí que eres gracioso.

Frank seguía rodeándome los hombros y empezó a hacerme dibujitos en el brazo con un dedo. Oh, no. A lo mejor sí que le gustaba. A lo mejor *sí* que le estaba dando una idea equivocada, pero, al ver a Alana y a Diego divirtiéndose tanto ahí abajo, decidí no abrir la boca.

Después de unas vueltas más en la noria, volvimos a tierra firme.

–El tornillo ha podido con nosotros –dije mientras Frank y yo nos alejábamos de la atracción.

–Somos unos auténticos supervivientes –contestó.

–¡Me toca! –dijo Alana mientras corría hacia nosotros–. Yo tampoco quiero esperar la cola, así que voy a robarte a Frank durante un rato. –Le agarró la mano y lo arrastró por donde habíamos venido.

–¿No querías montar en la noria? –le pregunté a Diego cuando nos quedamos los dos ahí de pie.

–Yo no tengo permiso para saltarme la fila.

–Eso está sobrevalorado.

–La verdad es que no –dijo, y me reí. Señaló la hilera de casetas que había detrás de nosotros–. ¿Puedo retarte a un juego?

Miré mi móvil.

–Sí, tengo tiempo. –Indiqué con el dedo la caseta que se llamaba «A pescar». En ella, unos peces de plástico corrían por un raíl y el objetivo era tirar una caña con un imán para pescar uno que tuviera la boca abierta–. Creo que me prometiste que un día me llevarías a pescar.

–Ah, ¿sí? –preguntó mientras nos acercábamos.

–No, pero deberías haberlo hecho.

Se rio por lo bajo.

–Sí, debería.

Cuando llegamos, nos dieron una caña a cada uno.

–Muy bien, maestro. Muéstrame tus secretos –dije.

–Sabes que no tiene nada que ver con...

–Chissst. Déjame vivir en mi burbuja.

–De acuerdo. Está todo en la muñeca. –Dio un paso hacia atrás desde el mostrador y me enseñó cómo tirar la caña. Yo seguí su ejemplo–. Ahora voy a pescar uno.

No pescó ninguno. El imán rebotó en una boca cerrada y salió disparado de vuelta al mostrador.

–Guau. Impresionante. Ya empiezo a ver un patrón en lo tuyo con la pesca.

Me miró con los ojos entrecerrados. Yo me reí y lo empujé hacia un lado.

–Voy a enseñarte cómo se hace. –Observé los movimientos y los tiempos de los peces en sus raíles. Luego tiré la caña y, para mi gran sorpresa, porque en realidad no había calculado ninguna trayectoria, el imán se introdujo directamente en la boca de un pez verde. Levanté las manos en el aire y grité de alegría.

–No acabas de hacer eso.

–Pues sí, lo he hecho. ¡He vencido al pescador!

Él se rio.

–Sí que eres una ganadora *humilde*, ¿verdad?

El encargado me dio un pececito de peluche y devolvimos las cañas.

–Resulta que sí que hay un montón de peces en el mar –dije mientras le enseñaba a Diego el muñeco–. ¿Quién habría dicho que solo tenía que pescar uno, literalmente?

Me dio un golpe en el hombro con el suyo.

–Qué tonta eres.

–Igual tengo que enseñarte yo a ti alguna técnica para la próxima vez que vayas a pescar. Si te pasas por el puerto, te doy una clase. Y ya había pescado *antes*, que lo sepas. De pequeña. Por lo visto, se me ha quedado todo en la memoria muscular.

Él sacudió la cabeza, pero sus labios se curvaron en una sonrisa que no pudo contener. Luego se detuvo frente a un puesto de comida y compró un palo de algodón de azúcar rosa. Yo pellizqué un poco de la esponjosa nube y dejé que se me derritiera en la boca.

–Esto sí que tengo que aprender a hacerlo –dije mientras caminábamos–. ¿Tú crees que habrá un chef del algodón de azúcar en algún sitio que pueda enseñarme?

–Seguro.

–Cuando emprendas tus viajes gastronómicos, podrías mandarme una postal desde donde estés cuando lo encuentres.

Diego inclinó la cabeza a un lado.

–¿Sabes? El otro día estaba pensando en ese sueño mío tan poco práctico.

–Lo de «poco práctico» puedes obviarlo cuando estés conmigo, si quieres.

Él se calló un segundo, me miró a los ojos y asintió.

–Gracias.

–¿Y qué pasa con ese sueño? –pregunté.

Ya habíamos llegado al final de la hilera de juegos y estábamos frente a la valla del aparcamiento, la que rodeaba el campo de béisbol. Diego se apoyó en ella.

–Antes de morir, mi abuela quería pasar tiempo conmigo en la cocina y yo estaba muy ocupado o no tenía ganas. Bueno, es evidente que pasaba algo de tiempo allí, aprendiendo, pero no lo

suficiente. Ni de chiste. Pensaba que tenía todo el tiempo del mundo.

–Hasta que no lo tuviste.

–Exacto. Y ahora me siento...

–¿Culpable?

–Sí. Como si debiera haber hecho más, aprendido más; haberlo absorbido todo mientras tuve la oportunidad. Puede que ese sueño venga de ahí, de la necesidad de sustituir de alguna manera el conocimiento que ella me habría dado.

–El sentimiento de culpa no es necesariamente la mejor razón para hacer algo.

–Mírate, otra vez con tus consejos de experta.

Él solo necesitaba a alguien que lo escuchase y yo había sentido la necesidad de dar mi opinión.

–Lo siento.

–¿Cómo? No, no lo sientas. Te lo agradezco.

–Pero la culpa no es la única razón, ¿no? O sea, también te gusta mucho.

–Por supuesto.

Volvimos a caminar despacio en dirección contraria.

–No es que tengas que decidir todo tu futuro ahora mismo. ¿Qué prisa hay? –dije.

–Ya me han dicho alguna vez que debo tener paciencia.

Clavé la vista en el suelo, incapaz de mirarlo a los ojos. *Yo* le había dicho eso en el *podcast*. ¿Sabía él que yo lo sabía? ¿Estaba dándome a entender que era él quien llamaba?

–Ya... –empecé a decir. Tenía que decírselo. ¿Qué clase de amiga era yo si no podía decirle que sabía que había estado llamando?—. Sobre eso...

Levanté la vista hacia la noria. No veía ni a Frank ni a Alana. Tal vez estuvieran en lo más alto, porque no veía... Oh, bueno, ahora bajaba y, sí, esas eran las Vans verdes de Alana, su top azul de tirantes y... Me quedé sin respiración. Al bajar la noria, puede ver que los labios de Alana estaban bastante pegados a los de Frank; no en un piquito, sino en una sesión intensiva de búsqueda de anginas.

Giré la cabeza de golpe hacia Diego, pero él me estaba mirando con el ceño fruncido, seguramente porque no sabía por qué había dejado de respirar. Sentí que todo había empezado a moverse a cámara lenta, porque vi que los ojos de Diego buscaban qué había provocado mi reacción. Le di la mano y tiré de él para que mirara en la dirección opuesta.

–¡Vamos a jugar a otra cosa!

¿Por qué lo había hecho? Debería haber dejado que lo viera. Alana era la que acababa de besar a Frank. ¡Había besado a Frank! ¿En qué estaba pensando? Tal vez debería haberme alegrado, pero solo me enfadé. Esto iba a sentarle fatal a Diego. Ella le gustaba y le iba a hacer daño.

Antes de dar otro paso, Victoria apareció frente a nosotros con una sonrisa en la cara.

–¿Estás lista?

Miré la hora en el móvil.

–Pensaba que no empezábamos hasta dentro de treinta minutos.

–La señorita Lyon quiere repasar unas cosas con nosotros, decírnos en qué va a ser diferente este programa en directo y darnos algunos consejos.

La sangre me hervía. Sabía que tenía que olvidarme rápidamente de lo de Alana para poder hacer el *podcast*. En directo.

–No sé por qué pensará que tiene que darnos consejos –dije en un intento de sarcasmo, pero la voz me salió tensa y enfadada.

Diego debió de percibir el tono, porque dijo:

–Lo harás de maravilla.

–Gracias.

–Vamos –dijo Victoria–. Tráete a tu chico, si quieres. Brian ya está allí.

–Ah, no es... Ha venido con... Este es Diego.

–Hola, Diego. Eres muy guapo –dijo Victoria, y le guiñó un ojo.

Él me agarró la mano y la apretó.

–Te veo desde el público. Buena suerte.

Empecé a alejarme, pero me di la vuelta y me puse delante de él.

–Diego...

–¿Sí?

–Después del *podcast*, tengo que decirte una cosa.

Aún sentía la necesidad de decirle que sabía que había estado llamando. Solo esperaba que no se enfadara mucho.

CAPÍTULO 31

Vi a mis padres de pie hacia el fondo del ya multitudinario público. Habían venido. Mis nervios, que por fin se habían puesto de punta cuando más y más gente empezó a llenar la zona acordonada que había delante de nosotras, me dieron otro toque. Mi madre me saludó con la mano. Victoria y yo íbamos a empezar en diez minutos. Respiré hondo y le devolví el saludo.

Estábamos sentadas juntas en un escenario improvisado, detrás de una larga mesa equipada con cascos y micrófonos. La señorita Lyon y un par de alumnos de posproducción estaban a un lado y preparaban el equipo.

Alana rodeó corriendo el escenario hasta el otro lado de la mesa, donde yo estaba, con los ojos abiertos. Me mordí los carrillos. No era el momento de decir nada, pero a Alana debía de parecerle el mejor, porque se inclinó y me susurró al oído:

–Tengo que hablar contigo.

–Luego. –Fue lo único que pude decir.

–Por favor, necesito a mi mejor amiga.

Suspiré, me levanté y bajé por detrás del escenario con ella. Me arrastró a unos diez metros por detrás de la hilera de las casetas de juegos, donde había menos ruido y menos luz. Estaba a punto de abrir la boca para decirle que había visto lo que había pasado cuando me dijo:

–Frank me ha besado.

Yo no estaba segura de qué contestar. El beso me había parecido bastante mutuo.

–Lo siento –añadió.

–¿Eh? ¿Por qué te disculpas *conmigo*? –pregunté. Diego era la persona con la que tendría que estar hablando en ese momento.

Ella se sonrojó.

–Porque hoy tenías una cita con Frank y yo creía que te gustaba, y lo siento. No era mi intención que pasara.

–Sabes que no me gusta.

–Pensaba que *tú* le gustabas a él y que acabaría haciéndose un hueco en tu corazón.

–Entonces, ¿no te gusta Frank?

–Me gusta Diego. Ya lo sabes.

–Os he *visto* besaros. En la noria. Estabas muy implicada en ello, Alana.

Se quedó con la boca abierta.

–No estaba implicada. ¡Me pilló por sorpresa! ¿Lo ha visto Diego?

Ojalá.

–No –dije en voz baja–. Tengo que irme. Podemos hablarlo después.

Alana me agarró del brazo antes de que pudiera darme la vuelta.

–¿Estás enfadada conmigo?

Sí.

–No lo sé.

–Entonces, *sí* que te gusta Frank.

–Esto no tiene nada que ver con Frank.

Frunció el ceño, confusa.

–Tiene todo que ver con Frank.

–Luego, Alana. –Me alejé y volví a mi sitio.

Victoria le echó un vistazo a mi cara y me dijo:

–Más te vale dejar a un lado el drama que esté teniendo lugar en tu vida ahora mismo y concentrarte en esto. –Señaló a la multitud con la cabeza.

Era cierto, debía intentar olvidarlo todo ahora mismo. Tenía que centrarme.

–¡Kate! ¡Kate!

Me giré al oír mi nombre. Mi prima Liza estaba serpenteando entre la gente que estaba de pie con un chico y una chica a rastras detrás de ella.

–Buenas –dije con una sonrisa.

–¿Te acuerdas de mi amiga Chloe? –Levantó la mano izquierda, con la que sostenía la de la aludida.

Asentí.

–Sí, hola otra vez.

–Tenemos muchas ganas de escucharos esta noche. Mola verlo en directo –dijo Chloe.

Liza alzó la mano derecha, donde tenía la del chico, y dijo:

–Este es Kurt, un amigo del instituto.

–Hola –dijo él con timidez.

–Solo queríamos saludarte y desearte suerte –dijo Liza.

–Gracias, prima.

–Bueno, adiós. –Se dio la vuelta. Los observé mientras buscaban un sitio hacia el centro.

Victoria se inclinó hacia mí.

–¿Lista? –me preguntó en voz baja.

–Sí.

–¡Hola, Secuoya! –dijo frente al micrófono. La multitud nos vitoreó–. Vale, vamos a hacerlo de esta manera: Kat y yo tenemos un *podcast* que grabar. Vosotros sois nuestro público en directo. –Levantó la caja llena de las preguntas que habíamos recogido–. Estas son las preguntas anónimas que hemos recibido esta semana, pero los que quieran abrirse en persona tendrán prioridad. Así que, si estáis en el público y queréis preguntar algo, venid aquí delante y hablad en este

micrófono. –Señaló un micro apartado que habían instalado para las preguntas del público–. ¿Listos para empezar? –La multitud volvió a aclamarnos y Victoria se volvió hacia mí–. ¿Y tú, Kat? ¿Estás lista para empezar?

Me tragué todos los nervios, el enfado y cualquier otra cosa que tuviera anidada en el pecho, me incliné sobre el micro y dije toda seria:

–¿Lo estoy alguna vez?

El público se rio.

–No –dijo Victoria.

–Pero vas a darle al botón de grabar de todas formas, ¿verdad? –dije.

Mi copresentadora me dedicó una sonrisa, levantó el dedo en el aire y lo bajó dramáticamente hasta el botón de «Grabar».

–¡Hola, Oak Court! Bienvenidos a nuestro primer...

–Y único –añadí yo.

–... programa con público en directo. Estamos en el Festival de Otoño del instituto Secuoya. Decid hola, chicos. –A su señal, el público explotó en vítores y aplausos.

Busqué con la mirada entre la multitud por si Alana se había sumado a ellos. Costaba encontrar a nadie en la marabunta, pero a la derecha, en un extremo, estaba Diego. Me sonrió y asintió cuando nuestras miradas se cruzaron. Alana y Frank no estaban con él.

–El formato de hoy va a ser parecido al de los episodios que grabamos en el estudio –decía Victoria–. Vosotros nos haréis preguntas, yo haré lo posible por responderlas y Kat hará lo posible por mantenerse despierta.

–Qué gracia –dije.

–No tendremos tiempo para muchas preguntas, pero contestaremos a todas las que podamos. Bueno, ¿quién empieza? –le preguntó Victoria al público, que se quedó de repente en silencio.

Oh, no.

–Que estemos en directo no significa que no tengamos poderes de edición. Todo este silencio se recortará el lunes, así que seguiremos pareciendo las presentadoras con más gancho de la historia –dijo. La gente se rio.

Esperamos un par de segundos más y analizamos la multitud.

–Bueno, supongo que todo el mundo se ha acobardado hoy. Vamos con los anónimos. –Metió la mano en la caja y sacó una ficha doblada. Me la dio–. Kat lee mucho mejor que yo.

–Eso es verdad –dije, y abrí la ficha–. «Victoria y Kat: El mes pasado rompí con mi novio. Nos habíamos distanciado. Yo pensaba que habíamos quedado bien, porque no hubo insultos ni borderías, pero luego ha empezado a difundir mentiras sobre mí en el instituto y en las redes sociales. ¿Qué se supone que tengo que hacer?»

–Uf –dijo Victoria–. Esto no está bien.

–¿Has intentado hablar con él? –le pregunté a la multitud mientras dejaba la ficha sobre la mesa.

–Kat cree que casi todos los problemas se resuelven únicamente hablando.

–Creo que el noventa y nueve por ciento de los malentendidos se deben a la falta de comunicación –dije, lo cual me hizo acordarme de Alana, Frank y Diego.

–Bueno –contestó Victoria–. Sí, deberías hablar con él sobre este asunto. Pero vamos a asumir que lo hace por venganza para crear debate, Kat. ¿Qué pasa entonces?

–Pues que «uf», sí.

Victoria se rio.

–Yo desmentiría lo que fuera que estuviera diciendo en las redes sociales y seguiría con mi vida. Si te obsesionas, atraerás más atención sobre ello. La gente no se queda con las cosas; se le olvidan.

Miré a mis padres: mi madre sonreía y mi padre tenía esa intensa mirada suya de «Sí, estoy prestando mucha atención». Todo parecía ir bien.

Alargué la mano para pescar otra ficha de la caja, pero Victoria dijo:

–Parece que tenemos una pregunta del público.

–Ah, bien.

Chloe, la amiga de Liza, se estaba acercando al micrófono. Cuando llegó, dijo:

–Me da miedo una cosa. Mucho miedo. No parece que pueda superarlo. Kat, cuando tú empezaste con el *podcast*, te daba miedo. ¿Cómo lo superaste?

–Todavía me da miedo –dije.

Victoria me dio un empujoncito de broma.

–Pues practicó y se enfrentó a ello. Así es como se hace. ¿A qué le tienes miedo?

–Prefiero no decirlo –dijo Chloe.

–Nunca vas a superarlo si no le plantas cara –añadió Victoria.

Justo entonces, mis ojos se encontraron con los de Diego. Estaba sonriendo y asintió para darme fuerzas, como diciendo: «Estás interpretando bien tu personaje, pero en realidad no estás diciendo nada». Bueno, eso estaba sobreentendiendo yo. Era lo que me transmitía. Pero sabía que estaba volviendo a mis antiguos hábitos podcasteros. Me volví hacia Chloe y me aclaré la garganta.

–¿Has oído alguna vez lo de que la valentía no es la ausencia de miedo, sino la capacidad de seguir adelante *a pesar* de él? –pregunté.

Ella asintió.

–No tienes que superar el miedo necesariamente –continué–, pero puedes triunfar, aunque sea un lastre. Y Victoria tiene razón: cuanto más te enfrentas a ello, más fácil te resulta.

Chloe se retorció las manos y dijo:

–Gracias.

Un chico desgarbado estaba esperando detrás de ella para usar el micrófono. Cuando Chloe se apartó, dio un paso adelante y dijo:

–Kat, dicen que vives en Lakesprings. ¿Qué es lo mejor que se puede hacer en el lago?

Me reí. Quería hacer un programa entero sobre eso.

–Pues... ¿todo? –contesté.

–Kat no es imparcial –comentó Victoria–. No saldría nunca del lago si no la obligaran.

Casi me mostré de acuerdo, pero me contuve.

–La verdad es que, aunque me encanta el lago y es mi lugar preferido en la Tierra, no me importaría poner a prueba esta preferencia viajando un poco. –Esta vez no pude mirar a Diego. Sabría que lo había dicho por él. Porque lo había dicho por él; me estaba haciendo ver que tal vez hubiera más cosas que explorar antes de tomar decisiones permanentes.

–En eso estoy contigo.

–Ya en serio, hay muchas cosas que hacer en el lago –dije, centrándome en el chico–. No te puedes equivocar. A mí me gustan los vehículos motorizados, pero, si no te van mucho, tráete un par de flotadores y una nevera portátil. Hay zonas para hacer pícnic por doquier y quedarte flotando por las tardes es lo mejor.

–Gracias.

El micro del público volvió a quedarse vacío, así que Victoria pescó otra ficha de la caja y me la dio.

–«Katoria» –leí en voz alta.

–¿Han fusionado nuestros nombres? –preguntó.

–Pues sí.

–Ya me gusta esta persona.

Seguí leyendo:

–«Quiero pedirle salir a un chico, pero mi mejor amiga está por él. Y no creo que la corresponda. De hecho, ha dado a entender varias veces que en realidad le gusto yo. No quiero echar a perder nuestra amistad por esto, pero me gusta muchísimo. ¿Qué hago?» –Sentí que el corazón se me subía a la boca y me costaba respirar. Por suerte, Victoria intervino.

–Si sabes que sus sentimientos no son correspondidos, ¿por qué tenéis que sufrir las dos? Digo yo. Tu amiga debería estar contenta de verte contenta. La clave es la sinceridad. Hablar, ¿verdad, Kat? Cuéntale a tu amiga cómo te sientes. Que te dé su bendición.

–No lo sé –dije con la voz tensa–. Esta situación es un poco más complicada.

–¿En qué sentido? ¿Tus consejos sobre hablar las cosas no tienen validez en este tema?

Cambié de postura en el asiento.

–Puede ser. Es que depende de lo dispuesta que estés a arriesgar una amistad, porque una cosa

así puede acabar con ella. Yo tengo una prima que es demasiado joven para el chico que le gusta. Él es mono, pero para mí ya está fuera de todos los límites. No voy a ir a por el chico de una persona a la que quiero. La amistad y la familia son más importantes.

Oí un ruido entre el público, una respiración muy fuerte, y mi mirada se encontró con la de Liza. Tenía la boca abierta por la indignación y tardé dos segundos en darme cuenta de lo que acababa de hacer. De lo que acababa de decir.

Mierda. Acababa de delatar a Liza delante de medio instituto.

CAPÍTULO 32

–Lo siento –dije mirando Liza. Me sudaban las manos–. Lo vamos a editar. No quería decir eso.

–¿Qué pasa? –preguntó Victoria.

El público parecía advertir que acaba de cometer un error terrible y se había quedado en perfecto silencio. Tanto que, cuando Liza gritó, sus palabras se oyeron con total claridad por encima de la multitud.

–¿Y por qué no has puesto tu propia vida como ejemplo, Kat? –Mi prima tenía la cara congestionada por el sofoco–. A tu mejor amiga le gusta el mismo chico que a ti y tú no vas detrás de él. Podrías haber dicho eso y ya.

Mi corazón se aceleró. ¿Cómo lo sabía *ella*? ¿Tan transparente era? ¿Lo habría adivinado? ¿Lo habría averiguado Diego? ¿Y Alana? La busqué entre el público, pero no la vi por ninguna parte. Puse todo en mi empeño en no mirar a Diego.

Liza continuó:

–En vez de eso, has tenido que echar a tu *prima* a los lobos con una historia que ni siquiera es cierta.

–¿No lo es? –pregunté, pero luego quise darme una bofetada. Esa no era la cuestión–. Lo siento –repetí–. Se me ha escapado. No debería haberlo dicho.

–Ya te sale de manera natural, ¿no? –soltó Liza–. Te aprovechas de la gente que te rodea en beneficio del *podcast*. Y, si no, pregúntale al señor Buscamor.

Liza giró la cabeza hacia Diego y yo también. No debería haberlo mirado, pero era demasiado tarde; sus ojos viajaron desde ella hasta mí. Luego se dio la vuelta rápidamente y se alejó caminando de lado entre la gente y por encima del cordón antes de desaparecer en la feria.

Cerré los ojos y respiré para calmarme, porque de lo contrario iba a echarme a llorar. Cuando los abrí, vi que Liza, que seguramente lo había hecho para devolvérmela, parecía lamentar sus palabras. Sin embargo, resopló, se giró sobre sus talones y se marchó también a paso firme.

–Bueno, pues menudo drama –dijo Victoria.

Entre el público se oían susurros y murmullos. Yo me quedé en mi sitio, porque estábamos en mitad del *podcast* y, si me iba detrás de Liza o de Diego, solo conseguiría alimentar el drama. No necesitaba que el instituto el entero se enterara de nada más.

–¿Hay algo que quieras compartir con nosotros, Kat? –me preguntó Victoria.

–No, la verdad –dije. Entonces, me acordé de que mis padres estaban en el público. Mi madre parecía preocupada y mi padre estaba confuso. Estupendo.

Victoria contestó una pregunta más de la caja. Yo ni escuché lo que decía, porque me chirriaban los oídos y me dolían los ojos. Entonces, por fortuna, Victoria dijo:

–Esto es todo lo que tenemos por hoy, amigos. Volveremos a hablar con vosotros en nuestro horario habitual. ¡Buenas noches, Oak Court! –Pulsó de nuevo el botón de «Grabar».

Me levanté inmediatamente.

–Tengo que...

–Ve –dijo ella mientras me tendía la mano para que le pasara los cascos. Se los di y salí corriendo.

Diego y Liza estaban juntos cuando los encontré al salir de la feria, en el aparcamiento. No tenía ni idea de qué le estaba diciendo mi prima, pero no podía ser bueno. Me detuve de golpe al llegar hasta ellos.

–Lo siento –repetí. A los dos, esta vez.

–Mis amigos van a pensar que deliro –me espetó Liza con las mejillas rojas–. ¡Tommy está en la universidad! Y yo estoy en el primer curso del instituto. No soy idiota. Sí, me parece guapo, pero no me gusta. De hecho, me gusta otra persona y, si no estuvieras tan metida en tu propia vida y en tu fama, igual te habrías dado cuenta.

Yo también tenía la cara ardiendo.

–Tommy no se enterará. Lo recortaremos.

Ella soltó una única risotada irónica.

–Pero la gente habla. El instituto entero estaba ahí.

–¡No sabrán que estaba hablando de ti! –protesté.

–Aunque yo no hubiera reaccionado, como obviamente he hecho, todo el mundo sabe que somos primas. Has usado la palabra «prima». Se acabará enterando. Muchas gracias.

Oí un grito muy fuerte en una esquina oscura del aparcamiento. Entrecerré los ojos y vi que un grupo de chavales rodeaba a otro que estaba en el medio. ¿Se iban a pelear?

Liza suspiró largamente y dijo:

–No puedo con esto ahora mismo. –Se marchó desfilando y me dejó a solas con Diego.

Nos quedamos ahí unos largos segundos. No sabía muy bien qué decir. Había metido la pata. Era obvio que estaba enfadado.

–¿Sabías que el señor Buscamor era yo? ¿Todo el tiempo? –preguntó–. ¿Por qué no me lo dijiste?

–No lo sé, de verdad. Cuando pensé que debía hacerlo, me pareció demasiado tarde.

–Así que seguiste... ¿Qué? ¿Burlándote de mí después de cada programa? ¿Riéndote de las cosas que contaba?

–¡No!

–No dejaste de repartir consejos, de pedirme que volviera a llamar, cuando podrías haberme dicho lo que necesitaba oír el primer día. –Y con esas se dio la vuelta y se fue, sin darme la oportunidad de explicar que al principio no sabía que era él. Pero tenía razón: si le hubiera dicho

que Alana estaba por él en cuanto descubrí su identidad, no habría tenido que volver a llamar. Quería ir tras él y suplicarle que me entendiera.

Sin embargo, mientras se alejaba, vi algo que me detuvo el corazón: el chico que estaba en medio del grupo que se iba a pelear en el aparcamiento se había dado la vuelta, de modo que pude verle la cara. Era Max.

En lugar de perseguir a Diego, corrí hacia el grupo de chicos justo cuando tiraban a Max al suelo.

–¡Parad! –les grité–. ¿Qué estáis haciendo?

Mi hermano se levantó y se limpió la nariz con la parte de atrás de la muñeca. ¿Estaba sangrando? ¿Llorando?

Los chicos del grupo se rieron. Eran más grandes que mi hermano; parecían mayores que él. Reconocí a uno de ellos del tanque del otro día.

–¿Os sentís orgullosos? –les pregunté. Cada vez estaba más furiosa–. Mirad qué bien, sois tan fuertes que podéis meteros cinco con uno solo.

–¿Quién es esta? –le preguntó a Max uno de los chicos–. ¿Tu novia rarita?

Entrecerré los ojos y me enfrenté al que había hablado. Tenía una sonrisa socarrona en la cara y asintió hacia mí, como si todo eso fuera un superjuego para él.

–No acabas de decir eso –lo amenacé.

–¿Y qué vas a hacerme? –preguntó. Pasó de sonreír a fruncir el ceño. Dio un paso hacia mí. Hasta entonces había actuado por instinto, pero me di cuenta de repente de que nos superaban bastante en número.

–No toques a mi hermana –dijo Max.

–¡Anda! ¿Tu hermana? Tendría que haber supuesto que es la única chica que conoces. –Me dio un empujón en el hombro.

Yo retrocedí, pero di un paso adelante para darle un rodillazo donde duele. Sin embargo, Max se me adelantó. Le pegó un puñetazo en la cara y se cayó al suelo. Me quedé con la boca abierta. Los otros chicos del grupo gritaron y convergieron sobre Max a la vez.

Yo lo agarré por el brazo y lo arrastré para apartarlo, y entonces oímos una voz grave y sonora detrás de nosotros:

–¡Dejadlos en paz!

Me giré y vi a Alana y a Frank corriendo hacia nosotros. Frank tiró a uno de los chicos al suelo y se volvió para encargarse de otro. El grupo se dispersó al darse cuenta de que la cosa estaba más igualada.

–¡Si os metéis con nuestros amigos, os metéis con nosotros! –gritó Alana mientras los chicos huían.

–¿Estás bien? –me preguntó Frank.

–Sí. –Mi bienestar no me preocupaba. Coloqué a Max delante de mí. Ya me sacaba unos centímetros, así que tuve que mirar hacia arriba para estudiarle la cara.

–¿Te han hecho daño?

Él se sacudió para librarse de mí.

–Estoy bien, Kate.

La variedad de emociones que había sentido en los últimos diez minutos me estaba pasando factura y me creaba un revoltijo de nervios en el pecho.

–¿Cómo se te ocurre enfrentarte a cinco tíos tú solo? –quise saber.

–No me he enfrentado; ellos se acercaron a mí. Yo solo estaba intentando transmitir confianza para que me dejaran en paz.

Sus palabras despertaron algo en mi cerebro: «Transmitir confianza».

–Tú escribiste ese correo, ¿verdad? –¿Cómo no me había dado cuenta antes? Era muy del estilo de Max. Liza tenía razón: había estado tan concentrada en demostrarles a mis padres y a mis amigos que tenía razón que no pensaba en nada más. Estaban acosando a mi hermano y yo no tenía ni idea–. Lo siento, Max. Lo siento mucho –dije con la voz débil.

–¿Puedes llevarme a casa y ya? –preguntó con la mirada baja.

–¿Y Martínez? –preguntó Frank.

–Se ha ido –dije. El estómago se me estaba cerrando–. Ha averiguado que sabíamos que era él quien llamaba.

Alana se quedó con la boca abierta.

–¿Y no lo has arreglado?

–Lo he intentado, pero no he podido.

–Entonces, ¿lo otro que ha dicho Liza delante de medio instituto también es verdad? –me preguntó–. ¿Estás enamorada del chico de tu mejor amiga?

Así que al final sí que había estado escuchando el *podcast*. No sabía qué decir, pero mi silencio hablaba por sí solo.

Por cuarta vez esa noche, vi cómo alguien que me importaba se marchaba y me dejaba sola.

CAPÍTULO 33

Volví a casa con mis padres, porque el medio de transporte en el que llegué a la feria (el BMW de Frank) ya no era una opción. Cuando mi mejor amiga se alejó de mí, Frank la siguió y se marcharon juntos en su coche. Por lo visto, Frank también estaba enfadado conmigo. O tal vez no, pero sí más interesado en Alana.

Miré a Max, que compartía el asiento trasero conmigo. Tenía que contarles a mis padres qué acababa de pasar.

«Luego», me indicó en silencio.

Le daría un día. Ya no iba a callarme más. No me había servido de nada.

Mi madre se giró en su asiento para mirarme.

–¿Qué ha pasado con Liza? –preguntó.

–Lo arreglaré.

Ella asintió lentamente.

–Esa tal Victoria es un encanto.

¿Era esa una forma sutil de decir que yo no?

–Sí, es buena.

–Tú también has estado bien, cielo –dijo mi padre.

–Gracias –murmuré.

Ya en casa, mi madre me siguió hasta mi habitación y se quedó en la puerta cuando entré.

–Estoy bien, mamá –dije. No sabía muy bien qué quería que dijera, pero sí que no estaba dispuesta a hablar de ello esa noche.

–Parecía que lo estabas pasando mal ahí arriba –dijo.

–¿Arriba dónde?

–Detrás del micrófono.

–¿Sí?

–Sí. Cariño, si esta asignatura te está matando, tienes que hablar con la señorita Lyon. Puedo hacerlo yo, si quieres. A lo mejor puedes cambiarte. Elegir otra optativa. Puedes ir a clases de Economía o a algo que te ayude a dirigir el puerto el día de mañana.

Me tiré sobre la cama.

–No, mamá. Iba bien hasta el desliz que he tenido con lo de Liza. Normalmente, puedo cometer errores como ese sin preocuparme de que puedan hacerle daño a alguien.

Mi madre murmuró algo para mostrarme empatía.

–Sé que te he estado forzando a probar cosas nuevas. –Su voz tenía un deje de lástima–. Perdóname si sientes que tienes que hacerlo por mí.

–No... No es por eso. Estoy cansada. Solo quiero dormir.

–Vale. –Me acarició la mejilla–. Dímelo si quieres que hable con la señorita Lyon.

Asintió y salió de la habitación. Pues sí que había demostrado yo gran cosa.

* * *

El sábado por la mañana me quedé en la cama, sentía como si alguien me hubiera dado un mazazo en la cara. Tenía la cabeza como un bombo, me dolían los ojos y tenía las tripas hechas un nudo. Me había pasado casi toda la noche pensando, buscando una solución para todo, pero aún no tenía respuestas. Llevaba un mes y medio repartiendo consejos, pero no tenía ni idea de qué hacer con el desastre en el que se había convertido *mi* vida de repente.

Me puse de lado en la cama con un gruñido y me quedé mirando el móvil, que estaba ahí, como si nada, en la mesita de noche. Aguanté la respiración y lo consulté. No tenía mensajes. Yo había mandado dos para pedirles disculpas a Liza y a Alana... y me pregunté por qué nunca le había pedido su número a Diego. Seguramente, porque Alana estaba por él. Y ahora no podía ir y pedirselo a ella. Volví a dejar el teléfono donde estaba y me pasé una mano por la cara.

No podía solucionar todos mis problemas enseguida, pero al menos podía intentarlo con uno: el que tenía en casa. Me obligué a levantarme de la cama y me fui a buscar a mi hermano. Estaba sentado en el porche trasero, mirando las secuoyas en la distancia. Me senté a su lado en una silla de jardín y me llevé las rodillas al pecho. A la luz del día se le veía una marca roja junto al ojo izquierdo.

–Bueno. ¿Qué vamos a hacer? –pregunté.

–No lo sé –dijo–. Se lo dije a uno de mis profesores, como me sugeriste, pero ha ido a peor. Han empezado a llamarme chivato.

–Lo siento. ¿Cómo empezaron? –Bajé las piernas y me giré para verlo bien.

–Contesté a una pregunta el primer día de clase. El profesor no dejaba de decir que debía de haberlo leído durante el verano.

–¿Lo leíste durante el verano?

–No. Solo dio la casualidad de que sabía la respuesta.

–Es que *eres* muy listo.

–Esos chavales empezaron a llamarme trepa y rarito. Todo empeoró a partir de ahí, seguramente porque nunca reaccionaba.

Suspiré.

–Ojalá me lo hubieras dicho.

–Lo hice en el correo, más o menos.

Le di una patadita en un pie.

–Eso no cuenta.

Se encogió de hombros.

–A lo mejor mamá me deja estudiar en casa.

–No huyas del problema, Max. A no ser que de verdad quieras estudiar en casa. ¿Lo querías antes de que pasara todo esto?

–No.

Una mariquita aterrizó sobre la barandilla de madera que teníamos delante y se arrastró por la superficie.

–Creo que Victoria tenía parte de razón en lo que dijo en el *podcast* –dije despacio–. Tienes que rodearte de gente. Sal conmigo o con Liza y nuestros amigos. Al menos durante un tiempo. Esos chicos son unos cobardes. Solo se meten contigo cuando estás solo. –Me callé un momento al recordar algo–. Entonces, el día que vi la camiseta rota en tu habitación... ¿De verdad se te desgarró al saltar la valla del campo de béisbol?

–Sí –dijo. Me sentí aliviada durante un segundo, pero luego añadió–: La salté porque me estaban persiguiendo.

Cerré las manos en un puño.

–Puedo decirles a Frank y a Diego que les echen una buena bronca a esos niños, si quieres. – La verdad era que no estaba segura de poder conseguir que ninguno de los dos hiciera nada por mí en ese momento, pero eso no lo dije.

–Vale –dijo Max.

–¿Sí?

Tragó saliva con dificultad y asintió.

–Lo siento mucho, Max. Todo irá a mejor en el instituto. No todos son idiotas. Solo tienes que encontrar a tu gente.

Sus ojos también estaban siguiendo a la mariquita.

–Anoche le pegaste un señor puñetazo a uno en la cara –dije. Él se rio un poco–. Y un buen gancho, además.

–Me dolió, pero me sentó muy bien –admitió.

–¿Cuándo te has convertido en un superhéroe?

–Ojalá –dijo.

–Hablando de superhéroes, quiero leer tu cómic. Me dejas, ¿no?

–Claro.

* * *

Me pasé el fin de semana con Max, y el domingo ya se sentía con fuerzas para contarles a mis padres lo del acoso. Fueron muy cariñosos y comprensivos, y le dijeron que siempre podría acudir a ellos con sus problemas. Max parecía aliviado.

Ya casi me había convencido también a mí misma de que todos mis problemas habían desaparecido (aunque nadie había contestado a mis mensajes) y de que todo iría bien, que llegaría

a clase el lunes por la mañana y que todo volvería a la normalidad.

Esa ilusión se hizo añicos oficialmente cuando el lunes por la mañana fui al coche y vi a Max en el asiento del copiloto, como siempre, pero no a Liza en el de atrás.

–¿Y Liza? –le pregunté.

–Creo que la ha llevado la tía Marinn.

–¿La tía Marinn ha hecho un viaje de treinta minutos para llevarla a clase?

–¿Sí?

–Está más que enfadada conmigo. –Pensé que ya me la habría devuelto al decir lo de Diego, pero parecía que no.

–¿Qué le has hecho?

–¿No te lo ha contado?

–Algo murmuraba sobre ignorancia y suposiciones.

–Eso lo resume, más o menos. –Arranqué y salí a la carretera–. Me ha gustado mucho tu cómic. Has mejorado un montón con los dibujos. Y los diálogos son muy ingeniosos.

–Liza me ayudó con la voz femenina.

–Un detalle por su parte, pero eso no ha sido ni la décima parte del trabajo. Solo tienes que decir «gracias». Venga, practica. –Paré el coche en un semáforo y lo miré–. Max, tu cómic es una pasada y tienes muchísimo talento.

Él puso los ojos en blanco.

–Y la gente me llama rarito a mí.

Le di un golpecito en el brazo de broma.

–Dame las gracias.

–Está en verde.

–No arrancaré hasta que me las des.

El coche que teníamos detrás pitó. Yo me quedé donde estaba.

–Vale, gracias.

Me reí y aceleré.

–¿Tan difícil era?

–Pues sí.

–Dejará de serlo. –Suspiré–. Todo será más fácil. –Tenía que serlo. Todos me perdonarían. Seguiríamos adelante. Y todo iría bien.

Max se revolvió en su asiento y oí el crujido de un papel. Estaba pisando algo que había en el suelo del asiento del copiloto. Eché un vistazo y vi la revista que me había dado Diego.

–¿La tiras al asiento trasero? –le pedí. No quería que se rompiera.

Max se agachó, la recogió y la tiró hacia atrás como un *frisbee*.

–Ese día, en el puerto, cuando aparecieron las motos desperdigadas... –empezó a decir, pero no

terminó la frase y se acabó callando.

–Sí.

–Creo que fueron ellos.

Abrí y cerré la boca. Yo había acusado a Frank.

–¿Por qué lo dices?

–Uno de ellos..., al que le di el puñetazo..., Damon. Vino al puerto el fin de semana anterior, el del Día del Trabajo, con su familia. Y me vio. Alquilaron una lancha. Damon estuvo mirándolo todo, muelle arriba muelle abajo, mientras papá les explicaba las normas a sus padres.

El niñato no tenía bastante con meterse con mi hermano en clase, sino que también tenía que molestar en el negocio familiar. Apreté los dientes.

–Tendrás que decírselo a papá.

Max asintió, pero luego se miró las manos sobre su regazo.

–No es culpa tuya –dije–. Es del Damon ese, Max.

–Si hubiera reaccionado de otra manera ese primer día, a lo mejor...

Salí de la carretera y paré el coche junto a un bordillo. Aparqué y me giré para mirar bien a mi hermano.

–Eso ni se te ocurra. Él es el que tiene que pensar en sus errores, no tú. Nada justifica lo que te está haciendo.

–Gracias. –Miró por el parabrisas–. Vamos a llegar tarde a clase.

–Esto me importa más. –Le apreté el brazo–. Lo sabes, ¿no?

Su mirada se encontró de golpe con la mía.

–Te quiero, Maxie.

–Vale, ¿podemos irnos a clase ya? –dijo, y puso los ojos en blanco.

Me reí y arranqué el coche. Después de unos kilómetros, dijo:

–Yo también te quiero.

CAPÍTULO 34

–¿Señorita Lyon? –dije al entrar en el aula vacía.

–¿Sí?

Era temprano, antes de la primera clase, y la profesora estaba sentada frente a su mesa con un ordenador portátil abierto delante de ella. Estaría preparando la otra clase que daba, la de Programación.

–Me gustaría editar unas cosas del programa en directo del viernes. –Coloqué un papel delante de ella. Le había hecho una lista con todo lo que esperaba poder recortar de mi no demasiado brillante actuación.

Ella echó un vistazo a la lista.

–Es un poco exagerado. Creo que con eliminar la palabra «prima» nos bastaría. La conversación fue muy entretenida; le vendrá bien al programa y a ti también. Ha sido una de tus mejores intervenciones.

–Por favor. –Eso me daba igual. A mí solo me importaba mi prima y cómo se sentía al respecto. La señorita Lyon asintió.

–Muy bien.

–Gracias. –Me quedé ahí parada, incapaz de moverme. Tal vez fuera el momento adecuado para pedirle otra vez que me cambiara de puesto. Seguro que a otra persona le encantaría poder presentar el programa. Si dejábamos a Victoria como estaba, quizás los oyentes no se darían ni cuenta.

–¿Necesitas algo más? –preguntó.

–No. –Me fui antes de poder cambiar de opinión.

* * *

Alana tuvo que hacerme el vacío durante toda la clase de Historia para que me diese de cuenta: pasara lo que pasase durante el fin de semana, teníamos que hablar de ello.

Así que fui a verla a su taquilla durante la comida y me acerqué a paso firme.

–Max necesita que lo acompañemos del aula de Español a la biblioteca ahora mismo.

Ella se volvió.

–Vale.

No debería haberme extrañado que accediera con tanta facilidad, porque era Alana y era mi hermano, pero me sorprendió un poco. Atravesamos juntas el pasillo.

–¿Has acabado de hacerme el vacío, entonces? –me preguntó.

–¿Eh? Si me lo estás haciendo *tú*. Ni siquiera me contestaste al mensaje de ayer.

–Ayer no me mandaste ningún mensaje –dijo.

¿No? Saqué el móvil. Había escrito a Liza y estaba casi segura de que a Alana también, pero, al tocar su nombre, ahí estaba mi mensaje: escrito y esperando a ser enviado. Le pasé el teléfono.

–Oh –dijo mientras lo leía–. Qué mona.

Sonreí y me animé un poco.

Max nos estaba esperando en la puerta de la clase de Español y pareció aliviado cuando nos vio.

Alana entrelazó su brazo con el de él y nos fuimos a la biblioteca.

–Tú solo tienes que ir unas pocas veces del brazo conmigo, Max. Así todos creerán que eres guay.

–Me da igual si la gente cree que soy guay o no. Mi único objetivo es que no me zurren.

–También te ayudará con eso –le aseguró.

–No tienes por qué ir a biblio –dije–. ¿Y si te vienes a comer con nosotras?

–En la biblioteca estoy bien.

–Vale.

Lo dejamos allí y nos quedamos juntas en la puerta.

El campus a la hora de la comida no era el lugar más idóneo para hacer confesiones.

–¿Podemos ir a sentarnos en mi coche? –pregunté.

–Eso suena ominoso.

–Pues un poco.

Eso la impresionó y se quedó callada. Me tomó de la mano y nos fuimos juntas al coche. Nos metimos dentro: yo en el asiento del conductor y ella en el del copiloto. Por una vez, Alana esperó en silencio mientras yo decidía qué tenía que decir. Finalmente, lo dije:

–Tú besaste a Frank, Alana.

–Sabía que seguías enfadada conmigo por eso.

–Claro que lo estoy. Diego es... Bueno, es Diego. ¿Por qué le has hecho eso?

Ella abrió y cerró la guantera.

–Ya te dije que Frank me besó a mí primero.

–¿Y para ti no significó nada?

Alana cerró los ojos con fuerza.

–¡No lo sé! Me gusta Diego..., creo.

Estaba confusa. Quizás lo estuviera menos si yo le explicaba cómo me sentía.

–Lo que dijo Liza la otra noche en el *podcast*..., es cierto. A mí también me gusta.

Alana respiró hondo y deslizó la A que llevaba al cuello por su cadenita unas cuantas veces.

–Pues yo no creo que le gustemos ninguna de las dos ahora mismo, después de lo del señor Buscamor.

–Pues no.

–Intenté hablar con él esta mañana, pero no se le ha pasado –dijo–. Ya lo conoces, es muy majo y educado, pero lo único que hizo fue decirme hola y seguir andando.

Toqueteé el logo de Toyota del volante. Yo no había visto a Diego por la mañana, aunque lo estuve buscando mientras Max y yo íbamos a clase.

–¿Por qué nunca le dijiste que te gustaba, Alana?

Ella se mordió el labio.

–Nunca he tenido que decirle a un chico que me gusta. Yo coqueteo y ellos confiesan. Esto era distinto, y me ha hecho cuestionármelo todo.

–¿Y también ha hecho que te guste más? –pregunté.

Alana levantó una comisura de la boca en una media sonrisa.

–Sí.

–¿Y qué pasa con Frank?

–Frank es un riesgo. No vale para novio. Es esa clase de chico con el que tienes un rollo, no una relación.

Así que Frank la intimidaba. Nunca le había pasado antes.

–Además –continuó–, siento que tengo que llegar hasta el final con lo de Diego primero. He invertido mucho tiempo y energía en ello y no estoy preparada para dejarlo. Ayer le mandé un mensaje y no me ha contestado.

–¿Qué le dijiste?

–Que sentía no haberle dicho que sabíamos que era él quien llamaba.

Ahí era donde se suponía que yo debía apartarme, al menos hasta que Alana tuviese claros sus sentimientos, pero no quería. Yo no tenía dudas en cuanto a Diego, como parecía tenerlas ella. Yo sabía exactamente cómo me sentía.

Aunque mis posibilidades eran ínfimas, aunque estaba convencida de que a Diego le había gustado Alana durante semanas y de que seguramente nunca había pensado en mí como en algo más que una amiga, quería que supiera lo que sentía. Y tampoco quería perder a Alana por ello. ¿Sería capaz de conservarlos a los dos? No quería tener que elegir. Me dejé caer sobre el reposacabezas.

–Quiero decirle a Diego cómo me siento –admití–, pero no quiero perderte a ti por ello.

Ella volvió a deslizar la A por la cadena una y otra vez.

–¿Y puedo decirle yo cómo me siento sin perderte a ti?

Tragué saliva. La idea me oprimía el pecho, pero sabía qué tenía que decir:

–Claro.

–Va a ser raro. Vamos a crear una dinámica incómoda entre los tres.

Yo negué con la cabeza.

–Si él te elige a ti, lo dejaré ir. No habrá nada raro.

–¿Vamos a obligarlo a elegir? Qué terriblemente antifeminista.

–Lo que hace el poder femenino aquí es que su decisión no nos va a separar –repliqué–. Seguiremos siendo las mejores amigas pase lo que pase. –Me giré hacia ella con una mirada suplicante–. ¿No?

Alana parecía pensativa.

–Nunca antes había tenido que competir contigo por un chico.

–Ya ves. ¿En qué estoy pensando? ¿Qué hago desafiando a la experta?

Alana sonrió con suficiencia.

–¿Han hecho ya un *reality* sobre esto? Dos amigas, un chico..., muerte.

–¿Muerte?

–El amor o la muerte, ya veremos. –Alana estaba de broma, y eso era buena señal. Le dio un golpecito al compartimento que nos separaba–. No se suponía que tenía que rendirme, ¿no? ¿Qué esperabas que saliera de esto?

–No, la verdad es que pensaba que tendría que rendirme *yo*.

–No nos va a escoger a ninguna, ya lo verás, porque ahora lo hemos convertido en una especie de competición.

–No en una competición, solo en un premio –bromeé.

Alana me ofreció una mano y yo se la estreché.

–Que gane la mejor.

Parecía que estaba bromista y de buen humor, pero algo percibí en sus palabras que me dio la sensación de que, pasara lo que pasase, al final iba a acabar perdiendo a alguien.

CAPÍTULO 35

El martes por la mañana, cuando ya estaba lista para irme a clase, entré a paso firme en el dormitorio de mi madre. Me había envalentonado tanto con lo que le había dicho a Alana el día anterior que se me ocurrió que bien podía seguir declarando cosas.

Mi madre levantó la vista hacia a mí mientras hacía la cama.

–No voy a dejarlo –anuncié.

–¿Eh?

–Me gusta el *podcast*.

–Vale –dijo.

–Y se me da bien de verdad. Me divierte. Victoria y yo trabajamos bien juntas. Me he estado esforzando mucho. –Probablemente, más de lo que me había esforzado nunca en nada. Lo del puerto y el lago era fácil, me salía solo. El *podcast* era algo por lo que tenía que luchar. Y eso me hacía sentir satisfecha.

–Lo sé –dijo mientras me miraba pensativa–. Es que no quiero que hagas algo que te amargue la vida.

–No me amarga. Y puede que algún día elija algo distinto gracias a ello.

–¿Algo distinto?

–Al empezar el curso, pensaba que siempre elegiría el lago, hiciera lo que hiciese, pero ahora... no lo sé. Parece que hay más posibilidades en el futuro. Quiero probar cosas nuevas. – Aunque me sentaba a morir decirlo en voz alta, porque eso significaba que mis padres tenían razón, era verdad–. Siempre me fascinará el lago y puede que sea allí donde acabe al final. La cosa es que ahora mismo ya no estoy segura.

Mi madre sonrió.

–Lo sé. Y yo siempre te querré. Puedes probar lo que quieras, Kate.

–Gracias, mamá. –Señalé a mi espalda con el pulgar–. Mejor me voy. No quiero llegar tarde a clase.

Al salir por la puerta, recogí mi mochila y Max me siguió hasta el coche. Sonreí aún más cuando vi a Liza en el asiento trasero.

–Iba a irme con mi madre –dijo de sopetón cuando Max y yo nos subimos–, pero dice que se niega a llevarme dos días seguidos.

–¿Vas a odiarme para siempre? –le pregunté–. ¿Cómo puedo compensártelo? Fue un error.

Ella gruñó un poco. Se pasó el resto del viaje leyendo la revista de *Vida lacustre* que había recogido del asiento trasero. Cuando llegamos al instituto, me preguntó:

–¿Has leído esto ya?

–¿Ahora me diriges la palabra?

Agitó la revista delante de mí.

–No, no la he leído, así que no puedes llevártela –contesté.

–Pues vale. –La volvió a tirar sobre el asiento y salió del coche. Quizás debería habérsela dado como muestra de buena voluntad, pero era lo único que Diego me había regalado.

Max y Liza se alejaron juntos y vi a Alana y a Diego junto al coche de él. ¿En serio? ¿Ya había tomado ventaja? Bueno, ya la tenía de antes, pero ahora la estaba asegurando. Me armé de valor. Si iba a hacerlo, tenía que arriesgarme y darlo todo.

Me aferré a las asas de la mochila y me acerqué a ellos. Pude oír que Diego estaba hablando con ella civilizadamente; no de una forma demasiado amistosa, pero tampoco desagradable. ¿La habría perdonado? Si era el caso, podría perdonarme a mí también.

Respiré hondo por última vez y me deslicé para situarme junto a Alana.

–Hola –dije. Al principio le miré el cuello de la camisa, pero luego levanté la vista hasta sus ojos. Los echaba de menos. Se volvieron fríos al instante.

–Buenos días, Kate –dijo Alana–. Diego me estaba contando una anécdota muy graciosa de una chica que ayer se llevó su colección entera de piedras a la academia.

–Ah, ¿sí?

–No era para tanto –dijo–. Tengo que hablar con uno de mis profesores antes de clase. Mejor me voy.

–Diego –dije cuando dio un paso para irse–, ¿puedo hablar contigo un momento?

Alana abrió mucho los ojos, como diciendo: «¿Lo vas a hacer ahora? ¿Es que no te he enseñado nada?», pero no importaba, porque contestó:

–Ahora no. –Y se fue. Su voz parecía triste, no enfadada, y eso me dolió aún más.

–Au –dijo Alana.

–Sí, esa ha escocido.

–Lo siento –dijo, y supe que lo decía totalmente en serio–. Esto va a acabar con nosotras dándonos un discurso y diciéndonos que no necesitamos a los hombres para nada, ¿verdad?

–No parece un mal final en estos momentos –dije.

No vi a Frank acercarse a hurtadillas a nuestra espalda hasta que se metió entre las dos y nos rodeó el cuello con un brazo a cada una.

–Buenos días –dijo, y le dio un beso a Alana en la mejilla.

–¿Qué te dije anoche? –dijo ella.

–Que tenía que seguir intentándolo, porque estoy empezando a gustarte.

–¡Yo no he dicho eso! –exclamó Alana.

–Estaba leyendo entre líneas. ¿Me equivocaba?

Ella se rio y le dio un empujón.

–Con eso me vale –dijo él.

Me sorprendía que quisiera seguir viniendo con nosotras. Creía que, en el mundo de Frank, el hecho de que a Alana le gustase otra persona significaba que tenía que alejarse y conservar intacto su orgullo, pero estaba empezando a darme cuenta de que Frank no era del todo como yo me imaginaba.

–Ah, Frank –dije–. ¿Te acuerdas de cuando te acusé de sabotear el puerto?

–No.

–Ah, de subir las fotos a la web, digo.

–Sí, de eso me acuerdo.

–Pues estaba equivocada.

–Pero sí que subí fotos a la web –dijo.

Le di una palmadita en el hombro.

–Me equivoqué en otras cosas, Romeo. Lo siento.

–Ha sonado como que lo decías en serio y todo.

–Lo he dicho con un noventa y cinco por ciento de sinceridad.

–Vamos a conseguir que nuestros padres cambien de parecer, Julieta, y tal vez no tengamos que morir siquiera.

* * *

A la mañana siguiente, lo único que vi de Diego fue la parte de atrás de su pelo ondulado de refilón mientras se perdía en medio del pasillo abarrotado de gente.

–No te preocupes –dijo Alana. Era obvio que ella también lo había visto–. Yo tampoco he hablado con él.

–Es que no creía que fuera rencoroso.

–Cuando se toca su orgullo, la gente puede guardarse muchas cosas –comentó con sabiduría.

–¿Cómo voy a hablar con él? Al menos, quiero explicarle por qué no se lo dije.

–¿Y por qué iba a ayudarte yo a averiguarlo? –Me guiñó un ojo–. Cada una con lo suyo, ¿recuerdas?

–Yo también te quiero –dije.

–Buena suerte hoy en el *podcast*.

CAPÍTULO 36

Llegados a ese punto, solo había una forma de hacerle llegar mi mensaje a Diego. Iba a darme mucha vergüenza, porque implicaría informar sobre mi vida personal a más gente de la que me hacía sentir cómoda, pero era importante. Al sentarme mientras me preparaba para grabar el *podcast*, caí en la cuenta de que no me estaba motivando muy bien.

Alana volvía a estar en el grupo de producción; ahora estaba sentada con Frank donde los teléfonos.

–¡Buenas tardes, Oak Court! –trino Victoria frente al micrófono–. Estáis escuchando *No es mi problema*, con Victoria y Kat.

–Hoy tengo que llamarme Kate –dije.

–¿Cómo? –preguntó Victoria. Parecía desconcertada.

–Hoy tengo que ser Kate porque quiero decir una cosa como Kate.

Victoria elevó las cejas hasta que casi le tocaron el pelo.

–Muy bien, Kate. Adelante.

–Tengo un problema.

–¿Y no es que odias a la gente?

Me reí un poco.

–No. En este caso es más bien lo contrario, la verdad.

–¿Amas a alguien?

Lo medité durante un momento. ¿Era amor? Por ese camino iba, desde luego.

–Puede –dije con el corazón a mil–. No sé si él siente lo mismo. De hecho, creo que está o que ha estado enamorado de mi mejor amiga.

–Oh –dijo Victoria–. Así que sí que nos lo vas a contar.

–Sí. Mira, tengo la esperanza de que me dé una oportunidad. Metí la pata antes de poder llegar a decirle siquiera cómo me sentía. Lo guardé en secreto y ahora no me habla. Y lo echo de menos.

–¿Qué es lo que echas de menos de él? –preguntó.

Era evidente que iba a obligarme a decirlo todo, a mostrarme aún más vulnerable todavía y a echar por tierra los pocos muros que había construido, pero tenía razón: necesitaba hacerlo.

–Echo de menos su mirada atenta –empecé a decir–, sus observaciones perspicaces, su humor, nuestras conversaciones y su sonrisa. –Me quedé sin aliento–. Hace tiempo que no me sonrío. Eso ha sonado muy cursi, lo sé. No estoy acostumbrada a abrirme tanto. –Me mordí el labio–. Estoy acostumbrada a esconderme detrás del sarcasmo y la indiferencia.

–¿Y cómo te sientes al soltarlo todo?

–Mal.

Victoria se rio, obviamente sorprendida por mi respuesta.

–Creía que dirías que te sientes liberada.

–No. Me aterra, pero tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo porque, si existe una ínfima posibilidad de que corresponda mis sentimientos, vale la pena.

–¿Vas a hacerte la esquivada y vas a dejar al chico en el anonimato o vas a compartir con nuestros oyentes el nombre de tu misterioso amor? –preguntó Victoria.

No me había preparado para esa pregunta. ¿Iba a hacerme la esquivada? ¿Qué sería mejor? No quería avergonzarse más a Diego ni que se enfadase aún más conmigo, pero ¿acaso no había empezado todo esto por mantener las cosas en secreto?

Nos llegó un zumbido por los cascos, seguido por la voz de Alana.

–Tenemos una llamada.

Victoria alzó una mano.

–¿Podemos esperar unos minutos? Kate tiene cosas que contar todavía.

–Creo que vas a querer que te lo pase..., Kate. –Alana me miró a los ojos a través del cristal. Parecía nerviosa y aprensiva a partes iguales.

–Pásanosla –dijo. No estaba segura de qué quería decirme con esa mirada. Casi parecía algo malo. ¿Estaría intentando evitar que nombrara a Diego en el *podcast*? ¿Estaría intentando evitar que me pusiera *aún más* en ridículo? ¿Estaría intentando ayudarse a sí misma? ¿Cortarme para poder decirle lo que sentía antes que yo?

–Buenas –dijo Victoria–. Estás en *No es mi problema*.

–Hola –dijo la persona. Me pareció extrañísimo que solo con esa diminuta palabra de dos sílabas ya supiera quién la había dicho, pero así era–. ¿Está grabando Kate hoy? –preguntó la voz.

–Sí –contesté–. Estoy aquí.

–Hola, Kate.

–¡Ay! –exclamó Victoria–. Es el señor Buscamor.

–Soy Diego –dijo–. Diego Martínez. Y quiero hablar con Kate.

–Pues habla, Diego –respondió–. Te está escuchando.

–Lo siento, Kate –dijo él–. No me porté bien contigo.

–Lo entiendo –dije. Mi corazón iba como una moto–. Tú no sabías qué estaba pasando. Yo *sí* que lo siento. No debería habértelo ocultado, pero no fue por el programa, lo prometo. No sabía que seguirías llamando.

–Lo sé –dijo en voz baja–. Y yo no debí acusarte de ello. Pero me dolió. Y sentí mucha vergüenza, fue como si me hubieran rechazado tanto en el programa como en la vida real. Quería aparentar que no me importaba, pero, al final, eso último que me dijeron en la feria fue la gota que colmó el vaso.

–No tienes que sentir vergüenza –dije con fervor–. No te rechazaron. Le gustas. Siempre le has

gustado. Debería habértelo dicho y ya. Solo estaba intentando ayudarte a decirle a... –casi añadí «a Alana», pero yo no tenía derecho a revelar ese secreto en el programa. Ya había aprendido la lección con Liza... a tu chica cómo te sentías.

Diego soltó aire al reírse.

–¿Por qué no leíste la revista, Kate?

Se me resbalaron los cascos de la nuca y me los volví a colocar.

–¿La revista? Ah, la revista... –¿Había algo dentro? ¿Cómo sabía que no la había leído? ¿Se lo habría dicho Liza?

–¿Qué acaba de pasar? –preguntó Victoria.

Miré a Alana a los ojos a través del cristal y se encogió de hombros.

–Lee la revista. Y ven a verme si cambia algo –dijo Diego, y colgó.

–No me estoy enterando de nada –comentó Victoria.

–Tengo que irme.

–Estamos en mitad de la grabación.

Sentía que el corazón se me iba a salir del pecho. Diego no había oído mi confesión, evidentemente, pero lo haría cuando saliera el *podcast*. Por un momento pensé que la que iba a pasar vergüenza era yo, porque a él le gustaba Alana, pero había mencionado la revista, que seguía en el asiento de atrás de mi coche. Era obvio que no me había dado una revista cualquiera porque pensaba que me iba a gustar. Había algo que se suponía que tenía que ver.

Me arranqué los cascos y los dejé en suelo. Frente al micrófono, dije:

–Siento dejarte así, Victoria, pero sé que puedes con ello y yo no puedo esperar ni un segundo más. –Esperé de corazón que la señorita Lyon no me suspendiera por eso, pero tenía que hacerlo.

–Buena suerte –respondió, y yo salí pitando por la puerta. Recogí mi mochila del sofá y no miré atrás. Oí que alguien (asumí que Alana) me seguía. Hurgué a tientas en el bolsillo delantero de mi mochila para buscar las llaves mientras nos acercábamos al coche y lo desbloqueé pulsando el botón. Abrí la puerta de atrás y me hice con la revista, que seguía sobre el asiento.

La abrí por la portada y enseguida me percaté de que habían pintado el primer artículo con rotulador rojo: habían manipulado el titular, escrito encima de algunas partes del texto o tachado palabras y letras para sustituirlas por otras. En lugar de decir: «Ocho formas de evitar la canícula estival en el agua», decía: «Ocho formas de decir que sí al Festival de Otoño». Los ocho consejos estaban tachados y solo había varias formas de decir que sí: «Me encantaría», «Claro», «Sí, por favor», «Por supuesto», «Sí, gracias», «Creía que no ibas a preguntarlo nunca», «No, o sea, sí» y «¡Sí!».

Tragué saliva con dificultad.

–Ay, madre.

Pasé la página. El titular del siguiente artículo estaba modificado para que dijera: «¿Tuve

bastante paciencia?».

Todas las páginas estaban llenas de referencias al festival y de distintas formas de pedirme que fuera con él. En la última, había escrito sobre la cara de un surfista con rotulador negro: «¿Quieres ir al Festival de Otoño conmigo, Kate?».

Era una persona horrible. Diego tenía razón: le había dicho que no sutilmente. Cuando nos quedamos detrás de las gradas en el campo de béisbol, me preguntó si había leído alguno los artículos de la revista que me había dado y yo le dije que sí. Él pensó que había leído eso y que lo estaba rechazando con educación. Y, aun así, siguió portándose bien conmigo. Muy bien, de hecho, hasta que descubrió que sabía que era él quien llamaba. Y le dolió. Pensó que me estaba burlando de él. Que lo estaba utilizando.

Me había pasado todo ese tiempo pensando que le gustaba Alana, cuando en realidad le gustaba... ¿yo?

Ella, que obviamente lo había leído todo por encima de mi hombro, dijo:

–Y ha ganado la mejor.

Me encontré con su tierna mirada. Ella me sonrió.

–Siempre fuiste tú, Kate –dijo–. No yo.

–No lo sabía –dije–. No lo sabía.

Alana me agarró de los hombros y dijo:

–Lo sé. E hicimos un trato, ¿verdad? Vamos a seguir siendo las mejores amigas pase lo que pase.

Asentí.

–Gracias.

–¿Y por qué una revista? –preguntó.

–El primer día que llevé a Liza a la academia, intenté adivinar las revistas que él leía. Después de eso, siempre me daba cuenta cuando había alguna nueva y... No. –Abrí y cerré la boca.

–¿Qué?

Me reí un poco.

–No. Después de eso, él intentó adivinar mis intereses. Era él el que traía revistas nuevas todos los lunes. No me había dado cuenta hasta ahora.

–Vais a ser tan adorables juntos que vais a dar asco. –Alana recogió mis llaves de donde parecía que las había tirado junto con la mochila, en el asiento trasero del coche, y me las dio.

–Ve a por tu hombre.

–Pero ¿tú vas a estar...?

–Pues claro que estaré bien. Va a ser divertido ver a Frank intentar ganarse mi afecto. Estoy preparada para alguien que esté hasta las trancas por mí.

La abracé fuerte.

–Te quiero.

–Y yo a ti. Dile hola a Diego de mi parte.

Cerré la puerta trasera del coche y abrí la del conductor.

–Bueno, mira, no –añadió–. No le digas nada a Diego sobre mí. Bésalo y ya está. ¿No le aconsejó Victoria una vez que hiciera eso? Si lo hubiera hecho desde el principio en lugar de hacerte caso con lo de la paciencia, esto no habría pasado nunca.

Me reí.

–Sí, Victoria da mejores consejos que yo. Eso quedó claro hace tiempo.

Alana me empujó de broma para que me metiera en el coche y cerré la puerta. Luego bajé la ventanilla.

–Espera, no tengo ni idea de dónde está. No tengo ni su número de móvil.

–Ahora te lo mando en un mensaje.

CAPÍTULO 37

Soy Kate ¿Dónde estás?

En la colina, detrás del estadio, me contestó Diego casi al momento.

–Gracias por no estar muy lejos –susurré.

Recorrí con el coche un único bloque y aparqué junto al de Diego. Salí con cuidado y miré hacia la cima de la colina. Las secuoyas me tapaban la vista, así que no lo veía, pero empecé a subir de todas formas. Cuando llegué, Diego tenía un palo de golf en la mano y un montón de pelotas a sus pies.

Nos miramos a los ojos a poco más de diez metros de distancia.

–¿No deberías estar grabando un *podcast*? –preguntó.

–Sí, pero tenía una revista que leer –dije mientras me acercaba un poquito.

–¿Te gustaron los artículos?

–Mucho. Más que los originales y todo.

–¿Sí? –Giró el palo de golf hacia delante y hacia atrás, tal vez por los nervios.

Terminé de recortar la distancia entre nosotros y extendí una mano. Él colocó la suya encima sin dudar. Sonreí y le dibujé la palabra «valor» en el dorso. Noté que sintió un escalofrío y tiró de mi mano para atraerme hacia él.

Levanté la vista y lo miré a los ojos.

–Una vez me dijeron que, si me gustaba alguien y quería saber qué sentía esa persona por mí, solo tenía que besarla –dije en voz baja.

–¿En serio? A mí me dieron el mismo consejo. –Soltó mi mano y el palo de golf a la vez y me abrazó.

Yo apreté mi mejilla contra la suya y saboreé la sensación que me producía estar tan cerca él. Luego me giré y le di un beso en la mejilla, después en la mandíbula y después justo debajo de la oreja.

–Mmm... Creo que se me acabó la paciencia.

Sonreí y dejé por fin que mis labios se encontrasen con los suyos. Sabía a menta y olía a pino. O puede que eso fueran los árboles. Daba igual. Ese era mi olor preferido en el mundo entero y esa era mi sensación preferida en el mundo entero. Sus manos viajaron por toda mi espalda y se enredaron en mi pelo. Yo me acerqué aún más y casi me tropecé con el palo de golf, que estaba a nuestros pies. Él me rodeó bien la cintura con un brazo, me levantó ligeramente del suelo y lo apartó con el pie. Seguimos besándonos; despacio al principio, pero luego como deberíamos llevar semanas haciéndolo: con urgencia y sin dejarnos cohibir.

Él se apartó primero y me miró, casi sin aliento.

–Cuéntamelo todo.

Mi cerebro tardó un segundo en reaccionar a lo que había dicho.

–¿Todo?

–Desde la primera vez que llamé al *podcast* hasta ahora. –Señaló un árbol caído que teníamos cerca, nos acercamos caminando de la mano y nos sentamos.

–Vale. La primera vez que llamaste, el anonimato era básicamente lo que estábamos vendiendo para el *podcast* y queríamos ser fieles a nuestra palabra –dije–. Queríamos que los oyentes no supieran quién llamaba. No le di mucha importancia, porque, de todas maneras, tampoco los conocía.

–Hasta que llamé yo. –Me dio la mano y me acarició todos los dedos, uno por uno, con el suyo.

–Al principio, tampoco estaba segura de que fueras tú, porque disimulabas la voz. Alana creía que no lo eras.

–Alana... Entonces, ¿todo este tiempo asumiste que hablaba de ella?

–Sí, tú le gustabas. Y, por lo que decías en el *podcast*, parecía tener sentido que tu chica fuera ella.

–¿Cómo qué? Porque yo creo que todo lo que dije dejaba intuir que eras tú... –Se detuvo y sonrió–. Bueno, porque *eras* tú.

–Pues lo de que trataba a todo el mundo igual, que le gustaba otro chico... –Me callé y fruncí el ceño–. ¿A qué te referías con eso?

–Eso ya lo hablamos. A tu ex.

–Ah, ya.

Diego volvió a sonreír.

–Ah, ya.

–También dijiste que se iba cuando la invitabas a algún sitio y que nunca se quedaba cuando estabais juntos.

–Con eso me refería a que lo hacías *tú*.

–Eso no es verdad.

Él asintió.

–Lo es. Siempre lo hacías.

–Supongo que no lo pensé.

–Porque yo no te gustaba. Tenía razón al principio al preocuparme de que no me correspondieras.

–Sí, supongo que hice bien en decirte que tuvieras paciencia, porque, si me lo hubieras dicho directamente, habría tenido demasiado en cuenta los sentimientos de Alana y ni lo habría considerado.

–¿Tendré que invitar a cenar a Frank, entonces? ¿Para agradecérselo?

–¿A Frank? ¿Por qué?

–Porque empezó a gustarle a Alana, y así no tenías que preocuparte por las leyes entre amigas.

–No, en realidad... Es que empezaste a gustarme mucho. Yo se lo conté y llegamos a un acuerdo.

Él levantó una ceja.

–¿Qué acuerdo?

–Uno que me permite conservaros a los dos en mi vida.

–Me gusta esa clase de acuerdos.

–Y a mí.

Diego se quedó callado un momento.

–Entonces, ¿me estás diciendo que a Alana no le gusta Frank? Cuando Liza te gritó el viernes que te gustaba el mismo chico que a tu mejor amiga, pensé que quizás había empezado a gustarte Frank.

–¿Eh? ¡No! O sea, puede que Frank y yo nos estemos llevando mejor, pero de ahí a eso hay un trecho. A Alana le gustabas *tú*.

–Nunca he pensado en ella de esa manera.

–¿Ni siquiera cuando te invitó a mi noche de primos?

–Pensé que había averiguado que me gustabas y que me estaba ayudando.

–¿En serio?

–En serio.

–¿Y cuando te pidió que fueras al Festival de Otoño con ella? –insistí.

–Pensaba que me lo estabas pidiendo *tú*. Estabais las dos allí, ¿recuerdas? Cuando me di cuenta de que era ella, me sentí un poco confundido, pero luego se pasó casi toda la noche con Frank, así que se me ocurrió que quizás me lo pidió ella porque sabía que Frank te lo iba a pedir a ti, para que pudiéramos ir todos juntos.

La cabeza me daba vueltas y la apoyé en su hombro.

–Perdóname por tardar tanto en darme cuenta de que me gustabas.

–¿Cuándo fue? –preguntó.

–La primera vez que estuvimos aquí, de hecho. Detrás del estadio.

–¿*Tanto* tardaste? –preguntó. En su voz se notaba la sorpresa.

–Recuerda que le gustabas a mi mejor amiga. Estabas totalmente fuera de mi alcance. Da gracias que me di cuenta en primer lugar.

Él se rio.

–¿Tengo que contentarme con eso?

–Pues sí, totalmente. –Le apreté la mano, que seguía en la mía–. Pero no fue entonces cuando empezaste a gustarme, solo cuando me di cuenta. Empezaste a gustarme el día en que me clavé el

borde de la taquilla en la cabeza.

–Supongo que eso ya está más cerca de cuando empezaste a gustarme tú a mí.

–¿Cuándo? –dije, y levanté la vista hacia él.

–El primer día que viniste a la academia. Fue muy divertido hablar contigo. Toda la conversación trató sobre revistas. Nunca me había resultado tan fácil hablar con una chica. En un solo día averiguaste más cosas sobre mí de las que jamás les he contado a la mayoría de mis amigos.

Me llevé las rodillas al pecho.

–Yo siento lo mismo –admití–. Es que es muy fácil, pero aún no lo he averiguado todo. Te gusta guardarte las cosas para ti.

–Lo sé. Estoy intentando cambiarlo.

–¿Y cómo van las cosas con tus padres, por cierto? –pregunté–. ¿Están enfadados contigo por estar aquí, en lugar de estudiando?

–Todavía seguimos en eso, pero lo cierto es que lo hemos hablado. ¿No es eso lo que siempre dices?

–Lo es. ¿De qué habéis hablado?

–De que debería poder salir más si he cumplido con todas mis obligaciones.

–¿Y no les dijiste que quieres viajar?

–Paso a paso. –Se inclinó y me besó suavemente en la frente. Sentí un escalofrío.

–¿Cómo supiste que no había leído la revista, por cierto?

–No lo sabía. Durante muchísimo tiempo creí que la habías leído, pero supongo que Liza lo leyó todo y vino a buscarme esta mañana para decírmelo.

–¿Sí? –Suspiré aliviada–. Así que al final no me odia.

–Esa niña te adora.

No pude evitar sonreír. Luego asentí hacia el montón de pelotas de golf.

–¿Sabes? Conozco a un chico que puede colar una pelota de golf en esa portería de ahí. –Señalé el campo de fútbol americano.

Diego siguió mi dedo.

–Ah, ¿sí? Pues sería difícil, porque está muy lejos. No sé si creérmelo.

–Bueno, la verdad es que es increíble.

Él me colocó sobre su regazo.

–Tú sí que eres increíble.

Se me aceleró el corazón y recorrí el cuello de su camiseta con el dedo.

–Hoy he hablado de ti en el *podcast* –dije.

–¿Sí?

–Justo antes de que llamas.

–¿Qué dijiste? –preguntó.

–Supongo que tendrás que esperar para escucharlo.

–¿Lo escuchamos juntos?

Me incliné y lo besé. Más contenta, imposible.

–Sí. El viernes.

CAPÍTULO 38

Esa tarde, cuando llegué a casa, fui derecha a casa de mi tía y apretujé a Liza en un abrazo.

–Quita –dijo–. Todavía estoy enfadada contigo.

–No lo estás. Ya sé que no. Has hablado con Diego por mí.

Ella sonrió.

–Vale, no lo estoy. Pero no vuelvas a hablar de mí en el *podcast*.

–Nunca.

–Gracias por quitarlo.

–¿Se enteró Tommy al final?

–Sí, pero nos reímos de ello y le conté que en realidad me gusta Kurt, así que todo acabó bien.

–Espera, ¿te gusta Kurt?

–Sí, pero no, no vamos a hablar de mí ahora mismo. ¿Qué ha pasado con Diego? ¿Os lo habéis contado todo?

–Sí.

–Bien. Me gusta Diego.

–A mí también.

Me fui de allí sintiéndome más ligera y llamé a Alana de camino al puerto. Un chico respondió:

–Hola.

–Eh... ¿Me he equivocado de número?

Oí un ruido mecánico de fondo.

–No, Alana está haciendo *smoothies* ahora mismo.

–¿Frank?

–Sí.

Qué rapidez.

–Dile que me llame cuando termine.

–¿Es Kate? –Oí que decía Alana–. Pregúntale si al final ha pescado a su pez.

–Dile que sí –dije.

–Genial –contestó Frank–. Hablando de peces... ¿Mi barco, Alana, Diego, tú y yo este sábado?

–Vale. –Me senté en el muelle y me mojé los pies en el agua. El sol se estaba poniendo y creaba un reflejo reluciente sobre el lago. La figura de un barco se recortaba en la distancia.

–¿Sí? –preguntó Frank.

–Que sí.

–Estupendo.

–Con la condición de que no me seas niñato en el lago.

–Lo intentaré con todas mis fuerzas.

* * *

El viernes, a la hora de la comida, estaba sentada con Diego en un banco de la zona del comedor, esperando a Alana. Nos había dicho que tenía una sorpresa.

Diego y yo íbamos de la mano, como siempre que me veía desde hacía dos días. Aún me hacía increíblemente feliz.

–No publicas muchas cosas en Internet –decía Diego–. ¿Y eso?

Yo me encogí de hombros e intenté abrir un burrito con una sola mano. Diego se rio, pero, cuando intenté soltarle la mano, no me dejó.

–Qué pesado eres –dije.

–Lo soy. –Me acarició los nudillos con los labios.

–No sé –dije para contestar a su pregunta sobre las redes sociales–. Soy reservada. Tú tampoco subes muchas cosas.

–Sí. –Dejó la bolsa de patatas a un lado y se sacó el móvil del bolsillo–, pero creo que tenemos que tomarnos una foto juntos, porque tienes muchas con Hunter.

Incliné la cabeza hacia él.

–Esas fotos tienen seis meses. ¿Me has estado cotilleando las redes sociales?

–Sí –dijo sin mostrar arrepentimiento alguno–. ¿Cómo te iba a ver, entonces, si me dejabas plantado continuamente?

–Continuamente tampoco.

–Continuamente –dijo. Puso el teléfono entre los dos y me atrajo hacia él.

–Sabes que salgo superrara en las fotos –dije.

–Eres adorable. –Me dio un beso en la mejilla e hizo la foto.

–Ayyy –dijo Alana–, qué monos.

Diego bajó el teléfono. Alana estaba delante de nosotros con unas veinte personas detrás.

–¿Qué pasa? –pregunté.

–Mi sorpresa. Una fiesta podcastera.

–¿Una fiesta podcastera? –repetí, anonadada.

Me enseñó un altavoz inalámbrico.

–Han subido el *podcast* y vamos a escucharlo juntos.

Me quedé con la boca abierta. Era una sorpresa, sin duda, pero no de las buenas.

Alana señaló el césped que estaba delante del banco y la veintena de personas se sentó como si fuera una orden.

–¿Eso lo habrán ensayado? –murmuró Diego a mi lado, y sonreí.

–Diego, no sabes la que se avecina –dijo Alana–. Es el mejor episodio de Kate hasta la fecha.

–No puedo esperar –contestó.

Noté las mejillas calientes. Normalmente ya odiaba escuchar mi propia voz, pero esa semana iba a darme más vergüenza todavía.

–Igual deberíamos escucharlo luego, cuando estemos solos –le dije a Diego.

–O podemos escucharlo ahora –sugirió.

Y así lo hicimos. Y me escuchó chapurrear un intento improvisado y titubeante de confesión. Luego se escuchó *a sí mismo* en el altavoz diciéndoles a todos que era el señor Buscamor. Varias personas del grupo de oyentes soltaron un «Ooooh» y se rieron por lo bajo.

Diego me sonrió cuando le dije a Victoria que le pasaba el relevo.

–Gracias –me susurró al oído–. Sé que te costó mucho decir eso en público.

–Tenía que hacerlo.

Me dio un beso en la mano.

–Yo también.

* * *

Durante el resto del día, la gente estuvo llamando «señor Buscamor» a Diego en los pasillos o parándonos para hacernos preguntas.

–¿Así se siente ser famoso? –preguntó.

–Que no se te suba a la cabeza.

Nos detuvimos frente a su taquilla antes de salir al aparcamiento.

–Oye, ¿puedo dejar mi libro de Historia en tu taquilla? Está más cerca de mi clase –pregunté mientras buscaba en mi mochila.

–¿Ya quieres mudarte a mi casillero?

Me reí y le di el libro. Él lo metió y empezó a hurgar para cambiar libros de sitio y mirar papeles.

Le rodeé la cintura con los brazos.

–¿Te he dicho alguna vez que te tiras un rato muy exagerado delante de la taquilla?

–¿Me has cronometrado?

–No hace falta.

–Y lo dice la chica que estuvo diez minutos frente a la suya el día que se golpeó en la cabeza con ella.

–No dejaban de interrumpirme.

–Yo lo dejo caer.

Saqué un rotulador de mi mochila y escribí «D + K» en la parte interior de la puerta.

–Muy bonito –dijo–. Ahora todo el mundo pensará que lo hice yo.

Dibujé un corazón rodeando las letras.

–Ahora sí que sí.

Él me quitó el rotulador de la mano y escribió «Mi amor»² justo debajo.

El corazón me dio un vuelco. Tal vez no recordase mucho de la asignatura de Español, pero sabía perfectamente qué significaba eso. Sin embargo, no sabía cómo responder; no es que lo hubiera dicho en voz alta. Diego no parecía esperar una reacción. Solo cerró la taquilla y volvió a darme la mano.

Fuimos al aparcamiento y vi mi coche en la distancia. Max y Liza me estaban esperando allí.

–Diego.

–¿Sí?

–Tengo que pedirte una cosa muy rara.

–Dime.

–Es mi hermano.

–Frank me contó lo de la pelea en la feria. ¿A quién quieres que apalee?

–Nada de apalear. Puede que con hablar un poco baste. En el próximo episodio del *podcast* voy a sugerir que llame gente que haya sufrido acoso escolar.

–Pues tendré que llamar ese día, entonces –dijo.

–¿Te han acosado?

–A los doce años. El curso entero. Los niños pueden ser muy crueles.

–Pues sí.

–Pero también pueden ser muy agradables. Desde entonces, siempre he esperado ser de los segundos.

–A mí me parece que lo has conseguido.

Llegamos a mi coche y Diego le dio una palmada a Max en la espalda.

–Me dijeron que defendiste a mi novia el otro día.

–¿A quién? –preguntó Max.

Diego se tapó un lado de la boca con la mano y susurró en un tono que se oía perfectamente:

–Tu hermana.

Las mariposas alzaron el vuelo en mi estómago. Aunque ya me lo había imaginado, era la primera vez que decía la palabra «novia» en voz alta y me gustaba cómo sonaba. Mucho.

Diego se giró hacia mí, me envolvió en un abrazo y me besó varias veces en la mejilla mientras me reía.

–¿Verdad que sí? –preguntó.

–Por supuesto.

–Qué asco dais –declaró Liza–. Voy a llamar al *podcast* el miércoles para preguntarte cómo decirles a tus amigos que se están pasando de cursis.

Yo le sonreí ampliamente.

–Y yo te diré: «¿Es posible pasarse de cursi?».

* * *

–¿Alguna vez has practicado *wakeboard*? –le pregunté a Diego al subir al barco de Frank en el muelle.

–No –contestó.

–¿Esquí acuático?

–Tampoco.

–¿*Tubing*? –insistí mientras tiraba una toalla sobre una de las sillas y lo veía subir al barco. Se colocó a mi lado, detrás del asiento del conductor.

–Una vez me senté en una moto acuática.

Me quedé con la boca abierta.

–Serán dos, porque te sentaste en una hace un par de semanas, cuando encontraste una de las nuestras en la cala.

–A esa vez me refería.

Lo agarré por los hombros, lo miré a los ojos y le dije con toda la sinceridad que fui capaz de transmitir:

–Lo siento.

–Sí, bueno.

–No, en serio. Has vivido una vida trágica hasta el día de hoy. ¿Qué clase de amiga he sido estos meses si ni siquiera te he hecho estas preguntas? ¿Si no le he puesto solución a esto?

Alana metió un paquete de seis latas de Coca-Cola Light en la nevera que llevaba incorporada el banco de la parte de atrás.

–A Kate le apasiona el lago y todo lo que pasa en él, por si no te habías dado cuenta todavía. De hecho, sugirió que el *podcast* entero estuviera dedicado al lago cuando empezó el curso.

Frank arrancó el barco.

–¿Sí? Pues yo habría votado por eso.

Alana lo abrazó por detrás.

–Pues entonces habríais tenido dos señores votos.

–¿Tú no lo habrías votado?

–Qué va –dijo Alana–. Y, como somos las únicas tres personas de aquí en la clase, no habríais tenido suerte. Menos mal que dijo lo de los *consejos*.

–Porque todos sabemos lo mucho que me apasiona eso –dije.

–Yo necesito uno –contestó.

Puse los ojos en blanco.

–Ah, genial. Justo lo que me apetecía dar hoy.

–¿Qué hacemos para no pasarlo regular hoy, teniendo en cuenta que todos los tripulantes de este barco se han amado u odiado en algún momento durante las últimas semanas?

–Sin comentarios –dije–. No estoy de servicio.

Frank señaló el muelle. Todavía no nos habíamos alejado.

–¡Max! ¡Liza! –gritó–. ¿Os apuntáis? –A Max no le iban tanto los barcos como a mí, pero ¿quién podía resistirse a los encantos de uno tan bonito? Mi hermano no–. El consejo que te doy yo por tu pregunta –le dijo a Alana– es invitar a gente que no se haya visto implicada en el festival de amor-odio.

Max y Liza subieron al barco y Frank nos alejó del muelle. Me ajusté aún más la gorra que llevaba puesta. Me encantaban los sábados de fin de temporada, cuando teníamos el lago para nosotros solos. Como si fuéramos los dueños.

Liza se sentó de golpe en el banco.

–Oye, Alana. Después podrías prepararnos tu famosa receta de pollo.

–¿Esa receta con la que gané una competición? –le guiñó un ojo a Diego y él soltó un gruñido.

–¿Dónde aprendiste a prepararla, si se puede saber? –preguntó él.

–De mi madre, que a su vez lo aprendió de la suya.

Yo le rodeé la cintura con los brazos y le susurré:

–Igual puede enseñarte.

–¿Insinúas que tengo expertos a mano de los que puedo aprender antes de hacerme trotamundos? –bromeó.

–¿Eh? Qué va, no he dicho eso. No estoy de servicio, ¿te acuerdas? –Sonreí con suficiencia y abrí el parabrisas por el centro para acceder a la proa del barco. Me acomodé en uno de los asientos orientados al frente.

Diego vino conmigo y se sentó delante de mí, al otro lado.

–Parece que este lugar te hace feliz.

–No te haces idea.

–Creo que también puede hacerme feliz a mí –dijo.

Yo me sentía feliz, sin duda, pero estaba empezando a entender que mi felicidad tampoco dependía necesariamente de un lugar o de un suceso específicos. Con Diego, podía ser feliz en cualquier parte.

Pasamos la boya de los ocho kilómetros y oí que Frank decía:

–¡Agarraos!

El barco comenzó a ir más rápido y el aire me daba en la cara. Me reí y Diego alargó la mano para tomar la mía. El viento nos azotaba las manos y los brazos y se nos escapaba entre los dedos. Diego me sonrió. Me acordé de lo que había escrito en la puerta de su taquilla y de que aún no había respondido, aunque en mi corazón sabía lo que sentía.

–Mi amor –dije.

Agradecimientos

El libro número diez. Este era mi número, el número de libros que esperaba tener la suerte de escribir y de lanzar al mundo. Y aquí estoy, en la línea de meta, gracias a vosotros, mis lectores. ¡Gracias! Gracias por vuestros ánimos y vuestro apoyo. Gracias por leer mis palabras, por mandarme mensajes graciosos y críticas positivas y por estar siempre a mi lado. ¡Sois los mejores! Os aprecio muchísimo. No creo que pudiera seguir escribiendo sin vosotros. Y parece que no voy a quedarme en diez libros, porque tengo unos cuantos más encargados, ¡así que espero que estéis preparados para seguir leyéndolos!

También quiero darle las gracias a mi familia. Esta no es la profesión más fácil que podría haber elegido: tiene muchos altibajos, muchas noches en vela y muchos momentos en los que me sumerjo en mi propia mente mirando a la pared. ¡Y, aun así, me quieren! Y menos mal, porque el amor no correspondido es lo peor. Así que a Jared, mi marido, y a mis hijos, Hannah, Autumn, Abby y Donovan: os quiero. Lo sois todo para mí.

Luego, me gustaría darle las gracias a mi agente, Michelle Wolfson. Puede que no sea imparcial, pero creo que es la mejor agente del universo entero. Y estaréis pensando: «Si no has viajado por el universo entero», pero yo me reafirmo de todas maneras. ¡Gracias por todo lo que haces, Michelle!

Gracias a mi increíble editora, Aimee Friedman. Siempre tienes ideas y sugerencias geniales, y sé que mis libros no serían igual de buenos sin ti. Eres maravillosa. Y gracias al resto del equipo de Scholastic por todo lo que hacéis: Yaffa Jaskoll, Rachel Gluckstern, Monica Palenzuela, Charisse Meloto, Rachel Feld, Isa Caban, Olivia Valcarce, David Levithan, Lizette Serrano, Emily Heddleson y los equipos de Ventas y Canales Educativos al completo.

Tengo algunas de las mejores amigas de la historia; amigas que se leen mis libros y me dan consejos, amigas que me sacan de mi propia cabeza, amigas que me quieren hasta cuando estoy gruñona... Esas personas que tengo en mi vida son Stephanie Ryan, Candi Kennington, Rachel Whiting, Jenn Johansson, Renee Collins, Natalie Whipple, Michelle Argyle, Bree Despain, Elizabeth Minnick, Brittney Swift, Mandy Hillman, Jamie Lawrence, Emily Freeman, Misti Hamel y Claudia Wadsworth.

Y, por último, pero no por ello menos importante, gracias a mi familia, que me apoya pase lo que pase: Chris DeWoody, Heather Garza, Jared DeWoody, Spencer DeWoody, Stephanie Ryan, Dave Garza, Rachel DeWoody, Zita Konik, Kevin Ryan, Vance West, Karen West, Eric West, Michelle West, Sharlynn West, Rachel Braithwaite, Brian Braithwaite, Angie Stettler, Jim Stettler, Emily Hill, Rick Hill y los veinticinco niños que existen gracias a todas estas personas. Os quiero muchísimo a todos.

Notas

1. N. de la T.: En español en el original.
2. N. de la T.: En español en el original.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Agradecimientos

Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y nuestras redes sociales:

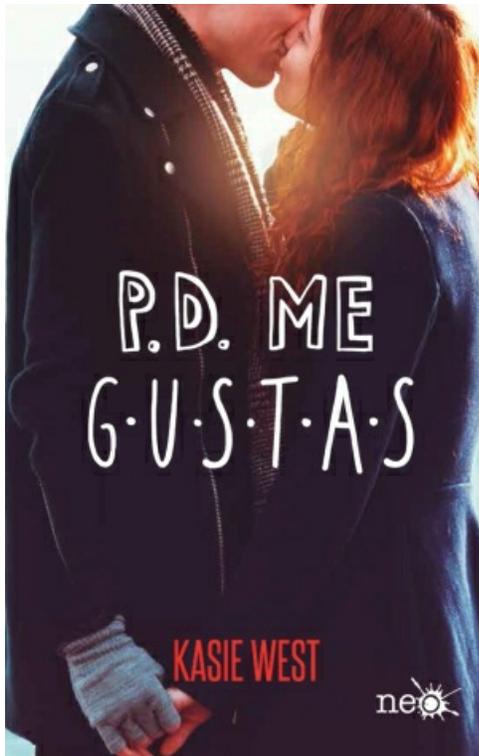
www.plataformaneo.com

www.facebook.com/plataformaneo

[@plataformaneo](https://www.instagram.com/plataformaneo)

Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.





P.D. Me gustas

West, Kasie

9788417114770

235 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

FIRMADO, SELLADO, ENTREGADO Para distraerse en clase de Química, Lily escribe en la mesa un fragmento de la letra de una de sus canciones favoritas. Al día siguiente, descubre que alguien escribió la continuación de la letra de la canción, y que además le había dejado un mensaje. ¡Qué intriga! Pronto, Lily y su misterioso amigo por correspondencia empiezan a intercambiar cartas enteras en las que comparten secretos, se recomiendan grupos de música y se sinceran el uno con el otro. Lily empieza a enamorarse. Pero ¿quién es él? Mientras intenta resolver el misterio y hace todo lo posible por compaginar el instituto, las amistades, los flechazos y su alocada familia, descubre que a veces es imposible poner por escrito los asuntos del corazón. Kasie West vuelve a enamorarnos con una historia de amor irresistiblemente ingeniosa, cálida y llena de luz.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El ladrón

Fisher, Tarryn

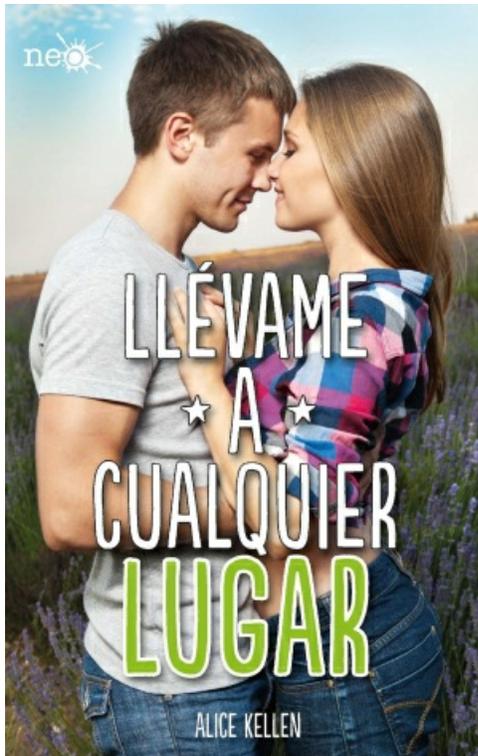
9788417886189

460 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El amor es paciente; el amor es amable; el amor no presume o alardea. No hay arrogancia en el amor; nunca es brusco, bruto ni indecente; no es egocéntrico. El amor no es fácilmente amargo. El amor no se equivoca calculando. El amor confía, cree y sobrevive a todo. El amor nunca se quedará obsoleto. Lucharé por ella.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Llévame a cualquier lugar

Kellen, Alice

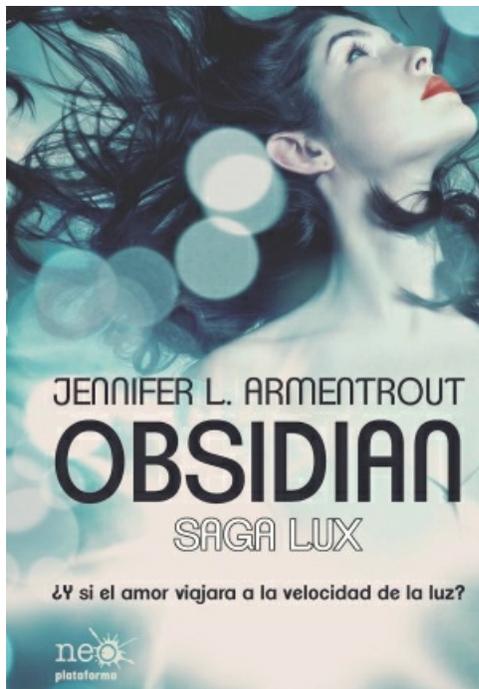
9788416096879

360 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Léane y Blake, ella francesa y él inglés, no son dos piezas de un puzle destinadas a encajar. En realidad, ni siquiera se soportan cuando el concurso de periodismo de la universidad los sitúa en el mismo punto de partida. Él valora sus sueños por encima de todo y no dejará que nada se interponga en su recorrido hacia la meta, ni siquiera el seductor acento de Léane. Ella necesita el dinero del premio y utilizará todos sus encantos para convertirse en ganadora. Ambos están dispuestos a todo, incluso a ignorar el magnetismo que poco a poco irá surgiendo entre sus artimañas y discusiones. Pero, cuando el calor de la atracción entre en su punto álgido, el frío de la realidad les demostrará que a veces los caminos más largos deben realizarse con alguien que te lleve de la mano

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Obsidian (Saga LUX 1)

Armentrout, Jennifer L.

9788415750826

448 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando nos mudamos a Virginia Occidental, justo antes del último curso de instituto, creía que me esperaba una vida aburrida, en la que ni siquiera tendría internet para actualizar mi blog literario. Entonces conocí a mi vecino, Daemon. Alto, guapo, con unos ojos verdes impresionantes... y también insufrible, arrogante y malcriado. Pero eso no es todo. Cuando un desconocido me atacó, Daemon usó sus poderes para salvarme y después me confesó que no es de nuestro planeta. Sí, lo habéis leído bien. Mi vecino es un alienígena sexy e inaguantable. Resulta que, además, él y su hermana tienen una galaxia de enemigos que quieren robar sus poderes. Y, por si fuera poco, ahora mi vida corre peligro por el simple hecho de vivir junto a ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El suspiro del infierno (Los Elementos Oscuros 3)

Armentrout, Jennifer L.

9788417114053

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

ALGUNOS AMORES DURARÁN HASTA EL ÚLTIMO SUSPIRO Toda elección tiene sus consecuencias, y Layla tiene que hacer frente a elecciones especialmente complicadas. Luz u oscuridad. Roth, el diabólicamente sexy príncipe de los demonios, o Zayne, el atractivo Guardián que nunca creyó que podría ser suyo. Sin embargo, la elección más complicada que debe tomar Layla es en qué parte de sí misma debe confiar. Además, Layla tendrá que hacer frente a un nuevo problema. Un Lilin, el demonio más letal de todos, anda suelto, y está creando caos entre aquellos que la rodean..., incluyendo a su mejor amiga. Para salvar a Sam de un destino mucho mucho peor que la muerte, Layla tendrá que hacer un pacto con el enemigo para salvar de la destrucción la ciudad y a todos los seres humanos. Dividida entre dos mundos y dos chicos distintos, Layla ya no está segura de nada, ni siquiera de su supervivencia, especialmente cuando reaparezca un antiguo trato que los atormentará a todos. Pero a veces, cuando los secretos están por todos lados y la verdad parece indescifrable, tienes que escuchar a tu corazón, elegir un bando y darlo todo en la lucha.

[Cómpralo y empieza a leer](#)